Claudia Marcucetti Pascoli

FUEGO QUE NO MUERE

Dos hombres y un sombrío misterio
se esconden tras la muerte de Tina Modotti

Planeta

Claudia
Marcucetti Pascoli

FUEGO QUE NO MUERE

Planeta

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

1 El retrato que no fue,
Ciudad de México, 1942
2 Hombre al agua,
Trieste, 1923
3 El hallazgo,
Ciudad de México, 1942
4 Las mil y una huidas,
Argel, 1923
5 Velar el alma,
Ciudad de México, 1942
6 Un mundo nuevo,
Estados Unidos, 1923
7 Disecciones,
Ciudad de México, 1942
8 Little Italies,
Estados Unidos, 1926
9 Llave sin cerradura,
Ciudad de México, 1942
10 Doragaya Royssia,
Moscú, 1927
11 Cuarto oscuro,
Ciudad de México, 1942
12 Tú, yo, él y el amor,
México, 1927
13 Un virus incontrolable,
Ciudad de México, 1942
14 Sexto congreso,
Moscú-México, 1928

15 Los inteligentes,
Ciudad de México, 1942
16 Mella,
Ciudad de México, 1928-1929
17 La fotografía,
Ciudad de México, 1942-1947
18 Después de la muerte no hay nada,
México, Edam-Emden, 1930

SEGUNDA PARTE

19 Comenzar de nuevo,
Tampico, Berlín, 1930
20 Me casé,
Ciudad de México, 1947-1978
21 Al zoológico,
Berlín, Moscú, París, 1930-1933
22 Coincidencias,
Ciudad de México, 1978
23 Estepa rusa,
Moscú, París, 1933
24 Desnudos,
Ciudad de México, 1978
25 Morir un poco,
París, España, 1934-1937
26 Cáncer,
Ciudad de México, 1980
27 María,
España, 1934-1939
28 Friuli-Venezia Giulia,
Udine, Trieste, 1980
29 La derrota,
Cataluña, París, Nueva York,
Ciudad de México, 1939-1941
30 Mentiras,
Trieste, 1980
31 Contreras,
Ciudad de México, 1941
32 Foibas,
Trieste, 1980

33 Suzi,
Ciudad de México, 1942
34 Simona,
Trieste, 1980
35 La morgue,
Ciudad de México, 1942-1947
36 Trattoria del Faro,
Ciudad de México, Trieste, 1980
37 Titoísmo,
Trieste, 1947-1961
38 Encuentros cercanos,
Trieste, 1980
39 La hoz,
Trieste, 1971-1983

EPÍLOGO

40 Jugando en casa,
Trieste, 1983
41 Deudas saldadas,
Trieste, 1983

Nota de la autora
Bibliografía
Agradecimientos
Acerca del autor
Créditos
Planeta de libros

Por respeto, y porque creo que su historia tiene los elementos que la vuelven cercana, casi propia: es la historia de una mujer y de un hombre que creen que vivir es más importante que sobrevivir, y que creen que vivir consiste en amarse y cambiar al mundo. En este mundo, donde todo cambia para que nadie cambie, esa idea, por suerte, en modos distintos, continúa a estar viva, y continúa a cambiar.

Amor y anarquía, *Martín Caparrós*

El amor es una compañera con la que se comparte la cama porque se comparte un sueño, una tarea. Yo no quiero una mujer con la cual ser feliz. El mundo está lleno de mujeres con las que se puede ser feliz, si es la felicidad lo que se busca. En realidad, he tenido tantas mujeres que, pensándolo bien, cinco años en la cárcel han sido un descanso. Pero nunca he tenido una compañera. Una compañera que sea mi compañero, amigo, cómplice y hermano. Soy un hombre que lucha y lo seré siempre. Lo seré en todas partes y en cualquier caso. Incluso en el paraíso.

Un hombre, *Oriana Fallaci*

Tras las cosas tal como fueron hay también una promesa, la exigencia de cómo deberían ser; está la potencialidad de otra realidad, que empuje para salir a la luz, como la mariposa en la crisálida.

Utopía y desencanto, *Claudio Magris*

PRIMERA PARTE

1
El retrato que no fue

Ciudad de México, 1942

Fue y seguirá siendo la primera desnudez de mis recuerdos. La que nunca se olvida. Todos tenemos una. La que nos robamos a través de una cerradura o un resquicio, la que nos llevó a placeres desconocidos, la que quisimos prolongar al infinito o nos avergonzó pudorosa y poderosamente. La que en mi caso —y todavía hoy, después de tantos años— sigue removiendo mis adentros, inflamando mis sentidos, construyendo mis fantasías.

En el lejano 1942, ella reposaba con un seno descubierto bajo la sábana blanca cuando, cámara en mano, me le acerqué. Al observar sus ojos cerrados y las arrugas de su frente, me pareció una mujer que había fruncido el ceño más que sonreído y me prometí retratarla en toda la hermosura de su sufrimiento. No la había imaginado así, como aparecía en el lente a través del cual recortaba mi realidad, pero eso es la fotografía, la ocasión de mostrar lo que no es evidente, si bien en ese momento se reducía para mí a una sola idea: estaba frente al único modo de poseerla. El único modo de eternizar su presencia. Eso también es la fotografía: una manera de adueñarse del tiempo; al igual que la memoria, un artilugio capaz de detener la más etérea e implacable de las dimensiones. Un clic y sería mía para siempre, pensé entonces. Incluso cuando ya no estuviera yo en este mundo y a pesar de que ella ya no podía ser de nadie.

Por un instante me debatí entre descubrir el pecho escondido o taparle el más travieso. Pensar en tocarla, aunque fuera rozar su piel, cansada y añorada a la vez, me provocó una inesperada excitación. O tal vez me emocioné a causa de ese seno indómito que se asomaba, inconsciente e inocente, burlando la tela destinada a cubrirlo y que, más allá del desenfado de su pezón oscuro, no lograba llevar su alegría al resto del cuerpo. Cuando me percaté de mi más incontrolable firmeza, no tuve tiempo de reprimir esos inoportunos instintos, que un portazo me devolvió al presente. Apurado, mas decidido, sostuve la cámara que mi madre me había regalado

unos meses antes, en ocasión de mi cumpleaños número dieciocho, y retomé el encuadre del objetivo que venía estudiando hace rato. No alcancé a apretar el obturador cuando mis ilusiones eróticas, así como la posibilidad de inmortalizar al objeto de mis deseos, se desmoronaron al escuchar la voz de mi padre aproximarse.

—¿Otra vez escudriñando a mis muertos? —vociferó imperioso el doctor Zárate asomándose detrás de mí con su bata blanca y el malhumor que lo caracterizaba.

—¿Qué le pasó a…? —balbuceé señalando con la mano a quien no me atrevía a calificar, ni siquiera en mis pensamientos, con el nombre que mi progenitor les daba a los cadáveres de sexo femenino: «la occisa».

Muerta, una mujer muerta y desnuda. No que fuera el primer cadáver que veía, pero era el primero que había deseado conocer, el primero que me provocaba un deseo, que tuve que reconocer enfermo y potente a la vez. No era un cuerpo sin vida, era una vida sin cuerpo.

—Ya lo averiguaré —declaró el forense titular de la morgue del más importante hospital capitalino con su mano armada con bisturí, mientras su asistente, el doctor Sol, destapaba sin miramientos a la mujer que unos minutos antes me había estremecido.

No tuve la fuerza para presenciar esa carnicería, al parecer la tercera faena practicada en quien se convertía así en una víctima más de los procedimientos de mi padre, y me aparté de la plancha donde el par de insensibles solía destazar los cuerpos que llegaban a sus manos. La única vez que me atreví a mirar una de sus disecciones casi me desmayo, por lo que no quise ni imaginar qué sentiría ahora. Mejor reculé al único escritorio de la sala, tan ordenado como su usuario, para volver a la noticia que me había llevado allí esa mañana:

> TINA MODOTTI FALLECIÓ EN FORMA EXTRAÑA Y REPENTINA EN UN AUTOMÓVIL
>
> Tina Modotti, muy conocida en México como lideresa comunista y por haber sonado mucho su nombre cuando fue asesinado Julio Antonio Mella, también inquieto estudiante de tendencias radicales, falleció en la madrugada de anteayer en forma repentina.
>
> Vivía Tina Modotti en la casa número 137 de las calles del Doctor Balmis, al parecer en compañía de Carlos Jiménez Contreras, y por las averiguaciones hasta ahora practicadas parece que comenzó a sentirse indispuesta con agudos dolores de vientre, tomó un auto de alquiler para dirigirse al Hospital General, que se encuentra cerca de su casa, pero en el camino falleció.

Así comenzaba la nota ubicada en el extremo superior derecho del diario *El Universal*, cuyo encabezado de segunda sección rezaba en caracteres cubitales

APREHENSIÓN DE AUDAZ BANDA DE ASALTANTES y, más abajo, retrataba a la esposa del «señor presidente», envuelta en pieles, repartiendo juguetes a hijos de soldados y policías. Ciertas escenas no cambian, es cierto, pero entonces no emití juicios, tan solo observé la foto que coronaba la crónica de la única muerte reportada ese miércoles 7 de enero de 1942. Un rostro ovalado —con cejas perfiladas, boca apretada, cabello recogido de raya en medio y frente pequeña pero luminosa— se me ofreció sin narcisismo alguno, desapegado de las noticias que lo asediaban. Tenía la mandíbula contraída y una velada tristeza en los ojos. ¡Cuántos datos podía proporcionar una foto! ¿Sería por eso que me apasionaba la fotografía? Tanto la artística como la llamada «nota gráfica», cada vez más presente en los diarios de la época y extremadamente útil para comunicar con un público en buena parte analfabeta. Secuencias, las de las notas gráficas, que si uno era atento a sus particulares podían revelarle la información más precisa. Tanto que la policía comenzaba a considerar la fotografía como una herramienta indispensable para la resolución de cualquier crimen, más fidedigna que un testigo presencial.

A propósito de testigos, apunté en la libreta que siempre traía conmigo la dirección de Balmis 137 y el nombre que nunca antes había escuchado: Carlos Jiménez Contreras. Después le di vuelta a las páginas del rotativo más leído de la Ciudad de México hasta encontrar la continuación de la nota, remitida a su última hoja:

> Como esta muerte no deja de ser sospechosa por la forma en que ocurrió, la autopsia vendrá a definir la causa del deceso pues pudiera ser que hubiese sido envenenada por manos criminales o bien que se deba a un mero accidente. La averiguación correspondiente ha quedado a cargo de la Procuraduría del Distrito Federal.
>
> Era Tina Modotti de nacionalidad italiana, y además de sus actividades comunistas, que parece no abandonó hasta lo último, se dedicaba a la fotografía, actividad en que tuvo algunos éxitos. Cuando fue abatido su amante, Julio Antonio Mella, en las calles de Abraham González, iba en su compañía.

Julio Antonio Mella. Justo la tarde anterior, cuando la noticia de la muerte de Tina recorría el mundillo periodístico de la ciudad, Enrique Díaz Reyna me mostró las fotos que había tomado trece años antes, durante el juicio por el asesinato del cubano ese, en el que Tina Modotti había resultado sospechosa mientras yo todavía era un imberbe sin la menor idea de que mi más grande anhelo sería convertirme en fotógrafo. Esa pasión la descubrí aquí, en la morgue, el día que encontré al fotorreportero conocido como el gordito Díaz, fundador de la primera agencia de imágenes independiente de los periódicos del país. El único hombre que, con su sonrisa amable y la sutil adulación con que adornaba sus palabras, conseguía sobornar a mi padre para que lo dejara inmortalizar a sus helados huéspedes. Fue en

el mismo instante en el que Enrique Díaz me permitió usar su cámara que supe a qué quería dedicar mis días, y mis tardes y mis noches también. Al mirar a través del lente convexo de su anticuada Graflex entendí que ese mágico artefacto no solo me redescubría el mundo, sino que me otorgaba la posibilidad de cambiarlo. Gracias a quien pronto se convirtió en mi mentor, aprendí también que la institución de la cual mi familia vivía no era solamente el hediondo lugar donde se identificaban cadáveres: era el sitio en el que sus más íntimos secretos eran diseccionados junto con sus carnes.

—Los muertos cuentan las historias de los vivos y las fotos son el testimonio de ambos —me dijo un día Enrique, cuyo padre no lo había reconocido por ser el producto de una aventura, y que tal vez por eso me instaba a soportar, y hasta a querer, al mío. Además de promover el amor filial, Díaz me enseñó que un buen fotorreportaje —un producto que vendía a los periódicos nacionales y a revistas extranjeras tan prestigiosas como *Life*— tenía por objetivo, función e intención informar a través de imágenes. Sin embargo, y a pesar de ello, podían cuidarse sus elementos artísticos, así como la eventual interpretación de la visión presentada—. El fotógrafo de prensa no puede manipular las condiciones estéticas a su alrededor —la luz, la disposición arquitectónica, el acomodo de los objetos de una escena o sus personajes—, pero puede, gracias precisamente a estas condiciones, descubrir la verdad, y la verdad es arte —me repetía a menudo.

—¡Malditos comunistas! —alcancé a escuchar la imprecación de mi padre a la distancia, entre otras menos estridentes que no discerní del todo. El doctor que me engendró era un hombre calvo y distinguido, originario del Bajío, la región más conservadora y rica del país. Tradicionalista hasta los huesos, mi padre había apoyado la guerra cristera, la rebelión de los católicos a las reformas liberales, y los comunistas le parecían la peor de las calamidades modernas.

Por mi parte, los comunistas eran una «especie» —como los catalogaba mi madre, secundando obligatoriamente a su marido— que me intrigaba, incluso diría yo que me agradaba. El mundo que pretendían construir, hecho de libertades, arte e igualdad, en mi temprana y soñadora juventud me parecía el más deseable de todos los disponibles, además de ser el que mejor se contraponía al de mi familia. Tenía la edad de la rebeldía entonces, aunque pronto se me diluiría en necesidades.

Mi padre, en cambio, estaba agradecido con Ávila Camacho, el presidente en turno, un general que para alivio de mis progenitores había dejado atrás al régimen cardenista y los reductos revolucionarios que este arrastraba, terminando también con el anticlericalismo de confrontación. Ese que los había obligado a casarse por la Iglesia a escondidas y del cual se sentían víctimas. Como fuera, mi padre toleraba más a los militares que a los policías, que solían fastidiarlo con sus corruptelas y sus

vulgaridades, cuestionando su trabajo y manipulándolo según sus intereses. Pero de todos los policías que tenían tratos con él, el que peor le caía, aunque no fuese ni más grosero ni menos listo que sus colegas, era el hombre que acababa de entrar.

—Doctor Zárate… —irrumpió el inspector Eusebio Rodríguez llamando sonoramente mi atención y la de mi padre.

—Comandante… —le contestó el interpelado, dejando en el aire el apellido de quien ni oportunidad de pronunciarlo le dio.

—¿Cuándo tiene los resultados de la autopsia? —preguntó Rodríguez con su acento norteño y su falta de tacto tan famosa en la morgue.

—En cuanto me permita terminar mi trabajo.

—¡Quiero ser el primero en conocerlos, doc!

—Pues tendrá que esperar, necesito analizar algunos de los tejidos que obtuve del estómago para comprobar mi diagnóstico.

—¿Y cuál sería su diagnóstico?

—Usted sabe que nunca me adelanto… Y ahora despeje el área, por favor, que son las ocho de la mañana y ya me están presionando para que entregue el cuerpo.

—Le pido, una vez más —solicitó Rodríguez, haciendo un esfuerzo para encontrar palabras amables—, que no le proporcione información a la prensa antes de que yo la revise, ¡sean cuales sean sus conclusiones! Alguien averiguó el contenido de la bolsa de la muertita, y ya publicaron que traía un billete de a peso, la foto del Antonio Mella ese y no sé cuánta pendejada más.

—Fueron sus hombres los que filtraron datos a sus amigos periodistas. Por cierto, también estaban unas cartas, que nadie mencionó ni volví a ver entre las pertenencias de la occisa. Póngase abusado, inspector… En cuanto a la rapidez de los resultados, si gusta puede pararse aquí afuera y esperar… Si no quiere aburrirse le recomiendo un libro. —Solo le faltó añadir «a ver si se le quita lo ignorante», pero estaba implícito, al igual que el hecho de que la espera iba para largo.

—¡Es una orden de mis jefes… que son los suyos también! —vociferó el comandante, cada vez más irritado por la burla que percibía en Zárate.

—Yo le reporto al doctor Castañeda, el director de esta institución, y no sé nada de otros jefes… o de sus líos. Y ahora, le ruego que me deje trabajar —remató el médico.

—Pedos, más que líos, son los que va a tener si no me hace caso. ¡Ah, qué doctorcito tan cabroncito… además de chismoso! —concluyó el comandante doblemente enojado, ahora también por el asunto de las cartas perdidas. ¿Quién de su gente estaba traficando con las evidencias?, se preguntaba cada vez más enfurecido.

—¡Fuera! —ordenó mi padre, mientras agitaba el bisturí en la mano, completando su amenaza lo más visualmente posible—. ¡Y tú también puedes irte! —exclamó al verme sentado en su escritorio—. Nadie tiene por qué estar aquí si no

va a ayudarme. —Y con esa última frase me lanzó la más reiterada de sus indirectas, la que manifestaba su molestia conmigo por negarme a seguir sus pasos en la medicina.

El inspector y yo salimos expulsados al unísono de la guarida de mi progenitor y, apenas nos encontramos en el pasillo, bajo los anchos pórticos del Hospital Juárez, nos embistió un chiflón de aire helado y el grupo de periodistas que allí esperaba se abalanzó sobre Rodríguez para chacalearlo sin piedad.

—¿Ya puede confirmarnos si la mataron? —preguntó uno, haciendo estallar la bombilla del *flash* de su cámara para robarle un retrato.

—¿La muerte de Mella podría estar ligada con la de Modotti? —coreó otro desde la manada.

—¿Fue envenenada? —aventuró otro más.

—¿Hay sospechosos?

—¿El marido es un espía?

—¿Cuál es el verdadero nombre de Carlos Jiménez Contreras?

—¿Carlos Sormenti?

—¿Qué nos puede adelantar, inspector? —indagó la única voz que consiguió respuesta.

—Que Tina Modotti no traía en su bolsa ni pintalabios ni cepillo. Pero eso ya lo saben, ¿verdad, cabrones? Más bien yo les pregunto: ¿dónde están mis cartas? Mejor reporten información confirmada, que para detectives estoy yo, o habrá culpables también entre ustedes. ¡Los voy a acusar de obstrucción a la justicia! —clamó el azorado Rodríguez mostrando así su molestia con la prensa por la publicación de datos confidenciales acerca de «su caso». Sin embargo, y a pesar de su enojo, estaba consciente de no tener otro remedio que tirar un poco de carne a las fieras si quería salir de allí sin ser perseguido. Era hábil en esos manejos, porque después de contestar un par de evasivas soltó un revelador «los resultados de la autopsia se anunciarán en breve» y consiguió que el único en seguirlo fuera yo.

Hasta el día que mi madre me regaló la cámara, una Leica que le compró a un lejano pariente llegado a México desde España, más para ayudarlo a resolver sus problemas financieros que para complacerme, mi pasatiempo favorito era leer novelas policiacas. Leía tantas que me creía una suerte de Sherlock Holmes o de comisario Poirot. *Matar es fácil*, el título de Agatha Christie, era mi preferido y me parecía una gran verdad. A lo mejor por eso veía asesinatos en todas partes. Cada vez que llegaba un cadáver con consigna de servicios periciales, la modalidad que dicta la ley mexicana en el caso de muerte sin supervisión médica, divagaba yo en imaginar modos y motivos. Matar es fácil y las razones para privar a alguien de la vida pueden ser muchas, es cierto, pero es probable que mi predisposición a semejantes conjeturas

fuera también por descender del patólogo más socorrido de la ciudad. El hombre al que los mejores investigadores interpelaban cuando había controversia médica en un caso. ¿Cómo no iba yo a tener propensión a la criminalística con ese antecedente? Además, con un padre tan castrante y mandón, de milagro no incurría yo directamente en un acto criminal: de vez en cuando consideraba, debo admitir, la posibilidad de matarlo, aunque fuera en mi fantasía.

La cuestión fue que a partir del momento en el que recibí la cámara dejé de leer novelas y comencé a pasar la mayor parte de mi tiempo tomando fotos. Los primeros días de convivencia con el nuevo aparato me dediqué a entender su funcionamiento, luego a reencontrarme con lo que me rodeaba a diario pero que a través de la cámara percibía de modo distinto. Descubrí entonces que las fotos están en todas partes: en la gente, en la naturaleza, en los edificios, en los objetos… en los muchos detalles que la luz ilumina y en los que, a partir de entonces, comencé a fijarme como si no hubiera visto antes. Mi cámara era pequeña comparada con la de Díaz, y bastante más fácil de usar. Tanto que solo tenía que elegir el ángulo, encuadrar y entregarme a ese acto de fe en la propia sensibilidad: encontrar el momento preciso en el cual emitir la festiva sucesión de sonidos compuesta por un clic, la única fracción de tiempo capaz de congelarlo.

Sin embargo, fue hasta que Enrique Díaz aceptó que lo ayudara en su agencia —llevando a cabo el mismo trabajo que había realizado él en sus inicios: una suerte de milusos dedicado a preparar químicos, limpiar laboratorio y equipos— que supe que tomar fotografías era una manera de narrar historias. Al igual que las novelas lo hacen con las letras, las imágenes narran una percepción particular de un hecho específico y pueden revelar la verdad más honesta sobre el hecho y su tiempo. Para esa época las fotos se habían convertido en documentos fundamentales para esclarecer delitos, lo que combinaba mis dos aficiones: la investigación policiaca y la fotografía.

Así que esa no era la primera vez que documentaba un suceso de nota roja, y tampoco era la primera vez que seguía a alguien. De hecho, en los últimos meses me había vuelto adicto a lo que se conocía en la jerga policiaca como «el campaneo»: ese esconderse y exponerse que tiene por objetivo observar los movimientos de un perseguido.

Muy a pesar de mi entusiasmo, distaba mucho de ser un experto, y debí seguir al inspector Rodríguez con tan poca discreción que este se detuvo bruscamente en una esquina para decirme que si íbamos al mismo lugar mejor lo acompañara. Creo que sentía por mí una cierta compasión; tal vez se solidarizaba con el hecho de que, al igual que él, tenía yo que lidiar con mi padre.

Caminando a su lado y sin que supiera adónde nos dirigíamos, aproveché para preguntarle acerca del caso. Me contó haber interrogado al taxista que había recogido a «la occisa» la noche de su muerte; también él usó el odioso apelativo con que todos

llamaban a la mujer que me había hecho suspirar. El testimonio del chofer, que había abandonado el auto y que el inspector había tenido que contactar a través de la cooperativa de taxis a la que pertenecía el vehículo, declaró haber recogido a Tina a las 00:15 de la madrugada del 5 de enero. Ella le había pedido al conductor que la llevara al Hospital General, «aunque es posible que solo le hubiera dado esa referencia porque ese nosocomio se encontraba cerca de su casa», puntualizó Rodríguez. De acuerdo con la declaración del taxista, al término del viaje la vio recostada en el asiento trasero y con dificultades para respirar, y como en el General no la aceptaron, tuvo que llevarla a urgencias de la Cruz Verde. Asustado con la posibilidad de que estuviera muerta y con la esperanza de no verse involucrado en «un asunto que no le incumbía» —de acuerdo con sus propias palabras—, una vez allí la dejó en la calle con todo y taxi.

¿O sea que Tina había muerto repentinamente? ¿O había pedido que la llevaran al hospital porque se sentía morir? ¿El chofer estaba de algún modo implicado? ¿O era una víctima más de las circunstancias, sin duda poco claras? Mientras cavilaba yo alrededor de preguntas como esas, intentaba memorizar los detalles que me hubiera gustado apuntar en mi libreta si no hubiésemos estado caminando. Una casualidad sospechosa radicaba en el hecho de que, después de muchas vueltas por la cooperativa de taxis propietaria del vehículo donde Tina había muerto, el inspector había averiguado que el chofer de esa noche no era quien solía manejar el vehículo en cuestión, sino un suplente desocupado y, para mayor coincidencia, inscrito al Partido Comunista Mexicano.

Según me contó el inspector Rodríguez, que ya investigaba esa línea en la sede del hermético PCM, le había tomado la declaración, en primera instancia, al marido de «la occisa», quien esa noche había cenado con ella en casa de amigos comunes, aunque se había retirado temprano para ir al *Popular*, el periódico donde trabajaba como editor y colaborador, para revisar las finas a imprimirse el día siguiente antes de volver al departamento donde se reuniría con su mujer. Cita a la cual ella nunca llegó. A la una de la mañana, cuando dos empleados de la Cruz Verde fueron a darle la noticia de la muerte de su esposa, encontraron a Carlos Jiménez Contreras leyendo. Después de enterarse de que nunca volvería a ver a Tina con vida, los acompañó a la sala de emergencias aparentemente consternado. Fue él quien identificó el cadáver, después respondió a las preguntas que le hicieron de manera puntual e incluso se ocupó de conseguir a los testigos para que validaran la identidad de su mujer: Pedro Martínez Cartón e Isabel Carbajal.

El comandante también me contó —mientras lo seguía yo en el frenético paso con que, a pesar de su prominente panza, cruzaba las calles de la ciudad— que había interrogado al matrimonio Meyer. Un arquitecto de nombre Hannes, que cuando vivía en Alemania había pertenecido a la escuela modernista de la Bauhaus, y su mujer, Lena: los anfitriones de la última cena de Tina. Ellos corroboraron cuanto

dicho por Jiménez, al igual que lo hizo una pareja de refugiados españoles presente en la reunión: Patricio Azcárate y Cruz Diz, un excoronel español y su esposa, quienes colaboraban en una asociación humanitaria cuyo nombre ahora no recuerdo.

Sin discrepancias entre sus versiones, al parecer las horas previas a la muerte de la italiana habían transcurrido en relativa calma salvo por una «discusión sin importancia» entre ella y su marido, según reveló la señora Meyer.

Más allá de esa información, aquella muerte hubiese pasado por una desgracia sin culpables si no fuera porque se trataba de Tina Modotti, «la Mata Hari del Comintern», como la había descrito la prensa al inculparla del asesinato de Mella más de una década antes; y si no fuera porque antes de que el cuerpo llegara a manos de mi padre le habían practicado dos autopsias, ambas con resultados inconcluyentes; y si no fuera porque su marido, el susodicho Carlos Jiménez Contreras, había desaparecido apenas después de haber sido interrogado.

—¿Adónde vamos? —le pregunté cada vez más intrigado, pero sobre todo cansado de seguirlo sin conocer nuestro destino.

—A casa de la muertita, lepe —farfulló mientras continuaba caminando y yo batallaba para seguirle el paso, emocionado porque de algún providencial modo me estaba incluyendo en la investigación.

«Un marido sospechoso y una posible intriga internacional a la vista», pensé aderezando los hechos con mi fértil fantasía al mismo tiempo que daba grandes zancadas para no perderme un solo comentario del locuaz comandante que, complaciendo mi adicción al suspenso, continuó:

—Si me prometes guardar silencio, te cuento algo… —dijo viéndome de reojo, como para cerciorarse de mi lealtad.

Intuí una revelación mayor, así que puse cara de sacerdote en confesionario, comprensiva y desapegada, y Rodríguez continuó sin dejar de caminar:

—Tal parece que Jiménez entró a México con ese nombre pero en Estados Unidos lo conocen como Enea Sormenti y es en realidad un agente de la GPU que nació en Italia como Vittorio Vidali —dijo desacelerando el paso y revisando con la mirada el perfil de la calle, como si estuviera asegurándose de haber llegado.

—¿La GPU? ¿Vittorio Vidali? —repetí para no olvidar la preciosa información que ya me andaba por transcribir, víctima como era de la compulsión de poner todo en blanco y negro.

—La pinche policía secreta rusa, que ahora se llama de otro modo, siempre se me olvida cuál, pero con la que el tal Vidali siempre estuvo metido. Así lo dice el expediente confidencial que me mandó el servicio de inteligencia.

—¡La policía secreta! —exclamé aún más intrigado.

—La policía política mexicana, lepe —me corrigió.

—¿Entonces en verdad es un espía?

—Posiblemente ambos lo fueran. Comunistas revoltosos, de seguro. Si ella

consiguió legalizar su estancia en el país fue porque el presidente Cárdenas le perdonó la deportación, que remontaba a su involucramiento en el atentado a Ortiz Rubio. El intento de homicidio de un presidente electo, hazme el chingado favor —dijo verificando en su libreta el número del edificio frente al cual nos habíamos detenido—. ¿Quién se atreve a hacer algo así sin el apoyo de una organización? ¿No te parece sospechoso que siguieron viviendo de incógnito, usando su verdadera identidad solamente con sus amigos más cercanos? ¿Qué necesidad tenían de ocultarse? O más bien, ¿qué tramaban? ¿Y por qué él desaparece ahora, justo después de la muerte de su mujer? No me negarás que todo está muy raro, por decir lo menos —farfulló mientras se introducía al anónimo edificio de la calle Balmis marcado con el 137 y yo, tras él, grababa mentalmente el cacofónico nombre que, sin que lo sospechara entonces, iba a cambiar el rumbo de esa investigación y el de mi vida: Vittorio Vidali.

2
Hombre al agua

Trieste, 1923

Era el 1° de mayo de 1923 y las calles de Trieste, la ciudad fronteriza y ventosa en donde el occidente y el oriente europeo se tocan para atraerse y rechazarse a la vez, estaban mojadas y enojadas. Mojadas por la lluvia que caía cada vez más recia, haciéndole honor al dicho popular: *maggio pazzerello guarda il sole e prendi l' ombrello*; o, lo que era lo mismo: en mayo siempre llueve. Y enojados estaban los ríos de obreros que llevaban años peleando por sus derechos y ese día los defendían con consignas altisonantes, recorriendo las avenidas triestinas con la fuerza de un torrente después del aguacero.

Desde una calle secundaria, un joven de cuello bovino y sienes generosas se abrió paso entre la multitud con sus manos toscas y desconsideradas. Tras él, una pareja de policías le venía pisando los talones, pero aun así el perseguido se dio tiempo para saludar a un par de compañeros —que lo reconocieron llamándolo Vidali— y gritar con ellos un sonoro «*Abasso la chiesa e la borghesia!*» antes de que los oficiales lograran acorralarlo en un callejón. Mientras tanto, las escuadras armadas de la organización política denominada *il fascio*, cada vez más numerosas y cada vez más crueles contra quienes se oponían a sus ideas nacionalistas y totalitarias, irrumpieron a golpes la protesta desde las calles perpendiculares a la avenida donde desfilaban los manifestantes a pesar de la lluvia. *Le camicie nere,* así también se les decía a los fascistas, habían comenzado a vestirse de negro precisamente en esa región —aunque la costumbre acabó extendiéndose a todo el Reino de Italia, aquel popurrí de tierras reunidas de reciente bajo una misma corona— y con ello habían proclamado que nadie más podía usar el color de la noche si no tenía un carnet del partido fascista en la bolsa y la insignia del mismo en el ojal.

Ni tardos ni mancos, los miembros del contestatario proletariado triestino, que se habían vestido de negro solo para retar a sus antagonistas, procedieron a

compensar la balanza de atrocidades en curso entre los bandos. Los Arditi Rossi —pelotones de combate de la militancia anárquica, socialista o comunista que fuera—, mezclados entre los obreros y armados de palos y hasta de las granadas que habían encontrado en las trincheras abandonadas de la Gran Guerra, sacaron sus artefactos bélicos y comenzaron a pelear sin distinguir quién era quién, pues ambas facciones vestían con el mismo lúgubre color.

Vittorio Vidali, hasta entonces un estudiante de contabilidad del Instituto Náutico —inscrito desde los diecisiete años a las juventudes socialistas y más tarde al partido comunista estrenado en Italia en 1921—, era uno de los elementos más combativos entre los *arditi*, y se hubiera incorporado gozoso a la trifulca si uno de los policías tras él no hubiese logrado esposarlo mientras el otro lo empujaba hacia el final del callejón donde lo habían arrinconado.

Justo cuando comenzaron a oírse los primeros disparos, el airado prisionero fue subido por sus captores a un moderno vehículo —recién adquirido por el ayuntamiento— que los esperaba en una calle tranquila del otro lado del pasaje. El enojo de Vittorio no era causado por su captura, un acto tan consuetudinario que uno de los policías le ofreció amigablemente un cigarrillo.

—¿No te da pena preocupar siempre a tu madre? —le preguntó el oficial, que era vecino de la familia Vidali.

—¿Y a ti no te da vergüenza estar de lado de los fachos? —contestó Vittorio después de toser, más por el afán de la carrera que por el tabaco que le ardía en la boca.

—Yo estoy de lado de la justicia.

—¿Justicia? ¿Te parece justicia la de estos tiranos? —rebatió el preso con coraje. Pero su molestia no era contra el oficial, que solo cumplía con su deber, sino contra la impotencia de saber que, a pesar del arrojo compartido con los miles de simpatizantes de su causa, y después de arriesgarlo todo en incendiarias revueltas, el movimiento obrero se perfilaba como el gran perdedor de esa contienda sin cuartel apoyada por el clero y la aristocracia y solapada, promovida y financiada por la cada vez más pujante burguesía. Sectores de la sociedad tan asustados por los movimientos sociales inspirados en la Unión Soviética —desde 1917 ejemplo revolucionario incontestable— que etiquetaban a los comunistas como traidores del Estado italiano, pero también del Capital, del poderoso *don Dinero* que la clase acomodada, así como nobles e Iglesia, veneraban, y sobre el cual, y los cuales, Vittorio hubiera escupido felizmente. Y para demostrarlo exhaló todo el humo que tenía en los pulmones, para luego aventar un gargajo por la ventanilla del vehículo —que, alejado ya de la manifestación, se movía a la considerable velocidad de treinta kilómetros por hora—, logrando que su baba fuera a estrellarse contra el vidrio junto a las tupidas gotas de agua que seguían cayendo sobre la abrumada ciudad.

Cuando Vittorio —que cumplía años con el siglo y el 29 de septiembre tendría veintitrés— entró al Coroneo, la prisión ubicada en la calle homónima, los guardias que resguardaban la entrada lo saludaron por su nombre de tantas veces que había estado allí.

—*Vidali, cos' hai combinato stavolta?* —le preguntó uno de los custodios, ansioso de saber qué había hecho esta vez, antes de introducirlo al área destinada a la recepción de reos.

—Es que si no vengo los extraño —bromeó él mientras se quitaba el saco empapado, entregaba sus posesiones y, sin que nadie se inmutara, volvía a prender el cigarrillo que la lluvia había mojado.

—A que no adivinas por qué te arrestamos esta vez —aventuró el comisario en turno con cierto paternalismo, al tiempo que el interpelado posaba de frente y de perfil para su renovado retrato.

—¿Por luchar por nuestros derechos?… Por los suyos también, eh… no lo olviden. ¿O a poco es justo que los tengan trabajando tantas horas seguidas? —contestó Vittorio en un tono tan seguro y desenvuelto que rayaba en la arrogancia.

—Hay un mandato de la magistratura —continuó el funcionario después de una pausa en la que ignoró tanto la respuesta como la pregunta recibidas—. Para variar, ahora te detuvimos por crímenes comunes —aclaró mientras Vittorio se sentaba frente a él.

—Como quien dice, esta vez estás jodido —se mofó el fotógrafo antes de alejarse.

—Ya fuera de broma, ¿de qué se me acusa? —preguntó Vidali a sabiendas de estar hablando con alguien que le guardaba una cierta deferencia.

—Asociación para delinquir, secuestro de persona, amenaza a mano armada, cateo y… —leyó el hombre, haciendo una pausa para levantar la mirada con escepticismo antes de pronunciar la última acusación— apropiación indebida.

—¡¿Se volvieron locos?! —exclamó impulsivamente Vittorio, apretando su mandíbula sin que los dientes superiores pudieran tocar los inferiores, en un gesto regido por su prognatismo y destinado a desencajarle la quijada. Hasta ahora sus arrestos habían sido por crímenes que estaba orgulloso de haber cometido: por haber incendiado el astillero donde trabajaba su padre en represalia a la destrucción de varias sedes de organismos del Partido Comunista Italiano, incluyendo *Il Lavoratore,* el diario con el cual colaboraba; o por poner bombas en los desfiles de sus más enconados enemigos: los fascistas. Imputaciones estas que jamás hubiera negado, al contrario. Pero ¿robo? ¿Secuestro? ¿Habian enloquecido todos?

—Cuando estés delante del juez verás que las acusaciones en tu contra tienen fundamento. Y ahora hagan el favor de llevárselo —ordenó el comisario bajo la mirada intrigada del inculpado, que, a falta de argumentos, optó por el silencio.

Al quedarse encerrado en la misma celda comunitaria de siempre, esa en cuyas paredes había grabado el nombre de su novia Eloísa, y en el silencio de esa tarde lluviosa y carente de otros presos, Vittorio se dio el tiempo de analizar la situación. Concluyó rápidamente que debía haber caído en una trampa de los fascistas, cada vez más coludidos con las autoridades y cada vez más ansiosos por librarse de él. Sus motivos tenían: era uno de los pocos rojos que no habían podido intimidar ni con todo el aceite de ricino que le habían hecho beber —el purgante convertido en una de las torturas favoritas del *fascio*— ni con las tantas palizas que le habían propinado, ni siquiera cuando lo acuchillaron por la espalda durante una riña y despertó, después de permanecer inconsciente durante varios días, en un hospital de la ciudad de Alessandria, en el lejano Piamonte.

Pero él no les tenía miedo. Él *no* tenía miedo. Aunque, inexplicablemente y por primera vez, esa noche no logró dormir. Daba vueltas y vueltas en el rígido colchón, preso de sus propias alucinaciones, al grado de que le pareció escuchar un alboroto a lo lejos. Estaba acostumbrado a la tensión de la guerrilla urbana que desde la ocupación austriaca libraba Trieste, una ciudad cuya región combatió primero al invasor extranjero —Austria— y luego al opresor interno —el fascismo—, pero a pesar de ello ese día no lograba tranquilizarse.

El desasosiego y el ocio son los padres de toda creación, de las manifestaciones artísticas y espirituales más profundas, pero también del miedo. Un miedo que, incapaz de derrumbar la férrea voluntad y la probada valentía de Vittorio, se le coló por el inconsciente. Esa noche, en el breve intervalo en el que logró dormir, tuvo un sueño: el de su funeral. Vio su cuerpo inmóvil, rodeado de cirios y de su familia, que lloraba inconsolable su partida de este mundo y cuyos miembros pasaron uno a uno —comenzando por sus padres y sus hermanos María y Umberto— frente al ataúd rociándole agua bendita. Era una escena tan real que Vittorio despertó con el rostro mojado, sin poder distinguir si era a causa del sudor o de las húmedas bendiciones que le habían esparcido.

Cuando las rejas de su celda se abrieron y dos guardias lo instaron a acompañarlos, estaba tan cansado que salió de allí sin beber el café que le habian traído y sin amarrarse la corbata *lavallière* —conocida en Italia como *la mazziniana* porque la llevaban Mazzini y sus seguidores, además de los anárquicos franceses— que, al igual que su camisa, se le había secado encima.

—*L' hai scampata bella*… —aseguró uno de los custodios.

—Anoche tuvimos que llamar a los soldados del cuartel vecino para impedirles la entrada a esos encopetados del Fascio di Combattimento di Trieste… —coreó otro en tono rimbombante antes de sentenciar—: Esos salvajes tenían toda la intención de acabar contigo.

Desaliñado y hambriento, con las dos tiras del moño de su corbata sueltas en símbolo de la libertad que significaban, Vittorio se presentó frente al juez instructor aún alterado por esa noticia, que explicaba el escándalo que había escuchado en el duermevela de la madrugada y comprobaba que la pesadilla de su muerte no había sido solo un sueño, sino una premonición.

Para su mayor sorpresa, el burócrata que lo atendió al llegar al tribunal —el Palacio de Justicia adosado a la cárcel, al que se accedía a través de un pasillo comunicador—, buscó su oído para informarle que las acusaciones en su contra provenían de uno de sus camaradas. Era una vergüenza que dentro del propio partido —más allá de los desacuerdos faccionarios entre socialistas, comunistas, anárquicos, socialdemócratas o cualquiera de las divisiones en las que la fuerza proletaria se quebraba— hubiese traidores, pensó Vidali disgustado, tanto del aliento en su cuello como de esa ínfima vileza.

Cuando el denunciante fue introducido en la amplia aula de audiencias, Vittorio, cuya furia había incrementado cada minuto de la hora que llevaba allí, reconoció de inmediato al hombre flaco y enjuto que acababa de llegar y lo miró con desprecio, pero esperó a que le cedieran la palabra para atacarlo:

—*Questo figlio di puttana…* —inició solemnemente después de haberse puesto de pie—. Este hijo de puta… —repitió, haciendo una pausa antes de continuar, dándole mayor énfasis a la ofensa propinada— era el secretario del sindicato textil, hasta que usó el dinero de la organización para casarse, comprar muebles y vestidos para él y su esposa. Yo y mis compañeros le pedimos amablemente que devolviera lo robado, pero se rehusó, así que fuimos a su casa con un camión en el que cargamos sus compras, con el único objetivo de entregárselas a la Cámara del Trabajo, lo que hicimos al día siguiente, para que esta las repartiera a su vez entre los defraudados. Todo esto sucedió sin armas y con el permiso del *disgraziato* aquí presente e incluso de su esposa, que hasta nos ayudó a cargar el vehículo de lo apenada que estaba.

Para entonces el juez se esforzaba en mantenerse serio, pero era evidente que la historia lo divertía. Vidali se había percatado de ello e incrementaba su talante dramático y hasta sarcástico.

Cuando fue el turno de quien de acusador se había convertido en acusado —por lo menos ante su contrincante—, cabizbajo y con un hilo de voz el sujeto sostuvo sus querellas, por lo que el juez, a pesar de la empatía que probaba por el detenido, no tuvo otra alternativa que refundirlo en prisión hasta nuevo aviso.

Resignado al encierro, desde ese día Toio, así le decían sus amigos, no pudo dejar de pensar en la pesadilla de su noche insomne, lo cual lo llevó a reflexionar sobre su exaltada labor política, en la que se había ocupado de concretar la más necesaria aspiración de un pueblo: la de conseguir igualdad y justicia para todos. Era

la tarea más importante del mundo si se pretendía que este se convirtiera en un mejor lugar, aunque en los momentos de calma de ese forzado cautiverio se percatara de cuán caro era el precio a pagar para conseguir sus propósitos.

Desde su celda, escuchaba las voces alegres de los jóvenes que caminaban en la calle a la que se asomaba su calabozo, y no podía evitar pensar en la juventud que pronto se le acabaría, así como en la cada vez más lejana posibilidad de tener una existencia normal. Una con paseos por el Carso, la meseta de tierra caliza y flores testarudas que tanto le gustaba a Eloísa, *la sua morosa*; una vida con un trabajo digno y bien remunerado, que le permitiera disfrutar de las risas y de las frivolidades propias de su edad. Una vida que, si no podía gozar como es debido, por lo menos no estuviera constantemente amenazada.

Al cabo de un par de semanas, le otorgaron la libertad provisional. El día de su salida encontró a su hermano Umberto esperándolo en la puerta del Coroneo y le extrañó verlo ahí. Al acercarse no dio crédito a sus ojos: además de notarlo tan pálido y flaco que pensó que no aguantaría un abrazo, sus pómulos estaban teñidos de tonalidades verdes y moradas, una profunda cortada en la ceja izquierda cicatrizaba apenas, el brazo derecho colgaba de un cabestrillo y cuando le sonrió asomaron de su boca menos dientes de los que recordaba.

—¿Quién te dejó así? —preguntó Vittorio, alarmado.

—¿Quién va a ser? Los fascistas…

—Pero si no militas en ningún partido.

—Por eso… —especificó Umberto, y evitó añadir: «y por ti».

—¿Qué pasó? —insistió Toio.

—Hace un par de semanas fueron a buscarte a la casa, y cuando les dije que estabas en la cárcel se enfurecieron…

—*Figli di puttana! Mi dispiace*… ¿Los demás están bien?

—Papá está en el hospital…

—¿Qué dices? ¡Ahora sí *faccio fuori qualcuno*! —exclamó Vittorio con las mejillas coloradas por el coraje y con toda la intención de acabar con los responsables.

—No fueron los camisas negras…

—¿Qué quieres decir?

—Se tiró al mar.

—¿Cómo? ¿Un accidente?

—Intentó quitarse la vida… —Umberto hizo una pausa como para que su hermano asimilara la gravedad de sus palabras antes de continuar—. Lo salvaron unos marineros, apenas antes de que se ahogara. Se arrepintió de su arranque, eso sí —lo justificó—, pero desde que perdió su trabajo en el astillero está desesperado:

nadie lo emplea y no soporta ser una carga para mamá. Yo también estoy desocupado y lo comprendo… —Umberto evitó decirle que no encontraban trabajo por ser parientes de un agitador y que, para la humillación de ambos, en ese momento la familia entera vivía de lo que ganaba Bianca, su madre. La pobre mujer cosía ajeno día y noche, con los ojos cansados y las piernas hinchadas por la inmovilidad a la que ese oficio la condenaba. Lo peor era que, aun con semejantes sacrificios, apenas conseguía poner sobre la mesa una comida al día, y ni siquiera completa.

—Llévame con él —pidió Vittorio, apoyando suavemente su brazo sobre el maltrecho hombro de su hermano.

—Imposible. Te interceptarían. Además, lo van a dar de alta muy pronto, y María y *mamma* están con él…

—Vamos a casa, entonces…

—En nuestro portón siempre hay policías… o fascistas. Tienes que encontrar otro acomodo.

Al escuchar noticias tan adversas, Vittorio se sintió culpable de la desgracia en la que había caído su familia y, más allá de la angustia que esto le provocaba, pensó en la solución que ya había acariciado en la cárcel: buscar una oportunidad lejos del sitio que le había dado la vida, sí, pero donde se había vuelto imposible vivirla. Desde su último encierro fantaseaba con irse a un lugar donde su capacidad para hacer una diferencia en el mundo no estuviera mermada, un sitio en donde pudiera ser más útil a la causa que había abrazado, la que se proponía acabar con los privilegios de unos cuantos, finiquitar a capitalistas y latifundistas para poner en manos de un Estado justo la tierra, las fábricas, la banca, el transporte, las riquezas, que serían al fin repartidas entre todos. Un lugar donde pudiera caminar orgulloso hacia un futuro más justo y ecuánime para la humanidad.

—Me iré —susurró, mientras Umberto lo veía con tristeza antes de mostrarle su agradecimiento con la mirada.

En lo que esperaba la oportunidad adecuada para largarse, Vittorio intentó reincorporarse a su rutina habitual —hecha de mítines, desfiles, huelgas y de los incendiarios artículos que solía publicar en el diario *Il Lavoratore*—, pero las dificultades de su situación pronto le cayeron encima. Varios de sus compañeros habían muerto en la encarnizada lucha en contra del fascismo, entre ellos sus mejores amigos; varios más se habían ido, algunos al interior de la región, otros al extranjero: a Argelia, a Viena o a los Estados Unidos. En ese ambiente de peligro y derrota, Vittorio se organizó como pudo dadas las circunstancias: veía a sus familiares y compañeros con cautela, comía lo que encontraba y dormía donde lo agarraba la noche; se escondía siempre.

Después de algunas semanas de vivir así, debatiéndose sobre qué hacer y cómo

hacerlo, su hermano le dio la noticia: gracias a un maquinista amigo suyo, tenía la posibilidad de zarpar clandestinamente en un barco eslavo. Vittorio no contaba con pasaporte y al estar en libertad provisional tampoco tenía forma de obtenerlo, así que convinieron que se embarcara en Arsia, un pequeño puerto de la cercana península de Istria, entonces parte de Yugoslavia. Lo que significaba que iría por tren a Albona, donde algunos compañeros de partido lo protegerían hasta que pudiera subirse a la nave.

Cuando llegó el gran día, después de haber pasado la noche en casa a pesar de que si era descubierto podía significar el fracaso del plan, la familia entera, algunos amigos y su desconsolada novia Eloísa lo escoltaron a la estación ferroviaria. Con la esperanza de que ni fascistas ni autoridades se percataran de su huida, nadie habló durante el recorrido, que parecía una procesión fúnebre cobijada por la brillante oscuridad de una madrugada repleta de estrellas. El tren llegó puntual y Vittorio, una vez trepado en el vagón de tercera clase, tuvo que contener las lágrimas al ver los melancólicos rostros de sus amados iluminarse con los primeros rayos de su último amanecer en Trieste. Sentado en el compartimiento vacío, con el bufido de la locomotora se tensó conteniendo las lágrimas y apretando en su regazo la maleta de cartón y la cesta de víveres que le había preparado su madre, sin asomarse a la última despedida de tan afectado que estaba. Temía que ver a su gente una vez más lo haría abortar su plan de largarse de una vez por todas. Solo cuando, un poco más tarde, saboreó el salami, el queso *di latteria* y la polenta, ofrecidos con generosidad por su familia —que no había comido tales delicias en meses— consiguió relajar las piernas y llorar. Más allá de las promesas intercambiadas de volver pronto, intuía que no los volvería a ver.

Llegó al pueblo de Albona sin mayores contratiempos, pero con el estómago revuelto de tanto angustiarse y de tanto comer, actividad esta última a cuya regularidad ya no estaba acostumbrado. En el andén lo esperaban dos mineros de rostros sucios que, después de saludarlo amablemente, lo llevaron a una cabaña abandonada en la cima de una loma desde donde se veía la vieja carbonera anclada en el puerto. La cadena de voluntariosos compañeros encargados de su escape, casi todos mineros y uno que otro sindicalista de la zona, había decidido esperar la noche para embarcarlo a escondidas. Quién sabe si por los nervios o por el atracón que se había dado en el tren, desde la tarde comenzó a tener retortijones que acabaron provocándole un severo ataque de disentería. Solo la lectura, por primera vez en su vida, del *Manifiesto comunista* —que le había prestado uno de los compañeros istrianos— lo acompañó en sus atribuladas visitas a la letrina. Al amanecer, cuando vinieron por él para conducirlo a la nave, se sentía tan débil y estaba tan febril que el hombre que lo recogió le ofreció su chamarra, pues estaba tiritando de frío a pesar del buen clima.

Vittorio subió la escalera de servicio de la nave con las piernas temblorosas, y

el maquinista que lo recibió, un dálmata de cara angulosa y bigotes a la Fu Man Chu, lo guió hacia el depósito de carbón, lugar donde los encargados —cuyas ropas y pieles estaban embarradas de hollín— andaban tan entretenidos alimentando el fuego de las calderas que apenas lo saludaron. Agotado por el cansancio y resignado a soportar los gases y el excremento que recorrían sus esfínteres sin piedad ni recato, Vittorio se acurrucó en una esquina de la calurosa sala donde lo habían metido con la consigna de que por ninguna razón se moviera de allí. Logró dormirse solo cuando escuchó el traqueteo de las cadenas, que anunciaba el retiro de los amarres y del ancla. Entonces soltó el cuerpo deshidratado y soñó que estaba en el infierno de Dante.

Un día y medio después despertó con demasiada hambre, las mejillas hirviendo y unas incontenibles ganas de ir al baño. El fuego seguía ardiendo en la caldera, pero ya no había nadie en ese humeante compartimento, así que, con la piel tiznada y sin pensarlo demasiado, subió a cubierta. Su aspecto era el de un tenebroso y oscuro fantasma que se detuvo, tieso cual espantapájaros, a mirar con tristeza la costa croata que corría paralela a la nave. Una lágrima limpiaba su cara de los restos del carbón acumulado al percatarse de que su amada Trieste ya no estaba en el horizonte cuando un potente chiflido lo trajo de golpe a su calidad de polizón.

—¿Y tú quién eres? —le gritó el comandante del barco después de soplar en el silbato que traía colgado al pecho, cuyo impertinente pitido solía preceder cada una de sus órdenes.

—Soy un antifascista —contestó Vittorio orgullosamente.

—¿Quién te ayudó a subir?

—Nadie.

—¿Cómo viviste hasta ahora?

—Con la comida que traje.

—¿Sabes nadar?

—Sí.

Entonces el autoritario comandante silbó nuevamente antes de pronunciar su condena:

—¡Al agua!

Vittorio abrió de par en par sus ojos resecos por el calor y el tizne, incrédulo con lo que acababa de escuchar, mientras los miembros de la tripulación presentes miraban atónitos a su comandante sin atreverse a disuadirlo de cometer lo que les parecía a todas luces una salvajada. Por su parte, el verdugo continuó impertérrito:

—Estamos cerca de la isla de Lissa, puede llegar nadando a la playa. ¡Al agua, he dicho! —repitió sin el más mínimo escrúpulo y sin importarle que esas aguas estuvieran infestadas de tiburones.

3
El hallazgo

Ciudad de México, 1942

El 137 de la calle Doctor Balmis, un sencillo y austero edificio de cinco niveles, tenía en su planta baja una farmacia dedicada a la venta de prótesis y otra del mismo giro enfrente, mientras que la funeraria a un costado invadía la banqueta con diversos modelos de ataúdes. La cercanía del Hospital General ameritaba esos giros de restringidas opciones: o te curas o te mueres, parecía ser la consigna. El inspector y yo encontramos la destartalada puerta de acceso al condominio entreabierta y él se introdujo en ella sin dudar. Yo me limité a seguirlo, intentando observar cada pormenor, tal y como lo hacían los detectives de las novelas policiacas que tanto me apasionaban. Después de subir las angostas escaleras de granito colado que nos separaban de la azotea, llegamos al último nivel con el respiro afanoso. Cuando salimos a la intemperie, el viento frío nos tanteó, mientras que las nubes grises, más cercanas que desde la calle, nos impusieron su oscura presencia.

Al lanzar la mirada al horizonte me percaté de la vista, sin duda privilegiada. La ciudad, cada vez más extendida, se ofrecía desperdigada, tan tranquila como las aguas del desaparecido lago cuya orilla había topado con las montañas a su alrededor, su antigua frontera. Los volcanes Iztaccíhuatl y Popocatépetl, en la vertiente sureña del gran valle convertido en su reino, vigilaban el altiplano a sus pies como si este fuera un súbdito amado y protegido por sus majestuosas moles. Me pareció estar en la cubierta de un barco esquivando icebergs, techos y árboles. La sala de mando de esa imaginaria nave era una casucha con techumbre de lámina, probablemente utilizada por los criados cuando el edificio había vivido tiempos mejores. Una construcción tan diminuta que parecía apretujarse entre el cielo y el suelo de aquella improvisada terraza repleta de viejos contenedores de café y botes de pintura que manos hacendosas habían transformado en jardineras rebosantes de geranios.

Saqué mi cámara de la mochila que traía conmigo y tomé algunas fotos,

primero del paisaje, luego de los detalles que mi intuición me indicaba podían ser útiles para la reconstrucción de los hechos: un martillo apoyado en el pretil —¿qué hacía ahí?—, el felpudo donde se apreciaban las huellas de unos zapatos que podían ser del marido —¿o del asesino?— y otras tomas similares. Esperaba captar con mi lente el particular clave que, en un destello de claridad, me revelaría qué le había pasado a la mujer que tanto me hubiera gustado conocer.

Un perro de pelo blanco y despeinado vino a nuestro encuentro moviendo la cola, exhibiendo así su costumbre de recibir amablemente a los extraños, mientras que los ojos vidriosos de un gato nos observaban furtivos desde las plantas.

—Se llama Suzi —nos avisó desde la ventana de la casita uno de los agentes que estaban inspeccionando el sitio—. La vecina del piso de abajo viene a darle de comer, pero hasta ahora nadie más se ha aparecido —nos informó.

—¿Y el marido de la muertita? —preguntó el comandante, que con ese diminutivo parecía querer conferirle a la desgracia de «la occisa» un poco de ternura.

—No ha venido nadie.

—Según lo que declaró, aquí vive el cabrón… —y volteó a verme haciéndome un guiño que manifestaba en un gesto toda su desconfianza con respecto a ese hombre.

—¿Qué hacemos si viene? —preguntó el otro oficial, asomándose en el quicio de la puerta de herrería que daba acceso a la última morada de Tina Modotti.

—Nada… —contestó Rodríguez antes de murmurar para sí—: Hasta saber el resultado de la autopsia no podemos hacer una chingada, y más si no encuentran evidencias en su contra. ¡Busquen con ganas! —les gritó el inspector a sus subordinados.

Entramos al minúsculo departamento, en el que cuatro personas no podían moverse sin estorbarse la una a la otra. Ante la presión de su jefe, los peritos continuaban realizando registros, sabiendo de sobra que la residencia de una víctima ofrece las mejores pistas para el esclarecimiento de su muerte. El comandante siguió interrogando a sus subalternos mientras revisaba los hallazgos que le reportaban. Por mi parte, y a pesar del interés que tenía en la investigación, no podía evitar sentirme atraído, o más bien embriagado, por el mundo de la mujer que había atrapado mi atención con su desnudez y su historia convulsa. Era un mundo sin ínfulas, el suyo, que me gustaba sobremanera. Desde el umbral de esa habitación, cuyo alquiler correspondía a cincuenta pesos al mes según les había referido el casero a los policías —una ganga, habían convenido ellos—, se vislumbraba una pequeña cocineta, un acuario sin peces, un sencillo anaquel atestado de papeles, libros y fascículos que los agentes espulgaban y una cama turca que servía de futón. Eso sí, recubierta por una tela alegre, el único elemento de un cierto lujo en esa casa, acogedora a pesar de su austeridad. Y yo, que me había colocado la Leica al cuello para moverme más libremente, seguía tomando fotos.

También había una mesa con cuatro sillas de madera que, por la máquina de escribir que tenía encima, debía servir de comedor y de escritorio a la vez, supuse mientras me iba introduciendo inconscientemente a la parte más íntima de ese abandonado hogar. En la recámara, un espacio constreñido en el que la cama matrimonial cabía apenas, unos cuantos vestidos yacían esparcidos sobre el edredón, lo que indicaba que los policías ya habían hurgado el cuarto. Impulsivamente acerqué mi nariz a las prendas, entre emocionado y desconsolado, luego las fotografié, ansioso por llevarme en la memoria la fragancia que impregnaba el lugar. Los cajones de la cómoda y del buró estaban hundidos en el desorden de ese allanamiento, mientras que la perra, de ánimo noble y tranquilo, parecía sufrir la intrusión de la cual era víctima y me seguía angustiada a todas partes. De vez en cuando clavaba su hocico en mi trasero, en un gesto cariñoso que me obligaba a apartarla de mí sujetándola del collar. En esas ocasiones el animal me lamía las manos, y yo en lo único en lo que podía pensar era en que su lengua había chupado la piel de Tina.

Hasta ese momento, y a pesar de los esfuerzos por concentrarme en mi labor fotográfica, mi curiosear parecía más el de un amante que registra por primera vez la casa de su querida que el de un investigador en busca de pruebas. Tal vez por eso mi descubrimiento me resultó aún más sorprendente.

Suzi fue quien me condujo hasta el escondite. Primero se aseguró de contar con mi atención, haciéndome zalamerías y lengüeteando profusamente la palma de mi mano. Luego me fue indicando, con sus gemidos y meneos de cola, hacia dónde quería llevarme, es decir, hasta una portezuela semiescondida detrás de la puerta del baño, un cuchitril con lavabo fisurado, taza amarillenta y una ducha oxidada. Abrí la compuerta indicada por sus afanes pensando que tal vez encontraría allí algún bicho que la alebrestaba —un ratón, una lagartija o algo de ese orden—, pero entre los tubos corroídos del ducto hallé un legajo de cartoncillo rojo ceñido con un lazo de satín que olía al mismo perfume de los vestidos de Tina. Lo desamarré rápidamente y lo primero que encontré fue una llave oxidada, luego unas fotos amarillentas de cantos percutidos con imágenes tan sugerentes que me turbaron.

En una de esas impresiones aparecía Tina desnuda. Tenía el rostro girado hacia el suelo y los ojos cerrados, tal y como la había encontrado en la morgue. Una pose que me dejó tan perplejo que tuve que voltearla por el ansia que me provocaba. Mi atención se posó entonces en la única foto en la que aparecía con alguien. Recorrí con mis ojos la imagen que la mostraba sentada en una tumbona al lado de un hombre, sin saber que era Edward Weston ni que sería el responsable de darle otro vuelco a mi vida.

Frente a esa pareja de apariencia alegre, comencé a reconstruir la escena retratada, comprobando que una fotografía, al igual que una novela, tiene la capacidad de trasportar al mundo que describe con formas y sombras el fotógrafo, o

con palabras y frases el novelista. Los personajes de la foto frente a mí habían cobrado vida, palabra y movimiento, al igual que cada uno de sus detalles, como si esa imagen fuera tan solo un minúsculo componente de una película trunca, capaz de moverse al son de quien estuviera detrás de la cámara o delante de la estampa. Una cinta que podía ser adelantada o regresada al gusto, como si hubiese quedado grabada en un casete con opción de *forward* y *rewind*.

Abstraído de mi momento presente, me fui, del 137 de la calle Balmis del año 1942, hasta Manzanillo de 1923, fecha y lugar especificados en el reverso de la impresión. Fue así como recreé lo sucedido antes y después del clic capaz de llevarme al instante que la fotografía frente a mí había congelado.

En la imagen, Edward Weston, el reconocido fotógrafo estadounidense, estaba absorto bajo la boina que protegía su piel pecosa del sol mientras revisaba unos papeles sin prestar mucha atención a lo que ocurría a su alrededor: el mar mecía suavemente el oloroso barco de carga de la United Fruit Company donde viajaban remolcados por un transbordador, el viento revolvía los cabellos de los pocos pasajeros en cubierta, y Tina, a una breve distancia, pretendía sorprenderlo capturando ese instante en una foto. Agachada bajo el paño oscuro que cubría la cámara y probando un excitación que nunca había sentido antes, al posar su mirada distorsionada en los bigotes de su querido los recordaría salados. Así los habría saboreado al despertar, un rato antes, cuando los labios de ambos se habrían unido en un beso durante la visita matutina de él al camarote de ella. Apartados detrás de los botes salvavidas que aparecían en la toma, sus cuerpos se habrían abrazado fugaz y nuevamente, aún tibios de sol y de deseo.

Mazatlán y S.S. Colima se llamaban el par de embarcaciones —guardianas de un amor que sus protagonistas todavía no se atrevían a mostrar en público, pero cuya lujuria gozaban en privado—, y serían el telón de fondo de la primera foto del viaje. Un viaje que inauguraría su vida juntos. Juntos: lo habrían logrado a pesar de todos y de todo. Juntos, se repetiría ella a cada rato. Cuántas circunstancias, cuántos impedimentos, cuántos miedos, cuántas oposiciones tenía que derribar esa palabra, tan fácil de pronunciar y tan difícil de crear en una realidad satisfactoria. Segundos antes de accionar el obturador, la vista de Tina se habría cruzado con la del joven que ocupaba el asiento frente a Edward, que se habría levantado de la tumbona donde estaba echado para acercársele, haciéndose cada vez más grande en la mirilla.

—*I'll take it myself. Sit in my place!* —le habría ofrecido Chandler, el muchacho que la alcanzó por la retaguardia y que, a pesar de no haber sido oficialmente informado del romance que su padre, Edward, sostenía con Tina, lo intuía.

Algo reacia a desperdiciar la oportunidad de retratar ella misma a su maestro, y después de un breve titubeo, Tina obedecería. Le gustaba la idea de una foto *juntos*,

que comprobaba la ausencia de imposibles si se esperaba con la suficiente paciencia o el suficiente amor. Amor y paciencia, ¿qué no son lo mismo? Extendería entonces su breve cuerpo fuera del paño de la cámara ante la cual lo había forzado a colocarse y el fular blanco que recogía sus cabellos ondearía al viento. Caminaría hacia Edward vestida con su falda vaporosa y una camisa floreada presumiendo la silueta de sus senos.

Se sentiría libre. «Libre» y «juntos», dos vocablos difícilmente conjugables en la misma frase, ni se diga en el mismo estado emocional.

El sufrimiento de los últimos meses habría desaparecido. Por fin su vida en California habría quedado lejos, al igual que la muerte: la de Robo, su marido, y la de Giuseppe, su padre, sucedidas a muy corta distancia; lejos estaría también la separación de las Richey, su adorada familia política; superadas y aceptadas estarían asimismo su renuncia a la actuación, al teatro y luego al cine, sus pasiones abandonadas; y hasta la lejanía de su madre y hermanos, sus seres más queridos. Incluso la condena de su ginecólogo, que tanto le había dolido —«los estudios indican que tiene un útero infantil, no podrá tener hijos»—, cobraría así un sentido distinto: la posibilidad de gozar las libertades que una vida libre de críos le brindaba; el amor libre, libre de maternidad, libre de convencionalismos, libre en todas sus facetas. Por fin la ilusión de un futuro nuevo aparecería en el horizonte, al igual que sucedía ahora con México, la tierra firme que surgía prometedora frente a ella.

Entonces iría a sentarse en la tumbona que había quedado vacía. Sus piernas se intercalarían con las de Edward, quien decidiría en ese momento firmar los papeles que ella le habría entregado un rato antes, para luego devolvérselos divertido:

—*It's so funny. You are funny… It's a deal, honey. A very funny one…* —diría congratulándose a sí mismo por haber elegido por compañera de viaje, y de vida, a una mujer tan ocurrente y divertida. Ahí y así, cerraría los ojos complacido, entregándose de nuevo a la caricia del sol y a la del sueño. Tina escribiría, en la parte superior de la primera hoja, la fecha que había olvidado apuntar: 13 de agosto de 1923. En cuatro días más cumpliría veintisiete años y le sobraban motivos para festejar. Doblaría el contrato, elaborado con algo de malicia y mucho humor, cuyo objetivo era sentar las bases de su vida *juntos*, porque de algo estaba convencida: no permitiría que esa inspiradora pero peligrosa palabra limitara sus aspiraciones personales. Edward le daría clases de fotografía a cambio de asistirlo en el cuarto oscuro y en todos esos asuntos que le resultaran necesarios durante su estancia en México: desde cerrar el estudio por las noches hasta adquirir los materiales para trabajar, desde mantener los registros administrativos del negocio hasta organizar la exposición que su amigo mutuo, Ricardo Gómez Robelo —el diplomático mexicano que habían conocido en Los Ángeles— les había conseguido. Su acuerdo habría quedado definido en esas hojas y, como buena y organizada marchanta que era, se sentiría satisfecha. No lo habría escrito en el contrato, porque ella y Edward lo tenían

claro: su amor sería el que siempre se habían profesado, el mismo que comenzó a tropezones, regado por su mutua inclinación por el arte y por el vaso de sake que él le había derramado encima, cuando ambos estaban comprometidos con otros. El más abierto e inspirador de los amores, sin límites ni limitantes. Crear en vez de procrear era su destino, pensaría Tina, aceptando al fin su esterilidad.

Entonces giraría su rostro hacia la cámara —contenta con sus decisiones y con sus precauciones también— y, al suspirar en señal de alivio, haría algo inusitado para ella: le sonreiría al improvisado fotógrafo con todos sus dientes. ¡Clic! sería la respuesta.

Al sonreír, Tina no podía imaginar que México, el país donde más de un año antes había enterrado a Robo, su marido, y que tanto habían anhelado conocer juntos, sería el escenario de su período más brillante como artista, pero marcaría también su ocaso, convirtiéndose en el testigo de su más grande tristeza y de su temprana, solitaria y misteriosa muerte. Una muerte que yo, Armando Zárate, prometí frente a esas fotos reivindicar. Fotos, las que tenía en mis manos, que en el curso de mi vida —y conforme fui conociendo más a detalle la de Tina, a través de la información encontrada en mis pesquisas en archivos y posteriormente en libros escritos por ella — me llevarían a interpretaciones distintas que, al leer estas páginas, confundo.

—¡Armando! ¿Dónde te metiste, lepe? —Cuando escuché la voz del inspector y sus pasos acercarse, mis latidos se aceleraron. Frente a la amenaza de perder mi botín o, lo que era peor, de tener que compartirlo, me atreví a lo impensable. Debí estar bajo el hechizo de la más seductora de las mujeres, pues solo así puedo justificar mi traición al comandante, con quien hace tiempo buscaba congraciarme. Obtener su beneplácito significaba tener acceso a fotografiar todo crimen perpetrado en la ciudad, o por lo menos así lo suponía yo. A pesar de mis rémoras a ese respecto, y en un acto reflejo, aunque bien calibrado, escondí la llave en la bolsa de mi pantalón, guardando el resto del empaque recién descubierto entre mi piel y la camisa que traía puesta. Apenas tuve tiempo de disimular mis movimientos, que Rodríguez se asomó al quicio de la puerta.

—Necesito un café antes de volver con el cabrón de tu padre… ¿Vienes, lepe?

No pude evitar sobresaltarme, quién sabe si porque temía que el comisario descubriera mi ocultamiento o porque me alegraba que buscara mi compañía. Suzi me miraba intrigada, así que la incluí en la primera ocurrencia que pasó por mi mente mientras el ritmo de mi corazón iba poco a poco apaciguándose.

—¿Qué va a pasar con el perro si no aparece el esposo de… «la occisa»? —pregunté pronunciando por primera vez aquella palabra ajena, como para dejar en claro que también para mí era solamente eso: una mujer cuya muerte investigábamos.

—Si nadie más lo reclama, irá a la perrera municipal. Es más: si para mañana no aparece, ustedes se encargan de que recojan al animal —les ordenó a sus ayudantes mientras él y yo nos incorporábamos, perro incluido, a la sala donde los agentes continuaban sus labores.

Eso significaba que sacrificarían a Suzi, lo sabía bien porque cuando le había pedido a mi padre —más bien rogado— una mascota, intenté adoptar una en la perrera municipal. Pero ni con el argumento de que salvaríamos una vida —como me explicaron los empleados de esa dependencia, además de informarme que esa noble acción no nos significaría más que el costo de las vacunas— mi padre se apiadó. Ni del perro ni de mí.

Como si oliera su destino, Suzi me miraba con una expresión dulce, aunque algo agobiada. Parecía saber que su suerte dependía de mi bondad o, peor aún, de la de mi padre. Mientras nos encaminábamos hacia la salida la imaginé muerta, al igual que su patrona, y esa idea me sugestionó. Seguía cavilando cómo salvarla cuando el comandante cerró tras de mí la puerta que conducía a las escaleras con Suzi del otro lado. Bajamos tan absortos en nuestras respectivas preocupaciones que olvidé momentáneamente el legajo que traía clavado en el pecho y que al igual que su protagonista se clavaría en mi corazón.

Una vez en la calle, el inspector se detuvo en un puesto callejero a comprar los periódicos que, según dijo, en la prisa de esa mañana ajetreada no había tenido tiempo de revisar. Nos sentamos allí cerca, en un café de chinos de camino a la funeraria, y por fin entendí su cada vez más evidente motivo para fraternizar conmigo: mi incondicional disposición de escucharlo.

—Estos pendejos no han encontrado nada, ni un solo ilícito. ¡Chingada madre! Tengo encima a los diarios del país entero, del país entero… y hasta a los extranjeros —se desahogó en el acento franco con que entonaba sus palabrotas —era originario de Chihuahua y endémicamente malhablado— antes de pedirle al mesero dos cafés sin siquiera preguntarme si yo quería uno.

Me dio pena su angustia y tuve ganas de mostrarle el paquete que traía adherido a la piel por el sudor que me provocaba, pero era consciente de que, justo cuando me estaba ganando su confianza, no podía arriesgarme a perderla mostrándole la evidencia de mi traición. Además, no veía de qué manera unas fotos de Tina iban a ayudarle a resolver el caso; la llave, esa sí que podía llevar a algún descubrimiento, pensé mientras la buscaba en la bolsa de mi pantalón. Al sentirla áspera al tacto la imaginé guardiana de un secreto, algo contundente que revelaría lo sucedido con la muerte de su propietaria y me permitiera de ese modo conseguir el favor de Rodríguez, pues si lograba averiguarlo antes que él sería su conducto para resolver un caso mayúsculo, como lo indicaban los encabezados que me leía,

desdoblando ruidosamente las hojas de los diarios recién comprados y pasándomelas una a una. «La mujer misteriosa de Moscú», «Era una espía comunista», «Murió porque sabía demasiado», «La mataron por trotskista», «Ella fue cómplice del asesinato de Julio Antonio Mella» eran los títulos. Un continuo sucederse de sospechas que, si bien podían ser el resultado de una perversa especulación mediática, recaían inevitablemente sobre la investigación del inspector con todo y sus muchas implicaciones.

Mientras una de mis manos se aferraba a la llave y saboreaba los posibles éxitos que esta me traería, con la otra distendía las páginas arrugadas de *El Nacional*, entre cuyos anuncios uno llamó mi atención.

—«El sepelio se efectuará hoy a las 10:00 horas partiendo de la Agencia Funeraria "La Moderna", calle de José M. Izazaga (antes San Miguel) número 139, hacia el Panteón Civil» —leí en voz alta. «Parece que los antifascistas italianos residentes en México convocan hoy a honrar a su camarada», pensé antes de repetir lo más alarmante—: A las diez.

—¿A las diez? Carajo. Eso es ahora ¿Habrá entregado el cuerpo tu padre? Como sea, tenemos que ir. ¿Qué horas son? —exclamó Rodríguez mientras consultaba su reloj y se respondía a la vez—. Las nueve y media. ¡Chingada madre! Ni beber un café en paz puedo —se quejó a manera de atropellada disculpa antes de exclamar compungido su verdadera molestia—: La van a enterrar y yo aún no tengo otro sospechoso que su marido. ¡Carajo!

—¿Qué pruebas hay en su contra? —pregunté, intrigado por saber si había encontrado en dónde colgar la culpabilidad de Carlos Jiménez; mejor dicho, de Vittorio Vidali.

—Acusaciones de periodistas aparte, no sería la primera vez que un esposo mate a su mujer —bromeó el inspector mientras buscaba a un mesero con la mirada y continuaba su cátedra—. Comenzando por Cortés tenemos en México un historial de uxoricidas —y al pronunciar ese extraño nombre se rió—. Para que veas que también yo sé hablar elegante, lepe. Así se llaman los cabrones que se escabechan a sus viejas, por si no lo sabías —precisó mientras yo guardaba en mi diccionario mental la palabra, que, efectivamente, no conocía—. Hay días que si pudiera desaparecer a mi mujer… —concluyó, añadiendo—: ¡Tú no comprendes porque estás soltero!

—Ninguna prueba, entonces —convine sin interés en filosofar sobre el matrimonio, mientras con mi mano oculta seguía aferrado a la llave que alimentaba mis esperanzas de abrir, simbólica o materialmente, la puerta de acceso a Tina.

—Si suponemos un poco, y no olvidemos que las suposiciones son los primeros acercamientos a la verdad —dijo Rodríguez al levantarse—, ¿qué tal si la occisa hubiese amenazado a su marido con dejarlo, una idea que apareció entre líneas durante el interrogatorio de la Meyer?… ¿Y qué tal si Vidali, para evitar que Tina

ventilara información que no debía repetir, hubiese optado por eliminarla? Al estilo soviético, como dicen los periódicos, usando una de esas sustancias que sintetizan las toxinas y producen un arresto cardiovascular aparentemente natural. Si la autopsia revelara que la envenenaron voy a entambar al Jiménez ese. O como se llame el cabrón —Se detuvo para pedir la cuenta con un ademán.

—Vittorio Vidali —añadí yo, pronunciando ese nombre con todas sus letras.

—Como se llame, lepe. Lo importante ahora es que tu padre haya terminado el informe… y se digne en entregármelo —dijo mientras dejaba unas cuantas monedas sobre la mesa, pues el camarero nada más no aparecía.

—Mi papa es el mejor patólogo de México. No le gusta que le digan lo que tiene que hacer, pero siempre acaba haciendo lo correcto. —le aseguré, volviendo la mirada rápidamente al ejemplar de *El Nacional*, en el que aparecía otro anuncio con relación a Tina y firmado por los fotógrafos de los periódicos de México, antes de levantarme de la mesa.

—Piensa mal y acertarás, dicen… —afirmó tomando su abrigo con la mano y antes de que yo lo retara:

—Pero si así fuera, si hubiese sido envenenada con un método secreto, la autopsia no serviría de nada —rebatí, comenzando a convencerme de que la imaginación del inspector superaba la mía, aunque con el historial de Vittorio Vidali toda sospecha era más que fundada.

—Cuento con el talento de tu padre. ¡Vámonos ya! —me arreó entusiasta.

4
Las mil y una huidas

Argel, 1923

—Mañana llegaremos a Argel —anunció un marinero en el comedor de la tripulación, donde Vittorio cenaba desde que el capitán le había perdonado la vida en vez de tirarlo al mar, accediendo a desembarcarlo en la próxima parada de la nave en la cual el italiano, subversivo y bravo, había huido de Trieste.

Ansioso con la noticia, Vidali, que se pasaba los días en estado meditativo, como si hubiese salido de una larga enfermedad, subió a cubierta desde el alba para descubrir una luminosa luna llena y, conforme fue amaneciendo y el barco siguió desplazándose hacia el puerto, la ciudad blanca. Alumbradas primero por esa gran esfera plateada y más tarde por los rayos de un sol a punto de tornarse insolente, aparecieron las colinas detrás del conglomerado; luego los barrios altos en su descenso al mar, con sus palacios y sus minaretes; y, finalmente, los muelles, revelándole un paisaje envuelto en una tenue neblina dorada que enamoró a Vittorio a la distancia. También divisó en la proa del barco una bandera amarilla, la indicación de algo que ya sabía de sobra, pero que el capitán estaba obligado a manifestar: a bordo había un caso de fiebre tifoidea.

Temeroso de que hubiese problemas con su desembarque, ya sea por las precauciones sanitarias del gobierno argelino, ya sea por no tener documentos, apenas Toio avistó una embarcación aproximarse a la nave, bajó por la escotilla lateral con su maleta en la mano. Llamó con señas al único tripulante y, cuando tuvo a tiro al pescador de edad incierta y rostro enmarcado por barba y cabellos blancos, le explicó su condición de indocumentado, pidiéndole que lo llevara a tierra a cualquier costo. Traía consigo ochocientas liras, reunidas con esfuerzo por su familia antes de su partida, así como el anillo de bodas de su madre y una maleta de cartón con un par de zapatos remendados por su padre, un traje percudido y algo de ropa íntima, cuidadosamente planchados por su hermana. Pero el viejo, que parecía tal

más por la cantidad de arrugas y el color de su poblada mata que por el paso del tiempo, rechazó la oferta.

—No quiero tu dinero. Si te ayudo es por otras razones —le aclaró Henri Esposito, nombre con el cual se presentó el individuo mientras le tendía la mano para ayudarlo a subir a su bote—. Mis abuelos nacieron en Nápoles. Mi familia también odia a Mussolini… y a todos los tiranos —le explicó al arrancar hacia tierra firme, sorteando las olas que salpicaban agua y que obligaron a Vittorio a proteger su endeble equipaje con el cuerpo.

Antes de llegar a un muelle solitario, Esposito le dio al recién llegado sus datos y los de una pensión donde le recomendó alojarse, así como un último consejo: que se abstuviera de visitar los burdeles de la ciudad.

—Recuerdaaa: si una puta te apesta te jode para siempreee… —le gritó alejándose mar adentro, después de que Vittorio saltara al terraplén de la orilla en un movimiento rápido y certero.

A Vidali le bastó recorrer las bulliciosas calles adyacentes al puerto para darse cuenta de que Argel era una ciudad, por lo menos en apariencia, abierta y hospitalaria, en la que la gente vivía más al aire libre que en sus casas. Cuando llegó a la pensión sugerida por el marinero, y operada por una pareja de dálmatas originarios de Spalato que hablaban italiano, se enteró por cuenta de ellos de que esa sonriente capital era también un centro de espionaje y contraespionaje, de trata de blancas y de contrabando. La pensión era un lugar de paso y, según sus anfitriones, visitado asiduamente por la policía, que solía hacer redadas arbitrarias, en especial durante las noches, por lo que le recomendaron encontrar a la brevedad un alojamiento más seguro.

En el ínter le asignaron un cuarto, amueblado muy parcamente pero limpio y con una ventana que asomaba a un patio sombreado por una frondosa palmera. Agotado, Vittorio se acostó aún vestido sobre la cama. Meditaba acerca de las informaciones recibidas cuando la puerta se abrió de improviso y un joven de mirada audaz irrumpió en la habitación.

—Me llamo Alfredo y soy triestino, *benvenuto!* —dijo sin pausas—. Esta botella de tinto viene de Dalmazia, pero es tan bueno como uno italiano.

—Gracias —resopló Vittorio, todavía sorprendido por la aparición.

—Te conozco de nombre. Esposito me dijo que podía encontrarte aquí. Los fascistas también me quieren muerto, hice cornudo a uno de ellos...

—Excelente venganza, te felicito… —aplaudió Vittorio empinándose la botella ofrecida por su interlocutor—. ¿Y aquí qué haces? —preguntó al cabo de un buen sorbo.

—Llegué hace tres meses y sin papeles no hay manera de encontrar un trabajo

legal, así que me dedico al contrabando.

—Yo también necesito trabajar —admitió Toio para ver si su nuevo amigo lo convidaba a su negocio, pero Alfredo se guardó bien de hacerle cualquier ofrecimiento a ese respecto.

—Por peso, estatura y edad, calificas para entrar a la Legión Extranjera. Allí no piden papeles, la paga es buena, el contrato se renueva cada cinco años y en quince te jubilas con una generosa pensión.

—¿Y por qué no le entraste?

—Porque estoy juntando dinero para irme a América. Quiero casarme, tener hijos y ser rico —contestó orgullosamente mientras Vittorio lo miraba escandalizado de semejantes aspiraciones, tan diferentes a las suyas.

—Un amigo se enroló en la Legión Extranjera en Marruecos con la esperanza, una vez en las montañas, de unirse al otro bando, a los rebeldes del Rif de Abd el-Krim. Nunca pudo cumplir su sueño guerrillero: murió por la picadura de un alacrán y maldiciendo la Legión, donde acabó sirviendo quince años —concluyó Vidali como para sí.

—Siempre hay inconvenientes, pero si esa idea no te convence puedes visitar a los del partido comunista, al fin que te gusta la política… —sugirió Alfredo, mientras seguían alternando la botella que, poco a poco, se iba vaciando.

Aseado y descansado, al día siguiente Vittorio fue a entrevistarse con la dirigente del partido comunista local, una francesa pecosa y miope gracias a la cual se enteró de la presencia en el país de casi 35,000 italianos y de la limitada labor de propaganda que el partido conseguía hacer con ellos. Según el veredicto de la maestra Germaine —ese era el nombre de quien guiaba a los rojos de Argelia—, sus compatriotas formaban una masa políticamente amorfa, controlada por los fascistas, cuyos tentáculos llegaban hasta allí.

Después de que la mujer recibiera las dos tiras de tela colorada que el partido y las Juventudes Socialistas de Trieste le habían entregado a Vidali como cartas de presentación —pues temían que recomendarlo de forma distinta lo expusiera si llegaba a caer en manos fascistas—, aventuró una propuesta:

—Tengo un encargo para ti —le dijo a Vittorio cada vez más misteriosa—. Es delicado, pero…

—Me sobran discreción y valentía, como lo dicen mis credenciales, aunque sea con colores —bromeó él, haciendo referencia a los códigos usados por los comunistas para comunicarse.

—Estamos preparando una gran huelga ferroviaria y queremos asegurarnos de su éxito. Necesitamos sondear el sentir de la gente, saber si está de nuestro lado y medir el termómetro de la Legión también, pues será la encargada de sofocar la

insurrección, si la hay.

Vittorio obtuvo así la encomienda de visitar algunas provincias y de tantear la división del ejército francés formada por trotamundos de toda especie conocida como «la Legión», con la condición, eso sí, de que llevara a cabo las categóricas y precavidas órdenes de la maestra:

—No recibirás correspondencia más que vía apartado postal y, en cuanto a tu participación en el partido, te limitarás a mantener contacto conmigo, absteniéndote de intervenir en cualquier otro asunto político que no sea el encargado. Los argelinos, ni se diga los franceses, quienes realmente mandan aquí, son muy severos con los extranjeros entrometidos— lo previno Germaine.

Vittorio salió de la austera oficina que ocupaba la maestra contento de sentirse útil a la causa de los oprimidos de ese país y comenzó las primeras semanas de su vida como desterrado voluntario mudándose a un acomodo más discreto y económico —la casa de un ferrocarrilero comunista en las afueras de la ciudad— mientras disfrutaba de la algarabía árabe en la que pronto se encontró sumergido.

Fue encariñándose rápidamente con la exótica ciudad que lo albergaba: enamorándose de sus plazas, de sus jardines, de sus parques, de su puerto, de la Casbah, el casco antiguo, pero también y sobre todo de su gente. Amaba despertar cada mañana con una horda de turbantes blancos montados en sus caballos pura sangre, cuya llegada era anunciada por trompetas y cuyas cimitarras brillaban con el reflejo de los primeros rayos de sol; o sentarse en la saliente natural donde lo dejaba el tranvía, a unos diez minutos caminando de su nuevo hogar. El sitio con la vista más privilegiada del golfo, en el que cada atardecer solía filosofar con Alí, un viejo lúcido y viajado, que no dejaba de invocar a Allah sin repetir una sola de sus anécdotas. Lo entusiasmaban también los viajes que, por cuenta del partido, hacía al interior del país, en especial modo a las provincias de Orán y Constantina, donde había encontrado un gran número de adeptos a la huelga por venir.

Se sentía tan a gusto en esa tierra que acarició una idea que hasta entonces le había parecido descabellada, a pesar de que la misma Germaine —aunque fuera por estrategia partidista— se la había sugerido: enlistarse en la Legión Extranjera, lo que le garantizaría una buena dosis de aventura y una digna compensación económica, pero sobre todo le permitiría controlar, y posiblemente evitar, la represión en el momento en que estallaran los disturbios.

—¿Cuándo puedo comenzar? —le había preguntado Vittorio al encargado de los reclutas después de haber sido examinado por un médico y haber cumplido escasamente con los requerimientos necesarios, pues medía tan solo diez centímetros más de la altura mínima para ser admitido.

—Apenas firmes este contrato comprometiéndote a servir a la Legión con honor y fidelidad y rindas juramento al oficial mayor —dijo el legionario que lo había atendido, ofreciéndole un papel con los mandamientos de la institución—.

Hoy se retiró temprano, pero te esperamos mañana desde el amanecer —concluyó el hombre, convencido de tener frente a sí a un futuro colega.

Vittorio se despidió con la solicitud de adhesión en la mano y un entusiasta «*Oui. Merci*», mientras que el hombre le repetía el lema *LEGIO PATRIA NOSTRA*, escrito en caracteres cubitales encima del documento.

Lo que Vidali no podía imaginar al día siguiente, cuando decidió renunciar a la Legión —lo que, por cierto, enfureció a Germaine— fue que su negativa a enrolarse acabaría por llevarlo a otra huida, causada, paradójicamente, por las precauciones ordenadas por su jefa.

Hasta ese momento, tal y como ella se lo había pedido, Vittorio se había mantenido en contacto con Italia a través del apartado postal de la oficina del correo, adonde iba a recoger regularmente su correspondencia. Un par de semanas antes había recibido, en un mismo día, dos cartas provenientes de Trieste: una de Eloísa, su novia, y la otra de Antonia, una joven que había conocido antes de su partida. Ambas rebosaban de insultos. Vittorio no tardó en darse cuenta de que el error había corrido por su parte: le había enviado a cada una la carta que le había escrito a la otra, lo cual había enfurecido a las dos. A causa de ese incidente, que acabó poniendo fin a sus amores italianos, se volvió asiduo de la oficina postal, pues guardaba la esperanza de recibir el perdón por lo menos de una de *sus* mujeres.

Tres días después de haber participado en el habitual picnic dominguero organizado por el partido en algún pueblo cercano —en el que promovían la huelga entre los simpatizantes comunistas del sitio—, y una semana después de haber dejado plantada a la Legión, pasó al correo central a ver si había alguna novedad. Antes de que entrara, uno de los empleados lo interceptó:

—Aléjate de aquí y no vuelvas —le informó al salir a su encuentro—, ¡la policía ha dado la orden de confiscar tus cartas y pidió ser avisada en cuanto aparecieras!

Vittorio agradeció al soplón y se apuró a perderse en los callejones de la ciudad, consciente de que la cacería del gobierno francés al mando en el país —determinado a impedir que un agitador como él provocase desórdenes en sus colonias— no iba a parar hasta aprehenderlo.

Acorralado, Vittorio concluyó que la idea de Alfredo de irse a América, compartida con miles de italianos en busca de mejores condiciones de vida, a ese punto y dadas las circunstancias, era la más conveniente. Una semana después del susto —que lo llevó a renunciar a ver a sus amigos y a ir a sus lugares predilectos—, entró al puerto argelino el transatlántico Martha Washington, en ruta desde Trieste a Nueva York; es decir, con tripulación y pasajeros originarios de su región. A Vittorio esa nave le pareció el mejor de los agüeros. De inmediato se volcó a organizar, junto con

Alfredo, una huida bien planeada, que limitara los riesgos de ser descubierto y devuelto a Italia o, ya que había manifestado su interés por enrolarse, de ser condenado a cinco años de Legión Extranjera sin sueldo, comprobando que esa posibilidad era un castigo similar a la cárcel.

Uno de los tripulantes del citado buque, un cocinero triestino que los conocía, estuvo dispuesto a ayudarlos por una módica compensación.

—Se embarcarán una, máximo dos horas antes de la salida del barco, es decir, mañana a eso de las ocho de la noche. Cuando vean a la tripulación regresar a bordo confúndanse entre ellos, yo los esperaré en la escalera de servicio para mostrarles su escondite. Si estuviera de guardia algún oficial de la Milizia Volontaria per la Sicurezza Nazionale, lo reconocerán por la sigla MVSN escrita en el uniforme, aborten la misión. En ese caso me encargaré de colgarles una escalera por el costado de la nave —les aclaró el cocinero en un bar del puerto, antes de beber el último trago y llevarse las maletas que los futuros polizones le habían traído según lo acordado con anterioridad.

A la tarde siguiente, después de despedirse de quienes lo habían ayudado durante su estancia argelina, Vittorio estaba nuevamente trepado en la embarcación de Esposito, dando vueltas a la mastodóntica nave apellidada Washington, atestada de oficiales del MVSN, pero ni el cocinero ni la escalera prometida aparecían. Durante la larga y agobiante demora, amenazada por la guardia costera que patrullaba la zona, Esposito estaba cada vez más nervioso y Alfredo ya hablaba de regresar al puerto y renunciar al abordaje.

Vittorio, en cambio, decidió arriesgarlo todo.

En un osado atrevimiento, y gracias a lo que calificó como «una corazonada», convenció a sus compañeros de aventura de ir hasta las últimas consecuencias. A cabeza baja, como toros entrando a la plaza, y cada uno con un pedazo de papel garabateado en mano —con el cual simulaban contar con sus respectivos documentos—, Alfredo y Toio subieron por la escalera principal, la única a la vista, para darse cuenta, al final del ascenso, de que habían llegado precisamente al puente de la comandancia, el único lugar donde no deseaban estar. Por fortuna no había nadie allí. Alfredo tenía la respiración afanosa y Vittorio palpitaciones cuando se miraron uno al otro, incrédulos de su hazaña y sin saber dónde meterse. El disco fulgurante del sol estaba desapareciendo en el mar, llenando de fuego el horizonte, cuando se atrevieron a bajar por la única escalera interna que encontraron. Una vez en el oscuro pasillo al que esta los condujo, se toparon con un sujeto rechoncho que gesticulaba con otro muy flaco mientras ambos caminaban de prisa seguidos por varios hombres más que discutían entre sí en italiano. ¿Qué hacer? En momentos semejantes un segundo es eterno e invaluable, pensó Vittorio, quien antes de llegar al final del pasillo y seguir arriesgándose a ser descubiertos vio la puerta de un camarote abierta y entró, seguido por Alfredo, que, blanco del susto, la cerró instintivamente

tras él. Ninguno de los dos tenía idea de dónde estaban ni por qué nadie les había pedido sus documentos, pero apenas sus taquicardias se apaciguaron, observaron más atentamente su entorno.

La cabina en la que irrumpieron era amplia y desde el obló entraba la última luz del crepúsculo. Todo les parecía irreal y peligroso, y más cuando se dieron cuenta de que una de las dos camas estaba ocupada por un hombre sumergido en un sueño profundo. Roncaba tan impúdicamente que, de tanto en tanto, se sacudía, como si estuviera protagonizando una pesadilla.

Al intercambiar miradas, tanto Alfredo como Vittorio se quedaron inmóviles, pausando la respiración. Permanecieron así, en ese limbo incómodo, hasta que escucharon el parloteo de pasajeros y tripulación proveniente del piso superior intensificarse, y luego la sirena que anunciaba formalmente la salida.

Apenas tuvieron la seguridad de que el barco había zarpado, la alegría y la angustia se mezclaron en sus venas. Sabían que no había puerto intermedio en la ruta a Nueva York, por lo que, si eran descubiertos, los arrestarían y tendrían varios días para ver cómo evitaban la deportación una vez llegados a destino. Para cuando eso sucediera ya estarían en América, con un mar de posibilidades a su disposición, suspiró Vittorio al pensar que si no lo habían tirado por la borda frente a la costa croata no iban a hacerlo ahora en medio del océano Atlántico.

Ideas como estas llenaban su mente cuando se abrió la puerta de par en par y la corpulenta figura del amigo cocinero apareció frente a ellos, sosteniéndose apenas de pie. Había sido el último en subir a bordo, apenas a tiempo para que la nave no lo dejara, pues había olvidado su acuerdo. La causa era la tremenda borrachera que se había puesto, les confesó balbuceando, antes de estallar en llanto, abrazándolos, deshaciéndose en convulsas y malolientes excusas, para acabar quedándose dormido. Al caer súpito en la cama vacía, el otro inquilino del camarote se despertó y los miró entre curioso y temeroso. Alfredo se apuró a explicarle la situación; es decir, que a su compañero de habitación se le habían pasado las copas y que le contaría todo al día siguiente, pero solo logró que el recién despertado aceptara ocultarlos a cambio de un dinero. Cerrado el trato, el hombre se levantó de la cama y les informó que también era cocinero, del turno de la noche, y que podían usar su litera durante su ausencia.

La casualidad, compañera habitual de un destino a menudo absurdo, no solo quiso que el camarote al que entraron fuera precisamente el de su cómplice, sino que el cocinero nocturno resultara declaradamente fascista —según lo que él mismo les explicó cuando entraron en confianza, aunque precisó que lo era «solo por conveniencia»—, lo que se reveló de lo más útil. El suyo fue el único camarote que por tener un inquilino simpatizante del *fascio* no fue registrado por los guardias de la MVSN que, avisados de que el mismísimo Vidali viajaba de incógnito, estaban tan empeñados en encontrarlo que hicieron catorce controles durante la travesía. Allí

escondidos por el viaje entero, Vittorio y Alfredo durmieron por turnos en las camas vacías y fueron alimentados abundantemente y con el solo encargo de meterse, en caso de una visita inesperada, en los baúles destinados a las toallas y con orificios para permitirles respirar. Cuando finalmente llegaron a suelo americano estaban descansados y hasta lucían unos kilos de más.

Incluso para desembarcar en Nueva York, en el atardecer nublado y gris en el que atracaron, el destino los favoreció. El cocinero «fascista» optó por quedarse a bordo, otorgándole su salvoconducto por cien dólares a Alfredo, quien se volatilizó de inmediato en búsqueda del confortable futuro que tanto anhelaba. El otro cocinero le dio el suyo a Vidali por tan solo diez. Nadie quiso aceptar en pago el anillo de la madre de Vittorio, lo más valioso entre sus pertenencias.

Esa misma noche casi cincuenta miembros de la tripulación desertaron eligiendo «la libertad americana», como la definieron al despedirse alegremente entre sí. Entrado en amabilidades, uno de ellos ofreció acompañar a Vittorio hasta Brooklyn, a la casa de un anárquico triestino que quería presentarle. Alguien dispuesto a ayudar a un compañero, le aseguró.

Al caminar por las calles sucias y poco alumbradas de esa gran metrópoli, Vittorio, a pesar de estar en compañía de un buen hombre y de ir a la casa de otro, se sintió algo perdido. Contento de haber logrado cambiar de continente y, sobre todo, de haber escapado de la amenaza fascista, no sabía qué le esperaba en los Estados Unidos, una tierra que, desde que había divisado la Statue of Liberty y le habían explicado lo que ese monumento simbolizaba, esperaba que le otorgara la libertad de hacer *l'America* a su modo.

5
Velar el alma

Ciudad de México, 1942

Llegamos a la funeraria, muy cerca de la casa de Tina, caminando y en absoluto silencio, como si se nos hubiesen acabado los argumentos o estuviésemos reflexionando sobre los que habíamos expuesto. Con la intención de que le reportara cualquier dato relevante, el comisario me había dado la orden de colocarme estratégicamente cerca del acceso. Desde allí alcancé a ver a un pequeño grupo de personas que empezaba a impacientarse, cuando una joven de cabello ondulado y recogido en coleta descendió del carro fúnebre que se había estacionado frente a La Moderna, el nombre de la casa mortuoria elegida.

La encomienda del inspector era que pasara yo inadvertido y pudiera así servirle de espía. En esas estaba yo cuando la mujer de piel apiñonada y pelo oscuro entró al establecimiento y el féretro de Tina fue llevado hasta el interior del escuálido edificio, bajo las miradas tristes de la concurrencia y con tan sorprendente facilidad que parecía estar vacío.

Me mantuve atento, bien dispuesto a convertirme en el informante de Rodríguez, pendiente de todo movimiento o comentario y listo para abalanzarme sobre Vidali, el hombre cuya foto el inspector me había mostrado por enésima vez y cuyo aspecto me esforzaba en mantener memorizado.

Varios de los que esperaban saludaron afectuosamente a la recién llegada, llamándola Isabel. Dos mujeres se le acercaron antes de que pudiera avanzar, dejándome bien posicionado a su lado. Una de ellas, la de los ojos llorosos, la abrazó susurrándole algo al oído, pero solo escuché la tajante contestación:

—No lo sé, Luz.

—¿Cómo desaparece ahora? —exclamó entonces la tal Luz, mientras que la tercera mujer la reprendía, con acento castizo y sin diplomacia alguna:

—¡Cállate, Luz!

—Déjala, Cruz. Esconderse es su mejor opción. Él sabrá qué hacer… —concluyó Isabel, quien, después supe, se apellidaba Carbajal y había ido a identificar el cuerpo de Tina con Vidali.

—¿Por qué tardaste tanto? —le preguntó Cruz con discreción y con la misma cadencia sonora de mis tíos gachupines.

—No sé cuántos estudios le hicieron a la pobre… —se justificó Isabel, evidentemente afectada por la tensión de las últimas horas.

La mujer llorosa y de nombre Luz abrazó de nuevo a Isabel, al mismo tiempo que Cruz le ponía la palma de la mano en la espalda y las tres se unían en un enlace afectuoso.

—Queremos hacer una colecta para publicar una biografía con los homenajes póstumos, pero debemos consultar a Carlos… —dijo Luz apenas se separaron, mientras Cruz, quien parecía más en control de su ánimo y de su lengua, le dirigía una mirada de reproche antes de contarles:

—Leocadia propuso una conmemoración en el Teatro del Pueblo… ese que está en el Mercado Abelardo Rodríguez.

—De lo que hay que ocuparse ahora es de este funeral. No nos agobiemos con más asuntos de los que podemos atender —concluyó Isabel, adelantándose a quienes la habían interceptado para desplazarse al interior de la sala, donde se desplomó en una silla cedida por uno de los asistentes.

En lo que el comandante y yo observábamos a la comitiva reunida alternar cuchicheos pasó un rato, durante el cual los sepultureros debían estar arreglando los destrozos de la autopsia, o al menos maquillándole el rostro a «la occisa» antes de traerla a la sala. Rodríguez merodeaba la puerta tras la cual había desaparecido el féretro como si quisiera asegurarse de que este no estuviera vacío. Según él, no era la primera vez que se oficiaba un funeral de una posible víctima de homicidio sin cadáver, y estaba convencido de que el de Tina seguía en la morgue.

Me lo había dicho antes de entrar, mencionando la consueta guerra entre deudos y forenses, los primeros empeñados en que los suyos descansen en paz y los segundos en que ventilen sus secretos, aunque estos se resumieran en vísceras repletas de heces, órganos con semen no identificado o sangres contaminadas por sustancias alterantes.

En cuanto los cargadores introdujeron nuevamente el ataúd a la sala, los pocos asistentes que seguían sentados se pusieron de pie y los que todavía traían sombrero se lo quitaron. Una vez colocado el cofre en el centro del reducido espacio —rodeado de coronas, ramos y flores sueltas—, uno de los empleados de la funeraria abrió la tapa y vi a Rodríguez asomarse entre la gente para alcanzar a ver el contenido del féretro.

Para su sorpresa, y la mía, allí estaba el cuerpo por el que todos bramaban.

Desde mi privilegiada posición, unos escalones arriba del resto, alcancé a ver el

rostro de Tina —serio, pequeño y con mejillas y nariz cubiertas de pecas oscuras—, que parecía una mancha solitaria en la sábana cándida. Cabello y orejas estaban tapados por un pañuelo blanco, planchado y almidonado, eso sí, y puesto de tal forma que Tina Modotti, en su última aparición pública, parecía una monja de clausura.

Los convocados comenzaron a desfilar frente al ataúd. Nadie se persignaba ni rezaba, lo cual, paradójicamente, me dio cierta tranquilidad. Tal vez porque mi abuela paterna había dilapidado su herencia en donaciones al clero, no le tenía confianza a la Iglesia. Era el primer entierro ateo al que acudía y estaba curioso de ver cómo se las arreglaban los que no contaban con Dios en sus filas. Mi duda quedó resuelta cuando alguien cubrió la parte cerrada del féretro con una bandera roja, mientras uno de los hermanos Mayo, un profesional de la nota gráfica, se abría paso entre la gente para robarle a Tina una última imagen.

—¿No la van a dejar en paz ni de muerta? —lo atacó un hombre vestido con un overol de mezclilla y un tono de voz apenas más alto del usado en el recinto, evidentemente empeñado en no interrumpir los honores en curso.

También yo me puse en la fila para ver el cuerpo que, ataviado virginalmente, ostentaba la fuerza conferida por la hoz y el martillo, los elementos estampados en la bandera con la cual habían cubierto la mitad inferior del ataúd. Eran los símbolos de una patria sin fronteras, de la hermandad proletaria a la que, al parecer, los presentes veneraban con la misma fe que los católicos a Jesucristo. Y justo cuando logré empujarme hasta quedar frente a Tina, alguien puso sobre el lábaro comunista un retrato suyo, lo que me remitió a una disyuntiva: ¿representación o realidad? Entonces no sabía que esa foto —en la que Tina aparecía con su conmovedora fragilidad enmarcada por madera oscura— la había tomado Weston en Los Ángeles años antes; tan solo me impactaba la fuerza de la personalidad impresa en ese, de otro modo, insignificante acetato. Imagen que miré por unos momentos, hasta que mis ojos se desviaron al cuerpo, percatándome repentinamente de que sería la última vez que estaría en presencia de esa carne y esos huesos. La idea me conmovió y una lágrima rodó por mi mejilla, primero tímida, luego expedita. Apenas la sentí desprenderse de mi piel, volví a los expresivos ojos que me miraban desde el retrato para enfrentarme con la vulnerable materialidad de la que estamos hechos.

No sabía entonces que, de algún paralelo modo, estaba experimentando el gran conflicto de Tina como fotógrafa, el que le había planteado a Weston en varias de las cartas que intercambiaron y que años después leí gracias al archivo que la descendencia del fotógrafo le vendió a la Universidad de Arizona. «No puedo aceptar la vida como es, es demasiado caótica, demasiado inconsciente; de ahí deriva mi deseo de resistirle, mi conflicto con ella, siempre peleando para acomodarla a mi temperamento y a mis necesidades. En otras palabras, pongo demasiado arte en mi vida, demasiada energía, y no me queda demasiada para darle al arte», le había

escrito Tina, anticipando, con su pugna entre arte y vida, la mía. Desde ese momento su retrato ejerció sobre mí una especie de hipnosis, haciendo que me olvidara de la gente a mi alrededor, de la investigación, y hasta de Tina, para llevarme a experimentar su mismo conflicto. Deseaba elegir el arte sobre todas las cosas: lo único más poderoso que la muerte, lo único que puede vencerla, lo único que nos salva de ella. Nunca lo lograría, pero no hay nada más conmovedor y más añorable que una ilusión sin grietas.

A pesar de la solidaria esquela publicada por los fotógrafos-periodistas, no vi en el velorio a ninguno otro de los que la habían firmado, ni a nadie más tomando fotos. Una paradoja. Pero por respeto, o tal vez porque no quería ser confrontado como le sucedió a Mayo, preferí no sacar mi cámara. Además, estaba demasiado afanado intentando descifrar a los allí reunidos para ocuparme de cualquier otro asunto.

Cuando empezaron los discursos me concentré en escuchar las palabras, más o menos previsibles, con las que la mayoría ensalzaba «las extraordinarias acciones e infinitas cualidades» de la homenajeada, sin dejar de interpretar los comentarios al margen. La disertación que provocó un murmullo generalizado fue la de Enrique Ramírez, cabeza del Partido Comunista Mexicano, que habló de «la más alta aspiración que puede tener un honesto revolucionario», la cual, según sus palabras, era que «en el momento de su retorno a tierra, su cuerpo fuera cubierto por la bandera de la Internacional Comunista. Esta era ciertamente la más grande ambición de Tina, y Tina fue digna de este honor». Y continuó: «El partido le rinde homenaje no solo porque fue una artista con gran sensibilidad humana, una artista leal y fiel a su misión estética; le rinde un caluroso tributo también porque Tina fue, desde 1927 hasta el último día de su vida, hasta el último latido de su corazón, miembro de la Internacional Comunista…».

—Pero si el partido la expulsó… —escuché a alguien decirle a su vecino.

Mientras los discursos proseguían, y los comentarios contrastantes también, una guardia de cuatro personas permanecía a los vértices del ataúd, primero alternándose entre sí, luego recibiendo el relevo de otros.

Al final del acto, solemne en su sencillez y revelador de episodios que entonces no conocía de la vida de Tina —como su participación en la guerra civil española con el nombre de María o su inmensa generosidad, reconocida por todos los exponentes—, Isabel tomó la palabra para informar que la comitiva saldría hacia el cementerio. También dijo que toda recolección de dinero para una tumba más digna que la que habían podido pagar, así como para otros merecidos homenajes, era bienvenida.

Después de su anuncio, el cuarteto de hombres que circundaba el féretro lo cerró para llevárselo, con todo y bandera, hasta el carro fúnebre, el mismo que había

esperado en la calle y que salió rumbo al Panteón de Dolores en cuanto recibió los restos. Fue entonces que me acerqué discretamente al comisario, quien antes de que pudiera alcanzarlo me hizo señas de que no avanzara más. «Afuera», me indicó con el dedo. Ya en la calle, y después de reportarle lo que había escuchado, abordamos el vehículo de su propiedad, que el chofer a su servicio le había llevado ahí a petición suya y que Rodríguez veneraba como a su único y verdadero Dios. «Cada quien honrando la divinidad más acorde con su persona», pensé al treparme al Ford Business del año, un elegante bólido color negro con rines y vestiduras blancas. Una vez a bordo, antes de comenzar el recorrido de la docena de kilómetros que separaban al cementerio más grande de la capital del centro de la misma, me acomodé en el asiento posterior mientras al frente el comandante y el chofer se debatían sobre cuál ruta tomar. Agazapado en una esquina del reluciente vehículo, y a pesar del riesgo que eso significaba, no resistí la tentación de desabotonarme la camisa y asomar la vista a mi tesoro. En la primera foto que saqué del legajo, Tina aparecía vestida de negro.

En esa sugestiva imagen, fechada el 5 de mayo de 1923, mi heroína estaba envuelta en su chal más oscuro y, estoy seguro, en sus recuerdos más tristes. Sus memorias debían caerle encima cual fruta madura, estrellándose a su alrededor como los mangos azotan en el campo primaveral. Su mirada melancólica debía haberse quedado fija en el borboteo de la fuente que tenía delante porque una voz lejana le recordó que estaba posando. Edward, el hombre con la capacidad de alegrarle el presente y de proyectarla al futuro, la miraría extasiado. Lucía particularmente hermosa sentada en el escalón de piedra de recinto volcánico que accedía a uno de los dos vanos retratados en la toma, huecos oscuros y abovedados, cada cual con su árbol al lado. Árboles retorcidos que festejaban el suave aire vespertino con el júbilo de sus hojas en movimiento y que, a pesar de los dos elementos que rompían la simetría del encuadre —una planta colgada en la pared, apenas arriba de la cabeza de Tina, y la piel de su mano y de su rostro—, resaltaban en la oscuridad circundante. Había sido ese el momento exacto, íntimo y dramático, que Edward Weston había esperado para inmortalizarla. La Graflex produciría entonces el sonido que más le emocionaba, además de los baños de agua fría y la italiana más caliente que jamás hubiese conocido. ¡Clic!

Al escuchar ese excitante sonido, Edward haría una pausa porque, tal y como sucede al alcanzar el orgasmo, después de una toma el fotógrafo necesita distenderse y gozar el placer de la satisfacción. Sí, Edward se regodearía por haber cumplido con sus propósitos y exhalaría liberando la tensión de su espalda y la concentración de su mente. Cuántas veces me había yo regocijado al retratar a alguien, incluso a esa prima narcisista a la que le gustaba posar para mí. No me podía acordar de dónde lo

leí o lo escuché, pero cada vez estaba yo más convencido de ello: tomar fotografías era experimentar el anhelo de lo fugaz, la nostalgia de la perfección, la magia de una teoría llevada a la práctica. Tina, en cambio, permanecería quieta, tan blindada en sus pensamientos que ni siquiera experimentaría lo que a menudo solía sentir cuando posaba o una vez que se veía retratada: que su cuerpo no le pertenecía.

A juzgar por el suelo seco de aquella imagen, la lluvia había terminado su llanto. Solo quedaba agua en los charcos y en el aire esa intensa presencia, húmeda y sensual, de los veranos mexicanos. Esa misma presencia en la que Tina Modotti habría remojado el dolor de su primera visita a un país que conoció en circunstancias trágicas, pero que aun así logró seducirla. En ese primer viaje a la capital mexicana ella pretendía alcanzar a Robo, su esposo, quien había llegado a la Ciudad de México ilusionado con la promesa de libertad, arte y aventura que el país al sur parecía ofrecer, cuando en el tren en el que cruzaba la frontera un contralor atolondrado le entregaría un telegrama.

«Tengo una forma ligera de viruela, regresa a casa desde El Paso. Robo». Al leer esas palabras, Tina debió recibir una sacudida tal que habría pensado que el vagón donde viajaba se había descarrilado. Apenas recuperado el aplomo, un mal presentimiento la invadiría: miraría a su alrededor, solo para encontrarse rodeada de caras circunspectas y miradas más interesadas en su bolso que en su ánimo. Pero no dejaría a su marido ahora que la necesitaba. Decidida a continuar el viaje, ni siquiera al recibir un segundo comunicado —aún más disuasivo: «Tengo una forma ligera de viruela. No vengas. Detalles próximamente. Robo»— desistiría. No. Ningún mensaje iba a detenerla, pensó. Iría a la Ciudad de México y, si bien le faltaba un largo trecho para llegar, alcanzaría a su esposo sin falta. ¿Cómo imaginar entonces que nunca lo volvería a ver, que moriría sin que ella alcanzara a asistir su agonía?

¿En todo eso pensaría Tina mientras Weston tomaba tiempo para crear su obra maestra? ¿Habría recordado el cuerpo espigado y flaco de Robo, o tal vez a su padre, muerto unos meses antes que su marido, o a los niños que nunca cargaría en su vientre? Sus pérdidas enteras estaban en esa mirada, al igual que la añoranza del nunca jamás. En cada toma moría un poco porque el objeto viviente, a través del movimiento estático de la pose, se convertía en algo que *ha sido*, que fue transportado al pasado. Fue y por lo tanto ya no es. Murió.

Por un instante se sentiría muerta. No tenía que vestirse de negro, siempre lo olvidaba: ese color la entristecía, inundándola con los pensamientos más sombríos. Lástima que fuera su color favorito. Edward, en cambio, como amante recuperado de un primer y fogoso encuentro, querría más: una vez colmadas sus ganas, necesitaba seguir saciando esa hambre, de hombre y de artista.

—Ahora entra y siéntate a la ventana. Yo me quedaré afuera —anunciaría desde el tripié que sostenía su cámara, consciente de que la expresión del rostro de su modelo tenía que ser captada a menor distancia si pretendía que se apreciara su

semblante etéreo, convertido en ese momento en sublime.

Tina obedecería, entrando a la casona del antiguo pueblo de Tacubaya que habían rentado desde los Estados Unidos sin conocerla ni sospechar que era una finca deliciosamente mexicana, sí, pero demasiado lejos del centro de la ciudad, sin comodidades e invadida por las pulgas. Pulgas que no los dejaban dormir por las noches, que se volverían parte de su intimidad a tal punto que nunca se sentirían solos. Y no lo estarían, porque además de Chandler, el hijo de Edward, viajaba con ellos —también en calidad de aprendiz de fotógrafo— Llewellyn Bixby Smith, el vástago adolescente del editor de *Los Angeles Times*. Un muchacho que al igual que Chandler, su amigo de infancia, deambulaba por la casa con pantalones bombachos y tirantes y sin la menor idea de adónde iba. Un par de fanfarrones, pero de buenos sentimientos y modales, que Tina cuidaría amorosamente como si fueran los hijos que la esterilidad le había negado.

Para colmo de males, después de que ella pasara varios días intentando volver el sitio más vivible para sus cuatro habitantes —yendo a los mercados de usado a comprar utensilios que regateaba amablemente, limpiando los pisos, cambiando el mugroso papel tapiz de las paredes y pintando con sus propias manos las diez habitaciones que conformaban ese rancho abandonado—, la compañía telefónica les informaría que no podía darles servicio por estar fuera del área urbana. Contar con comunicación alámbrica era indispensable para poder agendar las citas con los eventuales clientes del estudio que Tina y Edward pretendían abrir, por lo que justo esa tarde, apenas un rato antes de esa toma, habrían convenido que tenían que mudarse. Otra razón por la cual Tina luciría desanimada. No solo habían desperdiciado una buena cantidad de recursos, económicos y físicos, sino que le quedaban apenas cuatro semanas más para encontrar un lugar adecuado donde instalarse. Un escaso mes para terminar de fotografiar y de imprimir el material destinado a la exposición que el querido Robelo les había conseguido: una muestra con venta de fotos que necesitaban para seguir financiando la aventura mexicana, pues ya comenzaba a volverse onerosa a pesar del dinero que la esposa de Edward, una rica heredera norteamericana, les enviaba. Y cuando alguna contrariedad se le presentaba a Tina de modo tan repentino, su carácter hipersensible la traicionaba, porque, si bien estaba acostumbrada a la adversidad, tendía a desmoronarse ante las dificultades.

Mientras que Tina y Edward se perderían en sus respectivos pensamientos, de la lluvia que lavaba las calles un rato antes ya no habría quedado rastro. El sol habría vuelto a asomarse entre las nubes y sus rayos serían tan reparadores que la tierra se habría secado. Bendita luz, debió pensar Edward, maravillado por ese país brillante y luminoso que favorecía su oficio de modos insospechados. Y benditas nubes, habría pensado Tina. Estas solas eran suficientes para ser objeto de estudio durante meses, sin que se cansara de ellas nunca. Le recordaban a las de Udine, pacíficas y peligrosas

a la vez, pero eternas protagonistas del cielo de su amado terruño. Un cielo que se asomaba a las bucólicas colinas friulanas, interpuestas entre la llanura y las montañas del FriuliVenezia Giulia y desde donde se podían admirar tanto los majestuosos Alpes al norte como el plácido mar Adriático al sur.

Gracias a las nubes y a pesar de las contrariedades, Tina esbozaría la sonrisa que no aparecía en esa foto. Era feliz en México. Amaba el país colorado y risueño que la había acogido, al grado de afirmar que al pisar su suelo se sintió mexicana, mientras que durante los diez años que vivió en California siempre se consideró extranjera. México le parecía más humano, más genuino, alineado con su parte latina y con su patria perdida. Caminar por sus calles le significaba descubrir siempre algo nuevo: los mexicanos no escondían sus emociones, como hacían los gringos, que, a pesar de sus ínfulas intelectuales, le parecían rancios y acartonados. Si se sentía parte de la revolución artística y humana latente en las calles de la Gran Tenochtitlán era también gracias a esas nubes y a la luz que se escondía tras ellas, la responsable de alumbrar sus fotos como en ningún otro lugar en el mundo. Al igual que ella, también yo amaba a mi país, sus nubes y su luz intrínseca.

Había guardado la foto de Tina, vestida de negro y de tristeza, en el legajo que seguía cargando en mi pecho, y estaba mirando por la ventanilla del auto las nubes, unos *cumulus nimbus* atípicos para esa época del año, cuando el vehículo se detuvo y la voz del comandante se encargó de devolverme al presente:

—¿Te vas a bajar, lepe, o qué? —Por suerte se dirigió a mí sin mirarme y pude ocultar la foto abotonando la camisa que había dejado abierta sin que se diera cuenta de mis movimientos.

—¿Ya llegamos? —pregunté atolondrado mientras descendía del auto y el inspector y su chofer seguían discutiendo, ahora acerca de la banda de robacasas cuyo jefe estaba por caer, para alegría de ambos y de especial modo para que su jefe dejara de crucificarlos con exigencias.

—A dormir a tu casa, lepe —me regañó Rodríguez, ejerciendo sobre mí la misma autoridad que ejercían sobre él—. Ponte las pilas, que no te traje a pendejear. Esta es la foto del Vidali —dijo mostrándome una vez más la imagen, impresa en papel barato, de un hombre de mediana edad y con incipiente calvicie—. Si lo ves me avisas de inmediato, cualquier otra cosa que oigas me la reportas apenas posible. ¿Está claro?

Asentí mientras nos aproximábamos al acceso del panteón, donde interceptamos al cortejo que venía llegando. Después de atravesar el arco de cantera que enmarcaba la entrada al cementerio, nos dispusimos a seguir a la concurrencia que avanzaba lentamente hacia la quinta sección, la más económica de ese camposanto. En la fila veintiocho, y al mismo tiempo que Tina desaparecía bajo

tierra, tuvo lugar la más emotiva parte de la ceremonia. Pablo Neruda, el poeta cuyos versos había leído yo muchas veces desde que lo hiciera por primera vez, recitó una poesía que le había escrito a su amiga, como él mismo anunció bajo un cielo encapotado y en medio de un aire tan frío que entumecía los huesos.

A pesar de la calidez de su voz y la contundencia de sus palabras, el ambiente se sentía hostil. Desde el velorio había yo intuido que el funeral de Tina nada tendría que ver con el de Mella, cuyas elocuentes fotos me había enseñado el gordito Díaz el día anterior. Aquella marcha —una verdadera manifestación ciudadana con cientos de personas, delegaciones, ligas, comités y demás fuerzas reunidas— reclamaba justicia por el asesinato de un líder. En el homenaje a Tina, en cambio, más que indignación, entre los asistentes se percibía tensión y enojo, pero no en contra de un enemigo común, sino de unos contra otros. De pronto hasta me pareció que quienes traían las manos en los bolsillos de sus abrigos no lo hacían para calentar sus extremidades, sino porque estaban listos para desenfundar sus armas.

Por suerte el inspector decidió irse antes de que terminara la ceremonia, no sin antes dar un último patrullaje para ver si el marido de la occisa estaba escondido por allí. Pero nada. Nos fuimos hacia la salida frustrados y sin terminar de oír la proclama del poeta. De Vittorio Vidali, a quien seguía tratando de identificar en cada rostro con el que me cruzaba, ni sus luces.

6
Un mundo nuevo

Estados Unidos, 1923

Tantos fueron los trabajos que Vittorio consiguió en América, gracias a sus compatriotas siempre dispuestos a ayudar a otro italiano, como los que perdió a causa de su irascibilidad y de sus resentimientos.

Nunca antes había trabajado para alguien, a excepción de aquella vez que se desempeñó como aprendiz en una barbería en Trieste, y los años de guerrilla urbana le habían convertido en nula la paciencia y el coraje en alimento para sus entrañas.

Desde albañil hasta recogepelotas en un boliche, pasando por mesero y cargador, todos sus intentos por integrarse al mundo productivo neoyorkino terminaron en drama para quienes lo contrataron. Predispuesto a reñir por razones fútiles, una vez apaleó a un colega incapaz de reconocer que estaban siendo explotados; otra aventó a su jefe a una zanja por mostrarse crítico con sus mediciones; otra más le tiró encima la pesada pelota de boliche a un cliente que se había divertido embistiéndolo con la misma durante ese juego, peligroso para los trabajadores por no estar mecanizado. En una ocasión más, por defender a una joven víctima de un novio celoso, ambos clientes del restaurante donde Vittorio atendía, mandó al hospital al maleducado Otelo con un par de huesos rotos. No, no tenía disposición para servir a nadie y la más mínima injusticia lo exasperaba, volviendo sus reacciones tan violentas como impredecibles.

Por otro lado, la humillación de acudir a la asistencia pública o, aún peor, de ser rechazado en algún trabajo, la vivía como un insulto; ni hablar del profundo contraste, presente en la ciudad y en el país, entre miseria y riqueza, entre colonias residenciales y proletarias, estas últimas repletas de inmigrantes de las más diversas razas y credos. Situaciones que, desde sus primeros tiempos en los Estados Unidos, Vittorio percibía como afrentas y que contribuían a que se rebelara con sobrado coraje ante cualquier inconformidad. Un país, los EE. UU. que le tocó vivir, en el que

la gran inflación, disfrazada de falsa prosperidad, comenzaba a mostrar sus consecuencias; un país en donde convivían liberales y progresistas con fanáticos religiosos, aislacionistas y hasta racistas; un país en el que el victorioso capitalismo intensificaba irremediablemente su lucha en contra de una izquierda cada vez más incómoda. Y viceversa.

No fue sino hasta la llamada de la Federación Italiana del Workers Party of America, como se conocía entonces al partido comunista americano —organización que, a causa de su ilegalidad, trataba de mimetizarse con voces políticas afines en esa torre de Babel americana—, que el destino de Vittorio cambió radicalmente.

Bob Minor, uno de sus directivos —además de caricaturista, poeta y orador—, fue quien le planteó a Vidali una propuesta, decidida por el partido después de recibir una carta de su homónimo italiano que confirmaba la identidad de Vittorio y explicaba las razones por las cuales había dejado Trieste:

—¡Te ofrecemos el puesto de *full-time functionary*! —le anunció Minor entusiasta.

Finalmente la suerte le sonreía, pensó Vittorio, que veía dicho nombramiento, más allá del modesto sueldo de veinte dólares a la semana que le generaría, como una nueva forma de vida. Una en la que sus deseos, sentimientos y sueños quedaban oficialmente al servicio de la revolución.

Después de reiterarle a Minor que su intención era dedicarle al Workers Party no solo unas cuantas horas, como había hecho hasta entonces, sino su entera existencia, se comprometió a entregarse sin reparos a la consolidación de las necesidades y libertades del pueblo, objetivos en los que creía fervientemente. Tan contento estaba con esa idea que ni siquiera le preocupó que el trabajo que le habían asignado consistiera principalmente en dar conferencias, divulgando a lo largo y ancho del país su crítica al fascismo y su admiración a la ideología bolchevique. Una actividad, la de hablar en público, para la que se sentía poco preparado, pues recordaba demasiado bien la vez que se quedó mudo frente a un auditorio, allá en el Círculo de Estudios Sociales de Trieste. Por suerte, ser propagandista incluía también escribir artículos para el periódico del partido, *El Alba*; una labor, la de colaborar con la prensa italiana en EE. UU., que había comenzado desde su llegada usando el primer seudónimo que se le ocurrió entonces: Enea Sormenti. Un apodo que de inmediato se prestó a la burla —no faltaba quien lo llamara *sor menti*, algo así como «la hermana mentirosa»—y que en su primer viaje como conferencista consiguió ponerlo en aprietos.

Sin imaginar el problema que ese nombre le traería, Vittorio llegó a la Estación Central en metro y del mejor humor. Los compañeros le habían regalado un traje de segunda mano, pero muy elegante, y un par de zapatos tan cómodos que le parecían

alas. Por primera vez en su vida contaba también con un portafolio, una pluma y un reloj de pulso que lo hacían sentir importante. Objetos que esperaba le duraran una eternidad, pues habían sido financiados con el dinero del partido que, después de semejante gasto, apenas pudo comprarle el pasaje de la primera etapa de su recorrido. Como era costumbre con los demás oradores al servicio de la causa, tendría que arreglárselas para pagar el resto de sus desplazamientos con colectas entre los asistentes a sus conferencias y con la condición de que si le sobraba algo de plata, la enviaría de vuelta al partido.

Trepado en el tren, a pesar de no tener identificación alguna, Vidali se sintió más legal que nunca, tal vez porque contaba con la protección de la Liga Antifascista de Norteamérica, que lo amparaba y garantizaba por él frente a las autoridades. O tal vez porque nadie le había pedido aún sus documentos y el policía de guardia en la estación esa mañana hasta le había sonreído, o tal vez porque no tenía pendiente juicio alguno, como solía sucederle en Italia un día sí y otro también. Por primera vez desde que tenía memoria era un libre ciudadano a punto de llevar a cabo su trabajo, uno que además lo motivaba bastante. Tenía tantas ganas de acabar con los fascistas que ni sus limitaciones orales le importaban.

Inspirado a convertir a otros al comunismo, que consideraba la mejor alternativa para combatir la cada vez más autoritaria derecha, después de subirse al tren que lo conduciría a su primera reunión en América —en un foro de obreros originarios de la región de Abruzzo y residentes del pueblo minero de Pensilvania adonde se dirigía—, Vittorio repasó los consejos de sus camaradas neoyorquinos. «Pronunciarse lentamente, con lenguaje llano, entusiasmo y creatividad, evitar la retórica o la demagogia, pero sobre todo ofrecer a los trabajadores explicaciones y soluciones simples a los problemas más difíciles, expresadas de modo que sean comprendidas y que puedan ser aplicadas», se repetía mientras practicaba su discurso mentalmente en el reflejo del cristal.

Al llegar a la estación indicada para bajarse, le extrañó ver a muchos hombres vestidos de fiesta escudriñar a los pasajeros que se apeaban en el andén. Sorprendido de que nadie le dignara una mirada ni lo hubiese ido a recoger, optó por dirigirse a la sede sindical donde lo habían convocado. Cuando entró al establecimiento, localizado en los límites del pueblo, y estaba por presentarse con el par de camaradas que discutían en la recepción, un joven entró tras él y se le adelantó:

—La compañera Enea no llegó. ¿Qué hacemos? —anunció preocupado.

—Enea Sormenti soy yo —aclaró entonces Vittorio, comenzando a entender la confusión de la que había sido objeto.

Sus anfitriones lo revisaron con miradas reprobatorias y, a pesar de que habían esperado a una mujer y estaban perplejos con la aparición de un hombre, le mostraron dónde dormiría esa noche antes de acompañarlo a la sala de reuniones ubicada cerca de allí, en la que ya lo esperaba una discreta concurrencia.

Entre chiflidos por la tardanza, pero también por la decepción que el malentendido sobre su sexo había ocasionado, un compañero inauguró el evento desde el podio que compartía con un Vidali cada vez más nervioso.

—Como ven, Enea Sormenti es un hombre. Dicen que nadie es perfecto —hubo unas cuantas risas—, pero yo escribí esta bienvenida para una mujer, y como me costó bastante prepararla y no estoy en condiciones de improvisar otra, se las voy a leer de todos modos —aclaró mientras desdoblaba una hoja sacada del bolsillo de su pantalón y comenzaba la lectura con tantas ínfulas que parecía recitar una poesía:

—Aquí tienen a Enea, una mujer bellísima, de piel cándida como la nieve, cabello fluido hasta las rodillas, ojos brillantes como el sol, boca y nariz hermosas, además de un cuerpo escultural —e hizo un gesto dibujando sobre sí las curvas de una mujer voluptuosa—. Es una joven —continuó con voz inspirada— con la cual tiene uno ganas de irse a la cama de día y de noche… —Ahí se detuvo y miró a su alrededor antes de rematar—: Hermosa la compañera Enea, ¿no? Bien, ¡así de hermoso es el comunismo!

Las risas se multiplicaron y un aplauso espontaneo recibió a Vittorio, que en ese ambiente cordial se relajó y expuso su experiencia personal con el *fascio*, olvidando lo que había ensayado frente a sus mentores neoyorkinos y hasta en el reflejo de la ventanilla del tren. Al final de la diatriba hubo más aplausos, y Vittorio, exhalando aún adrenalina, aprovechó para iniciar el debate que el partido le había pedido que promoviera.

—¿Alguna pregunta?

Un hombre de apariencia bonachona se paró y con voz jocosa intervino:

—La presentación que te hicieron, compañero Sormenti, nada más no te queda. Pareces un buen comunista y hasta podríamos decir que un discreto orador, pero eso sí, estás francamente bastante feo.

Una carcajada general recorrió la sala. Vittorio se rio también, acabando así por ganarse al auditorio que, al final de la sesión, reunió el dinero para su viaje a Patterson, el siguiente sitio donde tenía programado hablar.

En Patterson, un anónimo pueblo cercano a Filadelfia, Vittorio llegó con el barbero siciliano que había ofrecido su trastienda para llevar a cabo la asamblea a cambio de que el orador lo recomendara con la audiencia, tanto para cortarles el pelo como para venderles el vino que producía y traficaba a escondidas de la Prohibición. El hombre era anárquico individualista, lector del periódico afín a esa causa titulado *Il Martello* y sin ninguna intención de cambiarse al bando comunista, pero resultaba ser el único referente del partido en ese pueblo. Acordados los términos del intercambio, Vittorio se presentó a dar la conferencia a la hora pactada. Para entonces el amplio espacio detrás de la barbería, que parecía más un *saloon* del lejano

Oeste que una bodega de Pensilvania, estaba lleno de humo y un centenar de personas, casi todos hombres adultos, pero también algunas mujeres, escondían sus poco amigables rostros detrás de la fumarola.

No hubo aplausos de bienvenida, y en ese ambiente desconfiado a Vittorio lo asaltó el recuerdo de su penosa experiencia frente a un público en Italia. Intentó mantenerse calmo, hacer contacto visual y no caer en provocaciones, como le habían aconsejado hiciera. Estaba entre anárquicos, esos que en vez de establecer la dictadura del proletariado querían acabar con el «Estado opresor», tuviera la orientación política que tuviera, y que derivaban en los más distintos tipos: colectivistas, nietzscheanos, nihilistas, expropiadores, sindicalistas y hasta vegetarianos, se lo había avisado la Alianza Antifascista. Asociación esta que llevaba tiempo tratando de aplacar el antagonismo entre las dos principales ramas de la izquierda: la comunista y la anárquica, así como los jaloneos de otras divisiones menos combativas, pero separatistas al cabo: la socialista y la socialdemócrata.

Después de aclararse la voz y secarse la frente —a pesar de que la sala no tenía calefacción y el aire frío de octubre se colaba por la única ventana, Vittorio sudaba —, comenzó la arenga. Durante poco más de una hora, ese era el tiempo que le habían sugerido utilizar, y auxiliado por algunos apuntes, pues también le habían dicho que era de sabios valerse de ellos, Vidali les pintó a los asistentes el negro panorama que vivía Italia en esos momentos, así como el motivo de su presencia allí: convencerlos de hacer frente común con el comunismo, la mejor solución para revertir toda injusticia.

Si bien durante la ponencia había hablado sin pausa ni incertezas, al finalizar no hubo aplausos y la mayoría lo seguía mirando desconfiada. Entonces una mano emergió retadora entre el humo y un hombre se puso de pie en cuanto Vittorio le cedió la palabra.

—¿Por qué Rusia censura a los anárquicos? ¿Por qué persiguen a nuestros representantes? No es posible que Emma Goldman y Alex Berkman sean tratados como enemigos —reclamó en un italiano cuyo acento de origen resultaba indescifrable, mientras otro hombre se levantaba de su silla para hacerle coro:

—No vamos a darle nuestro apoyo a los comunistas si no respetan nuestras ideas ni a nuestros líderes.

Vittorio estaba avisado de las posibles quejas por la posición de la Unión Soviética contra los que consideraban disidentes, pero prefirió no entrar en controversias. Más cuando ahora el mismo Lenin promovía la unión de las izquierdas, que, al igual que él, consideraba imprescindible para vencer a una derecha determinada a incrementar su organización y su campaña en contra del proletariado. Les habló entonces de la necesidad de eliminar fronteras y consolidar fuerzas para defenderse del principal enemigo de los trabajadores: el populismo conservador y nacionalista llamado fascismo, un monstruo de muchas cabezas que se propagaba

por el mundo con la rapidez y la eficiencia de una enfermedad tan letal como contagiosa, y esperaba que sus compatriotas no solo lo entendieran, sino que lo detuvieran. Nadie ahí podía refutar su odio por el fascismo, pero Vittorio, temeroso de que fuera un argumento insuficiente, terminó invitándoles un trago del alcohol que el barbero comerciaba a expensas de la ley. Quién sabe si fue esa iniciativa o sus palabras las que consiguieron sobornar los ánimos, lo cierto es que algunos de los asistentes se le acercaron al terminar el evento para compartirle su deseo de fundar una sección comunista, la primera en esa zona. Vittorio estaba exultante con semejante logro que, además de ser alimento para su ego, lo afianzaría en el partido.

Para cuando partió hacia Filadelfia, la siguiente etapa de su viaje, se sentía más seguro de sí, confiado en el mañana y listo para conquistar el mundo. Desde su llegada, al atardecer de un día que le mostró una ciudad luminosa, se dio cuenta de que Filadelfia era menos gris que Patterson y más humana que Nueva York. Con inmensos parques, avenidas limpias y sindicatos de antiguo origen —los que, desde las Palmer Raids y las otras grandes huelgas norteamericanas, estaban en pugna entre sí para ganar el mayor número de adeptos—, aquella era la ciudad donde Tom Paine había escrito los derechos del hombre, según los principios de la Constitución americana y la Revolución francesa; el lugar en donde había surgido el primer núcleo de los Caballeros del Trabajo, The Knights of Labor. En suma, era una de las ciudades más evolucionadas del mundo. Era también el sitio que le permitió conocer las diferencias geográficas italianas: las de su propia y casi desconocida patria y las de las distintas proveniencias que ahí confluían, con su gran variedad de dialectos y lenguas y modos de pensar, de identidades, costumbres, folclor y tradiciones. Proveniencias distintas, pero siempre fraternalmente unidas, y reunidas en organizaciones cuyo común denominador era esa italianidad de la cual, tal vez por haber nacido en la frontera, no se sentía parte.

De la vocación plural y progresista de Filadelfia se percató durante el concurrido mitin, que tuvo lugar en un gran auditorio en el que, mientras Vittorio esperaba su turno para hablar, un compañero le enlistó cuántas personalidades habían declamado allí, entre las cuales el mismísimo Trotski. Cuando llegó la hora de pronunciarse, a Vittorio lo presentaron como una suerte de Garibaldi llegado directamente desde las trincheras de Trieste, lo que le consiguió una entusiasta ovación y lo inspiró a hablar con tanto ardor que al final de su discurso se sintió orgulloso de su misión.

Al amanecer del día siguiente los compañeros que lo habían hospedado quisieron mostrarle la realidad a la que estaban expuestos y lo llevaron a Chester, a una de las fábricas que estaban en paro, con todo y plantón. Vittorio marchó algunas horas alrededor del edificio dedicado a procesar antracita, ahora acordonado con la

intención de impedirle a los *crumiri*, los trabajadores que no acataban la huelga por pertenecer a otra corriente sindical, que entraran a desarrollar sus labores.

Eran los tiempos en los que un paro podía durar años y ser el resultado de una lucha feroz, a menudo plagada de calumnias y sumergida en una atmósfera contaminada, que reflejaba cómo las organizaciones sindicales vivían una profunda rivalidad política y utilizaban todo tipo de recursos para conseguir imponerse. Por una parte, Rusia buscaba crear un sindicato único, bajo su hegemonía y control, y por la otra, la Alianza Antifascista apoyaba a organizaciones alternas, algunas de las cuales estaban en abierta oposición entre sí y eran capaces de usar métodos gansteriles para atacarse las unas a las otras, eso sin contar los ataques que orquestaban en su contra las autoridades y los mismos industriales.

Durante esa mañana de tensiones, la policía llegó a amenazarlos si no desalojaban. Ni Vittorio ni sus compañeros tenían intención de recular, así que al término de la jornada la presión se convirtió en un choque violento con la policía, determinada a reprimirlos a punta de garrotes y auxiliada en ese propósito por los gorilas de los propietarios de la fábrica, ambos bandos alineados a su vez con la mano fascista y hasta con *la nera*, es decir, la mafia, infiltrada por doquier. A Vittorio, en la confusión en la que se tornó la escena y mientras trataba de auxiliar a un compañero que de un macanazo quedó inconsciente, también le tocó su primera garrotiza en tierra americana, recibida en la espalda mientras veía cómo varios de los huelguistas eran levantados por la fuerza y llevados a los camiones de la policía, llamada despectivamente *piedipiatti*.

Esa misma noche, curado de espantos y de sus heridas y antes de que emprendiera el viaje de vuelta a Nueva York, los compañeros que habían quedado libres y enteros le regalaron una caja que Vittorio pensó que contendría chocolates. Para su sorpresa, adentro había una pistola Browning adornada con madreperla y acompañada de dos cargadores.

—Lo bueno es que es legal —le dijo el coordinador de la sección con su voz grave—. Según la enmienda número dos de la Carta de Derechos adjunta a la Constitución Norteamericana en 1791: «Ante la necesidad de salvaguardar el Estado, los ciudadanos tienen derecho a poseer y llevar consigo un arma» —le informó prudentemente.

—¿Ves cómo los Estados Unidos es un gran país a pesar de sus contradicciones? —rebatió Vittorio al recibir el regalo.

—Tienes razón. Si el Estatuto Albertino italiano hubiese tenido un artículo como este, estoy seguro de que la horda fascista no se hubiese propagado —convino el jefe del partido local, otro refugiado italiano.

—La llamaré Raquel —declaró Vittorio, agradecido con su camarada y plenamente de acuerdo con él—, como la esposa de Mussolini —continuó mientras con su ocurrencia les arrancaba a los presentes una sonrisa cómplice y guardaba la

pistola en su saco sin sospechar que pronto la usaría.

7
Disecciones

Ciudad de México, 1942

Rodríguez, su chofer y yo regresamos a la morgue a eso de las cuatro de la tarde, después de comer unos tacos de canasta en el camino de vuelta a la ciudad y de especular una y otra vez sobre la ausencia de Vidali: del velorio, del entierro y de su casa.

En el hospital, mi padre recibió al inspector impaciente y triunfante a la vez; como siempre que terminaba una autopsia estaba contento: firmar ese informe era para él como para mí revelar una foto o para un escritor debía ser entregar su manuscrito. Se regocijaba en la satisfacción de una misión elegida y cumplida a la vez, pero el gusto le duró hasta que me vio y no pudo evitar soltar un reproche disfrazado de preocupación:

—¿Faltaste otra vez al bachillerato?

—Nos dieron toda la semana de Reyes. Las clases comienzan hasta el próximo lunes… —me disculpé como me había acostumbrado a hacerlo con él: mintiendo. Ese día había sido la primera lección del año, pues los festejos de los reyes magos habían concluido el día anterior. Resignado a tener un hijo distinto al que hubiera querido, mi progenitor le entregó a Rodríguez el informe de la autopsia y a mí me reservó una mueca. No estaba contento con mi desidia escolástica, como él la llamaba, ni mucho menos con que frecuentara a su enemigo jurado. Veía el asunto como una doble traición, y probablemente lo era. Por mi parte, me sentía incomprendido: mi padre no aceptaba mi derecho de ser diferente a él, y tal vez por eso me vengaba cultivando esa relación desaprobada, además de llevándole la contra cuando podía. Nada de esto teníamos intención de decirnos, por lo que encajé su gesto de hastío en silencio, mientras que el inspector tomó en sus manos el documento que mi padre había preparado y, después de escudriñarlo a consciencia, comenzó a leerlo en voz tan alta como escéptica.

El reporte certificaba que la aorta y las coronarias de Tina Modotti Mondini, ese era el nombre que aparecía en el informe, estaban parcialmente obstruidas y sus pulmones llenos de fluidos. Había muerto por una congestión visceral, con daño traumático a varios órganos internos, causada por una lesión al corazón. El texto mencionaba también una enfermedad crónica llamada arteriosclerosis, en la que las paredes de las arterias se engrosan y pierden elasticidad; lo sabía porque la había padecido mi abuela, esa que era muy devota y generosa con su parroquia. También hacía hincapié en un subsecuente infarto —ahí descrito como «la incapacidad del corazón de bombear la sangre necesaria»—, lo que llevó a «un incremento de los líquidos que impregnaron el tejido pulmonar», según las textuales palabras que leyó el inspector. Esto podía haber sucedido por varias razones, precisaba el texto, sin especificar exactamente cuáles. Las ulteriores pruebas practicadas al tejido, que mi padre había mandado a hacer para comprobar su diagnóstico, según se lo dijo al cada vez más molesto comisario, «no habían sido categóricas, aunque tampoco contradecían sus conclusiones originales».

Cuando el médico terminó su explicación, el comandante lo miró como si estuviera frente a un bicho al que se preparaba para aplastar. ¡Ah, cómo lo entendía! Cuántas veces había estado yo con las mismas ganas, aunque fuera por otras razones.

—¿Un paro cardíaco? Todos morimos de eso, ¿tanto esperar para puras insinuaciones? —se inconformó el inspector.

—No me ofenda… —se defendió mi padre con su argumento favorito.

—El daño a los órganos internos pudo ser causado también por envenenamiento, ¡¿no es cierto, doctor?!

—No encontré nada sospechoso, ni en la cavidad del estómago ni en ninguna otra parte.

—¿Podría haber sido una sustancia difícil de identificar, desconocida para la medicina mexicana, como las que preparan los rusos para eliminar a sus enemigos sin dejar rastro, por ejemplo?

—No hay indicios que comprueben esa teoría, siquiera que la sugieran.

—Sustancias como las que encontramos hace unos meses en el laboratorio abandonado ese que confisqué. ¿Se acuerda? Derivados del gas mostaza, me parece que las llamó.

—Ciertamente hay sustancias (como la digitoxina, la colchicina, la ricina o el talio, por citar algunas) que mezcladas oportunamente interrumpen la secuencia natural de ciertas cadenas de reacción química responsables de mantener la vida celular, trastornando el metabolismo para llevar el cuerpo a una catástrofe bioquímica y a la muerte… sustancias que se absorben de forma inmediata.

—¡Y que por lo tanto no aparecen en las pruebas toxicológicas! —exclamó el inspector—. ¿Y por qué no lo escribió así?

—¿Reportando algo que no puedo probar?

—¡Buscando la verdad con más ganas, carajo!

—La verdad no puede ser basada en conjeturas. Le digo yo la verdad. La condición de la señora Modotti, claramente arteriosclerótica y desde vieja data, se agravó con la ingesta de alimentos y el alcohol que consumió en la cena, así como seguramente durante el resto de las fiestas decembrinas, lo cual bien pudo provocar este desenlace —así fue como mi padre expuso su teoría, siempre gustoso de dar las noticias que sus interlocutores preferían no oír. Pero el inspector no estaba dispuesto a dejarlo en paz sin que se raspara por lo menos un poco.

—¿Bien pudo provocar? —parafraseó Rodríguez—. Una contestación muy científica… ¿no?

—En la ciencia también caben dudas. Me pagan para dar mi opinión y es la que expresé. Una opinión, por cierto, avalada por el juez, que ya firmó el certificado de defunción por causas naturales —confirmó mi progenitor, mostrando el oficio que llevaba el número 156273 del Registro Civil en su encabezado y tenía por protagonista al «ama de casa» desposada con «Carlos Jiménez Contreras», el individuo que no se había presentado al funeral de su mujer ni se llamaba así.

El documento y su respectivo sello revelaban que quien llevaba mi mismo apellido no había esperado al inspector para entregar su veredicto y que la causa oficial de la muerte de Tina ya era pública.

La vena que surcaba la sien derecha de Rodríguez estaba a punto de reventar por la furia con que la sangre pulsaba en ella. Iracundo, miró al hombre que tenía enfrente como tantas veces lo había visto yo: con resentimiento. Era el causante del eventual cierre de su caso. ¿Cómo iba a indagar ahora a Vittorio Vidali, si ni siquiera el doctor Zárate, que aborrecía a los comunistas al igual que él, estaba dispuesto a ayudarlo?, debió pensar, aunque creo que lo que más le molestaba de esa incómoda situación era el desacato a su autoridad, la burla con que «el doctorcito», como solía llamarlo, hundió su autoestima hasta desaparecerla.

—¿Y los huesos rotos? —lanzó el inspector, en un arranque que consiguió que mi padre volteara con el semblante alterado.

—Ambos sabemos que esas fracturas fueron causadas por la caída del cadáver durante su trasportación. Usted mismo me lo dijo, alegando que no hacía falta reportarlo —se apuró a rectificar mi padre.

—¿Yo? ¿Y si lo niego y lo acuso de incompetencia… o, aún mejor, de encubrimiento? Sería su palabra contra la mía.

—¡No se atreverá! —imprecó furioso el doctor que me había dado la vida.

—¡Pediré la revisión de su informe y hasta la devolución del cuerpo! Lo exhumaré si es necesario, pero esto no se va a quedar así —amenazó el inspector, aunque todos sabíamos que si cumplía su intimidación sería el más afectado. Era la persona a quien menos le convenía que saliera a la luz que el cadáver de Tina se les había caído al suelo a sus hombres, especialmente considerando que esa información

tampoco cambiaría el diagnóstico de «muerte por causas naturales».

Logré despedirme de Rodríguez después de escuchar su más amplio repertorio de mentadas y antes de que me invitara a acompañarlo a ahogar sus penas en uno de los varios cabarets que solía frecuentar. Como previsto por mi padre, el inspector renunció a armar un escándalo que lo perjudicaría, aunque su abdicación lo tenía escupiendo bilis y maldiciones. Por mi parte yo, si bien estaba acostumbrado a las luchas de poder con mi progenitor, me cansé de oír los improperios de Eusebio. Ese era el nombre de pila de Rodríguez, que solo usaban sus allegados y que yo no me atrevía a pronunciar aún ni porque él me lo hubiese autorizado. Me urgía llegar a la agencia, adonde me dirigí apenas pude desafanarme de él. Para entonces había caído la tarde y, como lo había imaginado, Díaz Reina no estaba. El gordito Díaz era un hombre metódico, todo casa, sonrisas y trabajo, y apenas podía se retiraba a convivir con los suyos. Yo tenía permiso para entrar —en ese lugar se encontraba el cuarto oscuro donde revelaba las fotos que sacaba por su cuenta y también por la mía, siempre y cuando le repusiera los materiales que ocupaba en lo personal— y por ello la agencia se había vuelto mi refugio, un espacio donde podía gozar de la libertad que me hacía falta en casa. Después de recuperar la llave del escondite en donde Díaz la guardaba y de cerrar tras de mí la puerta de acceso, saqué de mi camisa el legajo sustraído de casa de Tina tan rápidamente como si hubiese tenido una bomba incrustada en las costillas.

Al desamarrar el lazo de la ajada envoltura me encontré nuevamente con ella, la protagonista de varias de las fotos que me había robado, pero mi atención recayó en una, en la primera que había visto de reojo sin atreverme realmente a hacerlo, la que la retrataba en su versión más sensual. Una imagen en la que el aspecto de monja de su funeral sucumbía frente a una Tina en todo su esplendor y en toda su desnudez. La desnudez que me dejó deslumbrado por la fuerza de un cuerpo que descubrí directamente proporcional a mi deseo por ella. Era el único desnudo de la serie, que comprendía algunas imágenes inconexas entre sí en cuanto a fechas y a criterio de selección. Recuerdo que, ante la ofrenda que representaba para mí su cuerpo, pensé en lo extraño que resultaba que una mujer que lo mostraba todo con semejante facilidad tuviera tantos misterios. Un pensamiento que me excitaba y que, lejos de revelarme algo sobre ella, solo me hundió en la urgencia de saberlo todo, en la necesidad de entender no solamente los eventos alrededor de su muerte, sino también los que conformaron su vida. Estoy convencido de que la indeleble impresión que me causó su cuerpo desnudo, tanto vivo como muerto, me condenó a la necesidad, que me persigue desde entonces, de tenerla, de un modo u otro, siempre conmigo.

Al poner la imagen bajo la potente lámpara con la que Díaz analizaba los

detalles de su trabajo y que, a causa de la intensidad de sus focos, calentaba el ambiente, comenzó a darme calor, una especie de bochorno que venía de adentro hacia afuera. Por la postura en la que Tina había sido retratada en ese desnudo —sus extremidades superiores escondidas por su tronco—, me parecía que el fotógrafo había dirigido la toma para que resaltaran el rostro y las piernas de su musa, pero sobre todo sus senos y ese triángulo oscuro, selvático y esquivo en el que tenía ganas de hundirme, los dos elementos principales de aquella escabrosa composición artística. La observé con curiosidad y algo de pudor, luego tomé la fotografía con la misma delicadeza que hubiese tenido si se tratara de las manos de Tina, ocultas en la imagen pero que parecían salir en el reverso de la foto, y la llevé conmigo al cuarto oscuro. Una vez allí, me encerré mental y físicamente en la intimidad de ese espacio, imaginando cuántas veces debió haber estado en un sitio similar y cómo habría sido compartirlo con ella de haber coincidido en tiempo y forma.

Dispuse las tomas que había sacado en su casa en las charolas con los químicos necesarios para revelarlas —estaba ansioso por verlas, pues aún guardaba la esperanza de que sirvieran para descubrir algún indicio sobre su muerte— y coloqué el desnudo encima de la mesa. Los tonos grises de esa imagen percudida pero nítida resultaban tan vívidos en contraste con la pared negra que imaginé a Tina físicamente ahí. En la soledad de ese espacio tan limitado como sombrío me sentí en casa, al igual que debía sentirse ella, y me desabroché el pantalón, comenzando a estrujar la parte de mi cuerpo que me daba placer, primero discretamente, luego con vigor. Estaba tan identificado y seducido por la veracidad de la escena que hasta me pareció ver a Tina sonreír, incluso gozar, y yo gocé con ella.

Una urgencia incontrolable, acompañada por una cada vez más intensa palpitación, me trastornó, hasta que mi sexo explotó en una derrama de líquido blanco que manchó el suelo e inundó mis sentidos como una presa crecida derroca los diques que la contienen. Luego vino la calma. Con los pantalones aún en las rodillas, me deslicé sobre mí mismo hasta acuclillarme, vencido por la fuerza de tantas emociones que no pude ni quise contener. No era la primera vez que eyaculaba, pero era la primera que lo hacía pensando en una muerta y esa constatación me turbó. Intenté dejar de razonar y, una vez sentado en el piso y mientras recuperaba mis fuerzas y digería el cúmulo de sensaciones contradictorias que me asaltaba, me acordé de la llave, que durante mi arrebato carnal escuché caer al suelo.

Con mi voracidad sensual colmada y mi apetito sexual satisfecho por la intrépida desnudez de Tina —que aun en esos días, más emancipados que los años en los que fue tomada, pasaba por pornográfica—, busqué a tientas la llave hasta encontrarla. Entonces la miré con atención: era minúscula y del lazo que la aprisionaba colgaba un cartoncillo descolorido que tenía escrito «9-b». ¿9-b? ¿Qué significaban ese número y esa letra? ¿Una caja de seguridad, un casillero, un

depósito? ¿Un posible escondite? ¿En su casa? Era difícil pensar que después del cateo hubiese quedado ahí una cerradura sin abrir. Pero, hasta probar lo contrario, cabía esa posibilidad y no iba a desecharla antes de averiguarlo.

Sorprendido con mi hallazgo, pero sobre todo con los impulsos que Tina provocaba en mí, un pensamiento comenzó a agobiarme: ¿entorpecía yo las investigaciones quedándome callado, escondiéndole a Eusebio una pista que podía ser importante? Entonces me prometí informarle de mis descubrimientos, si es que los había, y así fue como logré regresar al presente y a mis obligaciones. Era tarde ya y me esperaban en casa. Procedí a retirarme, no sin antes dejar las fotos revelándose, colgadas con pinzas en el tendedero del cuarto que, en su misteriosa oscuridad, me pareció mágico. Al igual que Tina.

A la mañana siguiente desperté en mi cama con el pantalón del pijama humedecido por mi renovada lujuria. El misterio y la belleza de esa mujer, su fragilidad y su fuerza, me excitaban y hasta me subyugaban. Acercarse a ella era como lidiar con una matrioska, una de esas muñecas rusas y huecas que en su interior albergan a otra, y a otra, y a otra, hasta llegar a sus más mínimas expresiones sin haber desentrañado la esencia de su contenido ni la de sus vacíos. Para no olvidar su enigma, o mis deseos, me vestí con la misma ropa del día anterior y desayuné de prisa, sin mucho que decirle a mi padre, que andaba más pensativo que de costumbre. Salí tras él después de que alcanzara a preguntarme, una vez más, si tenía yo clases.

—Hasta el lunes nada. Estoy yendo donde Díaz… —contesté evasivo, mi otra manera de lidiar con él. La evasión y la mentira.

Si bien él no me creía, tampoco tenía intenciones de confrontarme, ni siquiera parecía dispuesto a molestarse conmigo ya. Desde que le había declarado que no solo no estudiaría medicina, sino que no me matricularía en universidad alguna, habíamos caído en una especie de sopor comunicativo en el que solo se dirigía a mí para cuestionarme. Yo me limitaba a ignorarlo, aunque contestara amablemente sus preguntas.

Mi única preocupación esa mañana era la de encontrar la hipotética cerradura que la llave en mi poder abriría. ¡Ah!, y salvar a Suzi, que iba a acabar en la perrera si no me apuraba a impedirlo. Entre sueños eróticos y epifanías matutinas, lo había decidido: la adoptaría. Iría por ella y la traería a casa, aprovechando para averiguar si la llave abría alguna chapa del departamento de Tina. Lo dudaba, pero tenía que estar seguro. Confiaba, en cambio, en que ante el hecho cumplido de encontrársela en su hogar mi padre acabaría por aceptar a Suzi, o por lo menos con eso me ilusionaba.

Pero cuando llegué al 137 de Doctor Balmis encontré la puerta cerrada. Toqué todos los timbres, a ver si la vecina me respondía —o alguien más, para el caso—; tal vez los mismos peritos me facilitarían la entrada. Estaba yo montado en el escalón

del acceso, obstruyendo el paso mientras esperaba una contestación, cuando salió a toda prisa un hombre. Hubiera podido aprovechar la oportunidad para entrar en ese momento, pero apenas después de ver la boca semiabierta del individuo formando una especie de famélico pozo listo para tragar, como trituradora hambrienta, lo que cayera en sus fauces, caí yo mismo al suelo, víctima del choque de nuestros cuerpos. La constitución y empuje del ser con el que había chocado eran los de un toro de lidia entrando al ruedo, capaz de tirarme al piso con la fuerza de su embestida. Él se disculpó distraídamente, dándome una mano para levantarme, y tuve el tiempo necesario para que, gracias a la foto que el inspector me había mostrado tantas veces ya, lo reconociera sin sombra de duda: era Carlos Jiménez Contreras o, mejor dicho, Vittorio Vidali.

Apenas conseguí reponerme del inesperado revolcón me incorporé y, cuando salió corriendo, me lancé impulsivamente tras él.

8
Little Italies

Estados Unidos, 1926

A partir de su primera ronda de conferencias, Vittorio, cada vez más locuaz y preparado, fue ganándose el aplauso de todo público al que se dirigía. Como sus colegas, se desplazaba por tren, de carga o clandestinamente cuando no reunía el dinero para comprar el pasaje, en cuyo caso dormía en la estación ferroviaria y, si era descubierto, fingía esperar el siguiente convoy.

Ponencias, las suyas, que perfeccionó hasta asegurarse de que incendiaran los ánimos de sus paisanos y que llevaban títulos como «Mussolini camaleónico», «El fascismo visto a los ojos», «Las tres desgracias: fascismo, papado y monarquía», por mencionar algunos. El fascismo y siempre el fascismo, la plaga que se colaba en cada grieta, dividía familias y hasta a los más amorosos amantes, así como a las varias organizaciones que reunían a sus compatriotas, como las logias de Italia, por ejemplo, que con sus trescientos mil miembros tenían una porción, comandada por Fiorello La Guardia, furiosamente contraria a esa ideología.

Un fascismo que Vittorio se había propuesto derrocar, pero cuyo compromiso no le había impedido enamorarse de una joven polaca de origen judío —cabellos corvinos, ojos transparentes y sus mismos ideales— llamada Rania Epstein, aunque se negara a abandonar por ella la condición de propagandista nómada que había adoptado. Tampoco le impidió sostener una asidua correspondencia con el anárquico Bartolomeo Vanzetti, uno de los dos condenados a muerte —junto con Nicola Sacco, su compañero de desventura—, que seguía preso desde su arresto en 1920.

Un fascismo que, a partir de 1921, año de la constitución del primer *fascio* norteamericano, tejía sus hilos en las Little Italies estadounidenses: los barrios, o más bien los guetos, donde se apelmazaban los inmigrantes italianos. Estos últimos encontraban en la retórica patriótica de los camisas negras un cierto orgullo nacional en medio del menosprecio que les reservaba, en cambio, la clasista sociedad

norteamericana, dada a considerar a los italianos como unos muertos de hambre, ignorantes, sucios y mafiosos.

Los simpatizantes del *fascio* norteamericano eran principalmente miembros de la pujante pequeña burguesía italiana, así como hombres prominentes de una comunidad que deseaba ascender en la escala social: editores, jueces, políticos, pequeños empresarios y representantes del clero. Conservadores, nacionalistas y tradicionalmente *anti-labor*, guiados por quienes el líder anárquico Carlo Tresca —director del periódico con esa orientación titulado *Il Martello*— llamaba «la Camorra de las colonias italianas»: la Embajada de Italia en Washington y sus respectivos consulados. Gracias al trabajo de diplomacia entre el gobierno del presidente Coolidge y el de Mussolini, ambos países hacian frente común contra las izquierdas, con las que se disputaban el voto de los cinco millones de italianos fincados en los Estados Unidos. Beneplácito que peleaban con choques cada vez más cruentos, especialmente entre los fascistas —apoyados por mafia y autoridades— y los doscientos mil italianos en suelo norteamericano catalogados como comunistas por J. E. Hoover, el fundador del Federal Bureau of Investigation. Dos bandos que pasaron rápidamente de los golpes a las cuchilladas y las ráfagas hasta llegar a las bombas.

La bomba de Harlem, destinada a desencadenar la serie de sucesos que cambiarían una vez más el destino de Vittorio, explotó el 9 de septiembre de 1926, pero antes de que eso sucediera el encono entre rojos y fascistas ya se había manifestado públicamente, de particular manera cuando estos últimos trataban de adueñarse de figuras públicas relevantes para la comunidad italiana, como fue el caso del actor Rodolfo Valentino.

En el funeral de «Rudy», quien había renunciado a la nacionalidad italiana y cuyas películas estaban prohibidas en su país de origen por haber sido crítico del gobierno fascista, la embajada se empeñó en honrarlo como si fuera uno de los suyos. Muy a pesar de que algunos consideraban al atractivo jeque un pederasta con demasiados amantes —posiblemente fallecido en una orgía a causa del exceso de alcohol—, su muerte causó una gran conmoción entre sus fans, que protagonizaban escenas de histerismo colectivo con todo y desmayos. El 23 de agosto de 1926, pocos días antes de que la bomba de Harlem explotara, la capilla ardiente de Valentino fue colocada en el Campbell Funeral Parlor, en el cruce de Broadway con la calle 66, y casi 75,000 personas homenajearon bajo la lluvia los restos de la estrella del cine mudo. Los camisas negras no estaban dispuestos a perder la ocasión de poner una guardia alrededor del féretro del artista y hacerlo pasar así por un simpatizante, pero no contaban con que las fuerzas de choque que Vittorio y los suyos habían organizado, cada vez más profesionalmente, retomarían el control del cortejo a

golpes.

A causa de ese descalabro público y mediático, masivamente reportado en todos los periódicos, el gobierno de Mussolini y sus representantes de la embajada italiana decidieron intensificar su lucha con un acto que llamara poderosamente la atención. Un atentado que sirviera además de represalia a los varios, simulados o verdaderos, de los que había sido víctima *il Duce*.

Para llevarlo a cabo, desde Italia llegaron unos poco amigables enviados con la orden de usar sicarios a sueldo si era necesario con tal de acabar con los dirigentes antifascistas, entre los cuales corrió de inmediato la voz de que algo grave sucedería. La redacción de *Il Martello* recibió una llamada anónima con una amenaza para el siguiente mitin, que iba a tener lugar ese mismo día en la calle 114 y que la voz desconocida sugería cancelar. El comité organizador no estaba dispuesto a dejarse intimidar, aunque por precaución decidió mover el evento un par de cuadras más arriba, a la 116, siempre en el corazón de Harlem.

Un tal Quintiliano estaba arengando a los allí reunidos desde el templete recién instalado cuando un recipiente con salsa de jitomate cayó de un techo aledaño y fue a estrellarse entre Sormenti y Pierino Allegra, el portavoz de la Liga Antifascista, quienes esperaban su turno para hablar y ni se hubiesen percatado del escándalo de no ser porque acabaron salpicados con el condimento. Apenas esa señal fue vista por los fascistas —quienes habían llegado en auto y esperaban la indicación con los ojos fijos hacia el podio—, pusieron manos a la obra para ejecutar su plan. Los perpetradores nunca imaginaron que la bomba que traían consigo explotaría antes de tiempo y en sus propias manos. El estruendo fue tan grande que los policías que se encontraban en el área huyeron despavoridos y hubo segundos de desconcierto también en la tribuna, colocada algo más lejos. Sin embargo, al ver que no había habido bajas entre los suyos, los organizadores invitaron a la muchedumbre a no dispersarse, consiguiendo que la mayoría se quedara, lo que evitó una estampida fatal. Nunca la gente había estado tan enojada, y si un solo fascista hubiese sobrevivido, o se hubiese aparecido, lo hubieran seguramente linchado. Pero los responsables del que se había convertido en un autoatentado yacían inermes a pocos metros del mitin: dos cadáveres y dos cuerpos que parecían no tener vida de tan malas condiciones que presentaban. Cuando Vittorio comprendió lo que había sucedido, aprovechó a la horda rabiosa para enardecer aún más a la gente:

—La guerra está declarada y nosotros aceptamos el reto. *E voi?*

—*Anche! Abbasso i fascisti! Muoiano tutti!* —rugió la multitud reunida, mientras llegaban los primeros auxilios y se llevaban lo que quedaba de los caídos.

Al día siguiente, cuando Vittorio fue a comprar los diarios para buscar la noticia que la prensa había titulado «La bomba de Harlem», se dio cuenta de que dos individuos

lo seguían. Intrigado, en vez de acelerar el paso y perderse como solía hacer en esos casos, dejó que lo alcanzaran:

—¿Sabes por qué estamos detrás tuyo? —preguntó el más elocuente, un hombre con un traje oscuro de finas rayas blancas y un clavel del mismo color en el ojal.

—No —contestó Vittorio parsimoniosamente.

—Porque el consulado italiano nos lo pidió.

—¿Y qué quieren de mí?

—Nosotros nada. Solo que sepas que después de ayer ya no vamos a hacerle servicios a la embajada. Los dos muertos trabajaban para nuestra sociedad y eran nuestros amigos. A los dos que sobrevivieron, en cambio, se los llevaron al hospital y ahora están desaparecidos.

Vittorio entendió de inmediato que con «nuestra sociedad» el hombre se refería a la Cosa Nostra, la organización que desde que Al Capone les había ganado la batalla por el control del crimen organizado a irlandeses, holandeses, y hasta a los judíos, se ocupaba del contrabando, de la fabricación y distribución de licores, de la prostitución, de los robos, del chantaje, y tal parecía que ahora también trabajaba a sueldo para el gobierno italiano.

—¿Cómo que desaparecidos?

—O se escaparon o ustedes los mataron…

—¡¿Nosotros?! —soltó una carcajada burlona Vittorio mientras se acomodaba el pelo con su mano—. Ni que fuéramos mafiosos…

—Nosotros tenemos esposas e hijos y en el consulado ya nos dijeron que a las familias de los muertos no les van a dar más dinero que los cinco mil dólares que ya les habían pagado.

—¿Y los jefes de «su sociedad» qué dicen?

—También ellos están molestos. No quieren saber más de esta historia.

Vittorio les aseguró que él tampoco. La conversación terminó con una despedida respetuosa en la esquina de la Quinta y la calle 101.

Diez días después de la bomba de Harlem y nueve desde ese encuentro, Vittorio estaba esperando su turno para hablar en la manifestación por el derecho de asilo de los italianos en Tammany Hall, el histórico edificio ubicado entre la Tercera Avenida e Irving Place. Frente a un gran número de delegaciones sindicales y políticas, así como de prófugos que intentaban saber qué les sucedería, la asamblea que presidía el evento fue rodeada por policías, tanto en uniforme como encubiertos. Apenas antes de que comenzara su discurso, uno de los agentes, un italoamericano con grado de capitán, se subió al podio para acercarse discretamente a Vidali e informarle que tenía la orden de arrestarlo.

—Oficial, aquí muchos están dispuestos a defender a nuestro compañero —amenazó Pierino Allegra con la intención de disuadir al agente.

—Si lo arrestan habrá problemas —precisó a su vez Carlo Tresca, mientras con la mirada le presumía al *piedipiatti* la multitud alborotada por la presencia policial y a punto de ponerse en pie de guerra—. Por lo menos permítale terminar su intervención.

El agente se convenció de que dejar hablar a Vittorio era su mejor alternativa y optó por colocarse, con un considerable número de policías, apenas afuera del recinto, donde escuchó pacientemente las proclamas de los conferencistas, incluyendo la de Vidali, una de las más apasionadas que pronunciaría en los Estados Unidos. Cuando este último salió del auditorio y el nutrido público comenzaba a retirarse, el capitán le leyó sus derechos antes de llevárselo preso. Elizabeth Gurley Flynn, la famosa sindicalista de origen irlandés, y el fiel Tresca lo acompañaron a la comisaria, mientras que Allegra, que se había vuelto uno de sus inseparables junto con el director del *Martello*, fue a dar la alarma al partido.

—El gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica te acusa de anarquismo y de haber entrado ilegalmente al país. ¿Eres anárquico? —le preguntó el capitán que lo había arrestado una vez que se sentaron en los separos destinados a los interrogatorios.

—No —contestó Vittorio, consciente de que los EE. UU., a pesar de que se hablara mucho de libertad y todos se sintieran muy libres, incluyéndolo a él, era uno de los pocos lugares en el mundo donde el partido comunista, al igual que el anarquismo, eran ilegales.

—¿Eres ciudadano italiano?

—Tampoco —respondió, pues desde hace más de un año había renunciado a su nacionalidad en protesta contra el gobierno fascista.

—¿A qué nación perteneces?

—A la Rusia del Soviet. La república obrera que da la ciudadanía a todos aquellos que tienen que dejar su tierra por ser perseguidos —dijo, con la seguridad de que ese era el único país cuyos principios honraba.

—Entonces estás de acuerdo en eliminar a Mussolini.

—Sí, al igual que otros cuarenta millones de italianos. Un gobierno de tiranos solo puede vencerlo la violencia del pueblo.

—¿Cometiste algún crimen en Italia?

—No —negó, convencido de que defender la libertad de su país no podía ser considerado un acto criminal.

—¿Estuviste preso alguna vez?

—Cientos de veces. No hay italiano antifascista que no haya visto la cárcel

bajo el régimen del *Duce*.

—¿Sabes por qué el gobierno italiano quiere que regreses a Italia?

—Naturalmente. Me quieren muerto.

Hasta entonces nadie había sido deportado por crímenes políticos, si bien varias organizaciones fascistas pedían la extradición de los elementos que les eran incómodos y Vittorio estaba entre ellos. Sin embargo, para evitar que el gobierno norteamericano se dejara presionar por Mussolini, sus compañeros se movilizaron de inmediato, haciendo una colecta para financiar su defensa, pagando la fianza necesaria para ponerlo en libertad y consiguiéndole a uno de los más célebres abogados liberales. Clarence Darrow había defendido con éxito la enseñanza del darwinismo en las escuelas —oponiéndose a los conservadores que la consideraban una afrenta a la religión católica y no solo la habían prohibido, sino que habían encarcelado a los profesores que la divulgaban—, estaba en contra de la pena de muerte y era conocido en todo el país como «el defensor de los pobres y de los malditos».

La estrategia seguida por el famoso legal fue la de ligar el «caso Sormenti» con el de los internacionalmente conocidos Sacco y Vanzetti —los anárquicos condenados por el homicidio de un recaudador de impuestos a pesar de los más de ochenta testigos que alegaban su inocencia—, ambos casos supervisados por la International Labor Defense. No en balde la correspondencia privada entre Vidali y Bartolomeo Vanzetti se intensificó a partir de su arresto, pues, aunque no se conocieran personalmente, intercambiaban cartas melancólicas en las que ambos se proclamaban revolucionarios. Tal vez el caso de Vittorio —al igual que el de los dos famosos anárquicos— hubiera podido ganarse y él hubiera continuado viviendo en el país en el que se sentía libre gracias a la presión de la opinión pública y la de sus seguidores, así como a la estrategia de reenvío y apelación que había adoptado Darrow, de no haber llegado el funesto Memorial Day de 1927.

Envalentonados por el apoyo de las autoridades, tanto italianas como norteamericanas, ese treinta de mayo de 1927 los fascistas decidieron participar en la tradicional marcha memorial que desde 1868 honraba las bajas, primero de la guerra civil y luego de los grandes conflictos mundiales. Cuatrocientos uniformados con las insignias fascistas desfilaban a lo largo de la Quinta Avenida, como parte oficial del programa de actividades, cuando Vittorio y los suyos, particularmente frustrados por ese despliegue —que incluía una banda tocando canciones como los himnos fascistas «Giovinezza» y «Faccetta nera», a las que intercalaban intermitentemente los gritos triunfales de «¡Vencimos y venceremos!»—, decidieron hacerles pagar caro su

atrevimiento. Conforme los fascistas avanzaban en el trayecto programado la tensión aumentaba, al igual que las burlas y los insultos que les llovían encima junto con huevos y jitomates podridos lanzados a sus impecables atuendos. Los fascistas no podían contestarles a sus maltratadores porque estaban empeñados en marchar con la compostura que eso implicaba, pero su coraje crecía en sus adentros hasta alcanzar niveles que presagiaban un desenlace fatal.

Al final del recorrido, los casi cuatrocientos escaldados, que no veían la hora de acabar con el desfile para vengar las ofensas recibidas por sus provocadores, se lanzaron en contra de quienes los habían seguido molestando hasta ahí. En medio de convulsas persecuciones, en las que ambos grupos se iban dispersando para disimular, reunirse nuevamente y atacar a sus contrarios, dos fascistas alcanzaron a un puñado de hombres aparentemente en fuga que, en cambio, les habían tendido una emboscada. En la estación del metro que conecta la Tercera con la calle 183 fueron interceptados y se hicieron de palabras con sus adversarios.

—*Maledetti fascisti di merda!* —había quien gritaba.

—*Comunisti morti di fame!* —había quien contestaba, en tanto otros propinaban golpes a diestra y siniestra hasta que una navaja brilló en la subterránea oscuridad y dos hombres, identificados como Nicola Carisi y Joseph Amoroso, acabaron en el suelo rajados por su propio cuchillo mientras una flamante pistola con chapa de madreperla los remataba a tiros.

Era un amodorrado domingo que aún no alcanzaba el mediodía cuando la noticia de la muerte del par de fascistas corrió como reguero, siendo reportada en los periódicos de la tarde y llegando vía telegráfica hasta ultramar.

En la abrumadora retirada, Vittorio, que en la confusión tomó consciencia de las consecuencias de su hazaña, fue, esa misma tarde y como lo tenía planeado, a casa de la escultora Minna Harkavy en el Greenwich Village. Nervioso y con el semblante alterado, escuchó los consejos de los presentes:

—Mejor no te escondas —le sugirió Moyshe Olgin, el brillante periodista y director del diario del partido en lengua yiddish.

—La situación es muy seria —anunció Tresca, que había estado cerca de Vittorio desde el comienzo del desfile.

—Deberías organizar un ciclo de conferencias y hacer como si nada —rebatió Moyshe.

—Tiene razón, ocultarse podría ser peor: desaparecer equivaldría a declararse culpable —confirmó otro miembro de la tertulia.

—Yo opino en cambio que deberías irte —sugirió en corto Allegra, también presente durante la masacre.

Mientras que en Italia se propagaba una gran consternación, que se prolongó durante varios días, Mussolini repatrió con gran pompa los restos de las víctimas, que fueron colocados en la tumba de los caídos por la marcha sobre Roma, y ordenó

un día de paro laboral en señal de luto. El mismo lunes mandó un telegrama a Washington pidiendo que le entregaran a Vidali, señalado por el embajador italiano como el responsable —ya sea el mandante material o el intelectual, aunque no había manera de probar ni lo uno ni lo otro—, según le informó su legal a Vittorio. Como fuera, la policía estaba obligada a arrestarlo sin más retrasos, le explicó Darrow, y su deportación a Italia era inevitable.

9
Llave sin cerradura

Ciudad de México, 1942

A pesar de mi tradicional torpeza en materia de persecuciones, intentaba yo ser discreto, y es posible que lo estuviera logrando, porque Vidali caminaba rápido, pero sin voltear a ver hacia atrás. O confiaba en que nadie lo seguía o se había acostumbrado a que alguien lo hiciera.

Por mi parte, estaba decidido a no perderlo de vista, así que, con tal de mantener su paso, ni siquiera trataba de mimetizarme con las vitrinas que en la calle Balmis se asomaban llamativas a la banqueta. A ratos alcanzaba a identificar a mi perseguido tan solo como una mancha verde oscuro, ese era el color de su abrigo, pero siempre manteniéndolo en mi radar. En la esquina ocupada por una elegante zapatería, dobló en una callejuela desconocida para mí, y lo seguí sin hacer caso al ritmo delirante de mi corazón ni al sudor que escurría por mi cuello. El pasadizo desembocó en una avenida transitada, tanto por vehículos como por peatones, en la que la mancha estuvo a punto de desaparecer entre los transeúntes. Sin detenerme del todo, mis ojos registraron la silueta de la calle, que corría a toda prisa, lo que me permitió retomar la carrera. Pero apenas volví a emparejármele se detuvo abruptamente para introducirse en una discreta cafetería de ventanas oscuras.

Antes de entrar al establecimiento reuní el poco aliento que me quedaba e intenté acomodar mis ideas: si había llegado hasta ahí no podía claudicar ahora, pensé al empujar la puerta. Consciente del riesgo de que Vidali reconociera en mí al tipo que había embestido en el umbral de su casa, una vez adentro y sin esperar a que nadie me atendiera me acomodé en la primera mesa desocupada que encontré. Desde ahí lo busqué con la mirada y lo ubiqué rápidamente: estaba por alcanzar el área más alejada al acceso, y a la mujer que lo esperaba. Sentada de espaldas y mirando hacia el rincón, apenas ella sintió las manos de él sobre sus hombros giró la cabeza hacia atrás y su cuello y omóplato se alargaron hasta tocar, o más bien

acariciar, la mano que se le había arrimado. Él la besó en la frente y la mujer sin rostro buscó su boca hasta que los labios de ambos se unieron para separarse inmediatamente después, en el ademán reflejo de quienes están acostumbrados a esas expresiones de cariño y a ocultarlas también. No alcanzaba yo a ver bien ni siquiera el perfil de la desconocida pero, como fuera, no esperaba semejante desenlace. ¿Vittorio con una amante? fue mi primera pregunta, y la segunda: ¿había sido esta la causa de la muerte de Tina? ¿Y si el inspector le había atinado a la ancestral costumbre de los machos de deshacerse de sus hembras cuando ya no los satisfacían?

Por la segregada posición de la mesa que ocupaban, no tenía yo modo de ver a la mujer a menos que me acercara hasta evidenciar que los estaba espiando, lo cual evité hacer pues parecían ignorar mi presencia y no iba yo a delatarme tan burdamente. Esperé a que bebieran chocolate, comieran churros y que, al cabo de un rato de una plática que me hubiera encantado escuchar, pidieran la cuenta. Yo también encargué la mía, y, cuando se levantaron y ella giró al fin hacia mí, tuve que contener la sorpresa y sofocar una exclamación.

Era Isabel: la misma mujer que había organizado el servicio fúnebre, la que se había ocupado de la entrega del cuerpo en la morgue, la que había pedido dinero para darle a Tina una mejor sepultura, la que resultaba ser también su rival de amor. ¡Hasta yo me sentí traicionado! Cuando la pareja se encaminó hacia la salida disimulando su afecto, como quien está acostumbrado a esconder las propias efusiones, juré que no me engañarían por más esfuerzos que hicieran. La callada complicidad y el alarde de confianza con los que se trataban eran patentes. Y el beso aquel era un beso de amor, no me cabía duda.

Estaba tan anonadado con ese desenlace que preferí abortar la persecución. Quería reportarle de inmediato al inspector la significativa vuelta que ese evento le daba a las investigaciones. Rodríguez había tenido razón: la historia entre Vittorio e Isabel constituía un buen motivo, hasta para trama de la más básica novela policiaca, para deshacerse de una esposa incómoda. Pagué mi café con leche y me dirigí a la oficina del comisario mientras ellos pasaban a mi lado sin inmutarse. Traía en mi bolsa la llave encontrada en el escondite de casa de Tina y, a raíz de ese inesperado giro, resolví compartirle al inspector todo lo que sabía, incluyendo la existencia de las fotos y hasta del desnudo, mi hallazgo más preciado. Me sentía en deuda con él por haberlo abandonado después del desencuentro con mi padre, pero sobre todo por mi ocultación, y más ahora que había motivos para creer en la culpabilidad de Vidali, así que me dirigí a la comisaría sin vacilaciones.

Encontré al inspector en el edificio que albergaba a la policía judicial, también conocido como «el búnker», después de pasar los varios filtros que protegían su oficina: la caótica vigilancia del acceso; los desaliñados agentes, alineados, eso sí, en

escritorios con olor a cebolla y aspecto de caballerizas; y la última frontera: su asistente, la señorita Magda, que resguardaba sus aposentos como si fueran la torta mordisqueada permanentemente escondida en su cajón. Cuando fui introducido a su despacho, una oficina lujosa comparada con el resto del establecimiento, Rodríguez estaba ojeando los periódicos que con la prisa de esa mañana no había podido yo leer a pesar de que hacerlo era una de mis actividades diarias.

—¿Qué traes? —me preguntó distraído y evidentemente contrariado.

Le conté del intercambio de afectos entre su principal sospechoso y la mujer que estaba en todo, dejando la mención de mi hallazgo para la siguiente etapa de la conversación. Me observó detenidamente antes de interrumpir mi relato, como calibrando los datos que le había proporcionado.

—Aunque Vidali tuviera un móvil y un buen motivo para matar a su esposa, no hay una sola prueba en su contra, y encima ahora sus compinches lo defienden públicamente… —se quejó, señalándome la hoja del periódico donde aparecía impreso un poema, antes de que Magda entrara a anunciarle una llamada. Mientras esperaba a que Rodríguez colgara, me puse a leer la nota y no me detuve hasta terminarla:

TINA MODOTTI HA MUERTO

Tina Modotti, hermana, no duermes, no, no duermes: tal vez tu corazón oye crecer la rosa de ayer, la última rosa de ayer, la nueva rosa.

[...] A mi patria te llevo para que no te toquen, a mi patria de nieve para que tu pureza no llegue al asesino, ni al chacal, ni al vendido: allí estarás tranquila. [...]

[...] En las viejas cocinas de tu patria, en las rutas polvorientas, algo se dice y pasa, algo vuelve a la llama de tu adorado pueblo, algo despierta y canta.
Son los tuyos, hermana: los que hoy dicen tu nombre, los que de todas partes, del agua y de la tierra, con tu nombre otros nombres callamos y decimos. Porque el fuego no muere.

Firmados por Pablo Neruda y dedicados a Carlos Contreras, alias Vittorio Vidali, eran los versos pronunciados en el funeral en los que no había puesto yo demasiada atención entonces, pero cuyo reclamo latente y en blanco y negro consiguió que me sintiera yo mismo uno de los chacales ahí mencionados. ¿Cómo osábamos profanar la memoria de Tina pensando que fue víctima de su esposo, tan amigo de Neruda, el poeta que todos amaban?, parecía ser el mensaje.

Al colgar, el inspector interrumpió mis remordimientos:

—Como te decía, no hay una sola prueba en su contra, y tanto lo están defendiendo los rojos que el jefe me pidió cerrar el caso —alegó sin consideración

alguna hacia lo que acababa de decirle.

Iba a quejarme, pero la secretaria entró nuevamente, ahora para avisarle de la captura de Nemesio Aguilar —el jefe de la banda de robacasas, sobre cuya cabeza hasta recompensa había—, quien, según dijo, ya se encontraba en los separos, listo para ser interrogado. Sin agradecerle, y sin esperar a que ella saliera de la habitación, el inspector se excusó conmigo:

—Por fin cayó ese desgraciado… Llevan meses jodiéndome con su cabeza. ¿Vienes, lepe? —me preguntó como si un caso valiera el otro.

—No puedo, pero necesito decirle algo —solté.

—¿Qué? —contestó como si cualquier cosa que pudiera yo decirle no tuviera la menor trascendencia, lo que aunado al cierre del caso me quitó las pocas ganas que tenía de confesarme.

—¿Puedo quedarme con Suzi? —pregunté entonces, pensando que, dadas las circunstancias, entregar la llave significaba perder la oportunidad de seguir investigando por mi cuenta.

—¿Suzi? ¿Quién es Suzi?

—La perra de la occisa.

Gruñó un monosílabo incomprensible, que interpreté como «Haz lo que quieras, pero no me jodas», para continuar con un claro:

—Si no ayudas no estorbes…

No contesté más que con un ademán que le daba la razón y él continuó:

—Desaparece, lepe, que tengo cosas importantes que hacer.

Supe así que el inspector prefería abocarse a asuntos que le consiguieran el mayor aplauso de sus superiores; yo, en cambio, con el ahínco de los principiantes, o de los enamorados, me prometí averiguar la verdad sobre Vidali y su amante y cuidar de Suzi como lo hubiese hecho Tina. Tenía razón el gordito Díaz: era yo un romántico sin causa… pero con Diosa, y ahora hasta con perra.

También era un glotón, y al salir de la fiscalía me asaltó el hambre; no comía desde hacía horas y la carrera me había abierto el apetito, así que antes de volver a Balmis a buscar perra y cerradura, pasé a mi casa. Estaba de camino y, además de apaciguar el estómago, aprovecharía para ver si había vía libre para llevar a Suzi. Allí encontré a mi madre, que aprovechó a su vez estar a solas conmigo para ensañarse con su consueto sermón sobre mi futuro, que según ella se pulverizaría si no obtenía un título universitario, pues de ese modo ninguna joven decente iba a querer casarse conmigo. No entendía su preocupación, ni por qué habría de importarme quedarme soltero, pero supongo que al ser su matrimonio la decisión más trascendental de su vida asumía que para los demás sería lo mismo. Al menos no estaba obsesionada con que fuera yo médico; de hecho, prefería cualquier otra profesión —ingeniero,

abogado o aunque sea arquitecto, me dijo—, pero que consiguiese un título, por favor.

Yo la escuchaba mientras me comía una sopa de fideo seco y unas albóndigas al chipotle. Para cuando llegamos al postre —los chongos zamoranos que la empleada doméstica, conocedora de mi desaforado apetito y mi incapacidad de engordar, nos sirvió con harto piloncillo— le pedí permiso a mi madre para retirarme «a estudiar matemáticas con un compañero de clase», le dije, insinuando un posible interés de mi parte por la administración de empresas. La licencia me fue concedida y después de un beso en la frente, acompañado por la señal de la cruz, pude irme corriendo a casa de Tina. Traería a la perra a la brevedad. Contaba con que mi progenitora no se opondría, lo que me daría el tiempo de convencerla para hacer frente común conmigo delante de mi padre. Como fuera, Suzi le haría compañía principalmente a ella, que con las ausencias de su marido y su incapacidad para dar a luz más hijos —sus varios embarazos resultaban siempre en críos muertos, lo que ella atribuía a una maldición causada por el oficio de mi padre, «el muertero», como lo llamaba— se la pasaba sola la mayor parte del tiempo.

Llegué a Balmis lo más rápido que pude y toqué todos los timbres del 137 hasta dar con la vecina a cargo de la perra. Con el argüende de haber venido antes con los agentes y de haber olvidado mi sombrero en el departamento convencí a la mujer, que ya estaba acostumbrada a la presencia de extraños en el edificio, de abrirme la puerta de la calle y de la azotea. Le dije que traía las llaves para entrar a la casa y que por eso no se preocupara. No era verdad, pero de ese modo me ahorraba cuestionamientos de su parte y facilitaba por lo menos una parte de mi acceso.

Iba a inventarle que el comandante Rodríguez me había pedido que recogiera a Suzi; estaba convencido de que se alegraría de quedar relevada del cuidado del animal, pero preferí no arriesgarme a darle tantas explicaciones.

—Te encargo que cierres la puerta, no vaya a salirse la perrita —me encomendó.

Al escuchar sus palabras y al ver a Suzi aproximarse con lisonjas, pensé que, efectivamente, si «olvidaba» la puerta abierta, la perra podía escaparse sin que hubiese culpables más que, en todo caso, de haberla dejado salir accidentalmente.

—Ya van a venir por ella —avisé para que no le sorprendiera su ausencia.

—Qué bueno, porque no he vuelto a ver al señor Contreras —contestó, lo que podía significar que estaba encubriendo a su vecino o que, efectivamente, cuando me había topado con él, Vidali había visitado esa casa de incógnito.

Una vez que la mujer se retiró, acaricié la panza lampiña de la perra, que expresaba su felicidad dando unos pequeños gemidos y retorciendo su dorso en el suelo. No cabía duda de que teníamos una conexión que no necesitaba palabras: ella

parecía saber que había venido a recogerla y yo estaba emocionado con la idea de llevármela, pero antes tenía que cumplir otra promesa. A su lado —me seguía a todas partes, posiblemente para asegurarse de que no volviera a dejarla sola— le di una vuelta al perímetro exterior de la casa, que estaba cerrada en cada uno de sus vanos. Para entonces traía yo el corazón palpitando acelerado, consciente de estar en una propiedad ajena a punto de forzar el acceso a la casa de Vittorio Vidali y con la intención de llevarme a su perra. Me asustaba la posibilidad de volver a cruzarme con él, ahora en su territorio, listo para despojarlo de uno de sus haberes. Como fuera tenía yo la sensación de que la suerte de la mascota le importaba poco y que el destino de Suzi sería triste incluso si él aparecía, o por lo menos eso me repetía para infundirme el valor necesario para actuar.

A pesar del miedo, me sentía con licencia de detective y de rescatista, así que reuní el coraje suficiente y envolví mi puño con el pañuelo de tela —tal y como lo había visto en una de las películas de Hitchcock en el cinematógrafo— para romper así uno de los vidrios de la ventana. Después de introducir mi brazo para abrirla sin demasiado destrozo, una vez adentro me puse a buscar frenéticamente el empate de la llave. En mis auscultaciones encontré una foto de Vittorio que debía haber escapado a la confiscación policial. En la imagen estaba sentado, más bien echado, en un sillón de tela floreada, con un traje oscuro y un cigarro en la mano. Tendría poco más de veinte años y en la parte posterior del retrato aparecía la palabra Sormenti con un tache encima de la ese, sustituida por una te: «Tormenti». ¿Tormentos? ¿Los de Tina a causa de Vittorio? La fecha al lado de la enigmática palabra era diciembre, 1927. Reconocí la misma caligrafía que aparecía en las impresiones en mi poder: era la letra de Tina. Cuando crucé mi mirada con el personaje de esa imagen, un escalofrío me recorrió, pero a pesar del pavor en el que se había traducido mi miedo, claudiqué en la búsqueda de la cerradura solo cuando estuve seguro de que allí no había ninguna chapa compatible con mi llave. Y me llevé la foto y a la perra.

Con la foto de Vidali en la bolsa interior de mi chaleco, junto a la llave, y Suzi andando a mi lado —moviéndome de vez en cuando la cola, evidentemente contenta de ir conmigo adonde la llevara—, salí rumbo a la agencia, asegurándome de dejar todo en el mismo exacto lugar en donde lo había encontrado. Limpié incluso los vidrios rotos hasta dejar la ventana perfectamente perfilada, de tal modo que pareciera entera a pesar de faltarle uno de sus cristales.

En nuestro primer y fraterno recorrido, Suzi se detenía a oler cada esquina y a mear en cada árbol, y yo no sabía si jalar la correa, que me había llevado de casa de Tina, o ceder a sus exigencias. Cuando llegamos a la agencia y me cercioré de que el gordito Díaz se había retirado ya, nos metimos juntos al cuarto oscuro. Estaba sorprendido por la sumisión de Suzi: era como si la que me hubiera adoptado fuera

ella, o como si la misma Tina hubiese reencarnado en ese animal para guiarme, tal vez en la búsqueda del culpable de su muerte, divagué.

Mientras yo revisaba los revelados, colgados como ropa limpia en día de lavado y ya fijados con todos sus trazos en el papel, Suzi me miraba cómplice. Le di a beber agua en una de las charolas que usé para el proceso de revelado y me lamió la mano agradecida, mostrándome humildemente cuánto necesitaba de mis cuidados.

A la única conclusión a la que llegué al observar mis fotografías recién reveladas fue que no había nada trascendental en ellas más allá de detalles íntimos que me alegraba poder observar, pero nada que pareciera relevante para el caso. Cansado por la tensión de las últimas horas, por fin me relajé un poco y mi atención se posó en una de las imágenes que eran parte de mi botín. Tina la había tomado —como lo confirmaba su firma en el reverso, lo que me hizo imaginarla esperando el revelado de la misma— y estaba compuesta de anónimos campesinos caminando de espaldas, con sus sombreros y sus camisas desbordando la toma. Una imagen que, sin que lo supiera yo entonces, marcaría el ciclo más político de su fotografía.

10
Doragaya Royssia

Moscú, 1927

«La batalla de Sormenti es la batalla de todos los prófugos que quedan en espera de reconocimiento por parte de este país», escribió el diario norteamericano *Il Lavoratore* al día siguiente del apurado festejo y respectiva colecta monetaria que los compañeros de Vittorio organizaron a toda prisa para financiar su escape. Él leyó el artículo a bordo del barco francés que lo llevaba, junto con un grupo de entusiastas ciudadanos estadounidenses de variado origen —reunidos en una sociedad comunal y decididos a contribuir a la construcción del socialismo en el epicentro del mismo —, desde Nueva York a la Rusia del Soviet.

Su partida era el resultado de la estrategia usada por el abogado Clarence Darrow, quien había reñido la orden de expulsión, capaz de repatriar a su defendido a Italia, con tanto ahínco que logró convertirla en una *voluntary departure*. Una salida voluntaria que consiguió a su vez posponer con recursos legales y que hubiera podido prolongar largamente si Vittorio no hubiese enfrentado una acusación por homicidio. Como fuera, esa salida voluntaria le había permitido a su cliente, pese a la delicada posición legal en la que se encontraba, pedir asilo al país de su preferencia. El único dispuesto a aceptarlo —y con tratamiento de huésped de honor, además de ofrecerle ayuda incondicional— fue la Unión Soviética, que en ese entonces no tenía relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, por lo que ni un pasaporte regular pudo otorgarle.

Nueva York, Boulogne-sur-Mer, Memel y Riga fueron las etapas del recorrido —que hizo primero en barco y luego en tren, tocando todas las cárceles de sus respectivas escalas— para llegar a su nueva tierra prometida. Era el 26 de junio de 1927 cuando, después de una travesía que duró más de un mes —y que hizo al amparo de un extraño documento de viaje escrito en cirílico que lo detuvo una semana más en Vítebsk para que las autoridades fronterizas confirmaran su

proveniencia—, Vidali puso por primera vez pie en la estación de tren Belorussky de Moscú. Nadie lo estaba esperando, pero su deseo por conocer la patria del socialismo se había cumplido.

Desmoralizante es un sueño largamente acariciado convertido en una realidad distinta a las propias expectativas. Y decepción fue lo que experimentó Vittorio durante sus primeros pasos en la Unión Soviética, que había imaginado como la antorcha que iluminaría el camino de los comunistas del mundo y que en cambio encontró pobre, atrasada y sumida en la confusión.

Al ver la comida racionada en las tiendas semivacías, la gente harapienta, los edificios en el descuido y una burocracia tal que estuvo a punto de impedir su entrada, atribuyó sus impresiones iniciales del Soviet a los reductos de su enseñanza pequeñoburguesa, convencido de que pronto lograría disipar todo recelo de su parte, al igual que ese país innovador —por lo menos en cuanto a ideas— superaría todos sus problemas.

Se empeñó en recordar cómo había descrito el líder italiano Antonio Gramsci la Revolución rusa: es un gran tren en marcha, con una locomotora potente y moderna, pero con muchos vagones de tecnología atrasada ralentizando su carrera, pues tiene la obligación de jalar a todos parejo.

Con ese pensamiento en mente y la esperanza en el corazón, Vittorio caminaba algo desorientado por las calles de la capital soviética cuando decidió hacer un acto de fe y, con todo y maleta, ir a rendirle homenaje a Lenin. Mientras admiraba las alegres y bulbosas cúpulas de la catedral de San Basilio, y a pesar del hambre y del cansancio, se puso en la larga cola para acceder a la última morada de quien consideraba su ejemplo a seguir y cuyos restos descansaban en el mausoleo de madera del Kremlin. Tuvo que dejar su equipaje a consignación y caminar rápido —no estaba permitido detenerse—, pero ver al líder que tanto había admirado —yacente bajo el vidrio, con los ojos cerrados y la expresión tranquila— le inspiró un respeto capaz de borrar cualquier duda.

Reanimado, recogió su maleta y, después de visitar el Hotel Lux y a algunos compañeros que sabía se hospedaban en ese sitio, acabó instalándose en el único lugar donde encontró posada: la Casa de los Emigrados Políticos de Ulica Vorontsovo Pole, una construcción ruinosa rodeada de un jardín abandonado y atestada de prófugos provenientes de todo el mundo. Allí recibió la bienvenida de la cocinera y una abundante comida acompañada por un litro de sidra, única bebida disponible, después de lo cual se fue a dormir a la húmeda habitación que la mujer le asignó, compartida con un comunista milanés y un anárquico marchigiano.

Esa noche, a pesar de su mejor disposición para acoplarse a su nuevo hogar y de las ganas de sus compañeros de habitación de conversar en italiano, Vittorio se

durmió apenas cerró los ojos. Despertó de madrugada a causa del claror de la luna que entraba a través de la ventana, dejada abierta para disipar el mal olor, con las memorias revueltas y las vivencias de los últimos meses desfilando por su mente. Su arresto, su partida de los Estados Unidos, las dolorosas despedidas en el muelle, Rania llorando al mirar el barco alejarse, su confusa llegada a Moscú eran imágenes que lo acechaban al igual que el ansia por el futuro. ¿Adónde iría? ¿Qué haría? O más bien, ¿qué le harían hacer? Nervioso e insomne, si alguien le hubiese preguntado qué idea tenía de su mañana no habría sabido contestar. Agobiado, miraba la manija de metal de la maleta brillar en la oscuridad, que imaginó le decía: «¡Levántate y vístete! ¡Vámonos de aquí!». ¿Pero adónde? «América», era la respuesta. No, no puedo regresar, respondía Vittorio con voz trémula, consciente de que no sería fácil vivir en un país que no fuera el que había hecho suyo, los Estados Unidos, el sitio en el que se sentía mucho más libre que en Rusia. Hubiera querido seguir el consejo de la voz que lo instaba a irse, pero lo único que logró después de horas de dilucidaciones y vueltas en la cama fue quedarse súpito. Soñó que se escapaba de ahí —a un lugar sin distancias ni fronteras ni las incómodas leyes de los hombres— y que no volvía más.

En el duermevela del día siguiente, Vittorio escuchó un estruendo: alguien tocaba insistentemente a su puerta. Apenas logró despertarse y se dio cuenta de que sus compañeros de cuarto se habían ido, supuso que debía ser tarde ya y abrió la puerta. Un mensajero proveniente del MOPR, el Socorro Rojo, la Organización de Asistencia a los Combatientes de la Revolución, lo había venido a buscar para llevarlo a registrarse a la sede del mismo. Vittorio se alistó velozmente y, una vez fuera del hostal, se apuró a caminar tras el hombre que, según se esforzó por entender a pesar de las lagunas del idioma, habían mandado por él. Afuera un sol deslumbrante los persiguió mientras atravesaban bulevares tupidos de árboles verdes y frondosos, pasaban frente al monumento a Pushkin y escuchaban el canto marcial de los soldados marchando en la Plaza Roja antes de llegar al número 4 de Ogarieva Ulitza.

Allí, dentro de un edificio cuya fachada era severa e imponente y cuyo interior un revuelo de lenguas y gentes, Vidali fue recibido por la presidenta del MOPR en persona. Elena Stásova, una mujer de por lo menos cincuenta años, aspecto serio pero vigoroso, cabello gris y expresión dulce, lo abrazó afectuosamente antes de invitarlo a pasar a su oficina. Vittorio —que desde los Estados Unidos había escuchado historias sobre la reconocida descendiente de una antigua familia antizarista, responsable de haber contribuido a la caída del régimen imperial con su propaganda prerrevolucionaria bajo el seudónimo de «camarada Absolut», y cuyo último puesto había sido el de secretaria de Lenin— se emocionó con tan deferente acogida.

—Te esperábamos hoy, por eso nadie fue a recogerte a la estación —se disculpó, una vez que estuvieron a solas, en inglés; el idioma, de los seis que hablaba,

que consideró más oportuno para comunicarse con él.

—Gracias por la intención, pero como ves no me perdí —bromeó Vittorio, sintiéndose inmediatamente en confianza.

—Conozco tus capacidades de supervivencia y, antes que nada, quiero felicitarte por tu trabajo en los Estados Unidos. Tengo las mejores referencias tuyas e importantes proyectos para ti, pero creo que antes mereces un descanso. ¿Qué tal una vacación? ¿Crimea, o tal vez el Cáucaso?

—Descansar me irrita los nervios —rechazó instintivamente Vittorio, para quien la acción era una respuesta automática y a quien toda inactividad le provocaba una inquietud cercana a la histeria.

—Te confieso que a mí también —concedió Elena, a quien nadie le había rechazado unas vacaciones antes, si bien ella no tomaba unas desde la Revolución.

—La política es un enfrentamiento, físico e ideológico, sin tranquilidad ni pausa —recitó Vittorio con su mejor sonrisa, la cual parecía carnívora a causa de su mandíbula prognata.

Las palabras determinadas de su interlocutor, a quien le habían descrito como explosivo pero con extraordinarias capacidades en campo, sonaron a música para los oídos de ella, que sabía identificar las aptitudes de sus subordinados. Supo así, y de primera mano, que estaba frente a un elemento valioso que podía serle de gran utilidad, por lo que comenzó a enumerarle las alternativas a su disposición.

—Podrías asistir a la Escuela Internacional Lenin, que se ocupa de la preparación de los cuadros del Comintern, la Internacional Comunista, cuyo objetivo es propagar la revolución a nivel mundial. Conviene ponerle un marco teórico a todo lo que aprendiste en los Estados Unidos —sugirió, pero al verlo poco convencido continuó—: O tal vez te interese trabajar en el plan de emancipación industrial que está en marcha en el país…

—No quiero dejar la lucha, directa e inmediata, en favor de la causa —rebatió él.

—Podrías comenzar una carrera militar en el Ejército Rojo…

—Le tengo alergia a la milicia —confesó Vittorio, para quien la idea de llevar uniforme, después de haber lidiado con autoridades antagónicas toda su vida, era una intolerable limitación a su libertad.

—Encontraremos la mejor opción para ti, te lo prometo —fueron las conciliadoras palabras con que se despidió Elena, capaz de tratar con rigor a sus allegados, pero también con empatía.

En el breve período que pasó en Moscú, las dudas de Vittorio con respecto a su nueva patria se fueron disipando, en gran parte gracias a su nueva jefa, pronto convertida en su maestra y amiga. El italiano continuó presentándose en el MOPR a

diario, colaborando principalmente en el área de divulgación y propaganda, mientras hacía su mejor esfuerzo para encajar en una nueva patria que, defectos aparte, lo había acogido con generosidad.

De forma paralela a su trabajo en el Socorro Rojo, Vittorio visitaba a otros prófugos políticos, algunos viejos amigos italianos, otros excompañeros conocidos en Norteamérica y algunos amigos recién adquiridos. El doctor de origen judío y apellido Hafkina era uno de estos últimos, además de ser el padre de dos guapas estudiantes: Eva, la más joven, y Polina —de cabello rubio y corto, baja estatura, pero muy atlética—, quienes se encargaron de mostrarle la ciudad, repleta de tesoros y contradicciones, que cada día lo intrigaba más.

Gracias a los exiliados italianos, que frecuentaba a menudo, en una tarde de confrontaciones políticas, de esas que solían darse en el Hotel Lux —en donde lo mismo circulaban ratas que las más distintas nacionalidades y las más drásticas convicciones—, le surgió la descabellada idea de volver a Italia e iniciar allí una resistencia clandestina en contra de Mussolini.

—La situación en nuestro país es grave y, si bien hemos tratado de organizar desde Francia algún tipo de insurgencia, el Partido Comunista Italiano está aniquilado y es, si no suicida, demasiado peligroso cualquier intento de liberación —le avisó uno de los compatriotas recién llegados de su país de origen.

—Ese es un esfuerzo inútil —le confirmó Elena cuando, después de varios encuentros en los que se dedicó a comprobar las convicciones bolcheviques de quien comenzaba a perfilarse como su protegido, lo citó en su oficina. Mientras Vittorio le informaba sobre la plática que había sostenido con su antiguo mentor, el norteamericano Bob Minor, que se encontraba en Rusia para inmortalizar los restos del líder sindical C. E. Ruthenberg en el muro del Kremlin, Elena abrió el cajón de su escritorio.

—Dice Bob que podría intentar un nuevo ingreso a los Estados Unidos… —siguió explicándole Vittorio.

—No te recomiendo que vuelvas. Es un riesgo innecesario. Te propongo en cambio que vayas a México —a pesar de la aclaración de que la suya era una propuesta, la voz firme de la lideresa retumbó determinante en su pequeña oficina, la única área cerrada de la institución que comandaba.

—Excelente idea. Podría entrar a los Estados Unidos a través de la frontera con California —reflexionó Vittorio, que no se resignaba a olvidar su vida en América, ni a Rania, aunque coqueteara con las hermanas Hafkina.

—Imposible. Te buscan por homicidio y puedes acabar en la silla eléctrica.

—También podría resbalar en la regadera —bromeó él.

—Lo que no te dijo Bob es que, aunque nuestras operaciones mexicanas han funcionado al reparo del Workers Party, esto va a cambiar —aclaró Elena sin ganas de bromear—. Hasta ahora habíamos considerado a México un país semicolonial ya

que, a pesar de su independencia política, e incluso de su revolución, sigue gobernado económicamente por el imperialismo anglosajón. Si le dimos prioridad a la emancipación de los países líderes fue porque pensábamos que arrastrarían a sus satélites en consecuencia. —Vidali escuchaba el razonamiento con interés mientras ella se asomaba de vez en cuando por el cristal, controlando con la mirada el gran espacio abierto adyacente a su oficina en el que trabajaban cientos de compañeros—. Pero nos dimos cuenta de que podemos evolucionar a los primeros más fácilmente si les cortamos los suministros y los beneficios que les representan sus colonias y hegemonías. De ese modo países como Estados Unidos e Inglaterra se irán debilitando hasta doblarse.

—¡Brillante! —exclamó Vittorio, impresionado con la sagacidad de la mujer a la que no se cansaba de escuchar.

—Como ves, tu labor en México puede ser trascendental, sobre todo en un partido comunista como el mexicano: pujante, pero con tendencia a las desviaciones ideológicas, tan perjudiciales para la homogeneidad de nuestro movimiento, que ahora mismo necesita forjar todas las alianzas posibles para llevar al proletariado al triunfo —continuó Elena desde sus ojos inquisidores, siempre atentos debajo de unas gafas de montaje ligero y lentes gruesas.

—*Messico* —repitió Vittorio moviendo su quijada hacia delante, intentando imitar el acento que ella había usado, ansioso por regresar al continente americano, aunque fuera al país cuya pronunciación se le dificultaba.

—Eso sin contar que la Iglesia se ha levantado en armas. Coludida con los latifundistas, pretende boicotear el proceso revolucionario, así como la repartición de tierras y la confiscación de los bienes que pertenecen a todos los mexicanos… —dijo pronunciando el gentilicio mexica con aspiración intermedia, como para enseñarle a Vittorio la manera correcta de hacerlo.

—Un mar revuelto que podría sernos favorable —concluyó él.

—Ahora más que nunca es necesario un adoctrinamiento oportuno alrededor de la agenda política rusa, uno que se imponga sobre los intereses de los enemigos del pueblo y también de los internos —confirmó ella.

—Lo que venía yo haciendo en los Estados Unidos: una concientización tanto sindical como organizativa, pero sobre todo ideológica —reflexionó quien se estaba convirtiendo en su pupilo.

—Tu experiencia americana será muy útil. Por eso quiero invitarte —y enfatizó ese verbo con la intención de que Vittorio considerara la suya una propuesta abierta al rechazo— a trabajar en ese país con el partido y con otras organizaciones que hay que relevar, como las Juventudes Comunistas o la Liga Antimperialista de las Américas, una asociación, esta última, que estamos usando para involucrar a los otros países del área. A su cargo está el cubano Julio Antonio Mella, un joven muy entusiasta… a veces demasiado —dijo, con ganas de que Vittorio entendiera que la

subordinación era imprescindible para el resultado de una obra conjunta.

—México —repitió él, haciendo énfasis en aspirar la equis para que sonara a jota— como el fulcro que pivotee a los países de su mismo idioma y que también sirva de conducto para debilitar a su vecino del norte —continuó como si estuviera analizando el concepto en voz alta, mientras Elena lo escrutaba complacida con la fluidez del diálogo que se había establecido entre ellos.

—Veremos qué conviene hacer a su debido tiempo. Mientras tanto me adelanté consiguiéndote lo que necesitarás para tu viaje y que te corresponde por tu empeño en los Estados Unidos —dijo mostrándole al fin lo que había extraído del cajón y llevaba un rato en sus manos.

Vidali recibió el pasaporte ruso que lo daba por nacido en Odessa con tanta alegría y esperanza que casi le provoca el llanto, pues era el primer pasaporte que tenía en su vida. Grande como un libro, con una llamativa cubierta roja y el emblema de la Unión Soviética en su centro, imaginó que presentarlo en cualquier frontera sería como agitar una bandera de la cual sentirse orgulloso.

—Gracias por la confianza —le respondió con la seguridad de que ese documento le daba una nueva vuelta a su vida.

—También necesito que me reportes sobre otros encargos que podrían traducirse en la ampliación y oficialización de tus funciones… te explicaré con detalle a su debido tiempo. Ahora hay que festejar —concluyó, pidiéndole que la acompañara a visitar a Bill Haywood, uno de los grandes dirigentes sindicales norteamericanos, fundador del Western Federation of Miners y del Industrial Workers of the World, exiliado en Rusia desde hace algún tiempo. Una invitación que alegró a Vittorio, ferviente admirador del viejo líder y de sus años de lucha en los Estados Unidos, país que el italiano se resignó a echar de menos a cambio de su ascenso en la jerarquía rusa.

A pesar de su primera decepción, Vittorio acabó yéndose de la Unión Soviética encariñado con todo lo que había visto y conocido allí. Incluso poco antes de partir —y aunque el futuro de la Unión Soviética fuera incierto y muchos de los mismos rusos que habían repatriado con ilusión volvían a sus países de residencia desencantados— llegó a pensar que se hubiera podido quedar. Pero su impulso hacia la acción era más fuerte que él. En los días previos a su partida también consideró la idea de irse a Viena, donde el movimiento obrero acababa de declarar una huelga, convertida rápidamente en guerrilla. Pero Stásova, con su actitud protectora y sus análisis inteligentes, lo disuadió una vez más: aquella espontánea revuelta estaba destinada al fracaso por falta de coordinación con el Soviet, le explicó.

Así que, una vez obtenido el sello en su flamante pasaporte por parte de la embajada mexicana, otorgado por un amabilísimo y revolucionario embajador De

Negri, Vittorio abordó el tren de vuelta a Riga. De camino a Francia, decidió pasar unos días con una mujer que conoció en el viaje y con la que se dispuso a descubrir París. Pero mientras Vidali se dejaba enamorar por *la Ville Lumiére* y por Tamara, el nombre de su nueva conquista, su amigo Bartolomeo Vanzetti, cuyas cartas Vittorio se había encargado de publicar en el diario ruso *Pravda*, era electrocutado en la silla eléctrica junto con su inseparable Sacco. Al enterarse, Vidali deambuló indignado y triste por las calles parisinas, en las que se unió a una manifestación de repudio a las ejecuciones de quienes eran considerados mundialmente como un símbolo de la discriminación de la lucha social y que él llamaba amigos. No contaba con que sus ganas de reivindicar esa tragedia protestando en los Champs-Élysées lo llevarían a la cárcel. Por suerte, a las pocas horas de su encierro lo soltaron, al igual que al resto de los manifestantes, y, antes de seguir arriesgando que las autoridades francesas descubrieran su identidad y fuera deportado a Italia, prefirió alcanzar sin más retrasos el puerto de Saint-Nazaire, desde donde el barco con destinación a México zarparía.

11
Cuarto oscuro

Ciudad de México, 1942

En la soledad de otro cuarto oscuro, similar al que me encontraba yo con todo y Suzi, estoy seguro de que Tina había esperado con mi misma curiosidad la imagen de su autoría —y ahora en mi poder— de esa marea de sombrerudos surgir del líquido cristalino que, gracias a la química, se reproducía obediente en el papel. Era un procedimiento que, después de años de haber empezado a llevar a cabo sus propios revelados, debía seguirle sorprendiendo, al igual que me sorprendía a mí, pues frente a cada nuevo milagro de la alquimia confirmo mi amor por un oficio capaz de recuperar el recuerdo, revelar una verdad y activar la más árida imaginación.

Frente a esos campesinos de espaldas, imaginé cómo años antes, y bajo los ojos de Tina, la composición de redondeles claros y oscuros se había fijado poco a poco en el acetato, emergiendo cada vez más nítidos los pliegues de las camisas y las distintas tonalidades de negro alrededor de los sombreros. Un todo que cuando ella había disparado el clic responsable de capturar esa imagen le habría parecido un experimento de composición más, de los tantos ensayados en otras fotos, como era el caso de los polifacéticos vasos, por ejemplo —una secuencia de cristales que mostraba con sus reflejos una realidad distorsionada—, o de los pétalos de unas sensuales rosas que trasmitían la más aterciopelada ternura. La repetición de un componente simple que, en su conjunto, conformaría un nuevo elemento armónico era un ardid que había usado a menudo en su búsqueda artística.

Pero esa vez, al juzgar el extraordinario efecto obtenido en la toma, y gracias a la multitud de hombres desconocidos —ataviados con sus camisas blancas en contraste con la redondeada geometría de sus cabezas—, estoy seguro de que Tina se sintió contenta de haber permutado su vieja Korona 4 x 5 por una Graflex Reflex de un solo lente. Si bien debía de haberle resultado incómoda respecto a las cámaras más modernas por no poder colgarse en bandolera, el nuevo aparato le había

permitido prescindir del tripié, lo que le daba más libertad de movimiento a la hora de elegir un encuadre. De seguro había probado la nueva cámara apenas se la entregaron, en su viaje a San Francisco, cuando visitó a su familia, a la que habría hecho posar en la azotea del 890 de Union Street, el siempre humilde hogar de los Modotti.

A pesar de haberse comprado el nuevo aparato que la ilusionaba, y de haber tenido la alegría de ver a su madre, a sus hermanos y a su otrora suegra, Vocio Richey, lo que más la habría reconfortado durante las diez semanas que había estado de visita en los Estados Unidos habría sido la convivencia con un grupo de fotógrafos amigos de Edward. Por lo demás, se habría sentido alejada del mundo bohemio y superficial que alguna vez había disfrutado y ahora la incomodaba, llevándola incluso a reflexiones dolorosas. Y es que habría reconocido en ese viaje algo que la había desconcertado: sus amigos norteamericanos, que la habían visto pintar batiks y escribir poemas con Robo y, posteriormente, personificar a la sofisticada *femme fatale* de su breve paso por Hollywood, no tomaban en serio su trabajo como fotógrafa. Una realidad que la entristecería, pues se habría vuelto su razón de vida triunfar en el oficio que practicaba con devoción.

Para entonces Tina y Edward ya no serían la legendaria pareja de sus comienzos: se habrían mudado del Buen Retiro y también de la mansión ubicada en el número doce de la calle Lucerna, su segundo hogar mexicano y famoso punto de encuentro de la bohemia capitalina por sus asiduas y estrafalarias reuniones. La pareja habría visto su etapa lujuriosa —la de los amoríos con terceros, fruto del compromiso poliamoroso acordado, así como la de la excitación y la creatividad que solían provocarse el uno al otro— diluirse en la cotidianidad de la convivencia, pero también en la diametral disparidad entre sus percepciones, tanto estéticas como políticas.

Hasta las esperas adentro del cuarto oscuro, que en el pasado se convertían frecuentemente en encuentros eróticos —pues, si bien Edward no era entusiasta del revelado, habían compartido esa habitación más que cualquier cama—, se habrían tornado para Tina en momentos de cuestionamiento sobre sus decisiones de vida, en especial modo las relativas a su trabajo artístico. Como habría sucedido con esa imagen de sombreros y camisas, cuando el líquido se había fijado y la impresión había adquirido sus tintes finales: Tina habría percibido en esa foto la secuencia plástica, sí, pero también un significado más profundo, que no habría alcanzado a calibrar al tomarla. La posibilidad de que sus imágenes comunicaran algo más que belleza, sentimientos, o incluso ideas, sino que fueran parte de una lucha más amplia por mejorar el mundo, le habría devuelto la fe en sí misma en los momentos de confusión.

Todo esto habría pensado Tina al ver aflorar en el papel fotográfico el río de cuerpos en movimiento que le parecieron dispuestos a salirse de los límites a los que

estaban confinados, a escapar de los márgenes de esa foto, pero también, aunque fuera metafóricamente, de la miseria a la que eran reducidos. Una masa humana que Tina habría comenzado a ver en toda la extensión de la fuerza que los empujaba, la de la justicia social reclamada, y que habría podido identificar solamente más tarde, comprobando que el arte necesita tiempo para que el propio creador tome consciencia de la complejidad de sus obras.

A lo largo de su vida había retratado a un sinfín de personas: algunas famosas, como la actriz Dolores del Río; algunas interesantes, como la mecenas Antonieta Rivas Mercado; otras que no olvidaría nunca, como era el caso de los indígenas mexicanos, que consideraba la quintaesencia del país, la verdadera entraña de México. Pero esos campesinos, caminando en el desfile del 1° de mayo de 1926, habrían de convertirse en los protagonistas de su primera fotografía de denuncia social, en la que había retratado el ímpetu del pueblo conmemorando el Día del Trabajo, el más sagrado de los derechos humanos, y su protesta por las condiciones en las que estaba relegado a llevarlo a cabo.

Había tomado esa foto desde la azotea de la casa del pintor Pablo O'Higgins, me enteraría muchos años después: un joven norteamericano que, como muchos, se había reinventado en México y que, como muchos, se había enamorado de Tina, mientras que Edward observaba la procesión, tanto de los campesinos como de los pretendientes de su mujer, incómodo con su significado y con sus propios celos. Esa foto era la prueba de que ella y Weston habrían elegido al fin caminos opuestos, en los que hacía tiempo que sus decisiones les pesaban como pareja, aunque los fortalecieran como individuos. Tina, encerrada en el pequeño espacio de ventanas clausuradas y oscuridad total, habría visto en esos sombrerudos surgidos en el papel el mundo que ella y Edward habían construido juntos desmoronarse, sin poder hacer otra cosa que esperar que de esas cenizas surgiera algo nuevo.

Ensimismado en el cuarto oscuro de la agencia donde me encontraba, que había convertido en una especie de sala de proyecciones donde mirar la película de la vida de Tina, seguía yo fantaseando con qué había antecedido y seguido a esa imagen de su pasado remoto, visto que no conseguía averiguar nada trascendente del más próximo. Con Suzi acurrucada a mis pies y frustrado por mi incapacidad de resolver el misterio de su muerte, continué imaginando una historia que esperaba me remitiera a la verdad de sus últimos momentos o, de menos, que me permitiera continuar dándole vida a mi heroina.

Después de haber visto los sombreros fijarse en el papel, ella habría salido del cuarto oscuro con la convicción que a menudo la invadía, al igual que me sucedía a mí frente a mi propio trabajo: saberse frente a una buena toma, aunque no tan buena como para creer en su talento, o que yo confiara en el mío. Hasta en eso

diferían ella y Edward, un hombre tan seguro de sí que rayaba en la petulancia.

Al recibir la luz del día en los ojos, Tina se habría deslumbrado. Algo mareada, habría bajado las escaleras desde la azotea donde se encontraba el cuarto oscuro y habría llegado al vestíbulo de entrada de la casa de formas caprichosas que en ese momento habitaban. Allí habría encontrado, desafiante en la mesita del vestíbulo, la enésima carta dirigida a Edward con la caligrafía puntiaguda de Flora, su esposa, quien a menudo les mandaba dinero y también discretas insinuaciones sobre la necesidad de que sus hijos vieran a su padre.

A Tina le habría dolido, una vez más, no poder tener con su pareja un vínculo de naturaleza incondicional y profunda, como el que se tiene con un hijo o con quien se ha procreado uno. Por meses, tal vez años, habría tratado de resignarse a ese hecho, intentando basar su relación en otras afinidades, pero los tiempos cuando todo era diversión, complicidad y deseo habían terminado y algo más los separaba ahora.

Frente a esa imagen habría logrado comprenderlo: la visión puramente estética y hasta folclórica del México de Edward ya no coincidía con la suya; más bien, nunca había coincidido, aunque apenas se diera cuenta de ello. En una misma toma, Tina veía el desorden y la vida, mientras que él convertía su intención formal en obsesión, encontrando solamente «el arte» y su propia vida, cada vez más individualista y cada vez más molesto con los intereses de ella en el rubro político.

No, Edward ya no entendía a su pareja y no le parecía que el tipo de activismo que ella realizaba pudiera congeniar con el trabajo de un artista. Por su parte, Tina, antifascista convencida, comenzaría a hacer no solo fotos de denuncia, sino una franca campaña en contra de Mussolini, de quien se sentía víctima, y de todo lo que este representaba. Para combatirlo, e intentar construir un nuevo orden, traducía artículos en su contra por cuenta del periódico *El Machete*, y había reunido al puñado de italianos residentes en el país en la Liga Antifascista de México, además de haberse adherido a la Liga Antimperialista de las Américas y de haberse inscrito al Socorro Rojo Internacional, la Cruz Roja comunista, cuyo cometido era el de ayudar a las víctimas de la injusticia social en todo el mundo. Actitud y labor que, a la postre, los llevaría a la separación definitiva, sucedida un frío día de finales de noviembre en el que Tina habría llevado a Edward y a su hijo Brett, el segundo de sus vástagos que había traído a México, a la estación de tren.

Más allá de la convicción de que su amor había caducado, las lágrimas de la italiana surcarían su rostro al dejarlos en el andén, pero solo al volver a la soledad de la casa donde habían vivido juntos, y solamente después de leer el «Canto LXXXI» de la antología titulada *Poesía moderna americana e inglesa*, podría expresar lo que había sentido al verlo irse. Primero lo habría leído en voz alta:

Lo que sabes amar se queda,

el resto es escoria
Lo que sabes amar no te será arrancado
Lo que sabes amar es tu verdadera herencia

Luego habría tomado pluma y papel y habría escrito:

> Quiero escribirte largamente, Edward, —pero no ahora— no logro hacerlo ahora. Conoces aquella poesía de Ezra Pound en la página 172. Tú eres eso para mí, Edward. No importa qué signifiquen los otros, para mí tú eres ese. Estabas acongojado y perdiste la fe en mí, pero yo nunca lo hice porque respeto las múltiples posibilidades que viven en cada uno de nosotros y porque acepto el trágico conflicto entre la vida que cambia continuamente y la forma que se fija inmutable…

Cuando terminara esa carta, sabría que habría llegado la hora de mudarse de allí y sabría que nunca más volvería a ver a Edward Weston, aunque ese no sería el último punto que le escribiera. También sabría que nunca volvería a ser la Tina que él había amado.

Después de ver la foto de los sombrerudos e imaginar todo lo que había detrás de ella, tampoco yo podría ser el de antes. Mientras Suzi me lamía la mano y yo decidía resolver mi propio conflicto entre vida y arte, sentí a Tina más presente que nunca. Estaba allí conmigo, en espíritu e inspiración.

Con Suzi me había salido con la mía, o más bien mi madre lo había hecho. La perra fue aceptada por mi padre gracias al ultimátum que le dio mi dadora de vida, a quien a su vez, y a cambio del favor, le prometí que estudiaría arquitectura, la carrera que me pareció más afín al arte que tanto me interesaba. Mi madre accedió a que mantuviera yo «el *hobby* de la fotografía», así lo llamó, con la condición de que abandonara toda investigación policiaca que no me correspondía, ni por mi edad ni para mi futuro, sobre todo si había muertos de por medio. Mi madre le tenía un particular horror a la muerte, tal vez en represalia al trabajo de mi padre, que detestaba silenciosa e irremediablemente. Por amor a Suzi, y a Tina, decidí hacerle caso y me alejé de la comisaría y hasta de la morgue, prometiéndole que no perseguiría otro interés que convertirme en arquitecto. El gusto nos duró poco, es decir, hasta cuando leí en el periódico una noticia que mermó la tranquilidad que había alcanzado gracias al cierre del caso y a la promesa hecha a mi madre ese día.

Según la nota publicada en la segunda página de *El Universal*, el chofer del auto de alquiler en el que Tina había fallecido —ese que estaba inscrito al partido comunista y que nunca había podido explicar cabalmente por qué manejaba un auto y hacía un trabajo que no eran los suyos— había sido asesinado. Sí, ¡asesinado! Según el reportero que firmaba la nota, su deceso había sucedido en el curso de un

asalto en el que no tenía más participación que su casual presencia allí: estar en el lugar equivocado a la hora equivocada. ¿O en los adecuados? El periodista que firmaba la nota, una de las plumas más reputadas del diario, consideraba muy sospechoso el asunto, reviviendo las mismas teorías que habían quedado en el aire desde la muerte de Tina y que inundaron nuevamente mi imaginación con el ímpetu de la revancha.

12
Tú, yo, él y el amor

México, 1927

La última parada antes de que Vittorio desembarcara en tierra mexica fue Cuba, entonces gobernada por Gerardo Machado, el tirano que llenaba las cárceles con sus enemigos, cuando no los tiraba a los tiburones. En La Habana, Vidali aprovechó los breves días de estancia para establecer su primer contacto con el partido comunista, ilegal en la isla, al igual que el resto de las organizaciones revolucionarias y antimperialistas. Después de ese primer contacto con el trópico, el barco continuó hacia el golfo de México; primero Tampico y finalmente el exuberante puerto considerado la puerta de entrada a México: Veracruz, donde apenas desembarcados y antes de que pudieran descubrir la ciudad, compuesta por viejas casonas rodeadas de palmeras dispuestas a lo largo del malecón, un militar pidió la atención de los pasajeros para decirles sin rodeos:

—Señoras y señores, es mi obligación informarles que han llegado ustedes en un momento de gravedad —comenzó el soldado, volteando a ver a los viajeros que se apiñonaban en el galerón cubierto de hoja de palmera. Luego continuó—: Desde hace un año el país está afligido por la guerra civil, organizada por la Iglesia local y apoyada por el Vaticano, instituciones perversas que no quieren reconocer la Constitución aprobada hace diez años en nuestro país. Por otro lado, el imperialismo yanqui está listo para invadirnos y ocupar nuestras zonas petrolíferas, y hace unos días aplacamos el levantamiento de unos generales traidores a la patria. —Hubo varios murmullos de preocupación, pero el fiero bigotudo continuó—: El peligro es serio: los Estados Unidos, la insurrección cristera y la conjura militar se han propuesto conquistar el poder y asesinar a nuestros gobernantes, lo que significaría para nuestros enemigos la paz religiosa y la paz americana, pero sobre todo acabar con las conquistas de la revolución. —Tomó aire y siguió con renovado impulso—. Estamos listos para defendernos, reprimir a quienes se levanten en armas, aprehender

a todo insubordinado y quemar los pozos petroleros antes de que manos extranjeras sigan explotándolos. Les cuento todo esto porque es recomendable que permanezcan unos días en Veracruz. Su viaje a la Ciudad de México es demasiado riesgoso en estos momentos —terminó así su discurso, cumpliendo con lo que consideraba su deber: poner a los recién llegados en guardia.

Vittorio, después de haber escuchado cada palabra en el idioma que llevaba meses estudiando, levantó la mano.

—¿Aceptan voluntarios? —ofreció, dispuesto a unirse a la causa de la revolución si la respuesta hubiera sido positiva, pero el soldado le contestó orgulloso:

—Ya no son necesarios, tenemos la situación bajo control. Solo les pedimos prudencia y paciencia en lo que se normalizan los servicios.

Vittorio, falto tanto de la una como de la otra, desafió ese mismo día el consejo de su anfitrión y tomó el primer tren en ruta a la ciudad conocida como «la gran Tenochtitlan», la capital del Imperio azteca y de la Revolución mexicana.

Al pisar el andén del ferrocarril de la Ciudad de México, Vittorio se sintió mareado, no supo a ciencia cierta si por el ajetreo de la estación de trenes atestada de personas, animales y equipajes o por la altitud de una ciudad ubicada a dos mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar. El turista americano con quien había conversado durante gran parte del trayecto iba a hospedarse en el hotel Ritz, y el italiano, aún sin conocimientos de la metrópolis adonde había ido a dar, decidió hacer lo mismo. Una vez alquilado un cuarto en el lujoso hotel para turistas durmió un largo sueño y, a la mañana siguiente, curioso por conocer el país cuyo nombre aún no lograba pronunciar bien, salió a explorar sus calles. Había dado unas pocas vueltas por la sonriente y soleada ciudad cuando se encontró con tres individuos que discutían animadamente alrededor de una banca de la concurrida Alameda Central, el céntrico jardín que, aún no sabía, era el punto de reunión de la sociedad capitalina. Todos tenían en el ojal un escudo con la hoz y el martillo, por lo que decidió presentarse. El más elegante resultó ser el embajador soviético; el más joven, el secretario del partido comunista local, Rafael Carrillo; y el más gordo, el famoso muralista Diego Rivera. Apenas Vidali se identificó, el secretario exclamó alegremente:

—¡Sormenti! Pero si ya te conocemos: ¡nos manifestamos en contra de tu deportación hace unos meses! —aseguró, mientras «el panzón», ese era el apodo del pintor de tamaño legendario y talento indiscutible (salvo por la opinión de algunos detractores), apretujó al italiano en un abrazo constrictor, propinándole un par de sonoras palmadas en la espalda que lo dejaron tosiendo.

El pragmático ruso, en cambio, se limitó a decirle que lo esperaba en la embajada y que buscara a una compatriota italiana cuya casa se había convertido en punto de referencia para el partido en la ciudad.

—Se llama Tina Modotti, le avisaré que llegaste —precisó.

Al día siguiente —un lunes soleado y terso, gracias a un poderoso viento que se colaba entre las majestuosas montañas guardianas del valle— Vittorio se presentó, como era su costumbre cuando llegaba a un sitio nuevo, en la sede del partido comunista, que se encontraba cerca de su hotel, en el primer piso del número 57 de la calle de Mesones, una vieja casona con la puerta permanentemente abierta. Después de subir una escalera de piedra maciza se encontró en un gran salón repleto de indígenas, que se amontonaban afuera del cuarto donde operaba la redacción del periódico *El Machete*, el diario financiado por la Internacional Comunista, que imprimía diez mil copias a pesar de que los miembros del partido no llegaban a mil y buena parte de ellos eran extranjeros, es decir, no leían en español. Vittorio se puso a charlar con don Pepe, el maestro rural que capitaneaba al grupo y estaba en espera de reunirse con el presidente de la república, Plutarco Elías Calles, para reclamar los menguantes y cada vez más ultrajados derechos revolucionarios. En esas estaba cuando llegó otro grupo de jóvenes, todos con sombrero de ala ancha y paliacate al cuello, guiados por un muchacho de cabellera oscura que se presentó como David Alfaro Siqueiros, jefe del sindicato de mineros del estado de Jalisco. Después de intercambiar impresiones con este y otros presentes, útiles para darle un panorama de la situación política del país de primera mano, Vittorio se retiró a comer al restaurante de su hotel. Estaba devorando una carne cuyo nombre, para variar en ese país, le resultaba difícil de repetir, cuando llegó un mandatario de Tina para preguntarle si ella podía alcanzarlo allí. «Claro», fue la respuesta del hambriento comensal.

—¿Enea? —le preguntó al poco rato una voz suave detrás de él.

—Sormenti —contestó él sin voltear.

—*Sono Tina Modotti* —dijo asomándose discreta al espectro visual de su interlocutor, que, contento de escuchar su lengua madre, miró con sorpresa a la mujer que le hablaba, diminuta y vestida modestamente, pero con un *allure* que lo cautivó. Después de estrecharle la mano, y en un arranque de efusividad, Vittorio se prodigó en un torpe abrazo, emulando el que le había propinado a él Diego Rivera. Vencido por el impulso de tocarla, al separar sus cuerpos ambos se quedaron por un momento empachados para luego irse a sentar en el lobby del hotel en silencio, cada uno interesado en el descubrimiento del otro. A Vittorio, embriagado por el sensual perfume de su compatriota, el único rasgo de coquetería que ella se había permitido, le pareció que Tina tenía un pelo hermoso —negro, lacio y peinado con una compostura que denotaba un criterio mesurado—, mientras que sus vivaces ojos castaños destilaban bondad. La boca era perfecta, con una dentadura tan blanca e impecable que pensar en la posibilidad de besarla le alteraba los sentidos, ni se hable del efecto que le causó su figura, breve pero exquisitamente armónica.

—Lo primero es que te mudes a una pensión cerca de aquí, es económica, pero vas a estar cómodo. Después iremos a mi casa para hablar libremente. Esta

noche nos visitarán algunos amigos que desean conocerte —le expuso ella en italiano, claramente ajena a los pensamientos que había provocado en él.

Después de instalarlo en el cuarto de alquiler, con cama aún deshecha y anfitriona argentina, caminaron hasta donde Tina vivía —el edificio Zamora— mientras seguían escrutándose con mutua curiosidad. Subieron los cinco pisos que separaban al apartamento de Tina de la calle y Vittorio se encontró en una vivienda sencilla, con un gran salón luminoso, cuyo único elemento de valor era un baúl antiguo colocado en una esquina. A ese espacio se asomaban las otras habitaciones: el dormitorio, con una cama y una máquina de escribir encima de su única mesa; una recámara destinada a los huéspedes; una cocineta y un pequeño cuarto sin ventanas para el revelado de las fotos. También había una terraza alargada con vista a la ciudad y a los volcanes.

Acomodados en el único sofá, uno al lado del otro, hablaron de la visita de Vittorio a Rusia, de la situación política de los Estados Unidos, de México y de la pequeña colonia italiana presente en el país, tan difícil de coordinar, según la experiencia de Tina.

—Solo a fuerza de arrear gente hemos logrado crear una organización antifascista —se quejó ella—, además, ni al Partido Comunista ni a la Liga Antimperialista les importa lo que sucede en Italia.

Casi no habló a título personal, aunque le preguntó a Vittorio por Trieste, con toda la nostalgia que su país de origen evidentemente le provocaba, y más específicamente la región que había tenido que abandonar, la misma orgullosa región de Vittorio: el Friuli-Venezia Giulia, como la habían bautizado los romanos después de que Giulio Cesare fundara su otrora capital, Cividale del Friuli, allá por el siglo I.

La plática fue interrumpida por la llegada de don Pepe, el mismo maestro con quien Vittorio había conversado en la sede del partido y que entró a casa de Tina como si allí viviera, de tan confianzudo. Al poco rato apareció más gente, que la anfitriona recibía con abrazos y con un vino tinto producido en Durango, mientras don Pepe contaba las novedades sobre su reunión de esa mañana con el presidente Calles:

—Prometió soluciones, pero dudo que las cumpla. Nuestros gobernantes son viejos revolucionarios, pero cada día que pasa se inclinan más a gozar del poder que a honrar los principios por los que pelearon.

Algunos de los presentes estuvieron de acuerdo, otros rebatieron, provocando una discusión que amainó solamente cuando Tina repartió *spaghetti* a la mantequilla para todos. Un platillo cuya única gracia era la cocción *al dente*, y que le trajo a Vittorio la memoria de su madre Bianca, dada a añadirle a esa pasta un poco de queso de lechería recién rallado las raras veces que tenían el dinero para comprarlo. El recuerdo le provocó una inesperada ola de melancolía que estuvo a punto de revolcarlo. Mirar a Tina afanarse repartiendo las sobras del platón lo hizo sentir, por

primera vez en mucho tiempo, en casa.

De ahí en adelante, Vittorio frecuentó a menudo el apartamento de su compatriota, un punto de reunión extraoficial de quienes gravitaban alrededor del partido. Eran varios los asiduos y muchos los temas que se discutían, las ideas que se gestaban y los planes que se organizaban en esas veladas. Refugiados políticos de distintos continentes continuaban llegando a un país que les tendía las manos a pesar de que varios de ellos habían cometido crímenes en sus patrias, como era el caso de Ramón Casanellas, un antiguo anarcosindicalista catalán muy taciturno apodado Neri, responsable del asesinato del presidente del Consejo de Ministros español. Incluso llegaron algunos del otro bando, como el pistolero fascista Amerigo Dumini, supuesto asesino del diputado italiano Giacomo Matteotti y a quien Neri y Vidali decidieron cazar con la intención de darle su merecido, a pesar de que nunca lo lograron.

Vittorio vivió en la Ciudad de México también una experiencia novedosa para él: el miedo, esa incontrolable sensación de impotencia y espanto que hasta entonces había rechazado. Sucedió una tarde de las varias que pasó en la sede del partido, cuando por primera vez se sintió frente a un enemigo invisible e invencible. Un enemigo capaz de levantar y bajar al mismo tiempo las calles, de hacer crujir el piso y hundir en un silencio opresivo a todos a su alrededor, incluyéndolo a él. Su primer terremoto lo tomó por sorpresa, pues no sabía que esa ciudad, extendida y llana, se removía a cada rato con tremendas sacudidas, de cuerpo y de alma. A la primera que llamó para saber cómo estaba fue a Tina.

Con Tina y otros compañeros de causa y de artes, de esos intelectuales afines y comprometidos, se iba de excursión los fines de semana a un pueblito al sur de la ciudad llamado Contreras, apodo que le pusieron por llevar siempre la contra. En el curso de uno de estos convivios —después de enterarse, por la delegación recién regresada del primer Congreso Mundial contra la Expansión Colonial y el Imperialismo celebrado en Bruselas, de una naciente rebelión en Nicaragua— crearon un comité llamado Manos Fuera de Nicaragua. Destinado a recolectar fondos —dinero, reclutas y armas—, su objetivo principal era apoyar al grupo de campesinos de ese país, guiados por Augusto César Sandino y que pronto se conocerían como los sandinistas.

También había vuelto de Moscú —después de haber estado en Bruselas para llevar la representación de los campesinos mexicanos— Julio Antonio Mella, una fuerza de la naturaleza —según lo descubrió Vittorio— muy parecida a un terremoto, que sacudía todo lo que tocaba.

Cuando se reunieron en un café de la calle Mesones, y gracias a la prestancia que lo caracterizaba, Mella le causó otra sensación que, junto al miedo, hasta

entonces desconocía: la envidia. Alto, atlético, de cabello abundante y ojos rebosantes de vida, con una frente despejada y modos tan afables como comunicativos, Vidali comprendió de inmediato por qué Mella era considerado un líder carismático a pesar de su juventud. Famosa había sido la determinación con la que se había puesto en huelga de hambre durante diecinueve días en su natal Cuba, obligando al presidente Machado, presionado por una opinión pública consternada, a que lo liberara. Una firmeza de convicciones que percibió Vittorio en su presencia, acompañada por una capacidad de análisis y un empuje singulares que comprobó cuando Mella le resumió las últimas noticias de Rusia:

—La Nueva Política Económica, el capitalismo de Estado promovido por Lenin, está por llegar a su fin. La colectivización del campo avanza con sacrificios, al igual que la creación de una industria pesada, imprescindible para medirse militarmente con cualquier potencia. Pero lo más preocupante es el rubro político: Trotski está a punto de ser expulsado del partido y hay indicios de un pleito entre Stalin y Bucharin. No se ponen de acuerdo sobre el futuro del Soviet… —dijo escrutando a la mesera con el rabillo del ojo.

Vidali, víctima del incontestable encanto que Mella ejercía sobre toda persona —incluyendo la joven de rasgos indígenas y piel morena que, al servirles café, no veía más allá de Julio Antonio—, le resumió en cambio lo que había sucedido en México durante su ausencia:

—Aquí todo sigue igual: Calles continúa reuniéndose todas las mañanas con el embajador Morrow. Es obvio que pretende acelerar el proceso de reconciliación con los Estados Unidos y entre clero y revolucionarios, un hecho que, de suceder, inclinaría peligrosamente la balanza hacia una derecha conservadora y autoritaria.

Al escuchar las palabras que más detestaba —derecha, conservadora y autoritaria—, Julio Antonio debió recordar al tirano que hostigaba a su amada Cuba, porque intervino rápida y radicalmente:

—Es hora de organizar la invasión a la isla —afirmó con esa pasión que electrizaba el aire a su alrededor y que convertía a los hombres, y ni se diga a las mujeres, en sus adeptos—. ¡No podemos tolerar más abusos imperialistas!

El italiano se limitó a asentir y a pedirle paciencia:

—Un evento de tal magnitud tiene que contar con el apoyo de la Unión Soviética, si pretendes que tenga éxito —le reiteró sin ir más allá de esa recomendación. Todavía no estaba plenamente definido su trabajo en México y no quería extralimitarse. Guardaba la esperanza aún de que lo enviaran a los Estados Unidos para continuar con la labor que había iniciado allá, lo que además le permitiría reunirse con Rania. Seguía maquinando cómo cruzar la frontera con un pasaporte falso, en el caso de que Moscú le diera la orden de volver a los Estados Unidos, cuando recibió la noticia: había resultado elegido, junto con Rafael Carrillo y Manuel Díaz Ramírez, como representante del Partido Comunista Mexicano en el

VI Congreso de la Internacional Comunista. Un honor para él, especialmente porque llevaba apenas unos meses en México.

A partir de ese momento se volcó en los preparativos del viaje, hasta que, cuando corrían los primeros días del mes de julio de 1928 y estaba a punto de irse, recibió una llamada de Tina.

—Necesito hablar contigo —le comunicó ella con premura.

Vittorio llevaba algún tiempo de no verla, ni en la sede del partido —al que ella se había inscrito formalmente gracias a una plática que tuvo con él— ni en las reuniones de las distintas alianzas, donde solían coincidir, pero su voz le sonó preocupada y se apuró a alcanzarla en su casa.

—Te llamé —le explicó Tina cuando Vittorio se acomodó en el único sofá, floreado y tieso, de su departamento— por una cuestión estrictamente personal —dijo detrás de unas marcadas ojeras—: Tú mejor que nadie sabes que aspiro a ser una buena militante, comprometida con la decisión moral que significa serlo, pero estoy confundida y me hace falta un consejo…

—Soy tu amigo, además de tu camarada. Estoy para ayudarte en lo que necesites.

—Lo sé y voy al punto: hace varios meses mi compañero Xavier Guerrero, a quien tú conoces, fue seleccionado, como sabes, para asistir a la Escuela Estalinista de Moscú; siendo un gran honor y él un miembro del partido muy disciplinado, aceptó de inmediato el ofrecimiento. Me avisó que no nos veríamos en los siguientes tres años y no objeté en lo absoluto. No me atrevería a interferir en las decisiones de nadie, ni siquiera en las de mi pareja, mucho menos en las del partido. Pero de un momento a otro me quedé sola, sufriendo la distancia que la situación me impuso, como también sabes de sobra —Tina suspiró, con cierto histrionismo. Lucía visiblemente afectada y Vittorio hizo el intento de consolarla, pero ella continuó confesando lo que le pesaba en la consciencia:

—Sucedió, sin embargo, que después de un tiempo de tristezas me enamoré, muy seriamente… —se detuvo una vez más como para dejarle sopesar a su interlocutor ese adverbio y darle la justa importancia a las palabras que siguieron—, de otro compañero que también conoces… —dijo haciendo una pausa que a Vittorio le pareció dramática—. Se trata de Julio Antonio Mella —recitó como si estuviera en una de las películas del cine mudo en las que interpretaba personajes necesariamente muy expresivos.

—¿Mella? Pensé que estaba casado —exclamó Vidali, sorprendido con la revelación y desconcertado de tener que opinar sobre una cuestión tan íntima.

—Está tramitando la separación de su esposa, con la que tiene una hija, es cierto, pero me propuso comenzar una vida juntos —confesó Tina sin ocultar la

evidente ilusión que le daba pronunciar esa última palabra, que tantas veces había intentado materializar y tantas le había fallado. Luego de una pausa en la que parecía gozar su nueva posibilidad de vida, continuó—: Le escribí una carta a Xavier explicándole lo sucedido, pero no obtuve respuesta. Y… no sé cómo comportarme. No quiero faltar a mis principios de lealtad ni mucho menos a la moral a la que me suscribí al entrar al partido, pero tengo que ser congruente conmigo misma —se justificó, como si estuviese temerosa del juicio de su compatriota.

Vittorio sintió una punzada que cualquiera hubiera identificado como celos; él, que nunca había querido —o podido— formular un proyecto para estar «juntos» con nadie, ni siquiera con Rania, a quien había amado honestamente, pero a la que siempre había puesto después de su compromiso político. Allí estaba Mella, en cambio, el hombre que lograba hacerlo todo: la revolución en su país, pero también el amor, y con Tina. ¿De todas las mujeres a su disposición tenía que haber elegido precisamente esa? —se preguntaba Vittorio.

No alcanzó a decirle otra cosa más que enamorarse de un joven como Julio Antonio no le parecía de ningún modo grave y que lo correcto había sido informar a Guerrero. ¿Qué otra cosa podía hacer? Viéndola tan afligida incluso la abrazó.

—Enamorarse es uno de los más bellos ofrecimientos de la vida y no hay que desperdiciarlo —continuó ahora en un susurro.

Al separar sus cuerpos, Tina se mantuvo en silencio y con la mirada al suelo, para buscar luego los ojos de Vittorio, como si necesitara una expiación que solo él podía darle.

—… uno de los más bellos ofrecimientos de la vida —repitió Vidali, poniéndose de pie.

—No quiero quitarte más tiempo —dijo ella al darle las gracias mientras, repentinamente nerviosa, lo acompañaba a la puerta. Al salir de allí él volvió a sentir la envidia recorrerlo: esa perturbadora y novedosa experiencia que, junto al recién descubierto miedo, últimamente lo rondaba muy de cerca.

13
Un virus incontrolable

Ciudad de México, 1942

Durante mucho tiempo, a lo largo de mi vida, me pregunté cuándo y cómo nace el amor. ¿En qué momento comienza a incubarse el sentimiento cuya proveniencia desconocemos a pesar de que nos involucra, por no decir nos ataca, con tanta frecuencia? ¿De qué manera esa suerte de virus —uno de los muchos microscópicos e infecciosos agentes que se reproducen adentro de las células de otro organismo— es inoculado en nuestro ser? ¿Al cuánto tiempo se manifiestan los síntomas, qué órganos son afectados y cuáles son los estragos que lo vuelven patológico, aunque a veces no resulte así? ¿Cómo y por qué un virus desaparece o, de menos, atenúa sus efectos? ¿Cuándo aprende uno a convivir con él, cuándo muta hasta transformarse en una amenaza distinta y cuándo se vuelve curación?

A los dieciocho años no me planteaba estas preguntas. Entonces pensaba menos y reaccionaba más, en especial modo a los estímulos a los que está expuesto el cuerpo, como aquella inesperada sacudida que recibí en la morgue el día que vi a Tina bajo la sábana blanca. O como el vuelco, uno bastante más común, que experimenté cuando la hija del inspector Rodríguez abrió la puerta de su casa y me retó con su mirada traviesa.

—Mi papá no está —dijo sonriendo con los ojos y entreabriendo apenas los labios. Clara, así se llamaba la niña de calcetas y de apenas quince años que me recibió ese día. De ambas cosas, edad y nombre, me enteraría más tarde; entonces tan solo me percaté de su existencia, sin que supiera aún que estaba destinada a revolucionar la mía. Fue cuando ella estaba por cerrar la puerta y con mi mano se lo impedí, tocando la suya, que sentí una descarga eléctrica recorrer mi brazo. Clara también se sobresaltó, aunque es posible que se asustara más a causa de mi movimiento brusco que por el corto circuito generado con la unión de nuestras pieles.

—Espera. ¿Cuándo vuelve? —la cuestioné.

—Fue a jugar a la pelota al frontón. —Y viendo mi boca alistarse para seguir interrogándola, continuó—: No tiene hora de llegada…

Esa no me la sabía, ¿desde cuándo Rodríguez era deportista? No tenía ciertamente el aspecto, pensé al replicarle a la joven de tez apiñonada y pelo castaño recogido en una trenza, cuya sonrisa terminaba con un pequeño lunar oscuro en su mejilla izquierda:

—¿Al Frontón México?

—¡Qué va! —exclamó, con la mirada de quien le da a su curiosidad rienda suelta—. Al de Bucareli. El de los maletas, como yo le digo; de los principiantes, pues…

No recuerdo qué pasó por mi cabeza entonces, lo que sí es que me quedé por un momento dudoso, sin lograr decidir si alcanzar al comisario era imprudente o si seguir hablando con Clara era una imprudencia aún mayor. Por si acaso, le pedí la dirección del frontón y me retiré, sin sospechar que en unos cuantos años me casaría con ella.

Esa mañana había decidido ir a buscar al comandante a su casa porque era viernes y en su oficina me habían dicho que se había reportado enfermo. La última vez que había ido a verlo calificó la noticia que me había dado esperanza de que se reabriera el caso Modotti —es decir, la del asesinato del chofer del taxi donde Tina había perdido la vida— como una mera coincidencia, incluso una sin importancia, según dijo para mi total decepción: «Las dilucidaciones alrededor de la misma son imposibles de comprobar, sin duda insuficientes para volver a una investigación archivada ya». Si me había atrevido a buscarlo ahora era porque, a pesar de ese episodio desalentador, entonces aún creía que la justicia tenía que ser servida con prioridad absoluta y que el inspector era el conducto para hacerlo.

Lo buscaba para contarle lo que había sucedido un día antes, jueves 19 de marzo de 1942, en la muestra de la Galería Mexicana de Arte Contemporáneo anunciada en el periódico *El Universal*, con las cincuenta fotografías prestadas por sus amigos y expuestas en honor a la memoria de Tina, a la que había yo asistido.

Durante los más de dos meses que habían pasado desde su muerte —más allá del artículo reportando el asesinato del chofer que había manejado el auto donde Tina había perdido la vida—, había descendido sobre el caso un espeso silencio mediático. Por mi parte, seguía yo convencido de que había más que descubrir sobre el fin de la única mujer cuya desnudez conocía, y seguía pensando que Vittorio Vidali tenía mucho que explicar al respecto, si es que no era directamente culpable del que bien podía haber sido un crimen pasional, pero también político. A estas alturas me intrigaba entender por qué ni el inspector ni la prensa estaban dispuestos

a profundizar en la investigación sobre la muerte de Tina, aunque también me intrigaba el arte de esta última.

La noche anterior, por ejemplo, había estado admirando sus obras, impregnándome de cada una de sus expresiones: la ternura en el abrazo de una madre hacia el hijo desnudo recargado en su cadera; el traje típico de una mujer de cuello estirado y mirada altiva al transportar en su cabeza una olla pintada; la tela de una bandera cuyo detalle se asemejaba a la agrietada piel de un viejo; la geometría de unos hilos telegráficos que parecían salir desde un metafórico punto de fuga para alcanzar el universo; la mexicanidad de la hoz, un machete contrastando con la mazorca, listo para representar, simbólicamente, la raza prehispánica. Interpretaciones de una verdad que me rodeaba, pero que no hubiera permanecido en mi memoria si no la hubiera visto a través de su mirada.

Esa noche también recordé el desnudo en mi posesión, que seguía satisfaciendo mi juvenil necesidad de placer. Esa era la única imagen que había traído a mi casa para esconderla bajo el colchón, junto a mis dientes de leche y al centenario que me había regalado mi padre al cumplir los dieciocho, que para él era un tributo a la patria independiente y para mí a mi libertad añorada. Por un instante pensé que esa imagen de Tina debería de haber estado expuesta en ese recinto, pero la idea de que, al no estarlo, ese pedacito de ella era solamente mío me consoló.

Algunas de las fotos ahí reunidas estaban a la venta, pero con mi exigua mesada, para lo único que me alcanzó fue para comprar el catálogo, un sencillo panfleto en el que leí este texto:

> Más que la muerte, por el hecho de que su vida tomó otros rumbos, Tina dejó su obra improvisamente truncada. Durante un breve tiempo, en el que trabajó como fotógrafa, pudo sin embargo dejar una enseñanza, cuyo principal y más general significado consiste en la comprensión y el apego a los medios y métodos de la profesión. Cuando llegó a México era todavía en el período romántico, pero apenas aquí, bajo la influencia de los artistas empeñados en una revolución estética que luchaba por un arte moderno ligado a las tradiciones, encontró con Weston el significado de la fotografía actual, ligada en sus raíces a la fotografía primitiva. Empezó así la exaltación de la materia y de la forma; con la producción de abstracciones levemente impregnadas de poesía se crearon aquellos documentos humanos, obras de madurez técnica, de solidez plástica, de dominio de los medios, que hoy vienen presentados en esta exposición como un aliciente, como un regalo.

Lo firmaba el fotógrafo Manuel Álvarez Bravo, y un poco más abajo aparecían las palabras de su esposa Lola, que concluían: «Y ahora Tina está aquí: se quedó de pie, nunca murió; su obra continúa hablando de ella», lo cual me hizo sentir más cerca que nunca de mi querida.

Al estar rodeado de tantas imágenes suyas —las que ella había tomado, y las

que la retrataban— me pareció como si en verdad ella estuviera de vuelta en este mundo. Pero no era una presencia corporal la suya, ni siquiera una espiritual: era como si aquel espacio de paredes blancas estuviese iluminado por su aura, por ese halo de permanencia que se manifiesta a través de ciertas acciones extraordinarias como la creación artística, tal vez la más extraordinaria de las acciones humanas. Era como si en esas fotos estuviera metido todo lo que ella había hecho en su vida, todos los libros que había leído, todos los hombres que había amado, todos los pensamientos que había procesado, hasta los más contradictorios. Por un momento me sentí capaz, incluso obligado, de trasmitir a otros las mismas sensaciones que sus fotografías provocaban en mí. Soñaba, cada vez más a menudo, con darle a mi vida la trascendencia que solo el arte puede otorgar.

Cuando me paré frente al retrato de Tina realizado por Weston —un primer plano de su rostro inclinado, con la mirada perdida en el horizonte y los cabellos enmarcando la silueta de su cara de tal modo que parecía una virgen morena—, la escueta nota que acompañaba la imagen me pareció indigna de la misma, pero también de la relación entre ellos que describía Álvarez Bravo y que comprobaría en mis investigaciones: «Soy un viejo amigo de Tina: la conocí hace veinte años. Ningún superlativo que use para definir el carácter de Tina me parecería suficiente, y por eso me limito a saludar su memoria».

Al leer esa leyenda, y a pesar de la intensidad que desprendía la mirada de ella en esa imagen, que parecía recitarle a su fotógrafo una poesía amorosa, solo me quedaron ganas de pasar a la siguiente foto. Estaba ensimismado admirando a la Tina que fruncía la nariz y ofrecía sus redondeces debajo de un cómodo overol con un cinturón de piel que le ceñía el talle, cuando aparecieron los adúlteros. Los asistentes que aún quedaban en el salón los saludaron con alegre deferencia, como si fueran una suerte de recién casados entrando a la recepción de su boda. Para entonces Isabel ya estaba separada y, con Vidali convenientemente viudo, nada les impedía pasear su amor. Estaba al tanto de que no solo su relación continuaba, sino que ya vivían oficialmente bajo el mismo techo, pero verlos en la exposición de Tina, la primera vez juntos desde que los descubriera en el furtivo café donde escondían su amor, me turbó.

A partir de que me había embestido en el umbral de la casa que compartió con Tina, Vittorio Vidali me provocaba una serie de sensaciones que conducían al mismo sitio: el rechazo natural e instintivo que le tenía el gato al perro. Más allá de ello, desde nuestro encontronazo en su casa lo seguía a menudo, como si quisiera vencer mis propios temores o como si no perdiera la esperanza de inculparlo. Creo que él se daba cuenta de mis persecuciones, pero debí parecerle un mocoso irrelevante porque ni se inmutaba. Y, sin embargo, gracias a mis pesquisas, tenía ahora algo nuevo que reportarle al inspector.

Los sucesos de la noche anterior se agolpaban en mi memoria mientras recorría la distancia que me separaba de la casa del inspector al 126 de la calle Bucareli, la dirección del frontón. Cuando llegué me introduje en la anónima puerta de acceso, desde la cual un andador de piedra y hierba me condujo al que se me figuró como un enorme gallinero. Adentro del mismo corrían, avanzando y retrocediendo velozmente y sobre su mismo eje, cuatro hombres con caretas sobre el rostro y cesta en mano, mientras azotaban sus pelotas contra una gran pared verde. Nunca antes había visto el juego en boga entonces, el jai alai, y me sorprendí al reconocer al inspector, en bastante buena condición física a pesar de sus notorios excesos en humo y alcohol, efectuando tiros tan ruidosos que parecía desahogar en esas descarapeladas paredes todas sus frustraciones. En medio del estruendo intercambiaba frases jadeantes con sus compañeros de cancha, quienes le respondían en su mismo léxico vulgar y prosaico.

Cuando me vio, disimuló su sorpresa y me hizo una seña de reconocimiento, pero siguió en lo suyo. Yo fui a sentarme en la tribuna de gradas destinada al público, en la que estaban acomodados unos tipos de lentes oscuros que ninguna madre hubiera querido cerca de sus hijas (ni de sus hijos tampoco). Parecían esbirros y pronto supe que lo eran. Un vendedor ambulante los abastecía de cerveza, cuyos envases conservaba fríos en una cubeta rebosante de hielo. Los saludé discretamente después de que la voz exhausta del inspector les gritara:

—Es el hijo del doctor Zárate, el de la morgue. Va para mi adjunto, así que no me lo maltraten, eh… —bromeó guiñando el ojo y dejándome sorprendido con ese comentario, pues si bien le había hablado de mis ganas de trabajar con él, jamás me había dado esperanzas de conseguirlo.

Uno de lo tres grandulones me saludó con lo que me sonó como un tenebroso «Hola» y los demás levantaron sus botellas de vidrio oscuro para darme una nada pletórica bienvenida.

—Hola —contesté exiliándome al extremo de la banca, sitio donde me quedé hasta el final de la práctica, cuando el inspector se acercó a mí sudando como un cerdo a punto de entrar al matadero.

—¿Qué quieres, lepe? ¿Ya ni echar la pelota en paz puede uno? —me reprendió.

Me disculpé por el atrevimiento de haber ido a buscarlo y le conté dónde había estado la noche anterior, concluyendo con el motivo de mi prisa por verlo:

—Vidali llegó con Isabel Carbajal, pero se fue con dos alemanes que discutían animosamente con él. No pude escuchar o entender una palabra, pero se fue contra su voluntad y no volvió a su casa en toda la noche… —le informé con una voz que intentaba pasar desapercibida frente a los demás, lo que no sucedió.

—¿Escuché bien? ¿Vidali? —preguntó uno de los anteojudos, evidentemente acostumbrado a estar atento a su entorno.

—¿No es ese que agarramos por cuenta de los gringos? —hizo coro uno de los contrincantes de Rodríguez, mientras se secaba con una toalla el cuello empapado.

—Por el caso Trotski… —continuó otro de los jugadores.

—No fue por eso. Tenía unas bombas en su casa… —añadió otro.

—¿Y por qué lo soltamos? —preguntó al acercarse el que había jugado con el inspector y que más autoridad parecía ejercer.

—Convenía dejarlo afuera para ver qué tramaba, eso acordamos con los del FBI y seguimos al pendiente por cuenta de ellos. Lo tuvimos bajo supervisión estricta por varios meses… ¿no se acuerda, jefe?

—Lo que no entiendo es por qué este púber anda de entrometido… ¿O es que el comisario lleva una investigación paralela cuando las órdenes son que de Vidali nosotros nos ocupamos? —preguntó el más mandón, que era también el más molesto con la información recién apercibida.

Rodríguez se deshizo en explicaciones que no me bajaban a mí de pendejo y que alegaban un malentendido cuya culpa era solo mía. Lo cual, para efectos prácticos, era cierto: la iniciativa de seguirle los pasos a Vidali era sin duda una ocurrencia en la que él nada tenía que ver, ni había imaginado yo que pudiera acarrearle problemas. El ánimo del grupo se calmó gracias al alcohol que todos, salvo yo, estaban ingiriendo, para concluir con un cambio de tema y unas palmadas en la espalda.

Cuando salimos del frontón, el inspector, a cuyos improperios todavía no estaba acostumbrado, me agredió:

—¿Cómo te atreves a venir aquí, pinche lepe?

—Quería reportarle lo que vi…

—¿Reportarme una borrachera con dos alemanes de un tipo que ya ni sospechoso es? ¡Que sea la última vez que me interrumpes por semejantes pendejadas!

—Lo siento. No era mi intención…

—¿Tú sabes con quién estaba yo jugando? Pedazo de idiota…

En nuestra breve convivencia, había aprendido a identificar que cuando anteponía «pedazo» a cualquiera de sus groserías su grado de enojo era mayúsculo y lo mejor era aplicar la misma táctica que usaba yo con mi padre: contestar lo más escuetamente posible evitando magnificar su rabia. De preferencia con monosílabos:

—No…

—Mario Guerra es el adjunto del jefe del Departamento de Investigación Política y Social.

—Sí…

—No tienes ni idea de qué hablo, ¿verdad?... El Departamento de

Investigación Política y Social es el nombre que el secretario de Gobernación, el licenciado Alemán —el próximo presidente de México, según muchos—, le puso a la Oficina de Información Política de Cárdenas.

Al ver en mi cara la ignorancia, exclamó:

—¡La pinche Inteligencia Mexicana, carajo!

Nunca se había dirigido a mí con tanta molestia, pero yo estaba más impactado por las implicaciones de sus comentarios que por su agresividad, así que intenté corroborar la información:

—¿El Servicio Secreto?

—Ese mero, pedazo de idiota. Y tú haciéndome quedar mal con esos cabrones. Que son los más cabrones de los cabrones.

—Sí… —quise añadir «perdón», pero no me dio tiempo de hacerlo.

—Que ahora estarán pensando que me los quise brincar, o lo que es peor: chingar. Y después de que dieron la orden de que en los asuntos políticos solo ellos pueden intervenir…

—¿Entonces la muerte de Tina es un asunto político? —reviré, entendiendo al fin la ambigüedad del inspector acerca del caso.

—Desde antes de que Vidali fuera interrogado por el asalto a Trotski o estuviera en la mira del FBI, cualquier asunto relacionado con él era político. Y tú ya no supongas y, sobre todo, deja a Vidali en paz. O te voy a correr antes de contratarte —concluyó, tal y como terminaban sus explosiones: con un magnánimo perdón con olvido integrado. Después de todo era un hombre de buen corazón, que acababa de decirme que cabía la posibilidad de que me contratara en la fiscalía.

—Sí —contesté sin manifestarle cuánto me alegraba la posibilidad de trabajar con él.

—Si Vidali mató a Tina ese es el menor de sus problemas —añadió, poniéndose un dedo cruzado en vertical sobre la boca en señal de silencio, mientras yo le copiaba la mueca en señal de obediencia.

14
Sexto congreso

Moscú-México, 1928

En su camino de vuelta a Rusia, Vittorio hizo escala en La Habana y aprovechó para entregarle al poeta Rubén Martínez Villena una carta de parte de Julio Antonio, quien seguía intentando unir a los enemigos de Machado para llevar a cabo lo que se había convertido en su obsesión: liberar a Cuba de las garras imperialistas y del «Mussolini tropical» que la gobernaba con un golpe de estado.

Al llegar a Moscú, después de un viaje que pareció menos largo que el anterior, Vidali y sus compañeros de travesía —Rafael Carrillo y Manuel Díaz Ramírez— se dirigieron al Soyuznaya, el modesto hotel donde iban a alojarlos. En su trayecto hasta allí, y al instalarse en su cuarto, Vittorio se percató de que la ciudad enfrentaba un momento aún peor del que vivía en su estancia previa: muchas de las tiendas que antes estaban desabastecidas habían cerrado y el hotel ni a jabón o a café llegaba. El plan quinquenal había fracasado y faltaba de todo, salvo, bien acomodada en sus habitaciones, la más variada colección de panfletos sobre los eventos del Congreso. Mientras revisaba esa propaganda, rebosante de ideas revolucionarias y buenas intenciones, se convenció de que la Unión Soviética, a pesar de las penurias, era el país que mejor representaba sus ideales y de que para defenderlos bien valía algún sacrificio, incluyendo el de prescindir de su preciado café mañanero.

Después de haber descansado una larga noche, que le parecieron dos de tanto que durmió, y haberse bañado sin espuma, Vittorio y sus compañeros mexicanos asistieron a la primera reunión descrita en el «*prrogrramm*»: la de la Comisión para los Problemas Latinoamericanos, donde se presentaban los partidos de las más distintas latitudes de ese continente. Al escucharlos, Vittorio se percató de que, como Mella, todos querían hacer la revolución en sus respectivas patrias, aunque la mayoría no tuviera idea de lo que eso implicaba, y todos querían establecer una relación con el Soviet para obtener su financiamiento. Había casos que resultaban incluso cómicos. El delegado de Uruguay, por ejemplo, un catrín que intentó en su

discurso comprobarle a la comisión que el comunismo había nacido en su país, por eso todos ahí lo implementaban, pero que se lamentó del modo poco fastuoso con que lo habían recibido, sin banquetes ni fanfarrias, ni lujo alguno; o los delegados colombianos, más preocupados en corretear a las jóvenes hermosas que en proponer soluciones que sacaran a su pueblo de la condición de cuasi esclavitud en la que la United Fruit Company, el gigante norteamericano que explotaba a su país, lo tenía. Representantes que evidenciaban cuán desorganizada e inmadura, si bien apasionada y ávida de justicia, estaba aún Latinoamérica en materia política; una región que, en muchos aspectos, le resultaba a Vittorio desconocida, y ese encuentro un buen modo para comprenderla mejor.

Al cabo de dos días de preámbulos, llegó al fin el momento culminante: la inauguración del VI Congreso de la Internacional Comunista en el famoso Salón de las Columnas de la impresionante Casa de los Sindicatos, el primero en el que Vittorio participaba y razón por la cual estaba emocionado. La sala estaba a reventar y el murmullo de los presentes era cada vez más agudo, cuando escuchó una granizada de aplausos. Iban dirigidos a Iósif Stalin, que entró triunfante junto a varios de quienes, como él, no solo habían hecho la revolución: la personificaban. Vittorio, de pie y aplaudiendo, se sintió orgulloso de estar frente a esos hombres legendarios, con los que, al igual que los cientos de participantes llegados del mundo entero, compartía la esperanza de resolver los problemas de la humanidad.

Aún tenía el ánimo encendido por la ilusión de un planeta más justo cuando Bucharin, el secretario general del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, tomó la palabra y pronunció un largo y contrastado discurso, cuyo cierre preocupó a Vittorio:

—La socialdemocracia se ha transformado en el puntal del capitalismo, convirtiéndose en socialfascismo, el principal peligro para los comunistas. Hoy quiero reiterarles que nunca nos aliaremos con la derecha, como lo han hecho los socialistas. ¡Nunca negociaremos con nuestros enemigos! ¡Nunca!

Aunque Vittorio no estaba tan familiarizado con muchas de las cuestiones que describió Bucharin, con esa negativa entendió que, si el V Congreso había sido el del «frente común» —cuyo cometido era unificar las voces de la izquierda en un solo grito, lo que se había dedicado a hacer hasta entonces—, el VI iba a ser todo lo contrario. No se equivocaba, y al escuchar las siguientes ponencias le quedó claro que uno de los principales objetivos del evento era eliminar a quien no estuviera de acuerdo con el radicalismo bolchevique y en particular con Stalin.

Cuando una sonora campana invitó al descanso, Vidali, Carrillo y Díaz Ramírez salieron a los pasillos a comentar sus inquietudes.

—Será muy difícil llevar a cabo en México los lineamientos que están planteando —afirmó Carrillo en la rebosante galería en la que desembocaba el Salón de las Columnas.

—Que además resultan contrarios a los que hemos adoptado hasta ahora —confirmó Díaz Ramírez, mientras divisaba entre los asistentes, que bebían el café ilocalizable en otros sitios, a Xavier Guerrero. Apenas este se acercó a saludarlos con un escueto «Hola» a pesar de que llevaba casi un año de no verlos, a Vittorio le pareció más hermético e indescifrable que nunca.

—Cada país tiene su problemática y sus contradicciones. Tenemos que plantearnos nuestros propios retos —continuó Díaz Ramírez.

—De acuerdo. No podemos seguir obedeciendo órdenes ciegamente —concordó Carrillo, mientras Guerrero los observaba incómodo y Vittorio lo escudriñaba a su vez, sin entender qué había visto Tina en él.

Con el nuevo llamado de la campana, Vidali estuvo contento de no tener que pronunciarse. Esas eran conversaciones que podían ser malinterpretadas y hacerlos pasar por insubordinados si alguien llegaba a escucharlos. Prefirió encaminarse de vuelta al interior del salón, junto a los demás delegados de los cincuenta países participantes, que se alistaban a seguir participando en el Congreso.

Vittorio divisó al otro lado de la sala a la delegación italiana y, en el siguiente intervalo, aprovechó para ir a saludar a sus compañeros de antaño, que primero lo recibieron con afecto y luego se quejaron con él y entre ellos:

—Nos hacen la ley del hielo —afirmó Germanetto en voz baja, como si quisiera que solamente sus compatriotas lo oyeran.

—Votamos en contra de la expulsión de Trotski y ahora pagamos las consecuencias —concluyó Longo, refiriéndose al líder ruso que, caído en desgracia, ya se encontraba exiliado en Alma Ata, pero continuaba dividiendo opiniones.

—Toca suavizar el discurso —le recomendó Peluso a Togliatti, alias Ercoli— y contamos contigo para eso —reviró al son de la campana que los invitaba a retomar nuevamente sus asientos.

Era el turno de Ercoli de hablar y, una vez subido al podio, arrancó su ponencia en francés, pero antes de que pudiera concluir su discurso fue interrumpido por el maestro de ceremonias, que le marcó un rápido «tiempo concluido», quedando a todas luces evidente la animosidad hacia el clan italiano. Sentada en primera fila, Elena Stásova en persona pidió que lo dejaran terminar antes de darle la palabra al próximo ponente y así sucedió, mostrando la injerencia que esa mujer tenía tanto en el Congreso como en el aparato político soviético.

Por su parte, el entusiasmo del contingente mexicano por la oportunidad de presenciar ese evento terminó abruptamente el día después de esa jornada de emociones y reencuentros.

—El general Álvaro Obregón fue asesinado —les informó el encargado de prensa del evento.

Cuando los mexicanos, Vittorio incluido, oyeron la noticia, enmudecieron. Su presidente electo, por segunda vez y a costa de un cambio a la Constitución, había

muerto. Desaparecía así uno de los hombres más importantes del movimiento revolucionario.

—Va a haber enfrentamientos —avisó Vittorio, consciente de que ese crimen se traduciría en una inevitable vuelta a la derecha.

—Pues cómo no, era el candidato apoyado por el partido, en contra incluso de las preferencias de la CROM —manifestó Carrillo, refiriéndose con esas iniciales a la Confederación Regional Obrera Mexicana, el principal sindicato del país—. Va a haber guerra, incluso dentro de la misma izquierda… ¡Tenemos que volver!

—Lo antes posible —añadió Vittorio.

—Tú deberías quedarte —propuso Rafael.

—Nuestra presencia aquí es importante y eres el que mejor conoce la operación soviética —apoyó Manuel.

Así fue como Vidali se quedó en Moscú representando a México y asistió al resto de los eventos del Congreso, familiarizándose con el país que lo hospedaba, conversando con varios de los participantes a las conferencias, visitando las instituciones cuyos nombres terminaban en «tern» (el Profintern, el Comintern…) y saliendo a pasear con Polina Hafkina, de quien se había vuelto cercano. Hasta el día que Elena lo llamó a su oficina.

—Fuiste nombrado delegado del Socorro Rojo Internacional para Centroamérica —le comunicó la mujer apenas Vidali se sentó.

—No te defraudaré —contestó él, consciente de que cada vez que Stásova se pronunciaba, su vida daba un giro.

—No lo dudo, pero ya lo escuchaste en el Congreso: la política de juntarnos con el resto de las izquierdas nos trajo muy pocos resultados… es necesario revertir esa situación y que los partidos comunistas del mundo entero, así como sus sindicatos y organizaciones alternas, recobren su independencia rompiendo relaciones con quienes no se alineen con nosotros. En especial modo tenemos que bloquear la calamidad trotskista —lo aleccionó sirviéndole un café, pues su oficina era otro de los pocos lugares donde ese líquido oscuro no escaseaba.

—Como quien dice, mejor solos y pocos que muchos y mal acompañados —simplificó Vidali, preocupado porque todo el esfuerzo hecho para colaborar con fuerzas políticas afines iba a perderse, pero convencido de que la nueva política era parte de un plan más amplio que el de solo un país y necesario para responder oportunamente a los retos de la humanidad.

—Buena síntesis del Congreso y también de la que será tu misión en México. Con la muerte de Obregón tenemos que volvernos más drásticos: no permitir alianzas, pero mucho menos contubernios que puedan perjudicar nuestro plan estratégico —concluyó Elena, satisfecha de la perspicacia de su discípulo.

En su viaje de vuelta a México y en el estreno de su nuevo cargo, Vidali volvió a parar en La Habana. Durante la escala aprovechó para informarle al recién constituido partido comunista de ese país —fundado unos años antes precisamente por Julio Antonio Mella— que la Internacional Comunista lo había aceptado como miembro de facto, enviándole una aportación de cien dólares de los quinientos que le habían dado a él para gastos. Vittorio se presentó a una reunión en la sede del partido que, como siempre, tuvo lugar en una pequeña sala sin ventanas en la que los asistentes sudaban, expuestos al calor húmedo y pegajoso de la isla. Allí se enteró de que Julio Antonio, contraviniendo los lineamientos establecidos por el VI Congreso y las órdenes que el italiano había recibido de Stásova, se había aliado con la Organización Liberal Nacionalista del Coronel Mendieta, una alianza de corte socialista, con tal de conseguir la caída de Machado. Furioso por ese desacato, Vittorio pidió en la reunión que abortaran el descabellado complot que Mella pretendía llevar a cabo, más por esa alianza comprometedora, y prohibida, que porque reprobara la posibilidad de un levantamiento armado en Cuba.

El gobierno de Machado, por su parte, sospechaba que algo se estaba fraguando en su contra, y cuando Vittorio, al final de la reunión, fue a buscar al poeta Martínez Villena a su casa, se dio cuenta de que unos esbirros lo seguían. Los perdió con maniobras hábiles y reculó al barco, donde el capitán, un alemán determinado, le contó que dos agentes cubanos habían venido a buscar a todo pasajero ruso. A pesar de las amenazas que le habían formulado, los había corrido sin vacilaciones y Vittorio se sintió aliviado de que, gracias al nuevo pasaporte que le proporcionaron en la Unión Soviética, continuaba apellidándose Vidali, pero ahora en vez de ruso resultaba ser austriaco, nacido en Viena con el siglo.

De vuelta en México, Vittorio encontró al país políticamente convulsionado y de inmediato se ocupó de poner manos a la obra para ejecutar los encargos recibidos. La crisis sindical se había agravado porque el líder de la CROM, Luis Morones, era sospechoso en el homicidio de Obregón y había tenido que dimitir. Mella, siempre bullicioso y retador, promovía, activa y frenéticamente, la creación de un nuevo sindicato unificado en el que se reunieran campesinos y obreros, es decir, se inclinaba por una «tercera vía» que Moscú tachaba de trotskista. Una opción, la de la tercera vía, inadmisible a los ojos de Vidali en su papel de nuevo representante del Socorro Rojo. Fue así como las discusiones sobre el tema sindical, así como varios otros —ocasionadas en su mayoría por quienes se resistían a acatar las nuevas órdenes de Moscú y que reflejaban con precisión las contiendas políticas de ese país— se intensificaron en todos los frentes. Vidali participaba en ellas con la autoridad que le confería su cargo y con la férrea intención de que se respetaran los lineamientos establecidos por el Soviet en cada actividad en curso. Entre estas estaba la organización del auxilio a los emigrados políticos cubanos, donde colaboraban muy

activamente también Tina y Mella, convertidos para entonces en una pareja inseparable.

Vidali seguía enojado con Julio Antonio porque, en contra de las advertencias recibidas, y sin contar con el apoyo soviético, ni del Partido Comunista Mexicano ni el suyo propio, persistió en llevar a cabo la expedición armada que había planeado para su querida isla. Lo hizo en concomitancia con otros exiliados cubanos repatriados desde Nueva York y con un grupo de conjurados locales, en su mayoría hombres del nacionalista Mendieta. La empresa falló porque el servicio secreto cubano descubrió con anticipación el alzamiento, coordinado en la isla por un amigo y fiduciario de Mella —Leonardo Fernández Sánchez—, y muchos de los conspiradores acabaron en la cárcel. Solo se salvaron los que tenían que haber salido de Veracruz, entre los cuales el propio Mella, que, avisado a tiempo, había regresado a la capital mexicana junto a los demás complotistas.

Con este antecedente y los ánimos aún ardiendo, la Asociación de Emigrados Políticos Cubanos había organizado una fiesta en ocasión del Año Nuevo, en un salón prestado por el Círculo Israelí. Tina y Julio Antonio, entre otros varios camaradas, estaban terminando de decorar el espacio cuando un hombre desconocido, pero con acento cubano, los retó:

—¿Una fiesta cubana sin bandera? ¿Cómo va a ser eso, chico?

—Nos facilitaron el sitio con la condición de que no usáramos ningún símbolo patrio —le aclaró Mella, pero su connacional, lejos de hacerle caso, sacó un lábaro de su mochila y se aprestó a colgarlo.

Varios de los presentes se opusieron, entre los cuales el mismo Julio Antonio, que, con su natural impulsividad, le arrancó la bandera de las manos y corrió del lugar al individuo. El incidente acabó allí y siguieron brindando por el Año Nuevo hasta la madrugada, cuando se unió al festejo Vittorio, en son de paz decembrina. Pero al siguiente día apareció en la prensa un artículo en el que Julio fue acusado de ultrajar la integridad cubana habiendo humillado su principal símbolo. De allí para adelante se armó tal escándalo alrededor de ese incidente que hasta el embajador cubano en México protestó en la Secretaría de Relaciones Exteriores por la ofensa, pidiendo la supresión del periódico *Cuba Libre* y la expulsión de Julio Antonio del país. Al parecer, Machado no estaba dispuesto a dejar pasar el atrevimiento de haber sido desafiado con una posible invasión y se había convertido en el peor enemigo de Mella, aunque nadie sospechara hasta qué punto.

No era el único. Mella también tenía una gran oposición entre sus compañeros. Después de ese último evento, el mismo Vidali, harto de que los desplantes del cubano comprometieran sus intentos por dirimir los propósitos de la izquierda en la región, optó por actuar, por lo que unos días después de ese incidente convenció al Comité Central del Partido Comunista Mexicano para que le entregara a Julio Antonio una resolución en la que le pedían subordinarse al PCM sin actuar por

su cuenta, ya que de esa manera —egoísta y desconsiderada, la describía el texto— ponía en peligro a sus compañeros de partido, tanto en Cuba como en México.

Apenas Julio Antonio leyó el comunicado que le había entregado Carrillo en la mano en el curso de una de las reuniones de partido, reaccionó con rabia:

—¡Me cago en el coño de su madre! ¡En la de todos! —vociferó antes de arrojarse con más palabras altisonantes, primero contra los presentes, luego contra varios miembros del Partido Comunista Central, que maldijo en ausencia y sin reservas.

—Llamo al orden al compañero Mella. ¡Este no es el modo de hablarle al Comité! —intervino Carrillo intentando tranquilizarlo.

—¡Entonces renuncio a este partido de comepingas sin cojones que no aguantan oír la verdad! —asestó Mella, en uno de sus incandescentes arranques.

Vittorio, que había tratado de mantener la calma y estaba convencido de que necesitaban militantes disciplinados y no próceres, estalló:

—Aquí no hay voluntades personales. ¡De la Internacional Comunista se sale expulsado o muerto!

El individualismo de ese joven, demasiado guapo, demasiado arrojado y demasiado irreverente, le había colmado la paciencia.

Julio Antonio, por su parte, no terminó de escucharlo, con una desafiante mirada, le volteó la espalda saliendo clamorosamente de la sede de la casa de Mesones, mientras azotaba tras de sí la puerta que siempre estaba abierta.

15
Los inteligentes

Ciudad de México, 1942

El inspector se despidió de mí en la puerta del frontón. Había quedado de seguir la juerga en un cabaret cercano con los que yo había apodado «los inteligentes», a quienes les lamía los huevos, como él mismo hubiera descrito su actitud, de modo tan manifiesto que me daba pena ajena. Decepcionado por su lambisconería, me refugié una vez más en la que se había convertido en mi guarida: la agencia.

Servicio secreto, atentado y asesinato de Trotski, Vidali perseguido por el FBI y con bombas en casa, encuentros misteriosos con alemanes en plena guerra mundial provocada por ellos. Palabras e ideas que daban vueltas en mi cabeza como si fueran parte de un explosivo coctel destinado a emborracharme o a confundirme. Necesitaba ordenar todos esos datos en tranquilidad y hacer el punto de la situación. La agencia era el mejor lugar para reflexionar en paz, en especial ahora que el gordito Díaz se aparecía por ahí cada vez menos, ocupado como estaba en reunir a sus colegas en una asociación que protegiera a los profesionales de la nota gráfica —como él los llamaba— de los cada vez más frecuentes abusos de la autoridad en su contra. Apenas unos días antes, el presidente Ávila Camacho les había impedido el acceso a un evento oficial, y el grupo buscaba cómo defenderse de esa y otras arbitrariedades: la unión hace la fuerza, alegaban.

La agencia era también el sitio donde guardaba yo apuntes, fotos, recortes de periódico y todo lo que iba recolectando sobre el caso Modotti-Vidali, pues no quería que mis padres descubrieran mis aficiones policiacas. Si los pobres no soportaban que fuera yo fotógrafo, mucho menos iban a tolerar que me convirtiera en policía. Ni siquiera por un rato.

Con las últimas novedades sobre Vittorio, y a pesar de la promesa hecha a mi madre, no lograba dejar a un lado mi obstinado interés por ese hombre y la noche anterior lo había seguido —a él y a los alemanes— hasta perderlo de vista. Entonces

había vuelto rápidamente a casa para salir de nuevo a escondidas —colocando una almohada debajo de las cobijas en mi cama— y me aposté a esperarlo afuera del departamento que compartía con Isabel. Desde esa esquina hice guardia hasta poco antes de que amaneciera, cuando tuve que volver para evitar que mi padre descubriera mi ausencia. Cabía la posibilidad de que Vidali hubiese regresado a su hogar en el breve lapso en que yo me había ido al mío, era cierto, pero el encuentro con los alemanes, que lo habían interceptado en la exposición, no parecía una juerga de cuates. Podría haber jurado que seguía con ellos y que algo tramaban.

Estaba tan excitado con mi hazaña que cuando llegué a mi cuarto por segunda vez no pude dormir ni con todo el cansancio que cargaba. Con la luz apagada, para que nadie se diera cuenta de que estaba despierto y preso de una morbosa necesidad, froté mi sexo recordando la desnudez de Tina con el mismo detalle que si la hubiese tenido en la cama. Ese fue el último día que pensé solamente en ella. En las noches siguientes, apareció en mi inflamada imaginación también el lunar de Clara y un Rodríguez cada vez más enojado. Un evento que marcó el principio del fin de mi juventud.

Como fuera, en los días posteriores a la primera exposición póstuma de Tina, nada me hubiera gustado más que escuchar de incógnito a «los inteligentes» y averiguar qué es lo que sabían sobre la muerte de la que se había convertido en una suerte de heroína a venerar. O entender qué papel jugaban los alemanes en la vida de Vidali y en la del país, para el caso. O enterarme del rol que había tenido Vittorio en el asesinato de Trotski, aquel evento macabro sucedido dos años antes, cuando todavía era yo un niño. Sospechaba, instintiva y fantasiosamente, que había una relación entre esos retazos de verdad y que, al juntarlos, me la revelarían completa.

Tampoco había olvidado la noticia, poco antes de la muerte de Trotski, que reportaba al pintor David Alfaro Siqueiros y a un grupo de fanáticos como los responsables de haber ametrallado su casa en Coyoacán. El blanco salió ileso en esa ocasión a pesar de los cientos de tiros fallidos, pero Siqueiros terminó en la cárcel y más tarde exiliado en Chile. Lo recordaba porque el evento derivó en otro asesinato, que llegó a manos de mi padre a los pocos días del ataque y que hasta la fecha permanecía sin resolver: el del guardaespaldas de Trotski, sospechoso de estar coludido con los responsables del complot y acribillado a tiros en la casa rentada por el pintor en las afueras de la capital. Coincidencias y misterios que me hubiera gustado desenredar… y lo intentaba.

Una vez más, la amistad con el gordito Díaz resultó invaluable para mis averiguaciones. Fue él quien me consiguió, a través de un colega fotógrafo que trabajaba de planta en *El Universal*, el acceso a la consulta de los periódicos de la época, que peiné con la máxima atención. Nada encontré en los artículos

correspondientes al asesinato de Trotski acerca del descubrimiento de «unas bombas» en manos de Sormenti-Contreras-Vidali, ni tampoco de su detención por ese u otros motivos. Había sospechas y acusaciones de la prensa en su contra, incluyendo la mención de una carta en la que él mismo daba su versión de los hechos, exculpándose. Llegué a la única conclusión posible: el arresto por parte de «los inteligentes» había sido secreto, lo que le dio pie a mi siempre hábil creatividad narrativa para seguir barajando un nuevo abanico de conjeturas, como siempre, ninguna de ellas comprobable.

Recordé también, pocos meses después de ese primer intento de homicidio a Trotski, el salvaje ataque a picotazos que provocó su muerte y que puso a mi padre a sufrir. Era yo demasiado joven para que me dejara entrar a la morgue entonces, por lo que solo tengo presente la secuencia de fotografías en las que el líder ruso apareció con la cabeza vendada en las primeras planas y el exacerbado mal humor de mi progenitor, que, una vez más, estuvo a cargo de la autopsia. Mi pobre jefe debió de batallar bastante recolectando los restos del cerebro de la víctima —que alcanzó a acusar a Stalin de ser el mandante del crimen a pesar de tener la cabeza destrozada— con el único objetivo de informar sobre lo que ya resultaba irrelevante. Debía ser difícil lidiar con las más espeluznantes sobras humanas y ni siquiera contribuir al primordial propósito de la medicina: salvar vidas.

Pensar en la profesión de mi padre y sus muchas frustraciones me llevó a una conclusión que tenía poco que ver con Vidali. No, yo no quería ser médico, de ningún tipo y bajo ninguna circunstancia. El problema es que tampoco quería ser arquitecto. Las únicas clases que disfrutaba de esa carrera, que había comenzado a cursar sin ánimo alguno y solo por la promesa hecha, eran las de fotografía. Así que, atormentado por mis propios demonios, personales y profesionales, y a escondidas de mi madre y hasta del inspector, comencé a faltar cada vez más asiduamente a la universidad.

En cuanto a Vidali, seguía convencido de que comprobarle algún ilícito, cualquiera que fuese, abriría la puerta para demostrar su responsabilidad en otros, incluyendo la muerte de Tina, pero me preocupaba contradecir al inspector. En el frontón me había dado una orden directa sobre la cual no cabían dudas, y si me atreví a desobedecerla fue porque tenía la esperanza de que en el momento en que encontrara una prueba, él me disculparía y hasta reconocería mis talentos, o mi perseverancia. Soñaba con que me ofrecería trabajar con él, lo que enfurecería a mi padre, pero podía darme el empujón necesario para renunciar definitivamente a la escuela.

Así que, gracias también a mi atrevimiento juvenil y a mi recurrente obsesión por él, volví a seguir a Vittorio algunas veces más. En dos de ellas se reunió con los

mismos alemanes con los que había desaparecido la noche de la exposición de Tina, y con quienes fue, en ambas ocasiones, a un terreno baldío al sur de la ciudad, donde realizaron entrenamientos físicos con más personas. Parecían alemanes, pero no lo hubiera asegurado. Pude verlos a detalle porque me asomé a la barda que separaba el terreno al que se introdujeron de la calle, y desde allí los miré pelear en luchas pecho tierra al ritmo de un fatigante ejercicio corporal. Si bien no había ningún ilícito en esas actividades, no dejó de parecerme sospechoso, en especial porque entonces la prensa hablaba mucho de que espías alemanes operaban en México por cuenta de su gobierno, convertido en el terror de Europa.

Pero lo que más recuerdo de pasar horas trepado en ese muro tratando de entender qué hacía Vittorio con los güeros fue admirar los volcanes que tanto le gustaban a Tina y que se apreciaban imponentes desde ese punto, mucho más cercanos que de mi casa. Fue precisamente allí, mientras alternaba mi vista entre Vittorio y el paisaje, que me volvieron las ganas de sacar fotos, actividad que no realizaba desde mi visita a Balmis 137.

Más allá de tomar nuevas fotos o estudiar a regañadientes, ese año comencé a frecuentar la casa de Rodríguez, sin saber que visitar a Clara, quien para entonces se había convertido en mi amiga, resultaría muy útil también.

Sucedió poco después del primer aniversario luctuoso de Tina, y más precisamente el Día de la Candelaria, 2 de febrero de 1943, cuando fui a llevarle a Clara los tamales que, según la tradición, le debía por haberme sacado el muñeco en la rosca de Reyes. El inspector, recién regresado de su trabajo, me llamó a la sala y, mientras su hija nos preparaba un atole y calentaba mi obsequio, me contó que esa semana había llegado, proveniente de Nueva York, una nueva acusación de asesinato para Vidali. Ahora le imputaban el homicidio de Carlo Tresca, director del diario *Il Martello* y aparentemente examigo suyo, sucedido en esa ciudad el 11 de enero.

Rodríguez, que debía estar en vena de confesiones o sin nada mejor que hacer, me contó que los policías gringos venían tras Vittorio a causa del testimonio rendido en Nueva York por un tal Antonini, un sindicalista según el cual el mismo Tresca le habría contado, poco antes de morir, de la presencia de Vidali en esa ciudad y de su convicción de que estaba ahí para matarlo.

Los agentes no tenían una orden de aprehensión en contra de Vittorio, pero pidieron apoyo para interrogarlo y Rodríguez había requerido su presencia en la comandancia, pues era un asunto de cooperación entre policías, aunque de inmediato le había avisado al Servicio Secreto. Allí el italiano les contestó a los gringos, palabras más, palabras menos, lo mismo que escribiría *a posteriori*, en una carta firmada por él y publicada en el diario neoyorkino *L' Unitá del Popolo* y en varios otros, incluyendo *El Popular*:

> … A partir de las 20:30 del día del asesinato de quien fue mi amigo me encontraba en el restaurante El Lido de la calle San Juan de Letrán en la Ciudad de México, invitado a una cena ofrecida por la Asociación de Amigos de la Unión Soviética y en honor a Luis Quintanilla, el nuevo embajador mexicano en ese país. Me acompañaban, y por favor considérenlos testigos a su disposición, el poeta Pablo Neruda, la señora Constancia de la Mora, el ingeniero Camilo Arriaga, el economista Jesús Silva Herzog, los escritores Simone Terry y Vicente Sáenz, el diputado César Garizurieta acompañado por los generales Zuno Hernández y Filiberto Villarreal, así como un abundante número de respetables personas más.

Después de este soltadero de nombres, Vidali se preguntaba lo mismo que les había preguntado el inspector a los agentes norteamericanos —algo más sutilmente, supongo— y que ahora me repetía a mí:

—¿Por qué la policía neoyorkina habría perdido tanto tiempo centrándose en una pista fácilmente desmontable en vez de ubicar al verdadero culpable? ¿Por qué las autoridades estadounidenses no pidieron el arresto de Vidali si lo consideraban responsable de ese asesinato? ¿Por qué los inteligentes ni se aparecieron, aunque les avisé en tiempo y modo? —se explayó, esperando las contestaciones que yo no le podía dar.

—¿No hay otros elementos que lo inculpen? Haber venido hasta acá no es poca cosa… —pregunté a mi vez, intrigado y honrado con la repentina confianza que me mostraba Rodríguez y que desde hace un año no me otorgaba.

—Según los gringos, los hay: para empezar una abierta y pública animosidad entre Vidali y Tresca. En el marco de las pugnas de los que están con Stalin y los que no, Carlo Tresca se había vuelto tan antisoviético, anticomunista y, sobre todo, antiestalinista, que había escrito varios artículos virulentos en su periódico en contra de Vittorio, a quien consideraba «un graduado de la Lubianka» o, aún peor, «un arnés de Stalin», y a quien denunció en varias ocasiones por su conducta en la guerra civil española.

—No será la primera vez que alguien acusa a Vidali...

—Cierto. A propósito, es interesante que Tresca, en un artículo particularmente enardecido, acuse a Vittorio de otro crimen, «el de haber matado a su enamorada, Tina Modotti, porque sabía demasiado»; con estas textuales palabras lo describió en su diario. ¿Te imaginas?

Apenas escuché el nombre de Tina, descrita como víctima de Vittorio, me recorrió un escalofrío que me dejó sin palabras.

—Ah, ¿verdad? Nomás saco el tema de la Modotti y te me azotas. Pero antes de que se te vaya la cabra al monte, quiero darte una lección, por si algún día te conviertes en policía: para analizar un caso hay que considerar su contexto.

—¿Está insinuando que Tresca acusó a Vidali por una revancha política? —

pregunté, consciente por primera vez de que tenía razón en el irrefutable hecho que no podíamos ignorar: no solo había una guerra, declarada y mundial, en curso, sino también una ideológica que no tenía cuartel ni descanso.

—Eso, pero también porque es posible que la policía gringa estuviera despistando o protegiendo a alguien con esta investigación. ¿Y te digo por qué? Hay rumores de que el verdadero asesino de Tresca es un miembro de la mafia norteamericana, que además de ser todopoderosa está muy infiltrada en la corporación policiaca neoyorkina. No somos los únicos corruptos en el mundo.

—¿O sea que la policía gabacha, y de paso la mafia, usaron a Vittorio de chivo expiatorio?

—No lo dudo, ni dudo que Tresca le haya tenido miedo a Vidali, pero solo una cosa es cierta: no hay manera, materialmente hablando, de que Vittorio haya podido estar en Nueva York al momento del crimen. Comprobamos su coartada con varios de sus mencionados, y que estaba en una cena muy concurrida es lo único seguro de todo este pinche desmadre.

Ante la imposibilidad de que Vittorio fuera culpable y frente a un contexto histórico y político que, estaba de acuerdo, no podíamos ignorar, empecé yo también a dudar sobre sus demás responsabilidades.

A este punto desconfiaba de todos y de todo, pues ya había entendido, al leer los periódicos y al escuchar los comentarios de quienes sabían más que yo, que la política —y de paso la criminalidad, tan a menudo ligada la una a la otra— levanta más pasiones que cualquier mujer y produce más ganancias que cualquier vocación. Tal vez por eso la detestaba tanto —sobre todo a la primera, la más hipócrita—. Y tal vez por eso, a pesar de mi inicial simpatía por una izquierda supuestamente justa y ecuánime, di una vuelta; no hacia la derecha, que me parecía igual de desconfiable, sino hacia una especie de limbo ideológico, que me llevó a desentenderme de toda actividad política. Detrás de ella, lo había comprobado ya, se escondían los malintencionados para llevar a cabo sin escrúpulo alguno sus más viles y personales intereses o, lo que era peor, en el sagrado nombre del bienestar común. Crímenes al fin y al cabo, y cometidos por intocables; una dura constatación que, sin embargo, no me eximía de otra: no había avanzado un centímetro en el caso de Tina, ni siquiera con los nuevos acontecimientos, incluyendo la sospecha de Tresca sobre la posible responsabilidad de Vittorio en la muerte de ella.

Ese día, cuando por fin me quedé a solas con Clara y nuestro atole acompañado de tamales, al verla tan cariñosa y comprensiva conmigo hice el propósito de dejar de construir realidades alternas sobre Vittorio y sobre la vida misma, incluyendo la falacia de que algún día sería arquitecto, y tomé la decisión de renunciar a la universidad definitivamente. Quería concentrarme en un proyecto más importante para mí: encontrar el verdadero sentido a mi existencia. Fue así como empecé a convertir a Vidali en un fetiche que observaba a lo lejos, y a la fotografía, la

única otra actividad que me motivaba, en mi nuevo propósito de vida.

16
Mella

Ciudad de México, 1928-1929

Julio Antonio Mella no sabía posar ni le interesaba hacerlo. Con tantas cosas más importantes que lo ocupaban, era impensable pretender que se quedara quieto por el simple y hedonista hecho de ser inmortalizado en una foto, ni siquiera si se lo pedía la mujer que amaba.

Por eso Tina, que había posado muchas veces para artistas tan famosos como Rivera —quien la perpetuó, desnuda, en el mural del *Canto a la Tierra* en la Universidad de Chapingo, y vestida (de militante abnegada), en *El arsenal* de la Secretaría de Educación Pública, precisamente con Vidali, que en esa pintura es tapado por Mella—, prefirió tomarlo por sorpresa.

En la azotea del departamento de ella, donde hacía tiempo que el cubano había mudado sus escasas pertenencias, las nubes blancas enmarcaban su viril y bronceado perfil cuando Tina giró hacia él la cámara con la que acababa de retratar la composición formada por una canana, una hoz y una guitarra apoyados sobre el petate. Distraído, Julio Antonio continuaba absorto en sus pensamientos, en espera de que su mujer terminara de fotografiar los elementos que había elegido para describir las canciones de protesta mexicanas y bajaran finalmente al apartamento a cenar una de las pastas que ella solía prepararle. Su ceño estaba fruncido por el sol, que de vez en cuando se asomaba entre las nubes, y por el enojo. Estaba decepcionado de que el intento por liberar a su patria se hubiese frustrado a causa de un soplón que les reveló a las autoridades la alianza con Mendieta, comprometiendo así todo el complot, que terminó con la libertad —o la vida— de varios de sus adeptos que se encontraban en Cuba.

Fue entonces que Tina, sin saber ya cómo consolar al hombre que adoraba, optó por disparar el obturador, resignada a que su única alternativa frente a la tristeza de su compañero era hacer lo que mejor sabía: usar los sentimientos de su modelo

para conseguir un retrato que los trascendiera. ¡Clic!

Julio Antonio, por su parte, ni cuenta se dio de haber sido fotografiado. De lo único que se percató fue de que Tina, una vez conseguido su objetivo, se le acercó por la retaguardia y le recargó los senos en la espalda. Su ancha espalda de nadador, un campeón acuático capaz de cruzar a brazadas la bahía de Cárdenas con tal de subir al buque soviético Vastlov Varoski, a cuya tripulación el gobierno de Machado no había permitido desembarcar.

Julio dejó que Tina abrazara su musculoso dorso hasta que ella le rozó los pezones con sus palmas abiertas; fue entonces que, al percibir su miembro erguirse como un asta bandera frente al país amado, giró sobre sí mismo para quedar delante de la mujer que tanto lo excitaba y poderla así besar. Se dieron un beso largo, de los que se dan en el cinematógrafo los adolescentes, es decir, prometedor de todos los placeres que podrían venir después de la función. Un beso destinado a durar minutos en la boca y una eternidad en el corazón, un beso en el que el cuarteto de labios que lo componía tocaba al unísono melodías armoniosas sin dejar de lamerse, de morderse, de tenerse. Un beso que llevó sus cuerpos a estrujarse y a terminar doblados sobre el petate para que ahí, al lado de la cartuchera y con los sentidos hinchados por el más sublime arrojo, se concedieran todos sus deseos.

Y es que nada detenía a Julio, nada se interponía entre su cuerpo y la pasión que sentía por Tina. No importaba cuáles fueran sus congojas, con solo percibir la cercanía de esa mujer, con solamente olerla a lo lejos, aparecía la necesidad incontrolable no de poseerla, pues la sabía suya, sino de embelesarse en cada uno de los momentos previos al más intenso, al orgasmo gozoso que le regresaba la calma al cuerpo, la cordura a la mente y el espíritu al alma. Por eso no había preocupación, no había enfermedad, no había distracción, no había compromiso que pudiese detener la fuerza de su amor. Así se lo había declarado en la carta que Tina había recibido unos días antes de su regreso de Veracruz y que ella releía cuando necesitaba constatar que su amor era la dicha más grande con que había sido bendecida. La carta de la que nunca se separaba y que comenzaba con un «Mi querida Tiníssima», usando el apodo que Julio le había puesto, y continuaba así:

> Solo unas líneas después del telegrama… Puede ser que tú consideres imprudente el telegrama, bueno, tú tienes la costumbre de dejarte asustar por todo lo que hay entre nosotros. Como si estuviéramos cometiendo un crimen atroz amándonos. En cambio, no hay nada más justo, natural y necesario para nuestras vidas. Tu cara no me ha abandonado en todo el viaje. Todavía alcanzo a verte, afligida, en el cuerpo y en el alma, mientras me saludas por última vez, como si quisieras venir conmigo. Y tus palabras me acarician las orejas. Perdóname, Tina, si continúo hablando de lo mismo, pero estoy angustiado. Pienso que perderé la cabeza. Tuve pensamientos demasiado

dolorosos en estos últimos días, y hoy las heridas están todavía abiertas por nuestra separación. La más dolorosa de mi vida. Si te tranquilizaste escríbeme. Pon un poco de paz en mi mente. Cada vez que pienso en esta situación, me parece estar a las puertas del cementerio. Te amo, seriamente, tempestuosamente. Como algo definitivo. Tú dices amarme del mismo modo. Si solucionamos esta cosa, estoy convencido de que nuestra vida será productiva y grandiosa. Pero tú continúas repitiendo lo mismo, que no estás lista para soluciones. Por lo que me concierne, Tina, tomé de la mano mi vida y la llevé a tu balcón, cómplice de nuestro amor. A veces pienso que soy un niño y que tú sientes pena por mí. Si no es así, explícame qué raza de amor es este que me lleva a la desesperación. Dime si tengo alguna esperanza. Si no quieres quedarte en México, iremos a Cuba o a Argentina, Tina, no es de mí rogar, pero, en el nombre de nuestro amor, dame alguna certeza, algo más que humo…

Una carta, definitiva y apasionada, capaz de eliminar en Tina, cada vez que la leía, todas sus dudas, porque cuando uno más ama, más dudas tiene, más se siente desvalido, temeroso, inseguro, vulnerable. Fue al leer esa carta que Tina escribió otra, la larga explicación que le envió a quien todavía consideraba su pareja a pesar de que la había abandonado a su suerte, como todos los hombres antes que él. Xavier Guerrero, quien de un día para otro se había ido a Moscú sin promesas ni explicaciones, era la persona que, en su momento, le había abierto a Tina el corazón a la que consideraba la más noble causa que habría de abrazar en su vida: la de la justicia e igualdad para todos. Pero lo que más le agradecía a ese indio oaxaqueño, que pintaba murales con una técnica inusual para los de su gremio, era poder amar a través suyo a los de su raza, la raza morena que tantas discriminaciones había sufrido en el curso de la historia.

Al escribirle a Xavier, Tina recordó el viaje que hicieron juntos por la provincia de Xalapa, en el que —si bien se conocían desde que se habían encontrado por primera vez en Los Ángeles— ella había descubierto lo que el elegante cuerpo de él, aunado a sus labios gruesos y pardos y a su discreta magnanimidad, le ofrecía. En ese viaje, Xavier reunía al aire libre a los campesinos con la intención de fortalecer las relaciones del partido con los más humildes, mientras que ella tomaba las fotos emblemáticas y reveladoras de su amor indígena, como la del *Pequeño orgulloso «agrarista»*, manifestando su admiración a la estirpe que él tan orgullosamente representaba y que había sido no esclavizada —como otras que de ese modo fueron disminuidas—, sino «conquistada» y «encomendada», como si un ser humano pudiera ser el botín o el encargo de otro.

Mientras escribía su carta, Tina lloraba y recordaba, sin saber cómo justificar frente a ese hombre de bronce la fortuita situación en la que uno pierde por

completo el control de su propia vida y se enamora de otro de modo irreversible y tempestuoso, tal y como lo había descrito Julio.

La larga espera por la contestación a la carta más dolorosa que Tina había escrito hasta entonces la llenó con mucho amor y otro tanto de trabajo, porque estar al lado de Mella significaba ya no el compromiso tácito y obediente que había experimentado con Guerrero, sino la chispa trasgresora y apasionada con la que Julio aderezaba cada una de sus acciones, tanto las ideológicas como las amorosas. Cuando por fin llegó la respuesta a su misiva, Tina la abrió como si hubiera sido una devota a punto de recibir el perdón que su corazón entristecido necesitaba por haberle causado una afrenta al de otro. Al leer la escueta contestación: «Mensaje recibido. Adiós» asumió en silencio la cachetada de pundonor e indiferencia que Xavier le había asestado y se dispuso a disfrutar sin más restricciones su enamoramiento por Mella.

De allí en adelante, Julio Antonio y Tiníssima se volvieron inseparables. Se comportaban como la pareja que todo ser humano sueña construir, por lo menos una vez en la vida, antes de resignarse a que esa dicha no puede materializarse en eterno: uno apoyaba al otro incondicionalmente, mirando «juntos» hacia un mismo objetivo y sin escatimar fuerzas para que, paso a paso y hombro con hombro, ese adverbio se convirtiera en pronombre, listo para plasmar un futuro común bendecido por una causa superior. Amarse con desenfreno, sí, pero sin olvidar nunca el propósito compartido de erradicar el sufrimiento de los más desvalidos.

De ese modo se amaban, sin más límites ni reticencias que su compromiso personal y político. Ya sea que se vieran de lejos en el mitin organizado para salvar a Sacco y Vanzetti y, sin haber sido siquiera presentados, se supieran unidos por las mismas frases gritadas una y otra vez: «¡Abajo la burguesía norteamericana! ¡Libertad para Sacco y Vanzetti!». Ya sea que se quedaran en la sede de *El Machete* para escribir uno de los artículos con los que Mella atizaba a sus seguidores, mientras Tina masajeaba cariñosa sus hombros. Ya sea que Julio le cargara la cámara cuando ella salía a la calle en busca de las tomas que solía publicar en semanarios como *New Masses*, *Mexican Folkways* o en el mismo *Machete*. Ya sea que se juntaran con otros jóvenes estudiantes amigos de él y arreglaran el mundo con su ímpetu y su esperanza. Ya sea que Julio la llamara *Mammina* —Tina era siete años mayor que él— cuando ella lo arropaba en su regazo desnudo como si fuera su bebé. Ya sea que comieran sándwiches de plátano con leche porque se les había acabado el dinero del mes: es decir, los ocho dólares que el padre de Julio le enviaba y el modesto ingreso que las fotos de ella le producían. Ya sea que Julio, cuando Tina se sentaba en la orilla de la cama para conversar después de hacer el amor, le acariciara el pelo que le caía por la espalda como una cascada. Ya sea que él le prometiera enseñarle a nadar apenas

tuvieran la oportunidad de ir a Cuba. Ya sea que cenaran sin soltarse las manos, en el restaurante chino de la calle Argentina, para luego caminar abrazados hasta el apartamento que compartían. Ya sea que asistieran juntos a uno de los tantos mítines de protesta, como el que Tina organizó y presidió por cuenta de la Liga Antifascista Internacional y en el que llamó a la lucha en contra de los verdugos de Italia, «país convertido en una gran cárcel y un vasto cementerio», como lo había descrito en esa ocasión. El día en el que ella señaló el peligro del fascismo para todos los pueblos, Julio comparó a *il Duce* con el «general de opereta» que gobernaba Cuba y que apodó «el Mussolini tropical»; Diego Rivera llamó a las armas en caso de un intento de organización fascista en México; mientras que el exsenador Luis Monzón, presidente de la Liga Pro-Luchadores Perseguidos, pidió la ruptura de las relaciones con el gobierno italiano. Un evento al que Vittorio no llegó pese a que había prometido hacerlo.

Un «ya sea» que continuaba en un largo listado de manifestaciones amorosas y políticas que se prolongaron hasta el 10 de enero de 1929.

El jueves 10 de enero de 1929, y después de que Mella enviara varios telegramas para defender su posición con respecto a la bandera de la discordia que según las acusaciones de la prensa él había ultrajado diez días antes, fue con Tina a las oficinas del Socorro Rojo. Allí se sentaron con Vidali —después del pleito en el partido habían hecho las paces, pues Mella se había al fin cuadrado con las órdenes de Moscú sobre los sindicatos— y con el periodista peruano Jacobo Hurwitz Zender. Trataban de encontrarle refugio a las familias de los militantes perseguidos, habiendo dejado atrás sus diferencias de opiniones, pues Mella se había disculpado y operaba de nuevo conciliatoriamente tanto con el PCM como con Vittorio.

En cuanto la reunión terminó, Tina y Julio Antonio, luego de abrigarse con sus elegantes gabardinas —ambos eran hijos de sastres y siempre estaban impecablemente vestidos a pesar de la sencillez de sus prendas—, se dirigieron a la sede de *El Machete* para obtener del editor una copia anticipada del periódico que saldría el viernes. Al salir del edificio de Mesones pasaron a la cantina La India, un escuálido bar de techos bajos en donde Mella tenía una cita. Un cubano de nombre José Magriñat —conocido por Julio Antonio por ser un delincuente de poca monta, además de un espía— le había llamado para proporcionarle información valiosa, según él.

—Por favor no lo veas —fue la súplica de Tina, que apenas oyó la novedad tuvo un mal presentimiento.

—Tengo que enterarme de todo lo que ocurre en Cuba, *Mammina* —contestó Julio, convencido de su misión salvadora.

Era inútil discutir con esa fuerza de la naturaleza que era su amante, pensó

Tina resignada, dejándolo en la puerta estilo *saloon* de la cantina de mala muerte donde Magriñat lo había citado para continuar hacia el telégrafo de la calle San Juan de Letrán. Aprovecharía el tiempo para enviar el último comunicado que Julio Antonio había olvidado mandar y que le había escrito al diario *La Semana* de Cuba, en el que denunciaba una campaña difamatoria en su contra y volvía a explicar lo sucedido el día de Año Nuevo. Cumplida la misión, ella regresó a La India y se dispuso a esperar a su amado afuera del establecimiento que, como muchos de su tipo, tenía prohibido el acceso a las mujeres.

A las 21:25 Mella salió. Tina, entumida por el frío, suspiró aliviada, como siempre que lo veía. Se encaminaron entonces hacia el departamento que compartían tomados del brazo.

—Dice Magriñat que llegaron de Cuba dos sicarios para matarme —confesó Mella, que no sabía esconderle nada a su mujer.

—¿Qué? ¿Cómo me lo dices así? —lo cuestionó Tina temblando, ya no solamente de frío.

—Pero también me dijo que nada va a sucedernos si me abrazas —intentó bromear él.

Tina apretó fuerte el bíceps de su amado mientras recordaba las varias amenazas que Julio había recibido desde su intento por invadir Cuba. Hasta Rivera, amigo de ambos y recién llegado de aquella isla, lo había instado a no salir de casa, de tantos rumores que escuchó en su viaje sobre un posible atentado en su contra.

—Tomemos un pesero, no me siento segura caminando —le suplicó Tina cuando llegaron a la zona más oscura de la calle Balderas.

—No falta nada, ¡vamos! —la arreó Julio, andando con paso cada vez más rápido. Ella introdujo entonces su mano derecha en la bolsa del impermeable de él y la izquierda en la de su propio abrigo. Tenía los dedos congelados cuando pasaron por un muro de piedra, que delimitaba un depósito de carbón cercano a su departamento, y escucharon disparos. Julio gritó, mientras intentaba cruzar la calle en dirección del edificio Zamora, cuando cayó, con la cara hacia el suelo, frente al número 19 de la calle Abraham González.

Tina fue tras él, sin la plena consciencia de lo que había pasado y sin siquiera voltear a ver de dónde venían los tiros. Su único y ofuscado objetivo era auxiliar a su amor y, cuando lo alcanzó, apoyó la cabeza de Julio en su regazo, como lo hacía cuando compartían placeres en la cama. Le acarició los chinos de la espesa cabellera e imploró ayuda con un grito desgarrado, mientras las ventanas de los edificios a su alrededor comenzaban a abrirse y los vecinos a asomarse, sorprendidos por el funesto acontecimiento sucedido frente a sus casas.

Con la certeza de que Magriñat lo había entregado a sus asesinos, Julio Antonio gritó a su vez:

—¡Magriñat es responsable! El gobierno cubano me asesinó. ¡Muero por la

revolución! —Para luego añadir con la poca voz que le quedaba—: Amor mío, me voy... pero siempre estaré contigo.

«No morirás… no quiero que mueras… eres demasiado joven para morir…». Tina continuaba repitiéndose frases que, a modo de mantra, aspiraban a salvar a su amado o, de menos, a apaciguar su propia ansiedad. Eran las mismas palabras —cuyo común denominador era la muerte en todas sus conjugaciones— con las que había consolado al herido que ahora se encontraba en el quirófano del hospital adonde lo habían transportado, colgado de la vida como un araña de su hilo, en espera de que los médicos le devolvieran su orgullosa prestancia con una operación capaz de repararle el codo deshecho y los pulmones perforados.

Todavía consciente, aunque falto de la fuerza necesaria para firmarla, antes de entrar a la sala operatoria había alcanzado a rendir su declaración al comisario de la policía, en la que acusaba al presidente de Cuba de ser el mandatario del ataque y a Magriñat su cómplice.

Débil y grave, fue conducido al quirófano mientras que Tina se identificaba como la viuda Rose Smith Saltarini, maestra de inglés proveniente de San Francisco y con residencia en el número 21 de la calle Lucerna. Mentiras a medias —Saltarini era el apellido de su abuelo y esa dirección había sido suya, aunque ya no viviera allí — que tuvo que corregir al cabo de unas horas en la fiscalía, después de que el doctor Díaz Infante salió a informarle que, si bien la intervención quirúrgica había sido exitosa desde el punto de vista técnico, no podía darle esperanzas de que el paciente sobreviviera.

Pasaron solamente unos minutos más, en los que Tina, envuelta en el abrigo todavía impregnado con la sangre de su amado y rodeada de varios de los amigos que habían llegado a apoyarla —Frances Toor, su vecina de piso, Diego Rivera, Carleton Beals y Vidali, entre otros—, masculló en el oído de Vittorio un desesperado «Hubiera preferido verlo con otra mujer que en estas condiciones» justo antes de que cayera sobre ella el veredicto definitivo: Julio Antonio acababa de expirar.

La lacónica noticia conmocionó la sala y Tina se abandonó a un llanto que consternó en especial modo a Vittorio, que nunca la había visto mostrar su fragilidad en público, pero que no apiadó a las autoridades. Un inspector la escoltó a la estación de policía de la calle Victoria, en donde Tina tuvo que rectificar sus inocentes mentiras y testimoniar cada una de sus verdades.

—No quería que mi nombre apareciera en la prensa, trataba de salvaguardar mi reputación frente a los clientes de mi estudio fotográfico, que me contratan para que los retrate y gracias a los cuales me gano la vida. Por eso tergiversé —explicó.

El poco convencido comandante de la Comisión de Seguridad de la policía capitalina, famoso por su aversión a los comunistas y cuyo nombre era Valente

Quintana, le tomó personalmente una nueva declaración y, después de interrogarla hasta el agotamiento, solo al amanecer le permitió irse.

Ella volvió corriendo al hospital Juárez justo cuando a Julio Antonio le estaban practicando la autopsia, de rigor en México en los casos de asesinato. Para entonces la noticia de su muerte había recorrido la ciudad y el nosocomio estaba lleno de periodistas, además de miembros de las diversas asociaciones ligadas a la causa y de sus respectivos adeptos. Tina, consciente de cuál era su única posibilidad de salvación en esos momentos, le rogó a Frances que fuera a recoger a su casa a la compañera que nunca le había fallado.

Cuando recibió su pesada Graflex, pidió quedarse a solas con él. Era la última vez que vería el cuerpo que había amado con tanta pasión, pero en lugar de pensar en todo lo que habían compartido durante su corto y fogoso romance, se concentró en plasmar tan solo un recuerdo, no del pasado ni de los muchos momentos que nunca olvidaría, sino de ese preciso instante, en el que Julio aparecía al fin en paz. Como si se hubiese quedado dormido después de una noche juntos y su rostro hubiese adquirido el aspecto angelical de un querubín de rizos morenos —con su sonrisa más dulce y su pelo revuelto—, descansaba ahora como nunca antes lo había hecho.

Qué consuelo, pensó Tina al mirarlo a través de sus ojos hinchados por el llanto y el desvelo, era tener la posibilidad de que una fotografía pudiera robarse, tan desfachatada y efectivamente, lo que nunca más podría ser; que pudiera anular el tiempo y regalarle la eterna juventud de su adorado. Tina se asomó a la mirilla de la cámara —después de besar la boca helada que tantas veces había acogido, otrora mórbida y ardiente, a la suya— y lo decretó: esa fotografía sería su único recordatorio de una muerte que repudiaría hasta resultar insensible a los ojos de los demás.

«Tina Modotti no está de luto», se dijo. «Julio Antonio no ha muerto: sus valientes ideas, tan necesarias para acabar con los abusos, los atropellos, la inequidad y el prejuicio y construir un mundo más justo, permanecerán para siempre, al igual que su esencia, al igual que su foto».

«No ha muerto, salvo en esta fotografía, la única concesión que voy a hacerle a la verdad más cruel», se repitió Tina al destapar por completo el cuerpo que tanto había gozado y disparar el último clic, cuyo protagonista era su amor y cuya imagen sería solo para ella, para esas noches insomnes en donde lo añoraría en soledad.

Ingenuamente, ella esperaba que ese momento de infinita tristeza fungiera de punto de inflexión: el fondo de un dolor tan profundo que de allí en adelante solo podría disminuir. ¡Cuánto se equivocaba! Nunca hubiera imaginado el sufrimiento que aún le esperaba con relación al episodio que partiría su vida en dos, el crucial momento que definiría el antes y el después. Cuando salió de la morgue, Vittorio, que esperaba afuera junto con los demás compañeros, se acercó cabizbajo y la abrazó

en silencio.

17
La fotografía

Ciudad de México, 1942-1947

La fotografía no es solamente una imagen, es un rastro, una pista, una estampa de la propia realidad. Y al arte de reproducir la realidad a mi antojo, a ese llamado que, trepado en una barda al sur de la ciudad y frente a los volcanes que había mirado tantas veces sin ver, sentí como el definitivo, me entregué durante el período posterior a mis primeras dudas sobre las culpabilidades de Vidali.

En los cinco años que siguieron a la muerte de Tina, traté de canalizar mi fecunda imaginación a un oficio más acorde con mis impulsos profundos, acariciando y hasta abrazando la posibilidad de convertirme en un fotógrafo profesional, uno que antes o después encontraría el debido reconocimiento.

En ese período fui a todas las exposiciones de foto de las que me enteraba y me afané por fotografiar no solamente secuencias criminales o testimonios gráficos, primas bonitas o paisajes espléndidos, sino mis propias composiciones artísticas. Experimentos inspirados en el arte de Tina y en el de sus amigos fotógrafos, como Lola y Manuel Álvarez Bravo, a quienes conocí en la exposición de Tina y visitaba a menudo, ahora individualmente porque para entonces se habían divorciado. Tal parecía que, si no podía traer a Tina de regreso a este mundo ni iba a descubrir la verdad sobre su muerte, estaba comprometido a hacer mía una de sus más grandes pasiones.

Determinado a encontrar mi propio estilo, estudiaba todas las imágenes que llegaban a mi vista, inspirándome en libros teóricos y buscando respuestas a mis preguntas, técnicas y artísticas, en las interpretaciones de los más renombrados fotógrafos, pero en especial modo de Tina, mi principal fuente de iluminación. Porque uno se enamora —y es propio usar esa palabra para describir el sentimiento que alimentaba mi relación platónica con ella y con cuanto la rodeaba— no nada más de la persona o de la imagen que se tiene de esa persona, sino de la luz con que

esa persona nos alumbra, orientándonos en la oscuridad de nuestras, de otro modo, solitarias y unilaterales vidas.

Paralelamente, y a causa del desnudo con el que Weston me había dado la oportunidad de experimentar todo el erotismo que gracias a él Tina seguía emanando, desarrollé una compulsiva obsesión por el trabajo de este fotógrafo, cuya ascendente carrera seguía yo en publicaciones del medio. Incluso, apenas logré que me incluyeran en una exposición colectiva organizada por una galería —en la que gracias a las conexiones del gordito Díaz colgué y vendí una de mis creaciones— comencé a maquinar cómo conocer a Weston en persona. Le escribí una carta que no contestó, pero la idea de irlo a buscar al pueblo californiano donde, según una revista especializada, se había establecido y, de paso, pedirle que firmara el desnudo que estaba seguro era de su autoría, se coló en mis sueños y más allá de su silencio. Me gustaba esa nostálgica costumbre, cada vez más en desuso, en la que un fotógrafo autografiaba su obra como si fuera un cuadro de autor. Y me atraía sobremanera la idea de conversar con ese gran maestro, tanto sobre Tina como sobre el oficio fotográfico; escuchar sus ideas, beneficiarme de su experiencia y pedirle consejo para mi futuro en ese campo.

Cabe mencionar que practicaba yo mi querido y hasta entonces mal pagado arte fotográfico contra la voluntad de mi padre, quien —a causa de lo que él consideraba mi insensato capricho de renunciar al estudio— no me bajaba de inútil y para castigarme había convencido al gordito Díaz de que trabajar en su agencia había comprometido mi desempeño escolástico, logrando que me despidiera, lo que de un momento a otro me dejó sin mentor y sin el mínimo sueldo que este me pagaba. Si pude ignorar los boicots de mi padre fue gracias al inspector Rodríguez, que, tal vez en represalia al doctor que tanto detestaba, me contrató como su ayudante, lo que equivalía a ser una suerte de esclavo, un pelele que mangoneaba y regañaba, pero con el salario indispensable para callar las quejas de mi padre. Si el doctor Zárate no estaba dispuesto a seguir manteniendo a un estudiante fallido, mucho menos a un artista fracasado, me repetía al infinito. Era yo una de sus grandes decepciones, pero con mi independencia económica pronto podría prescindir de mi familia, tan empeñada en imponerme sus deseos y castrar los míos.

Entusiasta, como lo es uno a los veinte años, veía el compromiso entre mis actividades policiacas y fotográficas —que podía ser considerado poco noble por algunos— como el único modo de concederme el lujo más preciado para cualquier ser humano: el de hacer lo que le da la gana. Aún no caía en cuenta de que, a menudo, hacer lo que uno más desea es inversamente proporcional a lo que a uno más le conviene, lástima que tal idea suele descubrirse cuando es demasiado tarde para revertir la ecuación.

En cuanto a Vidali, después de la última acusación recibida por parte de las autoridades neoyorkinas sobre el asesinato de Tresca —como siempre improcedente — seguía enterándome por Rodríguez de una que otra noticia. La orden estricta de su parte de no meterme con «el sospechoso» —de ese modo inculpatorio lo llamábamos todavía— había quedado relegada, tal vez porque se había cansado de doblegarse ante los que él también acabó llamando «los inteligentes» y que acabó por no bajar de pendejos. Debía experimentar a través mío el dulce placer de desobedecerlos o, en sus propias palabras, «el pinche gusto de mandarlos a la chingada». Los desacataba al grado de que llegó a contarme algunos de sus secretos, por ejemplo, el verdadero motivo de la detención de Vittorio por cuenta de la *intelligence* norteamericana. Al parecer, además de su trabajo subversivo en contra del gobierno, pendía sobre la cabeza del italiano la acusación de espionaje en favor de Alemania, ya que lo habían identificado como uno de los principales contactos de una red de agentes secretos teutones ligada al movimiento comunista mexicano. Quedaba resuelto el misterio de los güeros, pensé cuando me lo contó, y el inspector se tomó la molestia de explicarme que siendo Vidali un espía y agente de Stalin, la cercanía que Rusia tuvo con Alemania había sucedido a consecuencia del pacto que habían firmado: el Ribbentrop-Mólotov, lo que alertó a los siempre paranoicos norteamericanos, que esperaban infiltraciones desde México y algún tipo de ataque a su país desde nuestro suelo.

Además de estas informaciones, yo seguía recolectando en mi inseparable libreta de apuntes las opiniones expresadas públicamente por los enemigos de Vittorio: las de Diego Rivera, por ejemplo, que después de haber sido su íntimo lo acusaba de todo tipo de delitos, o las declaraciones de Ernest Hemingway, quien presumía que en la guerra de España Vidali se había quemado los dedos de tanto ejecutar gente. Acusaciones que, aparentemente, también incluían la desaparición del líder del Partido Obrero de Unificación Marxista, el español Andrés Nin, cuyo asesinato todavía daba de qué hablar incluso entre mis tíos gachupines, propensos a recordar las atrocidades de la guerra civil de la que habían escapado y de la que Vittorio había sido protagonista. Y sin hablar de las declaraciones de quienes, a pesar de pertenecer a la izquierda mexicana, hicieron frente común en contra del estalinismo y militaban rigurosamente en contra de Vidali, como el periodista español Julián Gorki, por ejemplo, siempre listo para responsabilizar a Vittorio de ser la mente detrás del asesinato de Trotski. Y es que hasta el mismo Trotski había calificado al italiano en una entrevista como uno de los más crueles agentes de la GPU, recordando que «Contreras» había sido el presidente honorario del congreso ligado a la conspiración en su contra, aunque descubrí que eso era falso, pues se confundía con su homónimo Carlos Contreras, el venezolano dirigente del Partido Comunista Chileno, que también se había refugiado en México en la misma época. Como fuera, acusaciones en contra de Contreras-Sormenti-Vidali había de sobra,

pero ¿y pruebas? Lo único cierto, y sin sombra de duda, era la cantidad de enemigos que se cargaba.

Así que durante esos años me acabé convenciendo de que había bastante cola que pisarle, sí, pero también una tortuosa animosidad en su contra, por lo que si continué siguiendo sus andanzas a lo lejos fue más por un acto rutinario que por la esperanza de inculparlo de algún delito. Vittorio Vidali se había vuelto una especie de presencia al margen de mi vida, un hombre en el que no confiaba, pero a quien, de tanto tenerlo en la mira, me había de algún modo acostumbrado. Tanto que lo seguía de todas las maneras posibles.

Estaba pendiente de sus movimientos físicos: los extranjeros con quienes lo vi entrenar, por ejemplo, habían desaparecido de su vida, que se había vuelto una bastante común. De su ahora legítima esposa, Isabel Carbajal, había tenido un hijo, Carlos, a quien paseaba por las tardes en los jardines cercanos a su domicilio —un departamento con terraza en la colonia Condesa— después de sus habituales vueltas a la Confederación de Trabajadores de América Latina, dirigida por su amigo el líder sindical Vicente Lombardo Toledano, o a la Alianza Internacional Antifascista Giuseppe Garibaldi, organizaciones con las que colaboraba regularmente. En sus ratos libres leía libros bajo la sombra de los árboles del cercano parque España e iba al cine solo, aunque a veces yo lo acompañara —a una prudente distancia, eso sí— y me pasara la función preguntándome cuáles serían sus impresiones sobre la película en turno. Por cierto, la que más me había gustado era *Se ha puesto la luna*, que, adaptada del libro homónimo de John Steinbeck, retrataba la ocupación militar de una localidad en el norte de Europa, lo más cercano a la guerra en curso que iba yo a experimentar. Una guerra que me provocaba cuestionamientos mayores: ¿cómo era posible que los seres humanos siguieran peleando en un nuevo conflicto armado mundial después de que en el primero, a solo unos años de distancia, habían muerto seis millones de personas? Éramos la única raza que se autodestruía de modo tan repetitivo, lo que era especialmente asombroso porque, a diferencia del resto de los animales, teníamos consciencia.

También leía sus artículos: la columna semanal que escribía en el periódico *El Popular* y las eventuales en *El Futuro* y en *La semana del mundo*. Espacios en los que expresaba sus opiniones políticas acerca de la candente situación internacional —afligida por una guerra que afectaba la vida de todos los países, hasta de los que no participaban directamente en ella—, pero también acerca de la política mexicana, lo que hacía sin abandonar nunca sus convicciones comunistas. Por eso de algún modo lo admiraba, pues yo nunca había tenido demasiadas, y muchos menos entonces, cuando ya se me habían aguado hasta desaparecer por completo.

Mi única ideología en ese período era la belleza. Como si intentara yo a través de la hermosura compensar los estragos de guerras, de las pugnas políticas y de la inconmensurable maldad de los hombres concentrándome en encontrar lo valioso a

mi alrededor. Como si hubiera querido nivelar las muchas bajezas de nuestra especie con las tantas maravillas del universo que nos hospedaba y las que habíamos creado a través de nuestro ingenio y de nuestra imaginación. Conforme mi interés por inculpar a Vidali iba menguando, tal vez a causa de la fotografía que por las noches me seguía devolviendo toda la vitalidad y el erotismo de Tina, cada día me interesaba más Edward Weston.

Tanto fue mi afán por conocer al gran maestro que, en el verano de 1946 —justo cuando en la mayor parte del planeta la Segunda Guerra Mundial había por fin terminado y yo había ahorrado lo suficiente para poder viajar—, viajé hasta Tijuana. De ahí crucé, por primera vez, la frontera con los Estados Unidos, esa línea invisible al ojo y tan contestada por sus confinantes. Un autobús me llevó por la abrupta y empinada costa californiana hasta Los Ángeles, después a San Francisco —las ciudades que habían sido el hogar de Tina— y más tarde a la última etapa de mi viaje: el pueblo de Carmel. Un recorrido que me puso frente a una extraordinaria sucesión de paisajes capaces de seducir a cualquier ojo sensible con su dignidad, su fuerza y esa sorpresa placentera e inspiradora que los humanos llamamos belleza.

De cara al océano, percibí la enormidad del continente a mis espaldas, en el que cada detalle me recordaba las interpretaciones de Weston que había visto en revistas: acantilados de formaciones caprichosas, árboles encaramados como cabras tercas sobre rocas que consideraban su hogar y el poder de una naturaleza indomable cuyo protagonista, el mar, a intervalos se retraía majestuoso para volver invariablemente a su pasional encuentro con la tierra. Secuencias acariciadas por un aire suave, bendecido por un sol templado pero resuelto a regalarle a la vista toda su luz, la imprescindible aliada para cualquier fotógrafo.

Antes de llegar a Carmel, ya había entrado al reino de Weston, uno en el cual el «dónde estaba» era más importante que el «qué era», reconociendo en ese extraordinario entorno la esencia de los pensamientos y de sus sentimientos, comprometidos a encontrar en su mundo lo que a él, y solo a él, le complacía.

A través de su trabajo, y antes de irlo a buscar, había hecho mi tarea sobre Weston. Sabía que había regresado a California desde 1927 y había instalado, con su hijo Brett, un nuevo estudio en ese pueblo —demasiado ordenado y demasiado aburrido— de la costa que albergaba la espectacular ruta llamada Pacific Coast Highway. Conocía también sus preferencias técnicas, por ejemplo, que en sus trabajos fotográficos empleaba una gran profundidad de campo y un alto nivel de enfoque, especialmente en los primeros planos de las formas naturales poco comunes que lo hicieron famoso. Sabía que la mayor parte de su obra la había realizado con una cámara de fuelle de 8 x 10 pulgadas, que le permitía mayor nitidez y definición en sus fotografías y la posibilidad de experimentar más en sus tomas. También estaba

al tanto de que, años antes, Weston había sido miembro fundador del grupo conocido como F/64, que proponía una estética próxima al realismo en contraposición a la concepción pictorialista de la fotografía. Había sido el primer fotógrafo ganador de la beca de la Fundación Guggenheim, la que tanto me hubiera gustado recibir a mí. Contaba con mucha información sobre él, ciertamente, pero ignoraba cómo me iba a recibir y, sobre todo, que esa visita tendría una consecuencia directa y devastadora en mi vida.

La tarde en la que llegué a su casa, la residencia correspondiente a la dirección de Wildcat Hill en Carmel Highlands del condado de Big Sur, caminé desde la parada del autobús del centro del pueblo hasta una autóctona cabaña sin barda pero rodeada de rosales y de una pandilla de gatos asoleándose en el porche. El buzón postal, hecho en madera reseca y a imagen y semejanza de la vivienda que tenía detrás, llevaba el apellido Weston grabado en hierro sobre la portezuela.

Cuando toqué el timbre, salió a abrirme una joven exuberante unos cuantos años mayor que yo que se presentó con el nombre de Charis.

Bastó mencionarle mi procedencia mexicana para que me invitara a pasar.

—¿Eres estudiante o quieres ser retratado? —me preguntó, después de ofrecerme una limonada. Era evidente que en esa casa estaban acostumbrados a recibir admiradores de todo tipo y de todo el mundo, así como clientes que querían ser fotografiados, actividad que debía constituir un buen ingreso para el maestro, pues adyacente a la nada pretenciosa sala donde Charis me introdujo —con una chimenea de ladrillo con algunos ídolos de barro encima— se entreveía un estudio fotográfico.

Para resumir el motivo de mi visita, saqué de mi morral el sobre que custodiaba la foto de Tina y se la mostré sin más explicaciones. La mujer la recibió en sus manos, la miró con curiosidad y, después de ajustarse el cinturón que adelgazaba aún más su esbelta figura, me sonrió de un modo coqueto pero tímido que me recordó a Tina, tal vez porque tenía en su nariz las mismas pecas oscuras de ella, comunes en quienes pasan mucho tiempo al sol. Me pidió permiso para ausentarse y al poco rato volvió para introducirme al salón contiguo.

Allí estaba él, sentado detrás de una mesa de madera en la que se amontonaban fotografías, libros y papeles. Apenas me presenté, su semblante altanero me mostró cuánto le gustaba ser adulado. Charis debía saberlo también porque se esmeraba en esa tarea, mirándolo con adoración y procurando por él con una actitud tan devota que parecía la de una hija amorosa o la de una adolescente enamorada. Después de saludarlo, saqué nuevamente la foto, que trataba como si fuera una hostia bendita y yo el cura a cargo de repartirla. Edward intentó alcanzarla con su mano, que, al moverla, se tornó temblorosa, y Charis me arrancó la estampa con tal velocidad que me pareció que quería ocultar la vibración del maestro. Cuando él, gracias a la prontitud de ella, tuvo la imagen a tiro, la observó obligándose a no tocarla. Luego

su amplia frente acartonada se arrugó para pronunciarse:

—Era mejor fotógrafa que yo… además de la modelo más expresiva que he tenido —dijo con una humildad que nunca hubiera adivinado, mientras Charis, que hasta ahora me había parecido más una asistente que la pareja que resultó ser, lo miró con un dejo de sorpresa y otro de celo, lo que llevó a Edward a aclarar—: La mejor modelo después de ti, *my love*… —Ella se acercó a darle un beso, comprensiva, y él, al cabo de una escena que me pareció tierna, continuó—: Esas figuras que ves allá, sobre la chimenea, son *souvenirs* de cuando Tina y yo fuimos a fotografiar el libro *Idols Behind Altars,* de Anita Brener*,* el último viaje que hice con ella —puntualizó con velada añoranza.

Entonces saqué de mi bolsa la llave, que había guardado hasta ahora como una reliquia.

—¿Qué es esto? —me preguntó Edward.

—No lo sé. Estaba en el legajo que resguardaba la foto que le compré a un marchante —mentí.

—Tampoco yo lo sé —concluyó sin entender mi interés, mientras yo volvía a guardar la llave junto a la esperanza de poder resolver su enigma.

Entrado en la confianza de quien comparte un ser querido, quise romper el silencio que se había instaurado entre nosotros desde mi pregunta y me atreví a mostrarle una de las fotos que yo había tomado, confesándole mi ambición por convertirme en fotógrafo. Mientras esperaba su veredicto me afloró la esperanza de que pudiera convertirme en su ayudante, aunque fuera sin retribución alguna. Había precavidamente ahorrado como para tener unos meses de autosuficiencia económica y estaba dispuesto a lo que fuera necesario para jugarme la carta que todo tahúr espera le traiga la victoria.

—Es la hoja de un árbol… —dije impaciente, mientras Edward observaba la que me parecía la más lograda de mis fotos y yo pretendía explicarle mi intención estética, incapaz de tolerar la indiferencia a la que su mutismo me estaba condenando.

—Si una imagen no habla por sí sola, no tiene nada que decir… —me interrumpió antes de que terminara, continuando después con toda seriedad—: Para ser un artista hay que recorrer un largo camino que no todos deberían emprender —fue su sentencia, que me sacudió más que si hubiera sido una de muerte.

Un simple comentario puede devolver o aniquilar una esperanza, o hasta cambiar el sentido de una vida, y yo ya no lograba concentrarme en oír el resto de sus palabras ni los consejos que se empeñaba en darme y que a menudo contaban con el eco de Charis. Lo único que mi cerebro repetía era la escueta apreciación destinada a acabar con mis aspiraciones.

Lo otro que recuerdo, de todo lo que Edward alcanzó a decirme ese largo día, estaba relacionado más con la filosofía que con la fotografía, pues él consideraba esta

última un conducto para expresar lo que uno piensa.

—La pregunta más importante que debes hacerte si quieres ser un verdadero artista es: ¿qué piensas del mundo y qué quieres decir? Para responder a ese indispensable cuestionamiento debes tener la integridad y la congruencia de buscar lo que te parece interesante, lo que te hace vibrar, lo que te hace feliz —concluyó.

Pensamientos que me hacían sentir perdido, pero, lo que era peor: sin nada que aportar y con una desmedida necesidad de aliento ajeno. Era yo un asustadizo, un advenedizo sin una visión que pudiera cautivar a nadie. Frente a esa realidad y delante de uno de los promontorios rocosos que se asomaban al estrujante mar de Point Lobos —adonde me llevaron de picnic Edward y Charis, posiblemente para consolarme— tomé una decisión radical.

A mi regreso a México, guardé mi cámara en lo más recóndito de la bodega familiar sin pensar en la posibilidad de fotografiar siquiera a Suzi, que se había afeccionado más a mi madre que a mí, tal vez porque le recordaba a su patrona desaparecida o tal vez porque era quien más se preocupaba por ella. Ya no lograba excitarme ni con la foto de Tina desnuda, posiblemente a causa de la firma que Edward había aceptado ponerle encima, invadiendo la imagen que antes había sido solamente mía. Al igual que le había sucedido a Tina en su momento, más allá de decidir abandonar el oficio que apenas unos días antes me había provocado la más grande ilusión, sentí la necesidad de forjarme otra. No sabía cuáles habían sido las verdaderas y más profundas motivaciones de Tina —cuyo talento el mismo Weston había reconocido — para dejar una profesión en la que sobresalía, lo único cierto es que la había sustituido por una distinta: su militancia.

Quién sabe por qué frente a la disyuntiva se me ocurrió hacer lo que hice en vez de volverme guerrillero, largarme a una misión lejana o llevar a cabo algo de más provecho para la humanidad. Pero el impulsivo y desesperado episodio que siguió se tornó en un momento crucial en el que la vida le gira a uno 180 grados, sin manera de volver al estado anterior a la rotación. Un cambio provocado por el proceso en el que los humanos abandonamos una ilusión y, como chango con las lianas, buscamos no caer al suelo colgándonos de otra. Sin embargo, no fue hasta que me pronuncié con todas las letras que me concienticé de las consecuencias de mi proceder. Para entonces ya estaba en la oficina de Rodríguez, mis palabras habían atravesado el aire sereno de esa tarde y no había modo de recuperarlas.

—Quiero un mejor puesto y un aumento de sueldo —comencé, con las ganas de quien, frente a la duda, quiere darle soluciones definitivas a su vida. Rodríguez estaba a punto de mandarme a su lugar favorito, la chingada, cuando oyó lo que añadí—: Y la mano de su hija.

Apenas materialicé esa propuesta ya estaba arrepentido. Había solicitado en

matrimonio a la joven de sonrisa amable que, desde que me había abierto la puerta de su casa, se había convertido en la amiga que me acompañaba a ver las películas elegidas por Vidali o a comer una nieve a nuestra heladería preferida; la joven que, sin una contundente indicación previa, esperé pudiera satisfacer mis sueños amorosos y hasta los carnales, a pesar de que apenas nos habíamos besado. No era por falta de ganas, eso sí, sino porque ella, guardiana de su honor como un pájaro de su nido, no dejaba que me acercara demasiado, y el respeto que le tenía yo a Rodríguez tampoco me lo permitía a mí.

Tenía yo veinticinco años entonces, y poco tiempo después de que el inspector me concedió la mano de su hija —a principios de 1947, para ser exactos—, Vittorio Vidali consiguió llevar a cabo el sueño por el cual suspiraba en muchos de sus artículos, siempre pendientes del destino de Franco, del *Duce* y de sus amadas España e Italia: pudo al fin regresar a su patria y, más precisamente, al pedazo de tierra que, en mi ignorancia, pensé que era parte de su país de origen y que desde el fin de la guerra se conocía, en cambio, como el Territorio Libre de Trieste aunque estuviera lejos de ser libre ni comprendiera solamente la ciudad de Trieste. Pero de eso me enteraría años después.

Mientras yo me acogía a la acción que mi madre más me aplaudió, sentar cabeza, aunque fuera con un trabajo y con una mujer que ella no aprobaba del todo, Vittorio emprendió el retorno a su lugar de origen, despidiéndose en su última columna publicada en México con un alegre y esperanzador «Hemos triunfado, el fascismo ha muerto».

Nunca más volvería a este, mi país, a pesar de que al irse dejaba aquí a dos mexicanos: su hijo y su esposa. Y yo nunca imaginé que, a pesar de su partida y precisamente ahora que, a fuerza de pruebas y errores, había acabado por asumirlo si no inocente, menos culpable, nuestros caminos volverían a cruzarse, o más bien: a colisionar.

18
Después de la muerte no hay nada

México, Emden, 1930

Vittorio había llegado al hospital donde Julio Antonio Mella acababa de expirar con la consciencia alterada, si es que esa sensible inquietud que desde la noche anterior turbaba su pensamiento podía llamarse consciencia. Había tratado de impedir por todos los medios que su compañero y amigo, devenido contrincante, intentara la invasión de Cuba, incluso sugiriéndoles a sus camaradas —preocupados porque consideraban esa expedición altamente falible y proporcionalmente peligrosa para ellos— que lo delataran ante las autoridades. Había actuado con la intención de llevar a cabo la encomienda de Stásova, pero también la de satisfacer su propio olfato político, listo para conseguir que cualquier circunstancia se tornase en favor de los intereses de las mayorías, traducidos a veces en los propios de su carrera como dirigente comunista. Su deseo fue cumplido, aunque no pensó que, en represalia, Machado llegaría al asesinato.

Bueno: si tenía que ser completamente honesto, había considerado esa posibilidad, era cierto; tanto que, por eso, ahora que Mella estaba muerto probaba un extraño malestar, lo más cercano al remordimiento que había experimentado hasta entonces. Por esa latente sensación, cuando llegó al hospital donde el cubano estaba agonizando no se atrevió a consolar a Tina con palabras. Se limitó a estar presente y, cuando la vio llorar, a abrazarla, sintiendo así la cálida sensualidad del alma de una mujer rota. Una cercanía que lo estremeció, por muy distintas razones.

Como fuera, las circunstancias no estaban para levantar dudas, por lo que apenas después de la velación —cuyo protagonista era el cadáver de Julio Antonio, pero también el aparato comunista en sus más amplias expresiones— se apuró a unirse a la protesta de sus compañeros de partido. Desde el hospital, habían organizado un funeral que se transformó rápidamente en una procesión multitudinaria, en la que Vidali gritaba más fuerte que nadie:

—¡Viva Mella! ¡Viva Mella y muerte a Machado y a la prensa corrupta!

Gritos que acabaron por traspasar fronteras, creando una ola de disturbios comenzada en México y controlada por la policía que abrió los hidrantes sobre la gente, para alcanzar los Estados Unidos, toda América Latina y buena parte de Europa. Allá también manifestaron su indignación en asambleas, motines callejeros, asaltos a las embajadas y a los consulados cubanos, como fue el caso de Hamburgo, Berlín y París.

Pero para cuando esto sucedió, Vittorio ya estaba ocupándose de otros asuntos. Había mucho que hacer por los vivos en esos días convulsos, en especial modo porque estaba gestándose, a lo largo y ancho del país, una rebelión de generales y gobernadores en contra del gobierno. Financiada por Wall Street y sostenida por el movimiento cristero, esa revuelta la había encendido la sentencia que condenó duramente a los asesinos de Obregón, entre los cuales estaba una monja —el Estado había querido dar prueba de fidelidad a la revolución muy a pesar del ruego del Vaticano para que se apiadara de sus correligionarios—, y fue alimentada con el revuelo causado por la muerte de Mella.

No apenas Siqueiros avisó al partido de las trágicas condiciones en que le habían reportado que vivía la zona minera de Jalisco, en donde bandas inobservadas de cristeros estaban matando a campesinos y obreros, el pintor y el italiano decidieron apersonarse en la capital de ese estado.

Una vez alojados en la casa que Siqueiros tenía allí, se reunieron con el gobernador y el comandante de la plaza.

—Si no intervienen a defender a la gente, que ustedes desarmaron a pesar de que fueron ellos quienes los llevaron al poder, armaremos nosotros una brigada y ocuparemos Guadalajara —amenazó David Alfaro, que con ese «nosotros» se refería a las huestes del partido comunista, muy a pesar de que los representantes de la fuerza minera que lo apoyaban ya le habían informado que no contaban con armas suficientes para una refriega.

—No te encabrones, David. Lo solucionamos —le aseguró el militar que comandaba Jalisco, un excompañero de armas del pintor cuando ambos habían sido revolucionarios.

Las autoridades tapatías cumplieron con su promesa de mandar refuerzos a proteger a la gente de la sierra, pero esa misma madrugada, cuando en la casa de Siqueiros todavía había discusiones sobre cómo proteger a los más expuestos, se presentó el jefe de la policía del estado para preguntar si estaba ahí un tal Contreras. El secretario de la Cámara del Trabajo, un venezolano que había acompañado a Siqueiros y Vidali y que, casualmente, se apellidaba con el apodo de este último, se identificó:

—Soy yo.

El «homónimo» de Vittorio no terminó de pronunciar esas palabras cuando se

lo llevaron preso. Así fue como el italiano, precavidamente agazapado en una esquina, se enteró de que el gobierno estaba listo para eliminar al tal Carlos Contreras, alias Enea Sormenti o «como se llamara el agitador que dirigía el Socorro Rojo y había sido expulsado de los Estados Unidos», según lo tenían ubicado. Frente a la escena, Siqueiros y sus otros cercanos le sugirieron a Vidali regresar a la Ciudad de México cuanto antes.

En la capital y para entonces, Magriñat había sido arrestado y liberado apenas después, ocasionando una nueva ola de protestas en contra del gobierno, acusado de haber permitido el asesinato de Mella y de solapar ahora al responsable. En respuesta, el presidente Portes Gil, quien ya mostraba su conservadurismo, inició una campaña difamatoria para deshacerse de los comunistas. Su estrategia para conseguirlo era primero convencer a la opinión pública de que Julio había sido asesinado por sus mismos compañeros y, cuando esa posibilidad resultó vana, de que se trataba de un delito pasional.

En medio de semejantes circunstancias, oscuras y turbulentas, Vittorio, una vez llegado a la Ciudad de México y a pesar de la discreción que se había propuesto, asistió a una reunión, secreta y de emergencia, del comité central del partido comunista, en la cual se aprobaron resoluciones acordes con la gravedad de los hechos. Entre estas, se penalizó toda organización sindical que no fuera la autorizada, lo que provocó el rompimiento del partido con la Liga Nacional Campesina y la expulsión de su dirigente, Úrsulo Galván, pero también del mismísimo Diego Rivera, este último por traición a los preceptos comunistas. En el cónclave también se optó por suspender la impresión de *El Machete* y mantener así el más bajo perfil, pero ni con esas precauciones la persecución de los comunistas estaba destinada a cejar. Muy al contrario.

Otro evento contribuyó a precipitar el encono de las relaciones entre izquierda y Estado: la llegada oficial de Augusto César Sandino a México. Aquel hombre, oscuro y nervioso —que siempre vestía con botas altas y uniforme mimetizado y que se había reunido en casa de Tina con la Liga Antimperialista de las Américas para buscar fondos; el hombre con el cual ella se había ofrecido para irse de voluntaria a las montañas de Segovia—, había sido engañado. Preparada en contubernio con el embajador norteamericano Morrow y sin que el Comité Manos Fuera de Nicaragua supiera nada al respecto, su visita llevó a Sandino —así como a su hermano Sócrates y a su camarada Farabundo Martí, entre otros— a ser retenido por las autoridades en Mérida con una promesa de ayuda que se tradujo primero en excusas y luego en un arresto disfrazado. Un plan del gobierno concebido para mantenerlo lejos de Nicaragua y frustrar así la guerrilla que los sandinistas habían emprendido ahí, evitando que se extendiera a México.

Eran tiempos de enfrentamientos y polarización, y Vittorio aún no podía creer que sus temores estuviesen concretándose en una drástica vuelta hacia la derecha del

país que había vivido la primera revolución americana. Era un desenlace provocado también por los preceptos del VI Congreso, tenía que admitirlo.

Tampoco daba crédito a que, justo en esos momentos difíciles, Rania hubiese decidido venir a México a verlo. Consciente de estar condenado a la semiilegalidad, le pidió a Tina que hospedara a su novia, intentando mantenerse activo —y amoroso — a pesar de las dificultades. No obstante sus precauciones, cuando el 1° de agosto de 1929 decidió participar en la manifestación del Día Internacional Contra la Guerra junto con Rania y su amigo Neri, se percató de que la policía los seguía y tuvo que escapar con sus acompañantes por las calles de la ciudad hasta encontrar refugio. Acorralados en el cuarto de una camarada de origen francés que los escondió, lograron salir de allí amenazando a los agentes —que solamente llevaban consigo macanas— con el arma que les proporcionó su anfitriona.

Vittorio decidió entonces cambiarse de domicilio a una sencilla habitación en un edificio de patio silencioso y tranquilo en el centro de la ciudad, al que se trasladó con Rania y con la idea de atrincherarse allí hasta que las aguas se calmaran. No contaba con que la misma noche de la mudanza, al volver a casa después de haber ido por unas quesadillas a la fonda de la esquina, la encontrarían completamente vacía.

—No vi nada —le aseguró un vecino, que resultó ser policía.

—Pero si hasta yo alcancé a ver cómo cargaban nuestros haberes al camión que acaba de arrancar, el chofer incluso nos saludó… *they are making fun of us* —le repetía Rania a Vittorio en inglés, con la sensación de haber sido burlados y el propósito de que hicieran valer sus derechos.

—*I know* —admitió él, también en inglés, después de despedirse en español del agente mentiroso—, pero soy ilegal y estoy amenazado por la policía. No podemos hacer nada más que irnos —reiteró tomándola del brazo para que salieran de allí cuanto antes.

Ese acabó siendo su último intento de escapar al acoso del cual todo comunista era objeto entonces y de revivir una relación que agonizaba. Ni Rania pudo adaptarse a un país tan ajeno a sus costumbres ni Vittorio pudo operar, o amar, bajo las amenazas que lo acechaban.

Lo único que consiguió hacer, a nivel emocional y funcional, una vez que ella regresó a Nueva York prometiendo denunciar a la prensa lo que sucedía en México, fue ayudar a Tina, quien era para él una amiga, además de su discípula, pero también una mujer con la que se sentía en deuda. Desde la muerte de Mella había quedado aislada, sin clientes —que después del escándalo la evitaban— y con una situación económica cada vez más precaria. Para resarcir la difamación de la que fue objeto durante las investigaciones, el gobierno le había propuesto que se convirtiera en la fotógrafa del Museo Nacional, pero ella no quiso aceptar nada de quienes reputaba cómplices del asesinato de su pareja y rehusó el puesto. Así que apenas unos días

antes de la Navidad de 1929, con la intención de que vendiera sus obras y pudiera así salir de apuros, Vittorio y otros camaradas le organizaron una muestra en el vestíbulo de la Biblioteca de la Universidad Nacional, que, convertida recientemente en una institución autónoma, se había independizado del gobierno. Era riesgoso para él semejante aparición pública, pero no le importó exponerse con tal de compensar un poco a Tina por su sufrimiento.

El evento acabó convirtiéndose en un mitin político en el que los compañeros que estaban en primera línea aprovecharon la audiencia para criticar duramente al gobierno. Frente al manifiesto, escrito por la misma Tina en tinta roja, y ante un público distinto al que solía ir a exposiciones fotográficas —y que incluía a un grupo de tipógrafos que habían bautizado una maquina con el nombre de Tina y a los obreros textiles de una fábrica poblana que, para molestar a su jefe, llamaron «La Tina» a un telar recién recibido—, Siqueiros arengó a los presentes:

—Las fotografías son el medio más directo para registrar nuestra época y desenmascarar sus verdades. Nos muestran, en blanco y negro, la necesidad de luchar contra todo lo que debe ser cambiado… ¡Comenzando por el gobierno, el primer responsable!

Tina —que para esa exposición había cambiado las refinadas estampas patinadas que tanto les gustaban a sus coleccionistas ricos y que habían vuelto la fotografía una fuente de consumismo para la burguesía por unas más económicas, ocupándose también de que los horarios de acceso al público fueran ajustados a los del proletariado, deseosa de que este viera sus tribulaciones impresas— sonrió, satisfecha con las palabras de David.

Palabras encendidas que, en los días posteriores al evento, fueron reportadas en todos los periódicos y atizaron aún más los ánimos de las autoridades en contra de los comunistas, quienes continuaron siendo perseguidos hasta el acontecimiento destinado a violentar definitivamente el frágil equilibrio con el gobierno y a trastornar para siempre las vidas de Tina y Vittorio.

El 5 de febrero de 1930, Vidali y un puñado de compañeros, en su mayoría fugitivos, se habían reunido en la cantina de un pueblo no muy alejado de la ciudad —las juntas citadinas se habían vuelto demasiado peligrosas para ellos— a escuchar a Farabundo Martí pronunciarse:

—Llevo el emblema de Latinoamérica en este anillo, que siempre traigo puesto, porque creo en la unión de estas tierras para sacar a los yanquis de nuestro continente —recitó el salvadoreño, con pañuelo rojinegro al cuello y los ojos inflamados por la emoción de haber recibido la propuesta de representar al Socorro Rojo en Centroamérica.

Los contados presentes aplaudían cuando, en medio de las felicitaciones,

fueron interrumpidos por un hombre con respiración afanosa:

—¡Compañeros, compañeros! ¡Le dispararon a Pascual Ortiz Rubio! —los alertó el recién llegado, refiriéndose con ese nombre al candidato ganador de las elecciones que estaba a punto de tomar posesión como presidente de la república—. Fue al salir del Palacio Nacional. Es todo lo que sabemos... —recapituló antes de mostrarles el periódico vespertino que comprobaba sus palabras.

Mientras el diario circulaba en la mesa, al igual que los comentarios de sorpresa y preocupación, Vittorio ordenó de bote pronto:

—Hay que dispersarnos. De seguro habrá represalias.

Todos estuvieron de acuerdo y, al disolver a toda prisa la sesión, se despidieron sin saber cuándo volverían a verse.

De regreso a la ciudad y antes de encerrarse en un cuarto recién alquilado —a estas alturas cambiaba de dirección cada semana—, Vittorio tuvo un presentimiento y fue a la primera caseta telefónica que encontró para llamar a Tina. Le respondió un extraño y, cuando le pasaron el auricular a su compatriota, supo, por la cadencia forzadamente pausada de ella, que intentaba mantener la calma:

—Aquí está la policía registrando todo. ¿Qué debo hacer?

—Tranquila. Habla lo menos posible. Me ocupo de encontrarte un abogado.

Vittorio se precipitó entonces a la sede del partido, donde convocó una reunión de emergencia que tuvo que ser llevada a cabo en una bodega aledaña para no despertar más sospechas. Mientras él y los pocos camaradas que habían aparecido dilucidaban cómo ayudar a Tina y a los demás presos —según los reportes que les llegaban, había varios tras las rejas y muchos más eran los desaparecidos—, un capitán del ejército de nombre Calvo, de quien se había hecho amigo, lo llamó a un lado.

—Corre la voz de que el responsable del atentado eres tú.

—¿Yo?

—Sí, y sabes lo que eso significa: ¡que van por ti!

—Pues que vengan… —contestó Vidali, que ya desde enero había recibido órdenes de regresar a Moscú y si seguía allí era porque aún le quedaban por resolver algunos asuntos estratégicos.

—No puedes negar que es un excelente pretexto para sacarte de en medio.

Lo era. Y Vittorio lo sabía. Al día siguiente la prensa habló de un complot comunista como el posible causante del atentado y ningún periódico fue explícito en reportar que el único culpable era un simpatizante de Vasconcelos, el candidato perdedor en la última contienda electoral, que había sido arrestado inmediatamente después de dispararle de rozón al futuro presidente. Pero en la limpia campal decidida por el gobierno, que controlaba también a la prensa, era más rentable que fueran imputados los incómodos rojos así como los partidarios de Vasconcelos, el líder que había logrado ponerse a salvo en los Estados Unidos mientras que cientos

de sus secuaces eran fusilados extraoficialmente en el kilómetro 43 de la carretera a Cuernavaca por el general Maximino Ávila Camacho.

En la cárcel, Tina —asustada e incomunicada— no lograba siquiera comer por la angustia, y Vittorio —siempre listo para aprovechar las circunstancias, cualesquiera que fuesen— le hizo declarar al abogado a cargo de su defensa que se había puesto en huelga de hambre. Tenía la esperanza de poder así presionar a las autoridades para que cedieran, dejaran de matar gente, soltaran a los presos y aparecieran los que faltaban al llamado. La respuesta de las instituciones —que, como había imaginado Vidali, querían evitar a toda costa la atención mediática— no se hizo esperar.

—Tiene dos días para largarse —le informó el funcionario de Gobernación a una Tina abatida y sin fuerzas a causa del susto y del ayuno. Una sentencia expedita, con la aplicación del artículo 33 —según el cual cualquier extranjero en tierra mexicana puede ser deportado *ipso facto* si interviene en los asuntos internos del país —, que le fue impartida después de trece días de cautiverio y un cambio de prisión al Palacio Negro de Lecumberri.

Cuando Tina salió de la cárcel sin que nadie lo supiera a ciencia cierta, solo tuvo tiempo para ir a su casa a recolectar sus pertenencias, aunque más bien, en la prisa y confusión de esos momentos, a deshacerse de ellas. La cocina se la ofreció a uno de los soldados que la seguían a todas partes y su cámara de gran formato 8 x 10 se la vendió a los Álvarez Bravo, que al enterarse de su inminente partida se apuraron a ir a despedirse de ella y quienes, viendo que había tirado varias estampas en la basura, le rogaron les permitiera recuperar algunas. El resto de sus cosas se lo encargó a su amiga Mary Doherty para que las repartiera entre quienes las necesitaran, mientras que ella, pálida y exhausta por la cantidad de emociones vividas y por el inhumano esfuerzo de acabar con años de vida en 48 horas, empacaba lo mínimo indispensable antes de que los guardias encargados de escoltarla hasta Veracruz se la llevaran a la estación de tren.

Una vez llegados a esa ciudad, la subieron —junto con otro colaborador del Socorro Rojo de origen polaco llamado Isaac Rosenblum que había sido expulsado con ella— al decrépito carguero de nombre Emden en ruta hacia Europa. La pobre se apanicó aún más cuando cayó en la cuenta de que, al no tener su pasaporte americano —caducado desde enero de 1927 sin que hubiese tenido modo de renovarlo—, era por descontado que apenas tocara el antiguo continente sería repatriada a Italia y, una vez allí, seguramente fusilada por antifascista.

También Vittorio lo sabía. Enterado de todo y perseguido por todos, el italiano, en plena posesión de su más característico aplomo —o, más llanamente, de su más típica desfachatez—, entró a una tienda de ropa de la calle Cinco de Mayo y le pidió

al vendedor un traje nuevo. Era la segunda vez en su vida que se ajuareaba. Mientras se medía el atuendo se acordó de cuando había elegido su primer vestido, necesario para entrar a la Escuela Real de Trieste y en cuya compra toda su familia participó.

La voz de su madre le resonó en los oídos mientras miraba en el espejo el traje que el sastre le estaba ajustando:

—¿Cómo quieres el vestido, Toio: gris claro u oscuro?

—Azul.

—Pero ¿cómo azul? Ese es un color para adultos.

—Azul.

—Mira esta linda tela gris… Con ella puedo confeccionarte unos cómodos pantalones cortos.

—Largos. Y azules.

Así había sido el calvario de cada miembro del clan Vidali al lidiar con un mocoso determinado en contradecir las reglas del buen tono. Al vestido, azul y de pantalón largo, Vittorio le combinó una corbata roja, unas medias amarillas, un sombrero verde y unos zapatos de tacón. Sí, de tacón. El resultado había sido tan ridículo que cuando sus familiares lo vieron reaccionaron al unísono.

—*Te vol vestirte de carneval…* —le reprochó su hermana en dialecto triestino.

—*Con tutti sti colori te será un arcobalen!* —se burló su padre al compararlo con un arcoíris.

—*Ma te xe mato fio mio?* —se preocupó su madre, que ese día acabó de convencerse de que había parido a un loco.

Ni así lograron disminuir las ganas de llamar la atención de Toio, quien salió a la calle orgulloso de su individualidad y sin que le importara un ápice la mofa de los que se cruzaron con él.

—*Povera siora Bianca* —coreaban las mujeres que lo vieron pasearse por la avenida principal del barrio—. *Che fio la fará tribolar! Che cruzio! Che disgrazia un fio cussí!*

Y en eso no se habían equivocado: sí que había hecho tribular a su madre. Y al resto de la familia también.

Vittorio dejó a un lado sus recuerdos y pensó que ahora mismo tenía que evitar a toda costa llamar la atención: no podía darse el lujo de ser reconocido. Por eso eligió un traje gris claro de lo más anónimo, que se llevó puesto al salir de la tienda. Una vez en la calle se acercó a uno de los limpiadores de zapatos de la esquina y le pidió que les sacara brillo a sus botas de tacón. Cuando le quedaron relucientes, le pagó un dinero extra por sus anteojos oscuros. Luego, con las gafas y la bravuconería bien puestas, fue a la plaza de Santo Domingo y le susurró al empleado de la imprenta en la que el partido imprimía sus boletines, y uno que otro documento falso, las palabras acordadas con anterioridad.

—Me voy antes de que me corran. —Bastó esa frase para que el empleado, un

ferviente pero discreto comunista que ya estaba al tanto de la urgencia, le entregara un pasaporte peruano con la foto de Vittorio sonriente, bajo la cual aparecía el nombre del compañero Jacobo Hurwitz Zender.

Con ese documento en el bolsillo, ataviado como un burócrata cualquiera, lentes oscuros ocultándole los ojos y convencido de estar a punto de llevar a cabo su más necesaria hazaña, Vittorio subió al tren que lo llevaría a Tampico, la próxima parada del Emden y la última etapa de su primera estancia en México.

SEGUNDA PARTE

19
Comenzar de nuevo

Tampico, Berlín, 1930

Cada vez que Tina había tomado una fotografía, cada vez que se había colocado detrás de una cámara y dirigido su lente hacia un ser vivo o un objeto o una escena, cada vez que había oficiado esa especie de misa, la sagrada comunión entre lo que veía y lo que pensaba, sabía lo que quería conseguir. Ya sea que fuera producir un efecto estético o reflejar una personalidad, una idea o una postura política, siempre alcanzaba a distinguir su propósito gracias al reconocimiento puntual del objetivo.

Cuando inmortalizó a Vittorio Vidali, una tarde de las más de treinta que compartieron en el barco atestado de ratas que los llevaba a Europa, tuvo que asumir que ese hombre la confundía. A veces era para ella un enigma, a veces un salvador, alguien que siempre la aconsejó y procuró y que ahora la había sorprendido al aparecerse en el barco donde viajaba cuando ya estaba resignada a la incertidumbre y al confinamiento de ese trayecto impuesto. Una travesía obligada y contorsionada —antes de llegar al viejo continente tocarían casi todos los puertos en ruta, en los que sería considerada prisionera— que de alguna manera implicaba también un alivio, pues se había convertido en el modo de dejar atrás una vida que ya no reconocía ni la ilusionaba. Una lenta agonía, la suya, comenzada el día en que todo cambió.

En cada libro, en cada historia, en cada existencia, hay un punto de no regreso, ese que trastorna irremediablemente el orden de las cosas y a partir del cual nada es igual. Un punto de inflexión en el que uno toma decisiones aun si no lo hace. Para Tina ese momento fue la muerte de Julio Antonio. Un episodio que vivió como el más triste porque, además de sufrir la repentina e irrevocable ausencia física de su amor, fue blanco de acusaciones ofensivas y hasta de violaciones. Todavía no había tenido el tiempo de acostumbrarse al eco sordo y agudo que el dolor de esa pérdida le provocaba, ni siquiera había tenido el tiempo de cambiarse la ropa manchada de sangre, la sangre de su hombre, cuando los periodistas ya habían comenzado a hostigarla con sus *flashes*, con su afán por conocer lo que llamaban «el nido de amor»

y con sus sombrías suposiciones. Calumnias que divulgaban sin respeto ni pruebas y que iban desde afirmar que ella era una espía fascista, cómplice de los asesinos de Mella, hasta una prostituta al servicio de sus amantes. Todavía no había alcanzado a ponerse a la cabeza del tumultuoso cortejo fúnebre que homenajeaba a Julio Antonio —en el que los oradores interrumpían la procesión para treparse encima de los autos estacionados en el camino al cementerio y azuzar a los participantes— cuando había tenido que irse corriendo a rendir la enésima declaración a unas autoridades que la consideraban no solo culpable, sino una suerte de hereje. No había entrado aún a su departamento, sitio donde hubiese querido desfallecer de cansancio y mediar en paz con su dolor, que ya la ponían en arresto domiciliario mientras un enjambre de policías entrometidos revisaba sus objetos más íntimos, secuestraba sus cartas, sus diarios, sus fotos —especialmente los desnudos que escandalizaban a la prensa y eran usados para prejuzgarla—, se adueñaba hasta el último reducto de su vida privada y contaminaba así el recuerdo de su amor.

«Solo son recuerdos. Un pasado que ya no existe», pensó Tina al observar por la mirilla de su cámara a Vittorio, justo antes de escuchar el clic que solía alegrarla, aunque ahora estuviese insensible a esas manifestaciones.

—Te tengo —declaró sintiendo que ese hombre, que no dejaba de fumar, continuaba escapándosele a pesar de haberlo capturado con su lente y de que lo tenía allí, en la limitada cubierta de un barco en medio del océano Atlántico.

Por su parte, Vidali, enterado de que ya podía dejar de posar, giró la mirada hacia su retratista y, al cruzarse con sus ojos, le dio al cigarro en su mano otra inhalación, extrayendo lentamente el humo de su boca en un movimiento calculado que antojó a Tina.

Ella dejó entonces la cámara montada en el caballete y lo alcanzó, al fin que era el primer día de aguas plácidas después de las muchas tormentas, usuales en el mes de marzo y cuyos vientos le había parecido que romperían el barco de tanto que lo azotaron. En varias de esas ocasiones se refugiaron uno en el camarote del otro, agradeciendo que ninguno de los dos sufría el mal de mar —como le sucedía al compañero Rosenblum y a muchos otros pasajeros que durante la travesía tuvieron náuseas y vómitos—. Y más agradecida estaba Tina porque, a pesar de que cuando atracaban era trasladada a la mazmorra del puerto en turno, a bordo le dieron la libertad de moverse como un viajero más.

El atardecer pintaba el universo de naranja cuando Tina se acercó a Vittorio y le pidió un cigarro. Después de extraerlo de la cajetilla que él le ofreció, se lo llevó a los labios para que se lo encendiera. Con el tabaco consumiéndose en su boca, fue a sentarse a una tumbona al reparo de la estructura de popa, y se dispuso a admirar el horizonte y cobijarse en las ralas nubes que se perdían, al igual que su mirada, en un cielo fundamentalmente terso.

«Recuerdos», pensó Tina antes de abstraerse en todo lo que dejaba atrás. Al ver

las cenizas enrojecidas frente a su nariz, le vinieron a la mente los tantos cigarros que fumó durante los interrogatorios posteriores a la muerte de Julio Antonio, cuando intentaba calmar su ansia y tolerar con discreción y compostura las descabelladas acusaciones que le imputaban. Recordó el enfrentamiento con los testigos, uno de los cuales aseguraba que el día de la tragedia había otro hombre caminando con ella y con Julio Antonio, y que era este quien había disparado. Recordó el angustiante careo con José Magriñat, a quien consideraba el organizador de la conjura en contra de Julio Antonio; o cuando encontraron en su casa un croquis del trayecto que ella y Julio habían recorrido esa noche maldita y que la policía tomó como una prueba de su complicidad, aunque era en cambio un mapa con las indicaciones para facilitarle la llegada a una empleada doméstica. Recordó también con qué displicencia el inspector Quintana la había entregado, después de un álgido interrogatorio que la dejó exhausta, a un sujeto de apellido Langsner para que la hipnotizara, el método que la policía utilizaba para inculpar a los sospechosos cuando no lograba hacerlo de otro modo. Solo gracias a los cigarros, que entonces fumaba uno tras otro y ahora aspiraba lentamente, intentando disfrutar las muchas bondades del vicio, pudo controlar la desesperación de esos momentos.

Vittorio se había ido a sentar a su lado, pero permanecía en silencio, dándole espacio para disfrutar de su cigarro y de la vista o, en su defecto, para que encauzara preocupaciones y recuerdos. Y ella recordaba, tan absorta en sus pensamientos que no se había percatado ni siquiera de esa repentina cercanía.

Recordaba —mientras inhalaba y exhalaba el tabaco, relajando los músculos de todo el cuerpo—, recordaba cómo las tantas vejaciones soportadas después de la muerte de Julio fueron menguando solo cuando la comunidad comunista, que se quejaba constantemente con el presidente de la república acusándolo de encubrir al gobierno cubano, le pidió a Diego Rivera que esclareciera el delito. Respetado por el régimen gracias a su fama, el muralista había puesto en acto una simulación de lo sucedido, reconstruyendo con dibujos el trayecto tanto de la pareja como de las balas, confrontando a los testigos uno por uno y, de la mano del abogado José María Lozano, cuestionando y demoliendo toda incriminación. Diego logró acallar, con la ayuda del caricaturista Miguel Covarrubias y de una articulada labor de cabildeo, también a la prensa más insidiosa. En esa tarea, recordó Tina, habían participado algunas de sus amigas —Graciela Amador, pareja de Siqueiros, Luz Ardizana y Concha Michel—, quienes denunciaron al *Excélsior*, el periódico que más había atacado la moralidad de la acusada, por sus argumentos retrógrados y pusilánimes. Fue con la ayuda de todos sus allegados y la providencial aparición de un nuevo testigo —quien afirmó haber visto a los sicarios que mataron a Mella aprovechar la confusión alrededor del herido para levantarle el suéter y cerciorarse en voz alta de que no tuviera ningún chance de vivir— que Tina quedó exonerada.

—Es un atardecer extraordinario —repitió Vittorio, que no lograba obtener su

atención ni ubicarla en el presente—. El primero límpido y tranquilo que nos toca —añadió antes de que ella reaccionara.

—Los atardeceres me provocan nostalgia… Prefiero el alba, por lo menos en cada amanecer comienza un nuevo día —contestó Tina pausadamente, sin lograr separarse de su dolor, ese que llegó con la muerte de Julio y la acompañaría siempre. Ese que experimentaba, con mayor o menor intensidad, pero invariablemente, desde que en los primeros momentos de su pérdida no había podido confrontarlo por haber tenido que hacer acopio de las pocas fuerzas que le quedaban para defenderse. Recordó entonces cuando cedió a la tristeza, que se había quedado tatuada en su rostro, llevándola a mantener vivo a su amado en actos públicos, como en la presentación de la película *Diez días que estremecieron al mundo*, de Serguéi Eisenstein, donde declaró públicamente que el asesino de Mella era Machado. Comprometida a que no saliera de su boca una sola palabra acerca de las diferencias de Julio Antonio con sus compañeros, véase Vidali, había reiterado con su silencio a ese respecto su adherencia al partido, esa familia putativa cuyos cuidados agradecía y cuyos preceptos abrazaba.

—A la noche le sigue el día… siempre —le aseguró él.

—Un nuevo día, y una nueva vida, es lo que necesito —admitió con la voz entrecortada.

—Y los vas a tener… ¿Seguirás fotografiando? —preguntó Toio, determinado a entusiasmarla con el futuro.

—La fotografía me ha salvado en varias ocasiones —contestó ella recordando su solitario viaje por tren al Istmo de Tehuantepec, en el que retrató a las gloriosas mujeres de esa región, mostrando así su compromiso formal a la vez que el social. En ese momento de confusión profesional y soledad amorosa, buscaba su propio camino artístico, de ser posible uno en el que no tuviese que representar a agitadores comunistas ni doblegarse al esteticismo burgués; uno que pudiera servir a los intereses de su clase sin traicionar sus propios principios artísticos. Y lo encontró.

—Volverá a salvarte. Ya lo verás. Y si no fuera así, te esperaré en Moscú…

—Y la familia —lo interrumpió ella—. La familia me ha salvado también. —Y pensó en su hermano Benvenuto, que había llegado desde San Francisco para consolarla apenas después de la muerte de Mella—. Aunque esté lejos siempre me siento cerca de mis hermanos, de mi madre… Mi infancia estuvo plagada de hambre y miseria, ¿sabes?, pero el hambre y la miseria unen a las personas más que la riqueza y las comodidades.

Así fue como Tina, hasta entonces reacia a hablar, se soltó recorriendo las distintas etapas de su vida en voz alta, mientras Vittorio la escuchaba empático y ella se daba cuenta de que el hombre a su lado significaba también el consuelo de la compañía, una suerte de familia con la que compartía su esencia más primaria. Con Vittorio coincidía en un proyecto conjunto, el mismo que había compartido con

Julio Antonio y que, si bien no calibraba aún en toda su extensión, poco a poco la iba emocionando más que cualquier otro, incluso más que la fotografía. Un proyecto que podía unir a dos personas más que su familia de sangre. Hay quienes procrean hijos, hay quienes crean arte y hay quienes se entregan al noble propósito de que el mundo sea un mejor lugar para sus semejantes, se repetía, sintiendo cada vez más ganas de estar en este último grupo, cerca de Vittorio. Un instinto la traicionó: al ver el cielo oscuro llenarse de astros, pensó que le hubiera gustado tener tantos niños como estrellas había en el firmamento.

Fue entonces que probó un cierto apremio. Se levantó de la tumbona para ir hacia el barandal que la separaba del mar y volteó a ver al hombre que había quedado tras de ella poniéndolo así en perspectiva. Lo que sentía por él, además de una inexplicable desconfianza que la destanteaba, no era el enamoramiento que había probado por Mella, sino una mezcla de cariño, entendimiento y lealtad, algo similar a los componentes que imaginaba en un amor maduro.

Quién sabe si él sintiera algo similar, pero justo cuando el último rayo de sol se había hundido en el mar y la hora cero los arropaba, Vittorio fue a su lado y, después de lanzar su colilla al mar, la abrazó. Fue un gesto fraterno, pero apenas sus cuerpos se tocaron, húmedos por el salitre que los impregnaba, ella levantó su rostro hacia él y él lo tomó entre sus manos para besárselo. Un beso que de la mejilla fue hasta la boca y se quedó allí, retozando alegre en su interior. Cuando separaron sus labios era de noche ya y ninguno de los dos se atrevió a hablar. Hablar de amor entre ellos estaba prohibido.

Para entonces Tina se consideraba un alma libre y rota, sin posibilidad de reparación, que había luchado por mantenerse independiente muy a pesar de su compromiso, exacerbado por la muerte de Mella, con la causa política. No tenía ahora la misma energía para los afectos, como se lo había manifestado poco tiempo antes a Baltasar Dromundo, el brillante orador convertido en uno de los tantos galanes empeñados en conquistarla. «Yo que siempre he dado todo de mí, con esa exaltación que transforma el regalo de la sensualidad en uno más grande para el donador, debo admitir que ya no tengo nada que dar…», le había escrito rechazando sus declaraciones amorosas. Por su parte, Vittorio, si bien no había considerado necesario contarle a Tina que sostenía una relación con Polina Hafkina, era un revolucionario sin espacio para otro amor que el que le inspiraba la humanidad y que expresaba a través de su devoción por la lucha política, como ya le había quedado claro a Rania. Sin embargo, y más allá de sus razonamientos matemáticos, en ese beso ambos probaron una sensación cuyo nombre no pudieron definir.

Encaminados, juntos y en silencio, hacia su camarote, Tina no dejaba de pensar en la mezcla de afecto y admiración, pero también en la perplejidad que Vittorio le

provocaba. Era un hombre viril, con una gran fuerza vital y muy poca delicadeza, que esa madrugada —la primera en la que durmieron juntos— a Tina se le figuró como un oso. Un apodo que le puso al escucharlo roncar como hubiera podido hacerlo un oso en el letargo invernal, justo antes de que despertara y pusiera sobre su cadera una de sus manos, que de tan maciza le pareció la garra de ese poderoso mamífero, y que con un zarpazo la arrimaría hacia él en un gesto audaz desprovisto de dudas. Luego, como un oso en busca de miel, le olió el cuello, la oreja más cercana, el pelo, los pechos, hasta que, arrebatado por el aroma que debió cautivar sus sentidos, volvió a buscar la boca de su compañera de cama, hundiendo sus manos en sus nalgas, antes de reiniciar el fortuito intercambio de fluidos que lo hacía gruñir como el animal con el que Tina lo había identificado.

Revividos, y apaciguados sus deseos, ninguno de los dos perdió tiempo en explicar sus actos. Como si ese encuentro íntimo hubiese sido tan solo una consecuencia lógica de su renovada amistad y de sus solitarias circunstancias, se pusieron a hablar de la carta que Tina le estaba escribiendo a una revista peruana denunciando la rendición del gobierno mexicano al imperialismo yanqui.

—Por favor no menciones al traidor. No vale la pena hacerle más publicidad al panzón de mierda. Será un gran artista, pero desde el punto de vista moral es un grandísimo puerco —convino Vittorio usando los apelativos que solía darle a Diego Rivera, una de las figuras «comunistas» que a su criterio se había dejado comprar por el gobierno mexicano, o por el mejor postor, para el caso.

Tina se limitó a recordar la decepción que le había provocado la actitud convenenciera del pintor, quien había sido uno de sus amigos más queridos y a quien ahora no podía perdonar ni porque la hubiese defendido cuando la muerte de Mella parecía condenarla en más de una manera. Vittorio salió entonces de entre las sábanas y se vistió pudorosamente, entretanto Tina, desnuda y más acostumbrada a mostrar su cuerpo, miraba de reojo su empacho. En esos extraños momentos, y como si quisieran demostrar la naturalidad de lo que había ocurrido entre ellos, se pusieron a planear cómo evadir a los fascistas cuando llegaran a destinación.

Salvarla de caer en manos enemigas había sido una de las razones por las que Vittorio decidió alcanzarla en el Emden, y en cada etapa del viaje gestionaba, por telégrafo y a través del Socorro Rojo, el asilo de Tina en Alemania y el mejor modo de hacerla llegar allí.

Por su parte, Tina, cuando su amante se despidió con un beso y quedó sola, se propuso no divagar en romanticismos y retomó la lectura de las cartas que enviaría apenas alcanzaran tierra firme: una destinada a la revista *Amauta* y otra a Edward, ambas escritas durante el confinamiento en las instalaciones de migración de Nueva Orleans; en ese galerón oscuro donde estuvo encerrada diez días, mientras las festividades del Mardi Gras alborotaban la ciudad, y su única distracción había sido la visita del siempre ingenioso Vittorio. Este se había hecho pasar por un periodista

latinoamericano y había logrado permanecer con ella 45 minutos, transcurridos discutiendo, la mayor parte del tiempo en doble sentido y bajo el ojo vigilante de un guardia, anonadado con la abigarrada conversación que ambos sostenían en clave. Una plática que fue reportada por *The Times-Picayune,* el periódico local, que lo tergiversó todo, insinuando la presencia en la ciudad de un agitador comunista decidido a distribuir desde el Emden opúsculos subversivos en alemán bolchevique.

De solo acordarse, Tina esbozó una de las tantas sonrisas que Vittorio sabía arrancarle, antes de volver a leer la carta dirigida a Edward que describía su reciente periplo:

Tampico
Febrero 25, 1930
A bordo del Emden

Mi querido Edward: supongo que ya estarás enterado de todo lo que me pasó, que estuve trece días en la cárcel y que luego me deportaron. Y ahora voy rumbo a Europa y hacia una vida nueva, cuando menos en dirección a una vida diferente a la de México.

Seguro que también ya conoces el pretexto que usó el gobierno para arrestarme. Nada menos que mi «participación en el reciente intento de asesinato al presidente electo». Estoy convencida de que por más que trates, no podrás imaginarme como «terrorista», como «jefa de una sociedad secreta de lanza bombas»… Pero si yo me pongo en el lugar del gobierno me doy cuenta de lo hábiles que fueron; ellos sabían que de haber tratado de deportarme en cualquier otro momento las protestas hubieran sido muy fuertes, así que esperaron la ocasión en la cual, psicológicamente hablando, la opinión pública estuviera tan molesta con el disparo que estaría lista para creer lo que leyera o se le contara. Según la vil prensa amarillista, en mi casa hallaron todo tipo de pruebas, documentos, armas; en otras palabras, todo estaba listo para matar al presidente Ortiz Rubio. Pero desgraciadamente yo no calculé bien y el otro tipo se me adelantó… Esta es la historia que se tragó la opinión pública mexicana con el café de la mañana, así que ¿podrías reprocharles sus suspiros de alivio al saber que la feroz y sangrienta Tina Modotti dejaba para siempre las costas mexicanas?

Querido Edward, durante todas las tribulaciones de este último mes, pensé con frecuencia en esa frase de Nietzsche que alguna vez me citaste: «Lo que no me mata, me fortalece», y así me siento en estos días. Solo gracias a una gran fuerza de voluntad no me volví loca en ciertos momentos, como por ejemplo cuando me pasaron de una prisión a otra y cuando me metieron por primera vez a una celda y escuché el ruido de la puerta de acero y del candado a mis espaldas y me vi en una pequeña habitación de acero, con una pequeña abertura con barrotes en el techo, demasiado alta para asomarse. Un catre de fierro sin

colchón, un baño nauseabundo en la esquina y yo a la mitad de semejante espacio preguntándome si todo eso no era una pesadilla.

Me sería imposible detallar todas las impresiones y experiencias de las semanas anteriores, espero contártelas personalmente alguna vez.

Ahora voy rumbo a Alemania. Por favor escríbeme algunas líneas a esta dirección: Chotopatoya Friederich Strasse 24 IV Berlin, SW 48 Germany. Pero no pongas mi nombre en el sobre exterior, usa dos sobres y pon mi nombre en el de adentro.

Solo me dieron dos días, después de trece de cárcel, para arreglar mis cosas; ya te imaginarás cómo dejé todo. Por fortuna mis amigos me ayudaron muchísimo; no te puedo decir lo maravilloso que se portaron conmigo.

Todavía estoy en una especie de neblina y un velo de irrealidad permea todo lo que miro; supongo que en unos días volveré a estar normal, pero es que las impresiones fueron demasiado brutales y repentinas.

Espero que todos ustedes estén bien; recibe un tierno y cariñoso abrazo de alguien que te quiere mucho.

Tina.

Al terminar la lectura y firmar su nombre sin reconocerse, Tina pensó que había verdaderamente un velo de irrealidad en todo lo que estaba viviendo. Nada le parecía igual, nada le parecía cierto, nada le parecía suyo. No reconocía el olor agrio de Vittorio sobre su piel ni entendía la naturaleza de su relación con él. Pero a pesar de todas sus confusiones, el extraño aroma que la impregnaba conectándola con el presente le pareció una suerte de fragancia afrodisiaca que la devolvía a la vida.

No fue hasta que llegaron a Rotterdam que Tina sintió por primera vez la necesidad de que Vittorio no se fuera nunca. Segregada en su camarote, escuchó afuera del mismo una ruidosa discusión causada por la llegada del cónsul general de Italia a Holanda: un tipo bajo, rechoncho, con barbita de chivo, pelo crespo y ojos desorbitados a quien veía desgañitarse a través de la mirilla como una suerte de endemoniado. Con la ayuda de un intérprete, aseguraba a sus interlocutores haber cumplido con todos los trámites para poder llevarse «a la peligrosa comunista, una terrorista tan impredecible que es necesario que los militares la escolten hasta la nave de Mussolini. Por suerte está atracada aquí cerca», les dijo. Los oficiales alemanes que comandaban el barco discutían sobre el asunto con las autoridades holandesas, que se habían apersonado también, cuando llegó Vittorio y les presentó el salvoconducto que permitía a Tina transitar por Holanda para llegar a Alemania y que había conseguido gracias a la mediación del Socorro Rojo.

—Quién sabe qué suceda… puede pasar de todo… puede que no volvamos a vernos nunca —tartamudeó Tina cuando Vittorio consiguió asomarse a su camarote

para intentar tranquilizarla. Rodeada por los brazos de ese hombre indescifrable, ella pensó que preferiría ir a dar a manos fascistas antes de no volverlo a ver.

—El Socorro va a encargarse de que llegues a Berlín sana y salva —le aseguró él despidiéndose.

En ese último trayecto en tren, que Tina hizo sin Vittorio, tuvo que reconocer que si él no hubiera estado con ella en la azarosa travesía que los trajo a Europa, no hubiera sobrevivido tantas incertezas, tanto dolor acumulado, y sobre todo no hubiera podido sortear ese último episodio del viaje, el que bien podría haberla conducido a la muerte. Pero allí estuvo siempre Vittorio, quien además de hacerla reír y gozar, le había comprobado con su presencia, su temple y su intelecto, que todavía había mucho por esperar y por hacer en su vida. Su sorprendente partida de México y su convulsionada llegada a Europa solo podían significar una segunda oportunidad para recomenzar y una excelente opción para evolucionar: ser mejor fotógrafa tal vez, mejor comunista sin duda, mejor compañera ahora mismo. Contenta de haber superado todos los obstáculos que se le presentaron, procuró bajar del tren en Berlín con ese último pensamiento en mente, pero también con el propósito de no depender de nadie, mucho menos de un hombre. A pesar de ello, se alegró de ver que en la estación la esperaba una primavera helada, pero también su querido oso con una flor en la mano.

20
Me casé

Ciudad de México, 1947-1978

Me casé, sí, tuve hijos, sí, y un trabajo estable —con tanto de trajes y corbatas— y un auto y una casa y amigos también, un deporte favorito y un equipo al cual irle y un pasatiempo —la fotografía— que retomé con el paso del tiempo y gracias al cual evitaba ahogarme en la rutina de una vida construida con esmero, sí, pero sin convicción. Una vida carente de la pasión que debí perder en algún momento entre el viaje a California y la luna de miel, es decir, entre la primera vez que me sentí fracasado y mi segunda visita a Acapulco. Éramos tan jóvenes cuando Clara y yo comenzamos nuestra relación, nacida como una amistad y perpetuada por mi arrebato —amoroso, sí, pero escaso—. Ella había llegado virgen al día en el que inauguramos nuestra vida conyugal en la todavía impoluta costera acapulqueña, y si no hubiese sido así probablemente no me hubiera casado con ella. No porque quisiera yo una esposa casta, no, sino porque de haber tenido sexo antes de comprometernos para siempre no habría aceptado compartir mi vida con una mujer tan desinteresada en el goce de su cuerpo. Seguramente ella tampoco hubiera querido a su lado a un desconsiderado que se ajetreaba sobre ella como un salvaje, adjetivos con los que solía describirme. Pero en esos tiempos, los placeres, las químicas y las aptitudes se descubrían *a posteriori* de la sagrada unión de las propias vidas frente a Dios y frente al mundo. Los años sesenta, y los aires de libertad que soplaban entonces, en mi México llegaron a cuentagotas y muy entrados los setenta.

En la década séptima tenía yo más de cincuenta años, de los cuales llevaba veintitantos casado —los mismos que había trabajado en la policía judicial— y unos diez de ser infiel. Transcurrí los primeros tiempos de nuestro matrimonio, además de persiguiendo delincuentes, intentando provocar en Clara todo el placer que deseaba que ella me otorgara a mí. Pero más allá de fingir algunos gemidos, con los que retribuía mis esfuerzos por complacerla —o, mejor dicho, con los que buscaba no lastimar mi ego—, lo único que conseguí fue que me evitara. Amorosa y dedicada

conmigo en todos lados menos en la cama —lugar donde literalmente me rehuía—, su actitud me envió a los brazos de amantes ocasionales y a veces hasta duraderas. Al principio pensé que su rechazo se debía a mi inexperiencia, o de plano a que no sentía atracción por mí, pero con el tiempo tuve que resignarme a que hay mujeres así, renuentes al goce físico y hasta al hombre al que unieron su vida, y hay otras que lo único que desean es exprimirle a ese mismo hombre su lujuria entera. Para mayor comodidad, hasta 1978, a una la tenía en mi sala y a las otras en distintas camas. Antes de ese año no imaginaba aún que el placer amoroso fuera algo más que un explosivo aunque efímero orgasmo, o las breves inyecciones de adrenalina que brinda la conquista, ni la paciente búsqueda, sostenida con Clara, de la complicidad física necesaria para alimentar un cariño establecido. Después de identificar las alternativas a mi disposición, me limité a hacer de mi matrimonio un túnel lo más transitable posible, mientras coleccionaba aventuras de otra variedad —que incluían a una colega policía, una secretaria desenfadada y una exconvicta ninfómana, además de gritona— en una fulgurante carrera por encontrar un equilibrio satisfactorio para todos mis sentidos.

En cuanto a Clara, para ella, y a pesar de los esfuerzos mutuos, el acto sexual seguía siendo una de las tantas tareas que se forzaba a cumplir, mientras que para mí se había convertido en un entero planeta a explorar. Así que, hasta 1978, me abandoné a infidelidades y enamoramientos, buscando la confirmación de que el sexo es un lenguaje del espíritu que usa por conducto el cuerpo, pero sin jamás pensar en separarme de la mujer que había elegido como esposa y que me había dado tres hijas. Mis ganas de elevar alguna historia amorosa a otro nivel se topaban, antes o después, con un lastre: Clara era mi ancla, y mi libertad de amar a otra acababa en la longitud de la cadena con que mi barco zarpaba y que, después de darme un relativo margen de acción, me jalaba nuevamente hacia ella, hacia mi familia, hacia mis hijas, hacia todo lo que había procurado y cuidado hasta entonces. Me devolvía, pues, al edificio que habíamos construido juntos y que, aunque a ambos nos pareciera poco agraciado, tenía cimientos tan sólidos que lo convertían en nuestro mejor refugio, para nosotros y para los que gravitaban a su alrededor.

Para 1978, Clara y yo no teníamos solamente una relación: éramos una estructura, que sustentábamos diligentemente —un poco porque eso habíamos aprendido a hacer, un poco porque nos guardábamos un cariño sincero— y que ninguno de los dos iba a abandonar ni mucho menos a demoler. En los frecuentes momentos de soledad, demasiados si consideramos que estaba rodeado de gente, la imagen de Tina adquirió el significado de una ilusión que podía materializarse en cualquier momento, lo que seguía encendiendo mis esperanzas de adolescente crecido, provocándome una renovada atracción hacia todo lo que me olía a ella. Incluso había rescatado mi vieja cámara fotográfica de la bodega de casa de mis padres y, cuando se dejaban, retrataba a mis amantes en honor a la única que jamás

podría serlo. Desnudas, por supuesto, y en muchas de las mismas posiciones en las que Weston había retratado a Tina.

En honor a la fotografía, y a pesar de que había preferido congraciarse con mi padre que seguir dándome empleo, mi amistad con el gordito Díaz continuó hasta su muerte, en 1961. Enrique fue el único que siempre me alentó para que continuara fotografiando, además de seguir alimentando indirectamente mi interés por Tina.

Pero mi atracción por ellas, fotografía y fotógrafa, si bien disminuyó al comienzo de mi matrimonio, no mutó sustancialmente en el curso de los años. Auspiciado por los instintos investigadores que había desarrollado en el curso de mi vida profesional, mi interés se mantuvo y se extendió también a Vittorio. Me enteraba de él a la distancia, ahora que sus tiempos de forajido habían terminado y había emprendido una carrera política a través del Partido Comunista Italiano, un partido que en muchos sitios había desaparecido como tal y que en su país languidecía al igual que en tantos otros.

Al parecer, después de sus años candentes en los Estados Unidos, México y España, Vidali había acabado convirtiéndose en uno de esos seres que mueven los hilos del poder sin ensuciarse las manos y por eso son considerados, en el mejor de los casos, respetables. Su postura de bolchevique extremista se había matizado, y de agitador se transformó en negociador, pero siempre por su causa, que defendía con métodos más mañosos que guerreros, según la usanza del parlamento italiano. A pesar de que últimamente el clima político de Italia vivía una ola de encono entre sus partidos —indecisos entre firmar la paz o entrar en el peor de los conflictos—, él se mantenía alejado ya de esos asuntos, dedicado a escribir artículos más reflexivos que incendiarios. A sus casi ochenta años de edad, se había retirado de la vida pública como una personalidad legendaria dentro del PCI. Con un pasado criminal que jamás pudo probarse, todo a su alrededor se oficializó, desvaneció o mitificó.

De todo esto me enteraba por Luciano Galentini, un *expartigiano* de los que se habían quedado en Italia durante la segunda guerra mundial y que desde allí había peleado en la resistencia, mudándose al comienzo de los años cincuenta a México para escapar ya no del fascismo, sino de una Italia devastada por los estragos económicos de la derrota. Me lo había topado un día lluvioso en la tumba de Tina, que tanto él como yo visitábamos de vez en cuando para avivar nuestras nostalgias: las mías de corte erótico, las suyas más bien ideológico.

—Una gran patriota —había dicho Luciano bajo el paraguas que, a causa de una ráfaga de viento, chocó con el mío.

—Una gran fotógrafa —contesté yo—. Y una hermosa mujer —continué.

—¿La conoció?

—La vi una sola vez.

Esa tarde acabamos en El Gallo de Oro, mi cantina favorita, y a partir de entonces nos dimos cita, en honor a nuestras mutuas nostalgias, cada mes. En esos

encuentros nació una amistad cuyo principal y velado objetivo era intercambiar información. Gracias a él me enteraba de las últimas noticias del país de la bota —incluyendo las relativas a Vidali—, que Luciano leía o escuchaba y me interpretaba, mientras que yo le correspondía chismeándole los secretos detrás de la crónica negra o justificando mi visión, siempre apolítica, de la actualidad mexicana y sus tantas contradicciones. Entre ellas la institucionalidad de la revolución dentro de un partido tan amplio como convenenciero, el Partido Revolucionario Institucional, en el que cabía todo —derecha e izquierda, aderezadas con la más inmunda de las corrupciones—, suficiente motivo para que, a lo largo de mi vida, me mantuviera ajeno a toda cuestión política y ni en mi juventud —más allá de una noble simpatía izquierdosa, rápidamente extinta— tomara otro partido que por el arte.

Luciano, en cambio, un combativo animal político, me contaba cómo en su país la Democracia Cristiana, el partido conservador auspiciado por los Aliados, había acaparado la mayoría de los votos en las elecciones de la inmediata posguerra y desde entonces había conseguido echar a un lado el comunismo. En los últimos tiempos, sin embargo, había recobrado vigor gracias a la moderación de su presidente, Enrico Berlinguer, responsable de haber negociado un compromiso histórico con los demócratas cristianos para promover reformas sociales y políticas. Luciano estaba seguro de que los comunistas hubieran conseguido finalmente gobernar desde esa alianza estratégica si las Brigadas Rojas —el grupo terrorista de extrema izquierda— no hubieran asesinado a Moro, el líder democristiano. Uno de los escándalos recientes más sonados en el mundo.

Según Luciano, la principal falla de los rojos era la sumisión a los soviéticos. Me contó que durante la larga posguerra triestina, cuando la URSS rompió con la rebelde Yugoslavia —cuyo jefe máximo, el mariscal Tito, había desobedecido al Soviet Supremo y pretendía anexarse Trieste—, Vittorio Vidali había estado involucrado en la resistencia armada compuesta por italianos infiltrados —en las fábricas y en el campo del territorio eslavo que había sido italiano— lista para hacerle una revolución a Tito. Pero eso había sido antes de 1958, año en el que la Unión Soviética le perdonó la postura separatista a Tito y Vittorio se cuadró a regañadientes con su patria adoptiva ya que, a pesar de sus diferencias, nunca la había traicionado. Las cosas desde entonces habían evolucionado bastante.

—Me contaron que hace poco estuvo en la Universidad de Pisa con Rafael Alberti e hizo reír mucho a los estudiantes. Parece que se da a la tarea de ser aplaudido por sus tantas hazañas, además de frecuentar los salones de la intelectualidad romana —me aseguró Luciano en uno de nuestros encuentros—. Acude en calidad de *onorevole* y se dedica a recordar sus gestas con viejos militantes.
—Al parecer había cambiado sus modos terroristas por una indulgente comodidad, física y mental.

Más allá de lo que comentaba con mi nuevo amigo frente a un tequila, no había tenido mayores novedades con respecto a Vidali, que se había ido diluyendo en mi memoria así como la causa iba diluyéndose en la suya y en la del mundo occidental, circunscrito al Estado soviético y a sus países hegemónicos.

Por los treinta años que habían trascurrido desde la partida de Vittorio de México, y por el pacifismo y hasta ostracismo con el que se conducía ahora, me resultó aún más raro que mi asistente me reportara la novedad. Sí, en ese entonces era yo quien torturaba a un joven tan entusiasta como lo había sido yo, pues unos años antes el inspector Rodríguez, como una cortesía hacia Clara, su hija y mi esposa, me había heredado su puesto al retirarse. Y sí, los cargos en la policía mexicana, al igual que en la docencia, en los sindicatos y en varios otros organismos de este país nepotista y corrupto, se heredaban.

La cuestión es que Riquelme, el joven pasante que me encargaba yo de atormentar de todos los modos posibles, se desempeñaba como mis ojos y mis oídos en el área de mi competencia como responsable de la división y como tal había venido a mi oficina a contarme un suceso que me resultó sorprendente. A través de un contacto suyo en la Secretaría de Relaciones Exteriores, se había enterado de que una italiana recién llegada al país andaba preguntando por Vittorio Vidali. En la comisaría era conocida mi obsesión por el caso Modotti, así como por las demás acusaciones que habían llegado a la policía capitalina sobre Vidali, concretamente el caso Trotstki y el caso Tresca. Con el paso del tiempo me había convencido de que, si había habido algún crimen de su parte, era relativo a los años contrastados en los que había vivido, donde el ámbito de la legalidad podía confundirse. El confín entre una guerra declarada y todas las demás vejaciones y violaciones que los distintos frentes se intercambiaban en esas épocas era tan delgado que se volvía difícil establecer responsabilidades. Así que, después de su partida de México, más que monitorear a Vittorio me entretenía estando al tanto de su vida, que, pese a sus controvertidos ayeres, al parecer había redimensionado al son de la época actual. Por eso me extrañó tanto que a estas alturas hubiese alguien interesado en sus andanzas mexicanas, y más que alguien viniera desde Italia para hacer averiguaciones. Como fuera, no iba a dejar pasar la ocasión de enterarme de qué se trataba.

En la institución policiaca mexicana de aquellos años —en los que, en vez de la guerra fría mundial, lidiábamos con una local pero muy sucia, cochina por decir lo menos— era muy difícil que un ciudadano de a pie, ni se diga un periodista, encontrase información que no fuese la que la autoridad quería ventilar. Para un *insider*, en cambio, enterarse de lo más secreto de nuestras instituciones era bastante fácil: resultaba suficiente levantar el auricular y tener un puesto arriba del del interlocutor —o un favor que cobrarle— para que el aparato compuesto por los más serviciales súbditos o los más crueles verdugos te abriera de inmediato las puertas y

sin siquiera hacer preguntas.

En esa tesitura llamé al secretario de relaciones interministeriales de la policía judicial, que era amigo mío, superior en rango, pero que me debía una bastante gorda —había yo encubierto a su primogénito cuando atropelló a un peatón—, y pude averiguar a través suyo y una vez que hizo las debidas diligencias que la italiana metiche era periodista y se hospedaba en el hotel Sheraton del Paseo de la Reforma. Cuando me reveló su nombre, que durante algunos minutos barajé en mi mente como si alguna de las combinaciones del mismo tuviese que hacerme sentido, concluí que nunca antes había escuchado las tres palabras que me significarían tanto: Simona Del Fabbro.

«¿Qué querrá y quién será la tipa esta?», elucubré al colgar, mientras sorbía uno de los cafés aguados que servían en mi oficina y que me había resignado a beber sin quejarme. Con la curiosidad alborotada sucumbí a la tentación y decidí darme una vuelta a su hotel. «No está lejos de mi oficina», me repetía para convencerme de que no era ridículo ir a verla. Al final ambos sitios estaban en la misma área de una ciudad desbordada ya en una mancha urbana de más de diez millones de habitantes. Llegué al lujoso lobby decorado con mármoles y plantas exuberantes y decidí atacar el asunto de frente: le pedí al *concierge* que me comunicara con la habitación de la señorita Del Fabbro. Contestó una voz medio dormida a la que solo tuve que mencionarle mi cargo y el nombre de Vidali para que me citara en el bar del hotel en unos minutos, «el tiempo de vestirme», aclaró, mientras yo la imaginaba desnuda.

Era el 25 de octubre de 1978 cuando Simona entró al espacio terraceado que ocupaba El Jorongo, el carismático bar del María Isabel Sheraton, una guarida plagada de extranjeros que bebían alcoholes tropicales a cualquier hora del día y donde me había acomodado en una mesa estratégica. La reconocí de inmediato: no muy alta y con una media sonrisa que parecía una mueca, tenía ojos y cabello oscuro, recogido y peinado de raya en medio, como solía llevarlo Tina. También ella debió reconocerme por la descripción que le había hecho de mí —alto, un metro ochenta, pelo lacio y castaño claro, ojo verde, bigote delgado e impermeable color camello sobre traje príncipe de Gales gris; era yo todo un *dandy*—, porque caminó hacia mí con seguridad.

—Buenas tardes.

—Buenas —repliqué sin presentarme, mientras esperaba que, como digna portavoz del género femenino, uno usualmente incapaz de quedarse callado, me explicara el motivo de su presencia en México y de su interés en el expediente policiaco de Vidali. No contaba con que ella debió pensar que era yo quien le debía una explicación (otro *modus operandi* muy femenino), porque después de unos segundos, en los que nos escrutamos el uno al otro, gesticuló otra de sus

indescifrables sonrisas y continuó sin pronunciarse.

—Soy Armando Zárate, inspector de la policía capitalina, y quisiera saber: ¿cuál es su interés en Vidali? —pregunté de corrido, intentando revertir el incómodo momento de segundos antes: sin palabras ni regreso.

—Estoy escribiendo un artículo sobre el *onorevole* —contestó ella, sin confiarme nada más de lo que ya podía yo suponer. Mientras hablaba exhaló a manera de suspiro, y reconocí una vibración algo burlesca al pronunciar la palabra *onorevole*: ¿será que el *onorevole* no le parecía tan honorable? Tenía yo la tal vez petulante convicción —después de más de treinta años de experiencia— de que en materia de interrogatorios no se me iba una. Y en este, aunque brevísimo aún, había identificado un movimiento nervioso en su pie que podía indicar una posible ocultación de su parte. Con el objetivo de conseguir la información más fidedigna procedí a destantearla, haciéndole preguntas que la forzaran a llevar su atención a otra parte:

—¿Por qué habla usted tan buen español?

—Lo estudié en el liceo. —Su acento era singular y sus modos italianos, porque en México no existía ese grado de estudios, lo que sí es que su voz y lo que con ella decía me seguía oliendo a mentira, y de voces mentirosas conocía yo bastante. Los delincuentes se inventan todo tipo de historias para evitar sus condenas, a veces tan creativas que provocarían la envidia del mejor novelista, pero la entonación, la velocidad de su pronunciamiento y los gestos que acompañan sus cuentos pueden delatar a cualquiera, aunque hacerlo no signifique prueba alguna y solamente abra un resquicio por donde investigar más profundamente.

—¿Es usted casada? —continué, mientras ella se reacomodó en el asiento y frente a lo que debió de parecerle una intrusión, pues percibí sus ganas de contestarme un «¿qué le importa?». Pero la ayuda que podía obtener de mí debía significarle bastante, porque no lo hizo.

—No, ¿y usted? —reviró, después de un instante de desconcierto en el que calibró si mi pregunta pronosticaba un ligue, uno bastante torpe, hay que admitir, pero que, acompañado por los boleros románticos que sonaban y la luz difusa del lugar que nos acogía, podía confundir los ánimos.

—Yo sí —afirmé sin dudarlo. Jamás mentía sobre un tema tan cotejable como un acta matrimonial. Había aprendido que con las mujeres es contraproducente hacerlo. Ellas aprecian la verdad, una sostenible y verificable, lista para ser adornada con la otra «verdad», la que pertenece a lo subjetivo y puede incluir las imprecisiones más grandes. La verdad a la medida, pues: la que está destinada a confundir hasta el cerebro mejor amueblado. «Estoy casado, sí, pero no la soporto, pero dormimos en camas separadas, pero nuestro amor terminó hace años, pero sigo con ella por mis hijos», eran todas explicaciones más efectivas que negar desfachatadamente lo obvio. Además, hasta ese momento no se me había ocurrido seducir a la señorita Del

Fabbro, no, pero estas eran las reglas básicas a las que me atenía al conocer a cualquier mujer. Hasta ese momento no pensaba en Simona en términos de atracción, solo trataba de adivinarla, de que bajara la guardia y me descubriera si escondía algo detrás de su rostro redondo y bien proporcionado.

—Supongo que *infelicemente* casado.

¿Había escuchado bien? ¿Ahora era ella la que pretendía entramparme? Pero para superar mis habilidades llevaba yo demasiado tiempo siendo un traidor profesional, uno que no lograba permanecer insensible ante la muestra de interés de ninguna mujer.

—En el matrimonio la felicidad es optativa y eventual —dije.

—Siempre lo *é*.

—La ventaja de estar soltero es que la felicidad depende de una sola persona.

—*Sempre dipende* de uno mismo…

—Terminaremos coincidiendo en que a este mundo llega uno solo y se va solo también… mejor dejemos la filosofía, ¿quiere? —concluí, cansado de juegos—. ¿Qué es lo que busca sobre Vidali? —pregunté a quemarropa, delatando yo mismo la ansiedad que nuestra conversación me había provocado.

—Obtener la *sufficente* información para hacer un buen trabajo periodístico. Me encargaron *un articolo* dedicado a la trayectoria de Vidali. Cumple ochenta años *l' anno prossimo*, así que tengo suficiente tiempo para reunir datos precisos.

—¿Y usted quiere hacerme creer que su diario, ¿qué diario es, por cierto?, la mandó hasta acá solo para darle unas pinceladas de realismo a un retrato conmemorativo de un personaje menor?

—Trabajo *per Il Corriere della Sera…* y es mi oportunidad de escribir una pieza larga, puede que sean incluso *varie*, y de conseguir una *collaborazione settimanale*, pero puede pensar lo que quiera —rebatió ofendida.

—Tengo esa prerrogativa, ciertamente, pero así no vamos a llegar a ninguna parte. Y es una pena, porque tendría mucho que decirle sobre Vidali —solté para que soltara.

—Seré más específica si me consigue acceder a los reportes clasificados del *Servizio Segreto.*

—¿Cómo sabe que hay expedientes clasificados?

—*Sono sicura* de que también le interesará enterarse de lo que yo puedo contarle.

—Le propongo que vayamos al Archivo General de la Nación mañana por la mañana —dije poco convencido, pues yo mismo desconocía la existencia de documentos secretados por el gobierno.

—No necesito de nadie para ir a ese *archivio*.

—En este país, siempre se necesita de alguien. Si clasificaron documentos policiacos «con datos sensibles», no se los van a mostrar sin mí —dije recordando a

«los inteligentes», los señores del servicio secreto con los que últimamente lidiaba seguido a causa de las setenta y dos guerrillas en curso en el país, en las que siempre metían su entrometida cuchara.

—¿Inspector Zárate, *vero*?

—Zárate, para servirle. ¿Nueve de la mañana? —propuse sin dejarla terminar y antes de que ella, resignada, moviera la cabeza en señal de acuerdo. Entonces me levanté para despedirme. Le estreché la mano y le sonreí, ni yo sé por qué. Tal vez porque era determinada y hermosa, dos de las cualidades que más me gustaban en una mujer. Tal vez porque con su acento y su peinado me recordaba a Tina y con ella mi juventud y mis impulsos más sinceros. Tal vez porque, como yo tantos años antes, buscaba la verdad sobre Vittorio Vidali y había incluso cruzado un océano para conseguirla.

21
Al zoológico

Berlín, Moscú, París, 1930-1933

Tina miró a los gorditos encaminarse de espaldas, darse la mano e inclinarse amorosamente uno hacia el otro mientras se aproximaban a la jaula de los osos. En espera de algo que valiera la pena retratar, había colocado la cámara que había traído desde México, la ya obsoleta cámara que de su mejor amiga pasaría a ser su peor pesadilla, frente a las rejas de protección de esas fieras peludas y torpes que últimamente le gustaban tanto. Lo había hecho de modo inconsciente, sin imaginar que al ver a los osos retozar en el estanque añoraría al suyo. Sí, a su oso, al hombre que había venido de Moscú a verla dos veces desde que ella se había instalado en Berlín a la merced de un viejo mundo tan nuevo que ya no encajaba en él.

Tina había pasado varios meses intentando hacer frente a todo tipo de problemas para poder seguir ejerciendo su profesión, desde mudarse a una pensión que tuviera agua en el cuarto para poder revelar con esta sus fotos hasta verse obligada a ordenar en los Estados Unidos la película fotográfica y los otros aditamentos que no encontraba en Alemania, donde usaban tecnologías más modernas —cámaras de pequeño formato como la Leica o la Ermanox, que hasta un *amateur* podía operar y que ella aún no se había atrevido a usar—, pasando por renunciar a hacer fotografía de denuncia social porque no se sentía en grado de competir con una miríada de trabajadores convertidos en fotógrafos, quienes a su criterio conocían mejor sus propios problemas y en consecuencia eran más aptos para retratarlos. Después de enfrentarse a estas y otras contrariedades, por las que había considerado seriamente claudicar —ya no solamente en la fotografía sino a veces hasta en su propia vida—, por fin se había animado a salir a buscar imágenes. Y por fin estaba delante de una que le parecía medianamente interesante —en ese período mucho le conmovía ver al amor pasearse por ahí—, y sin embargo, y muy a pesar de sus sentimientos, cuando la cámara arrojó su consueto clic ya no reconoció

en ese sonido la capacidad de alegrarle los días que había tenido en otros tiempos.

Frente a su desilusión, sentada en una banca del zoológico de Berlín, una lágrima humedeció su pupila izquierda hasta escaparse por el lagrimal, mientras los protagonistas de la foto que acababa de inmortalizar se alejaban, caminando saltarines mano en mano. Su modo de andar le recordó el apelativo «Saltarini» —transformado en el nombre de sus antepasados porque brincaban en los campos de cultivos como si fueran saltamontes— y, en ese momento de melancolía, extrañó a su familia. Era muy triste que, si bien su madre y su hermana estaban cerca, en Italia, no las pudiera visitar. Otra lágrima se asomó, ahora de la pupila derecha y, una vez que su dolor salió de ambos ojos, se le desparramó en un llanto tan impetuoso como la fuerza de un bebé que sale del útero después de los largos meses de gestación. Un joven paseante la vio en esas condiciones y desvió la mirada acelerando el paso, algo que nunca hubiera sucedido en México, pensó Tina, cuya sensibilidad estaba tan a flote que berreó hasta que no le quedó agua en el cuerpo, aunque la nostalgia siguiera bien impregnada en su corazón.

Era un día tibio, iluminado por una luz fría y apagada si comparada con la mexicana, al que de vez en cuando se asomaba el sol. Con las mejillas y el cuello escurridos por el llanto, extrañó la calidez de México y su providencial luz, y recordó a los amores que enterró en ese suelo y que seguía amando no obstante la ausencia: Robo y Julio Antonio. Al pensar en ellos aparecieron en su memoria los otros hombres con quienes había compartido esa patria adoptada: Guerrero, Weston. A este último le había enviado apenas una larga carta, confesándole que estaba por renunciar a la fotografía. «Quiero hacer lo imposible y por eso no hago nada. Me falta poco para enloquecer…», le escribió. Sentía haber perdido no solamente el interés por ese arte, sino también la capacidad de expresarse de ese modo, lo que la entristecía profundamente, pero no sabía a qué otra cosa dedicarse y por eso seguía intentando encontrar aunque fuera un mínimo residuo de su inspiración. No se había atrevido a convertirse en periodista, como algunos amigos le habían sugerido, porque no sentía tener la suficiente agresividad para llevar a cabo una profesión que consideraba más apta para hombres. Los pocos trabajos de traducción que el Socorro Rojo le encargaba, así como las pequeñas misiones por cuenta de este que la habían llevado a Suiza y a España, no eran suficientes para ocupar su tiempo o para pagar sus gastos. Además, ese tipo de servicios, así como los de agente secreto, eran pagados a destajo, es decir, por encargo. ¿Y si no había encargos no comía?

¿Qué hacer entonces? Volteó hacia el cielo, como si estuviera buscando consejo divino, pero solo encontró un sol que podía mirar de frente de tan débil y que le pareció igual de triste que ella, que a sus 34 años se sentía ya en el otoño de su vida. Una vida carente de amor, carente de hijos, carente de un pedazo de tierra que honrar y donde envejecer. Hubiera soportado cualquier cosa, de todas las que le había tocado aguantar, salvo esa sensación de soledad y vacío, de desamparo y

desarraigo que se le venía encima tanto al hurgar en sus recuerdos como al pensar en su presente, ni se diga en el futuro. En ese recuento de los daños, le dolió constatar que todos los hombres de su vida la habían abandonado. Bueno, salvo Vittorio, que, si bien se había ido a Moscú y se consideraban mutuamente solo amigos, no dejaba de insistirle que lo alcanzara allá. El miedo a lo desconocido y la irrevocabilidad de ese paso la detenían de ir a la Unión Soviética y entregarse definitivamente a la causa que le había arrancado lo más valioso de su vida: Julio Antonio. Aún no lo olvidaba. Sin embargo, para entonces comenzaba a parecerle inútil quedarse en Alemania. Por su condición de exiliada, y más allá de algunas amistades que mantenía en el círculo comunista berlinés, estaba marginada: constreñida a vivir en una semiclandestinidad sin muchas posibilidades. Además, por primera vez en su vida tenía que lidiar con la presencia de la fuerza nazi en las calles. El fascismo alemán estaba ganando la batalla frente al otrora pujante partido comunista de una República de Weimar en franco declive, azotada económicamente por la crisis posterior a la Gran Depresión, con una inflación galopante y una cada vez más agria pugna por el poder en la que Hitler poco a poco se imponía. Tina tenía que cuidarse ahora también de los esbirros de Mussolini, cada día más cercanos a la Alemania nazi. Y no es que les tuviera miedo, no. De hecho, le había pedido al Socorro Rojo que la enviara a Italia en alguna misión, pues hubiera querido serle útil a su país y de paso ver a su familia, pero la respuesta era siempre la misma: una negativa rotunda. Cualquier intento de resistencia allí era, a criterio de los rusos, demasiado arriesgado y francamente inútil.

A los pocos días de la tarde en la que se había desmoronado frente a los osos, y más precisamente la noche en que volvió a ver la foto de los alemanes enamorados colgada en la exposición en la que la fotógrafa Lotte Jacobi la había incluido, se resignó a que su sueño de libertad berlinesa fracasara. Al mirar de nuevo la fotografía de los gorditos saltarines —colgada entre muchas más elocuentes que la suya y mientras los asistentes a la muestra, la mayoría corporalmente más altos y fornidos que ella, deambulaban a su alrededor empujándola de un lado a otro—, supo que estaba lista. Lista para alcanzar a su oso y abrazar definitivamente la Internacional Comunista, su opción de vida más viable, tal vez la única que le quedaba. Esa noche, al llegar a su habitación, le escribió a Vittorio informándole que iría a Moscú. Para confirmar la seriedad y la naturaleza de su decisión, antes de cerrar el sobre deslizó en él una foto suya, su favorita entre las que le había sacado Weston, después de escribir en el reverso una dedicatoria que no dejaba lugar a duda: «Por todo lo que hemos sido y seremos».

Moscú le pareció a Tina muy diferente a como se lo había descrito Vidali: «Un inmenso pueblo con toques orientales que calma los nervios con su paz patriarcal». Cuando Tina llegó, a finales de 1930, la ciudad seguía atravesando un período de

gran escasez, pero también de esperanza. Convencidos de que lo mejor estaba por venir, los moscovitas —más parecidos a campesinos si comparados con los sofisticados berlineses— se afanaban por las calles semipavimentadas de una urbe aún rural, cuyos tranvías destartalados presumían estampas de conejos en sus ventanas con la invitación al gesto patriótico de criarlos. El motivo de esa vehemente sugerencia era que dichos animales se reproducían tan velozmente que podían alimentar a los más afortunados, pues la mayoría de la gente pasaba sus días hambrienta y desesperada frente a las tiendas sin mercancía. Pero la noticia de la realidad moscovita que más impactó a Tina fue la que recibió cuando Vittorio la recogió en la estación para acompañarla al hotel Soyuznaya, el viejo establecimiento frecuentado por comunistas extranjeros donde también él se alojaba.

—Me casé —le confesó Vidali después de anunciarle que tenía algo importante que decirle.

—No me tienes que dar explicaciones: ni me prometiste fidelidad ni estamos para reclamos —lo tranquilizó Tina, tratando de disimular la conmoción que la novedad le había provocado.

—Y voy a ser padre…

Ante esa última nueva, y a pesar del dolor de saberlo atado para siempre a otra mujer, Tina se regocijó. Sus ganas de tener hijos se extendían a los demás, a la familia alargada a la cual se reconocía unida no por lazos de sangre, sino por objetivos comunes. Afectos elegidos y compartidos que le hicieron sentir que ese niño era también suyo.

Superada la sorpresa que le provocaron las novedades, y después de que Vittorio le presentara a Elena Stásova, ambos se pusieron a trabajar para conseguir esos objetivos, cada uno en las tareas asignadas por la vieja bolchevique. Además de instructor del comité ejecutivo del MOPR al servicio de Stásova, Vittorio iba en ascenso dentro de las estructuras jerárquicas rusas y había sido nombrado *part-org*, una suerte de comisario político en contacto con distintas instituciones. Tina, en cambio, comenzó en el MOPR y desde abajo, compilando estadísticas y traduciendo la prensa extranjera en el galerón compartido de esa dependencia, un puesto que consiguió gracias a su familiaridad, escrita y hablada, con el italiano, el español y el inglés y a su dominio parcial del alemán y del francés. Pronto inició también a escribir artículos de adoctrinamiento, además de ayudar de todos los modos posibles a sus amigos artistas, con los cuales participaba en varias actividades, algunas de ellas relacionadas con la fotografía. Colaboró, por ejemplo, en la filmación de un documental de propaganda y llegó incluso a producir una película con Eisenstein, el director de cine que había conocido en México y reencontrado en Moscú.

Sin embargo, pronto la fotografía acabó pareciéndole un lujo y, como tantos otros artistas de esa época, concluyó que si el arte no servía para conseguir en el mundo un cambio, directo y efectivo, se reducía a una complacencia egoísta. Prefería

cumplir con misiones clandestinas de solidaridad, que la satisfacían particularmente porque le permitían socorrer de cerca a la gente. O ayudar a los exiliados políticos de las más distintas nacionalidades, que llegaban a Rusia persiguiendo el sueño comunista y a quienes les conseguía lo que necesitaran, comenzando por comida, aunque eso significara hacer largas colas a la intemperie para conseguirla.

Dedicados a sus mutuos trabajos, a menudo conjuntos, la relación personal y profesional entre Tina y Vittorio fue creciendo de forma natural y evidente alrededor de la que se había convertido en la columna vertebral de sus vidas: la militancia. Tanto que un día Elena, al ver lo inseparables que se habían vuelto y las atenciones que Vittorio le prodigaba a su compatriota, lo acusó de bígamo. Él reaccionó violentamente, alegando ofendido que su única mujer era Polina, la joven funcionaria del Comisariato del Pueblo para los Asuntos Internos, una especie de policía política, de quien esperaba un hijo. Pero a unos cuantos meses de ese incidente, Vittorio tuvo que reconocer ante sí y ante el mundo que había reaccionado de esa forma porque las sospechas de su jefa eran fundadas. Actuó entonces de acuerdo a sus sentimientos, divorciándose de Polina a pesar de que Bianca, la hija de ambos, había nacido apenas.

Para cuando Tina y Vittorio se mudaron a la misma habitación, en 1931, parecían ya una de esas parejas de viejos esposos, amigos, cómplices, compañeros y amantes. Dos personas que, más allá de sus diferencias —él era ávido, burdo, vulgar e instintivo, con tendencia a emborracharse y con temperamento reactivo, mientras que, en total contraposición con él, ella era apocada, dulce, compasiva, prudente y siempre lista para ayudar a los demás con un altruismo sin fronteras— habían encontrado en el otro un punto de equilibrio, así como un preciado refugio. Él la aligeraba, desdramatizando hasta las dificultades más escabrosas, mientras ella le devolvía a él la calma cuando su carácter impetuoso le ocasionaba problemas o enojos.

Al acoplamiento y a la complicidad con su pareja, acompañados por el compromiso exacerbado y la anulación paulatina de su persona y de cualquier otro interés fuera del partido, le siguió un momento de gran tensión para Tina. El 30 de enero de 1932 estaba más nerviosa que a la vigilia de cualquier misión en la que hubiera participado hasta entonces, incluso más que las extremamente peligrosas, como cuando tuvo que llevar fondos a los obreros polacos que habían sido encarcelados por participar en una huelga, o como cuando había visitado clandestinamente Rumanía y Bulgaria, países donde el trabajo de propaganda política era ilegal; más nerviosa que cuando tuvo que esconder unos documentos comprometedores y, a pesar de su intención de tragárselos, la policía española la descubrió, deportándola de inmediato.

Si ese día estaba tan ansiosa era porque la tarea que le habían ordenado le parecía delicada y comprometedora, incluso para alguien cuya lealtad y sangre fría habían sido probadas, y perfeccionadas, durante sus diversos encargos. Ese día de viento y nieve tenía que escribir su autobiografía.

La *chistka* —el sistema de «purgas» creado por un líder, Stalin, empeñado en convertir al partido a su imagen y semejanza, eliminando a todos los que consideraba enemigos del pueblo, es decir, a los que no pensaban como él— estaba en curso y la autocrítica era una obligación para todos. De someterse al proceso purificatorio no se salvaban ni los ciudadanos soviéticos ni los visitantes de la URSS, ni siquiera Vittorio: un devoto comunista políticamente mucho más instruido que ella, miembro del partido bolchevique ruso —un gran honor para cualquier extranjero— y que, sin embargo, a pesar de todos sus méritos y cualidades, había tenido que admitir y hacer voto de controlar varios de sus defectos en la destrucción y reconstrucción de sí mismo que imponía el ejercicio de autocriticarse. Defectos como su indisposición al trabajo de equipo, su intolerancia, su impulsividad, su individualismo y su tendencia a cambiar de idea fácilmente tuvieron que ser «expurgados» —como si hubieran sido pecados frente a Dios— ante una comisión enjuiciadora en la que participaron Longo y Togliatti, los italianos que mejor lo conocían. Acusado de tendencias terroristas, fue exonerado solo cuando Longo les recordó a los demás acusadores que varios viejos y aplaudidos bolcheviques habían sido terroristas también.

—Se trata de hacer un recuento de las propias actividades y pensamientos. Vencer al enemigo interior que siempre está al acecho y eliminar cualquier duda que, de existir, deba ser redimida —le había explicado Vidali a una Tina mortificada en medio de ese clima hostil, consecuencia del afán de Stalin de darle énfasis a la unidad moral del partido y que tenía a todos paranoicos.

Las explicaciones de su oso la tranquilizaron un poco, aunque al terminar de teclear su texto en la máquina de escribir marca Adler del privado compartido con Vittorio, pronto le volvió el ansia, proveniente ahora del miedo de no estar a la altura y de que sus dudas con respecto a la causa —las muchas que había tenido después de la muerte de Mella, en especial modo en Berlín, donde ni se había inscrito al partido — fueran descubiertas.

En su texto, había identificado a Jorge Contreras —conocido en Rusia como Georgij Ivanovic Kontreras— como su marido con el beneplácito de él, quien le había pedido que lo describiera con la connotación que más le gustaba: «revolucionario profesional». Vittorio habrá sido un burdo que cuando bebía llegaba a insultarla, pero ella ya no hacía nada sin consultar a quien se había convertido políticamente en su guía, moralmente en su protector, sentimentalmente en su compañero y sexualmente en su hombre.

Al releer el documento corrigió a mano los errores. En la frase «*I have* bean *once delegated from the Party*» sustituyó el *from* por un *by*, pero a pesar de sus

enmiendas, ver su vida reducida a cuatro cuartillas, para colmo tachonadas y con errores de ortografía que intuía pero no sabía corregir, la turbó. Le dolía haber tenido que admitir algo que siempre la hizo sentir menos frente a los tantos intelectuales que había frecuentado: haber cursado solamente la escuela primaria y que sus lecturas se limitaran a los pocos libros que había enumerado: *El origen de la familia* y *Del socialismo utópico al socialismo científico*, ambos de Engels, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y algunos otros panfletos y artículos de Lenin, así como *Salario, precio y ganancia* de Marx. Había empezado *El capital*, pero no había logrado terminarlo por falta de tiempo, se excusó, disfrazando la verdad, pues lo había abandonado porque no lograba comprenderlo. Tampoco se atrevió a mencionar su pasado como actriz, pues temía que fuera considerado frívolo. «Callar no es lo mismo que mentir», se justificó al poner su firma al calce del texto.

A la hora de entregar el escrito, Tina esperó que todo ese asunto se limitara a convertirla en un número más: el 2018142, para ser exactos, el que el empleado de las oficinas de la temida NKVD estampó a un lado de la fecha —31 de enero de 1932 — sin darle a Tina ni las gracias. Tina esperó que el suyo fuera un número que sumara de algún modo a la creación del nuevo y mejor mundo al que esperaba contribuir. «Un número más», pensó. Números anónimos e irrelevantes, tal vez, pero necesarios para conservar el orden y la disciplina para que el proyecto de nación y de planeta al que se había adherido triunfara, se consoló, sin ganas de ulteriores reflexiones. No, ya no tenía ganas de pensar, solo de cumplirle al país que la hospedaba y que, lejos de infundirle la paz patriarcal prometida por Vittorio, se le figuró como una especie de padre cruel y asfixiante que gozaba en reprender duramente a su descendencia. La revolución empezaba a comerse a sus hijos, pero nadie parecía percatarse de ello.

Esa noche, cuando Tina condimentó las papas hervidas para la cena, volvió a pensar en su autocrítica y acabó convenciéndose, en su idealismo ingenuo y rampante, de que cualquier cosa tuviera que hacer en pro del proletariado era honesta y valía la pena llevarla a cabo. Apenas su oso se quejó del magro alimento puesto sobre la mesa, así como de la vigilancia a la que últimamente era sujeto, Tina lo reprendió:

—No te quejes, que el partido siempre tiene la razón...

Vittorio la miró incrédulo y, por un momento, pasó por su cabeza la posibilidad de que su mujer, junto con la agricultura rusa, se hubiese automatizado.

22
Coincidencias

Ciudad de México, 1978

Uno se enamora del reflejo de sí mismo en el otro. Se enamora al encontrar en otro sus mismos placeres y sus mismas congojas, sus mismas obsesiones, las suficientes analogías para participar de los sueños y de las ansiedades de ese otro al que nos parecemos o a quien complementamos. Gracias a la magnificación de ese parecido, ampliamos nuestra perspectiva, ensalzamos nuestra esencia, alargamos nuestro campo de acción, multiplicando el yo solitario al que de otra manera estamos condenados. En el fondo somos irremediables narcisistas: hasta cuando pretendemos amar y parece que queremos darlo todo por otro, en realidad solo deseamos reproducirnos, en los muchos sentidos que ese verbo permite. El amor es una amplificación, a menudo corrupta y algunas veces mejorada, de nosotros mismos.

Uno se enamora también de las coincidencias, de lo que interpreta como un destino inexorable, un destino más poderoso que su propio libre albedrío, un destino que, como parte de un plan infinito que no hace falta comprender, debemos aceptar como un mandato superior y aplaudir, agradecidos por una oportunidad que no se le presenta a cualquiera. ¿Y quién no desea ser el afortunado elegido para disfrutar del amor, uno de los más grandiosos prodigios de la naturaleza? Antes de ser víctima de una desilusión amorosa, uno suele sentirse privilegiado por una suerte que bendice a pocos y que lo convence de vivir su sentimiento hasta las últimas consecuencias, completo de las múltiples posibilidades otorgadas por el misterioso vínculo de la casualidad.

Y así me enamoré desde el primer día que conviví con Simona. Bueno, mi agitación, convertida rápidamente en hechizo, había iniciado desde la noche anterior a ese 26 de octubre de 1978. Después de haberla visto en El Jorongo, y ya una vez en mi casa, acostado a lado de mi esposa —con quien seguía yo durmiendo, a pesar de no tocarla desde hace cuatro años—, comencé a imaginar las intimidades de la

segunda italiana que me cautivó, tan repentina e intensamente como la primera.

Mi fantasía y mi deseo por ella se incrementaron al tenerla cerca al día siguiente, cuando me tomé el día libre para acompañarla al archivo de la avenida Eduardo Molina —excusándome en mi oficina con la supuesta necesidad de ocuparme de una investigación secreta—, lugar donde nos mostraron las veintisiete carpetas que, efectivamente, habían sido clasificadas por «los inteligentes» sin que hasta esa fecha yo lo supiera. Como lo supuse al enterarme de su existencia, estas se encontraban resguardadas en el área sin acceso al público del Archivo General de la Nación, el organismo que desde el siglo XVIII resguardaba la memoria documental del país y que pudimos consultar solamente gracias a mi cargo. Una mañana ajetreada que pasamos viendo viejos documentos, en la cual Simona se me figuró como una niña abriendo regalos navideños: visiblemente emocionada de tener entre sus manos esa marea de papeles amarillentos y desgastados, que comprendían fotografías y declaraciones oficiales y que yo conocía bien de tantas veces que, muchos años antes, los había revisado. Documentos que ella examinó, aleatoria y entusiastamente, sin revelarme el criterio de su búsqueda ni motivos más específicos para llevarla a cabo. Era evidente que sabía mucho sobre Vittorio e incluso sobre Tina y, aunque prefería escucharme en vez de hablar, para mí era como estar por fin frente a alguien que me comprendía. Su recelo, su media sonrisa permanente y su acento italiano me tenían prendado y lograron que le consiguiera el permiso de acceso al fondo resguardado para los siguientes diez días, el tiempo que pasaría en México. Tal vez por esa determinación suya, infantil y algo novata pero valiente y perseverante, la revelación que me hizo más tarde no solo me sorprendió; me dejó anonadado:

—Mi jefe, el editor del periódico para el que trabajo, cree que Vidali estuvo involucrado en el asesinato de Aldo Moro.

¡¿Qué?! Simona había pronunciado esa frase después de que la arrancara yo del archivo a la hora del cierre para llevarla a comer a los portales de Santo Domingo, a la fonda del mismo nombre, donde me había quedado claro que estaba más dispuesta a soltar prenda que información sobre Vidali. Al cabo de una tarde ecléctica, y después de bebernos dos botellas de vino —una italiana y otra mexicana, así las pidió ella—, aterrizamos, entre coqueteos cada vez más desfachatados y alardes mutuos de quién sabía más sobre nuestros personajes, en la cama de su hotel. Pero justo cuando nuestros cuerpos se estaban reconociendo, liberándose de sus ropas y de sus complejos, justo en los embriagadores momentos en los que nos preparábamos para una nueva aventura sensorial y tal vez hasta sentimental, ella pronunció esa frase, la que ahora me repetía en el mismo oído que segundos antes había lamido golosamente:

—Mi jefe cree que Vidali estuvo involucrado en el caso Moro.

Ni por mi incandescente excitación física pude ignorar semejante postulado,

que golpeó con fuerza mi consciencia desde la primera vez que —aún incrédulo y con mi percepción apuntada hacia la obtención del placer— escuché lo que me pareció un dislate.

¿Vidali involucrado en el asesinato de Aldo Moro? ¿Pero qué locura era esa? ¿Una medianamente posible? Conocía el nombre de Moro porque en el último año había atiborrado las noticias internacionales: era el presidente del partido democristiano de Italia, secuestrado varios meses antes por las Brigadas Rojas, el grupo terrorista de afiliación comunista que sembraba en ese país masacres y secuestros de violencia inaudita. En el acto de levantar al líder habían ejecutado a la entera escolta que lo protegía —cinco miembros de una unidad táctica de la policía italiana especializada en intervención y llamada *Teste di cuoio*—, llevándose preso al «más conciliador político» de ese país, como lo había descrito la prensa. Después de un proceso alternativo llevado a cabo por los jefes de esa sanguinaria organización, acompañado de un muy sonado ostentar de cartas y fotos que mostraban al prisionero doblegado, las Brigadas Rojas habían anunciado su condena a muerte. Con el pueblo italiano oscilando entre el estado catatónico y la histeria —hasta el Papa había intervenido intentando salvar a Moro durante los más de cincuenta días del cautiverio al que lo habían sometido—, el cuerpo del estadista apareció con varias balas encima en un auto estacionado entre la sede del partido comunista y la del democristiano. Una posición indicativa del histórico compromiso con ambas instituciones políticas, que gracias a esa muerte quedó fallido. Desde las calles de Roma, la noticia había recorrido el mundo, así como lo hicieron los acontecimientos que le siguieron y que incluían el suicidio de uno de los presuntos involucrados y el arresto de cientos de otros sospechosos —elegidos por las autoridades entre comunistas, anárquicos y radicales— sin que a la fecha hubiese una conclusión de cómo y por qué se habían desarrollado los hechos alrededor del asesinato, pero sobre todo sin que se supieran nombre y apellido de quien lo había ordenado.

No podía creer que Simona me hubiese soltado semejante bomba informativa en pleno acontecer carnal, cuando apenas descubría el aroma a lavanda de su pelo y la hipersensibilidad de sus senos, pero la impredecible declaración me obligó a detener mi furor y, muy posiblemente, a enamorarme.

23
Estepa rusa

Moscú, París, 1933

Kontreras estaba metido en un hoyo, estrecho y oscuro, de la ilimitada estepa rusa. Su cuerpo, clavado a la mitad en la superficie de un campo inculto, iba hundiéndose poco a poco en la tierra mojada y pantanosa. Su torso trataba de liberarse mientras sus brazos se agitaban extendiéndose en el aire y la tierra se lo iba tragando. Más intentaba salir y más lodo le caía encima hasta que, desesperado, gritó «ayuda». Elena Stásova, su amiga, su jefa, su referencia, fue la única, de todos los que presenciaban el penoso espectáculo, que se le acercó y que, a pesar de su constitución diminuta y de su edad avanzada, le ofreció una mano. Vittorio la agarró con fuerza, pero su piel resbaló sobre la de ella, ensuciándole a la vieja bolchevique los puños blancos de su impecable traje. No, Vittorio no podía permitir que acabase embarrada o, aún peor, en el hoyo con él. La frustración lo sacudió hasta que sintió su cuerpo desfallecer.

Entonces abrió los ojos a ese frío día de diciembre de 1934. Estaba empapado en sudor y emitió un último gruñido de fiera herida en la forma del sonoro ronquido de un oso. Aunque ya estaba despierto, se sobresaltó con su propio ruido y volteó instintivamente a su alrededor para ver dónde estaba, no fuera a ser que el mismísimo Jagoda, el jefe máximo de la NKVD, estuviera ahí. A la única que encontró fue a Tina, acorralada en una reducida sección de la cama de la habitación que compartían en el hotel Soyuznaya, y quien permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el techo amarillento.

—*Un altro brutto sogno…* —le confesó Vittorio con voz pastosa.

—Lo sé, pero necesitabas descansar, por eso no quise despertarte…

—Ahora no estaba en Cuba ni Grobart me indicaba un punto en el mar donde Machado me daría en pasto a los tiburones —aclaró él, recordando las imágenes que en el último mes se habían vuelto omnipresentes en sus pesadillas.

—¿Estabas en la Plaza Roja repleta de gente y Stalin en persona te llamaba

traidor? —preguntó Tina, que se entristeció con solo escuchar de nuevo el nombre del dictador responsable de la muerte de Julio Antonio.

—Tampoco… Ahora…

—Mejor ven —dijo ella ofreciéndole sus brazos.

Vittorio optó por callar la nueva modalidad del enésimo sueño con que el inconsciente lo torturaba. Mejor se acurrucó a su lado, entrelazando sus piernas con las de ella. Pensó que tenía suerte de estar con Tina, y no solamente por ese espléndido cuerpo, cuya sensible feminidad complacía sus instintos sexuales más creativos, sino porque Tina era una mujer en la cual podía confiar, de todos los modos a los que ese verbo se refería. Una mujer con personalidad determinada y plácida, que con su sabiduría lo acompañaba y ayudaba como ninguna otra lo había hecho, incluso ahora, que necesitaba superar una situación tan difícil y humillante que podía comprometer su propia vida. Allí estaba ella, como siempre, lista para darle aliento, para conducir sus arranques a la paciencia, para aconsejarle un camino en vez de otro. Incondicional y dispuesta a darlo todo, Tina había conseguido hacer crecer en Toio un sentimiento que nunca antes había experimentado y que los mantenía unidos en espíritu a pesar de los compromisos que a menudo los separaban físicamente.

Él la amaba a su manera, consciente de que la porción amorosa de su vida no podía ser más que con ella, una mujer que había abrazado su causa, pero también su forma de vivir. Sí, la amaba, muy a su modo, y eso que hablar de amor le parecía sentimentalismo pequeñoburgués; tener una vida privada un lujo; pensar en una casa propia muestra de egoísmo anárquico; divertirse un crimen —aunque a veces lo llevara a cabo—, una suerte de corrupción mezclada con un soberano laxismo. La amaba, pues, de un modo todo suyo, con la suerte de amor que un compañero de historia, de ideales, de trabajo, de casa y de cama le profesa a otro. La amaba absolutamente, mas no en lo absoluto.

Tina se levantó a prepararle un café. Esa mujer le leía el pensamiento, pensó Toio saliendo de un brinco de la cama aún caliente para comenzar a vestirse: tenía que acudir a una reunión a la que no podía llegar tarde. Mientras él bebía a grandes sorbos el anodino café que nada tenía que ver con los italianos, Tina permaneció callada hasta que, vestido y desayunado, Vittorio se le acercó para despedirse.

—*Fai attenzione* de no terminar en alguna trampa —le dijo al besarlo en la frente, tal y como una madre hubiera hecho con su hijo antes de dejarlo en la entrada de la escuela, un ritual que normalmente lo tranquilizaba. Hoy ni eso lo consiguió.

Vittorio la besó de vuelta sin disimular la preocupación, reflejada en su ceño fruncido y en su postura encorvada, causada por un dolor lumbar resultado del estrés de los últimos tiempos. Aún no podía creer lo que le estaba pasando: él acusado de cuestionar las órdenes del partido, de hacer doble juego, de haber traicionado,

propinándole un insulto inadmisible, a la Unión Soviética, el país que lo había acogido como a uno de los suyos. Todo eso tan solo porque unos días antes había defendido a una pareja de prófugos polacos que, recién llegados desde México a la sede del MOPR, iban a ser enviados a una remota localidad de Asia en contra de su voluntad. Un incidente sucedido por su incapacidad de quedarse callado frente a una injusticia y que jamás pensó que llegase a tener las consecuencias que estaba viviendo. Pero su arrebatada intervención lo llevó a ser sometido a un proceso oculto que provocó un vacío a su alrededor —pues amigos y colegas le habían quitado la palabra o simplemente lo evadían— y a un proceso incriminatorio en el que la policía secreta —según le había discretamente informado un amigo fiel— lo había puesto bajo estricta observación. Él, que desde joven odiaba las policías de cualquier país y de cualquier régimen pues las consideraba igualmente represivas, ahora tenía que enfrentarse a la rusa, que bien podía ser la peor. Él, que solo pretendía hacerles entender a los compañeros con los que discutió ese caso que un refugiado político necesita solidaridad y respeto, no solamente apoyo material.

Mientras caminaba hacia la reunión, en un nevado día de diciembre en el que copos blancos se posaban delicadamente sobre su abrigo y poco a poco iban cubriendo todo a su alrededor con un manto de pureza, los nervios de sus piernas se crisparon hasta hacerlo cojear.

No, no podía creer lo que estaba pasando, pensó mientras por poco se resbala en el hielo cristalizado sobre la banqueta: él acusado de traición solo por expresar una verdad. Él acusado de difamar a su segunda patria; él rodeado de voces que pedían su destitución como *part-org* y que habían logrado que se suspendiera la pensión que el partido le enviaba a su madre y hasta a la de Tina. Él, y ella, humillados.

Él, que había dedicado su vida a la causa comunista sin jamás cuestionar una orden, que había cumplido todas las misiones que le habían encargado, en las que había arriesgado muchas veces su propia vida para salvar la de otros, incluso cuando todos los demás habían fallado e incluso cuando había tenido que exponerse innecesariamente. Como aquella vez en Berlín, cuando liberó a un preso político para conducirlo a Moscú con todo y los tres agentes encubiertos de la Gestapo que pretendían infiltrarse en Rusia a través suyo y a sabiendas del servicio secreto de ese país. Él, que había estado dispuesto a ir a los frentes de lucha más peligrosos, como lo demostró con su aceptación a la propuesta de viajar a Shanghái para alcanzar al grupo de Richard Sorge, que operaba desde Japón y al cual se hubiera integrado con todo y Tina si Stásova no lo hubiese impedido; una misión que derivaría en la muerte de todo el equipo. Él, que después de tres años en Moscú había recibido el encargo de organizar el Socorro Rojo en Europa, consiguiendo denunciar desde París varios de los crímenes imputables a regímenes fascistas, lanzando reñidas campañas políticas para salvaguardar la vida tanto de grandes dirigentes comunistas —como Thalmann, el presidente del partido alemán encarcelado por Hitler, o el búlgaro

Dimitrov o el italiano Gramsci— así como la de miles de perseguidos anónimos que pedían apoyo, asistencia o asilo. Eso en el frente legal, mientras que en el ilegal, del que se ocupaba Tina, su equipo llevaba a cabo las actividades de soporte a las causas que estaban prohibidas, por las cuales acabó encarcelado y cuestionado durante tres días por el Deuxième Bureau, el contraespionaje francés; una situación que obligó a Tina a quemar todos los expedientes que guardaban en su habitación, lo cual hizo con tanto ahínco y tanta prisa que acabó desmayándose, intoxicada por el humo. Humillados estaban él y también ella, que en esa ocasión no habría sobrevivido si un compañero no la hubiese rescatado.

Él, que a pesar de estar consciente de que la ley de la supervivencia era la única que nunca lo traicionaría, jamás hubiera imaginado que la situación se le voltearía de ese modo, poniéndolo ahora en el lugar de los imputados.

Sí, hoy era su turno de estar frente a una *troika*, la comisión a cargo de juzgarlo, y de nada le sirvió haberle explicado lo sucedido con los polacos a Palmiro Togliatti —Ercoli, como lo llamaban en el círculo italiano de Moscú—, quien era uno de los que se ocupaban de su caso y quien lo había escuchado impasible, sin interrumpirlo ni mover un solo músculo de su cara. ¡Ah, cómo detestaba cuando Ercoli se comportaba así! Y todo para que solamente le dijera que referiría su versión a los demás acusadores, sin siquiera darle una palabra de aliento ni un poco de solidaridad.

El frío 3 de diciembre en el que se había despertado en Moscú, en un hoyo de la estepa rusa, era el único día en el que tendría la oportunidad de defenderse, pensó mientras entraba a la reunión del MOPR a la que estaba citado.

El ambiente de la oscura sala donde se llevaría a cabo la asamblea, en la que se fueron acomodando uno a uno la mayoría de quienes lo habían —abierta o silenciosamente— incriminado, era tan denso que pesaba.

Como solía hacerse en esos casos, la orden del día fue expuesta, pero la relatora, una popular dirigente conocida como la Schevlova, interrumpió el procedimiento para informar de la llegada de una carta que Stalin había enviado en calidad de urgente a todas las dependencias del país. El motivo era el asesinato de Kirov —jefe del partido en Leningrado; un teórico, organizador y orador tan cercano a Stalin que lo llamaba Koba, el apodo que usaban solamente sus allegados—, acribillado en su oficina el día anterior. Después de reportar los acontecimientos sobre el crimen cometido en contra del hermano de armas de Stalin, la mujer de labios delgados y nariz aguileña leyó:

—«… Hay que acabar con la bonhomía oportunista derivada de la suposición equívoca de que en la medida que aumentan nuestras fuerzas el enemigo se vuelve más manso e innocuo […]. No es de bolchevique reposar sobre los laureles. No necesitamos de bonhomía, sino de vigilancia, de una verdadera vigilancia bolchevique. Hay que recordar que entre más la situación del enemigo se vuelva

desesperada, más recurrirá a medios extremos para combatirla […]. ¡Recordar eso y permanecer vigilantes, siempre!». —Terminó de leer el categórico texto entre aplausos, después de los cuales pasó a criticar a los doble cara que traicionaban al partido y que había que destituir. Mientras lo hacía no dejaba de mirar a Vidali, y cuando calló otra ronda de ovaciones arrolló la sala.

El único que no aplaudía era Vittorio, quien viendo que los argumentos de esa carta serían usados en su contra, en un alarde de valentía pidió la palabra y Stásova, que presidía la asamblea, se la concedió. Entonces el italiano, cuyos nervios le impedían quedarse quieto y que no había dejado de mover sus piernas ni un instante, se paró delante de los presentes y los miró con la misma desaprobación con que ellos lo veían a él, en especial los directivos del MOPR con quienes se había enfrentado de forma directa en el caso de los polacos de la discordia. Al cruzar los desafiantes ojos de la Schevlova, Vittorio sintió sus piernas paralizarse, pero buscó la fuerza para sacudirse. No se dejaría amedrentar por nadie, pensó antes de lanzarse al ataque, su principal aliado contra el miedo y la mejor estrategia de defensa:

—Vuelvo al tema que nos ocupa hoy para decirles, como lo reiteró el camarada Stalin, nuestro líder supremo, que en verdad hay que combatir sin misericordia a los enemigos de la Unión Soviética. Y son enemigos de nuestra nación los que, con su burocratismo y su insensibilidad hacia los emigrados políticos, desacreditan el gobierno ruso. Esos son los verdaderos doble cara, porque mientras sostienen defender la causa del internacionalismo, la traicionan con sus actitudes hacia los emigrantes, quienes han demostrado ser los mejores combatientes revolucionarios —comenzó sin dilación ni recato, y continuó con una larga arenga que, más allá de defender sus puntos de vista, cuestionaba los de los demás.

Cuando terminó su agresivo discurso, una toma de posición abierta en contra de quienes lo habían acusado, Stásova agradeció sus palabras mientras la Schevlova era ahora quien lo miraba pálida. Vittorio, afianzado por su protectora, se sintió vencedor, a pesar de que estaba consciente de que su ventaja sería breve y que el peligro no había cesado, pues el asesinato de Kirov, si bien había dilatado su sentencia, acabaría por provocar la condena de actitudes como la suya. Elena también lo sabía, porque a las pocas horas del fin de esa asamblea lo citó en su oficina para decirle que la comisión en su contra se había disuelto y, si bien sus miembros no habían expuesto aún sus conclusiones, tenía novedades para él:

—Hemos recolectado 500,000 francos franceses para las víctimas de la represión en las Asturias. Este considerable importe quedará a disposición del Socorro Rojo español, bajo tu dirección y responsabilidad, para que lo entregues a los prisioneros políticos y a sus familias, así como a las de los caídos, si aceptas mi propuesta de irte a España.

Vidali quedó por un momento sin palabras ante la generosidad de su jefa, que con su proposición intentaba claramente alejarlo del peligro.

—Es difícil para mí aceptar antes de conocer la decisión de quienes tienen el encargo de acusarme, pero no puedo rechazar esta oportunidad única de servir al partido. Agradezco la confianza y acepto.

A los dos días, una fría tarde de diciembre de 1934, Vittorio estaba en Leningrado con un pasaporte canadiense a nombre de Charles Duval que lo reportaba nacido en Quebec y de profesión comerciante. Se había despedido de los pocos que aún le dirigían la palabra y de Tina, que había acordado alcanzarlo más tarde. Desde la terraza del apartamento del comandante de la nave que lo llevaría a España, observaba, en las calles subyacentes, la manifestación en honor a Kirov. Hacía frío y entró para ponerse sus *botinki*s de fieltro y no congelarse los dedos, mientras se amarraba el *ushanka* de nutria que le protegería las orejas. Cuando bajó a la calle junto al comandante y la esposa de este, el gélido viento proveniente del golfo de Finlandia los latigueó, levantando vórtices de nieve a su alrededor. La multitud ennegrecía la candidez de la nevada que caía espesa y había encendido algunos fuegos para calentarse, cuando de pronto fue alumbrada por unos potentes reflectores. Vittorio vio entonces con toda claridad las banderas rojas agitarse y los carteles ondear consignas como «Muerte a los enemigos del pueblo», «Viva la GPU, el brazo derecho de la Revolución y la espada sagrada del poder soviético», «Viva el partido de Lenin y de Stalin». Una banda musical empezó a tocar himnos revolucionarios y Vittorio, por un breve momento, se conmovió, imbuido en una mezcla de sentimientos que oscilaban entre la tristeza y el orgullo: esa plaza había vivido las jornadas de octubre y era, y seguiría siendo, el símbolo de la Revolución, la venerada vuelta de tuerca que los rusos habían elegido para cambiarlo todo.

El memorial de Kirov dio inicio y el tumulto comenzó a gritar las consignas más enfurecidas contra los traidores. Vittorio miró entonces la tribuna a lo lejos y le pareció que los dirigentes allí trepados se habían convertido en estatuas de cera. Observaban fija e insensiblemente la masa frente a ellos. Un escalofrío lo recorrió, como si adivinara que, apenas unas semanas más tarde, muchos de los organizadores de esa marcha acabarían en los tribunales acusados de ser cómplices en el mismo asesinato de Kirov o de participar en complots en contra de Stalin y del Estado soviético. A pesar de su emoción y de sus sólidas convicciones bolcheviques, Vittorio tuvo que esforzarse para seguir pensando que el líder ruso tenía razón, que los enemigos del pueblo eran numerosos, estaban en todas partes y tenían que ser combatidos con toda la fuerza posible. Pero por más que intentó convencerse, una sensación desconocida seguía imponiéndose sobre las demás: el profundo agradecimiento que sentía hacia Elena por haberlo enviado a España, lejos de un país tal vez iluminado, pero feroz y sanguinario como ninguno.

24
Desnudos

Ciudad de México, 1978

Semidesnudos como estábamos, mi curiosidad no logró dejar que nuestros cuerpos sedientos se saciaran y me puse uno de los cojines encima del sexo aún excitado, reconduciéndolo a la calma adentro de mi trusa. Abrupta tranquilidad sensual, lento ajetreo mental.

—¿Vidali parte de las Brigadas Rojas? ¿Eso es lo que piensa tu jefe?

—No necesariamente: creemos que en el *assassinato* de Moro participaron también las Brigadas Rojas —rebatió Simona recalcando el «también» mientras se mal cubría con la sábana que minutos antes le había estorbado.

Hablábamos como si más allá de nuestro deseo por el otro tuviésemos la misma misión: inculpar a Vidali.

—¿Es decir? ¿Quién lo mató entonces?

—Posiblemente una acción *concordata*, a la que también le entraron *i russi* —aclaró mientras retorcía con un dedo los pocos vellos que crecían en mi pecho.

—¿«*I rossi*»? –pregunté, preocupado de que en la pronunciación, o en mi traducción, pudiera perder datos importantes.

—Los rusos —aclaró ella.

—¿Los rusos? —repetí yo, añadiendo—: Los rojos, pues. Y Vidali, un hombre de casi ochenta años, habría sido ¿qué? —e hice una pausa para encontrar la palabra adecuada—, ¿su mandante?

—Su enlace. Parece una locura, pero tú conoces a Vidali; tú mismo me dijiste que sospechaste *di lui* por varios años y de varios crímenes. Sabes bien que todo cabe en este hombre si está el comunismo de por medio.

—O sea, hablas en serio… —constaté incrédulo, mientras revivía en un instante las tantas sospechas sobre Vittorio que había acallado a golpes de lógica.

—Lo único que puedo decirte ahora es que es de *vitale importanza mantenere*

il segreto. Sospechamos de todos: desde políticos italianos hasta la extrema derecha *e certamente anche degli americani*, además, por supuesto, de los rusos… Si Moro hubiese logrado llevar a cabo su plan conciliatorio, *il* panorama político italiano, con una *alleanza democristiana e comunista al potere*, hubiera podido cambiar la faz de la tierra, evitando la polarización *tra* izquierda y derecha, eludiendo *le tensioni* entre el bloque *occidentale e orientale*, terminando con la antagonía *fra Russia e Stati Uniti*… y evitando la guerra que podría venir.

—¿Vidali el enlace? —repetí, ahora solo para asimilar lo que su actuación implicaba en ese asesinato. Muy a pesar de las explicaciones de Simona, me seguía oliendo todo a incoherencia, aunque cada vez menos descabellada.

—Vidali es uno de los pocos italianos familiarizados con la red oculta del comunismo *internazionale*, el que más cercanía tuvo con los servicios secretos rusos, por lo que bien pudo haber participado de un modo u otro en este asunto.

—Pero, en todo caso, ¿qué tiene que ver su pasado mexicano con su involucramiento en la muerte de Moro?

—*Possibilmente* nada, pero intento entender su *modus operandi* a lo largo de su vida. En el caso Trotski, por ejemplo, pudo haber actuado de manera similar: al margen de los hechos, pero cuidando el éxito *dell' operazione*, siempre por cuenta *dei russi*.

—El caso Trotski y el caso Moro —repetí, comenzando a ver similitudes hasta donde jamás las hubiera imaginado.

—Y el caso Nin y a lo mejor hasta el de Mella. Buscamos pruebas que lo remitan a un complot orquestado desde Rusia. Hay otros periodistas investigando *altre linee*, pero a mí me tocó esta.

—Pero… hablando de pruebas, ¿con qué pruebas cuentan para llegar a una suposición similar? —farfullé todavía reticente.

Ella me escrutó pensativa antes de lanzarme una mirada seductora, o más bien cómplice, para luego suspirar comprensivamente y continuar:

—*Te lo dico*, pero tienes que prometerme *silenzio assoluto* —dijo con simulada inocencia.

—Callado estoy y estaré —dije sin intenciones de cumplir promesa alguna.

—Existen varias *intercettazioni telefoniche*. Uno de los brigadistas que se encuentra en la prisión de alta seguridad *dell' Asinara* hace una *inconfondibile* descripción de Vidali.

—¿O sea que ni siquiera lo menciona por su nombre?

—No menciona su nombre, pero lo describe como «triestino, *diputato del PCI* en 1958, *senatore* en 1963, hombre de las mil batallas, revolucionario que conoció todas las cárceles, comandante del Quinto Regimiento en la guerra de España, dirigente internacional del Socorro Rojo y en contacto con la *polizia segreta* soviética, el último italiano al que se le permitió repatriar en 1947». Lo llama *il gran Vecio*, el

gran viejo. ¿Quieres más?

No, no quería más. No podía creer que esta mujer, que se peinaba como Tina y hablaba como policía, fuera tan obsesiva como yo, que tuviera la misma obsesión que yo. ¿Cómo no enamorarme de ella?

Y sí, sí quería más: más de ella. De hecho, de ella lo quería todo.

Por un momento olvidé la explosiva información que me había tan inesperadamente comunicado y me asaltó una sola y única idea: la de hacerle el amor. Mis ganas se materializaron rápidamente y mi sexo recordó dónde estábamos, en la cama, y cual soldado frente a su general se irguió para reverenciarla. Al verme firme y al sentir mi abrazo ceñir su espalda, ella entreabrió los labios; parecía complacida y aproveché para cerrárselos con mi boca. Fue un beso largo y cómplice, por no decir solidario. Nuestros cuerpos, y nuestras mentes, se habían mantenido en un estado de sutil alerta durante la plática, pendientes de los movimientos del otro, al igual que de sus palabras, así que la acción iniciada retomó su curso como si lo único que hubiésemos hecho fuera una pausa de reconocimiento, un descanso para que el deseo volviera fortalecido, completado por una idea común a la que nos sujetábamos con esperanza, además de muchas ganas.

Tal vez la edad también tuviera algo que ver para que mi involucramiento, tanto físico como emocional, fuera distinto; tal vez había alcanzado yo ese momento de la vida en el que te das cuenta de que no queda demasiado tiempo de calidad a tu disposición. El momento en el que reconoces que las ocasiones de sentirte amado y deseado, pero también comprendido, si es que se presentan, serán cada vez menos y, por ende, experimentas esa impelente necesidad de no desperdiciar ni momentos ni oportunidades ni el hecho de que todavía estás fuerte, entero, de algún modo todavía joven. Una sensación que te lleva a darlo todo, a jugarte tu resto como si fuera la última mano antes de levantarte de la mesa de juego y ponerte a contabilizar ganancias y pérdidas, haciendo el temido balance al que en algún momento todos nos enfrentamos. Por ello, a partir de allí me entregué a mis sentimientos como la masa fermentada entra al horno, sabiendo que la posibilidad de quemarse es necesaria para convertirse en pan.

A esa pulsión vital me concedí al hacer el amor con Simona, consciente de que, aunque todo fuera igual, sería irremediablemente tocado, y trastocado, por sentimientos nuevos. Tan alterado que me parecía que el mundo a mi alrededor se había teñido del color alegre y sensual que le daban las jacarandas a las calles de la ciudad. Es que te enamoras cuando tus sueños se pintan de morado y en vez de zangolotearte mecánicamente para arriba y para abajo, para adelante y para atrás mientras te empeñas en conseguir un orgasmo, te regodeas en el fondo de sus entrañas, pausada y mágicamente, mientras la miras a los ojos y le soplas al oído un te quiero vaporoso y ufano. Te enamoras cuando te pierdes en su mirada excitada, introduciendo en ella la tuya, al mismo tiempo que introduces tu carne en su carne y

te das cuenta de que embonan con la milimétrica precisión y el erotismo sensual con el que un corcho se une a su botella. Te enamoras cuando los dos se vuelven uno y en vez de preocuparte por tu escueta satisfacción, solo deseas tocar con tu sexo lo más profundo del suyo, el punto más cercano a su corazón, el que, estás seguro, te pondrá en contacto con sus sentimientos, absorbiendo así su intimidad entera. Y cuando llegas allí, ya no quieres irte más, deseas permanecer suspendido para siempre en esa sensación de pertenencia a algo diferente a ti mismo, pero al mismo tiempo tan parecido que podría ser lo mismo. Te enamoras cuando al sentir la flacidez de tu miembro, y con esta la obligada terminación de un acto que más que placentero te pareció sublime, lo único que anhelas es seguir tocándola, seguir acariciándola, seguir buscando el modo para unirte a ella en un mismo abrazo, en un mismo roce, en una misma idea, en una misma vida.

Eso me pasó con Simona esa tarde. Me enamoré tan absolutamente, tan absurdamente, tan sorpresivamente que esa noche no llegué a casa, ni siquiera avisé que no lo haría, y por fin sentí que la cadena que amarraba el barco de mi existencia se había roto. El mundo era mi templo y ella mi casa.

Esa noche dormimos juntos sin dormir, despertándonos y reconociéndonos a menudo hasta que llegó la mañana ajetreada en la que, al salir del cuarto que habíamos compartido desde que la luz del día todavía brillaba afuera de la ventana, lo dije sin dudas y sin esperar escucharlo de regreso: «Te amo». Porque te enamoras cuando conjugas ese verbo en voz alta y en presente, un presente tan poderoso que elimina el pasado y desdeña el futuro; te enamoras cuando estás dispuesto a cambiarlo todo por una persona que apenas conoces, pero que te impacta de modo tan profundo que te obliga a replantear la vida que has llevado hasta entonces. Te enamoras cuando por esa persona no te importa irte de tu país, abandonar a tu familia, traicionar a tus amigos y hasta renegar de ti. Lo que sea con tal de no perderla, cualquier cosa para prolongar esa sensación de plenitud que te convierte en el ser más poderoso, más bendecido y más afortunado del universo.

Te enamoras cuando ni siquiera la última y más controversial noticia sobre el hombre que te obsesionó desde que eras un joven, y que reaparece repentinamente en tu horizonte con la fuerza de un meteoro, tiene más importancia que hacer el amor con ella, que volver, en cualesquiera de los modos posibles, a ella. Cuando todo esto sucede, te enamoraste… y te jodiste.

Los días que siguieron fueron la consecuencia del te amo convencido y sincero que no debí pronunciar; vaya, ni siquiera experimentar: Simona y yo vivimos con ilusión ese período bienaventurado, el comienzo de un amor, donde todo es descubrimiento y esperanza. El intenso período en el que entrelazamos sexos y pensamientos y en el que gocé más que en los veinte años de mi matrimonio, pero que desde su comienzo

supimos que iba a terminar, porque por más que anhelemos lo contrario, ese traicionero acertijo llamado amor siempre se acaba.

Fueron casi dos semanas de emociones fuertes y placer rotundo, que sellamos con una romántica noche en un hotel con jardín y pavorreales de la ciudad de Cuernavaca. Cuando la acompañé al aeropuerto al día siguiente, la despedí con un beso desconsolado y la promesa de que pronto volveríamos a vernos:

—Tú y yo tenemos una historia importante que escribir —le repetí convencido lo mismo que le había dicho la primera vez que dormimos juntos.

—Bésame —me ordenó.

En la fila de entrada al área restringida del aeropuerto, le pedí que me llamara cuando llegara a casa, para asegurarme así de que su viaje había concluido con bien, pero sobre todo de que nuestro amor seguía vivo a pesar de la distancia.

Pasaron dos días y no recibí noticias suyas. Entonces le marqué, para descubrir que no respondía. Después del primer intento, compuse su número cientos de veces. En esos tiempos aún girabas el dedo en el disco del aparato mientras detenías el auricular con la otra mano, y recuerdo que hasta me salió una ampolla de tanto intentarlo. Llegué a pensar que me había equivocado al apuntar un dígito o que algo le había sucedido a Simona. Ni se me ocurrió recordar cuántas veces había pedido yo, o dado, un número telefónico sin la menor intención de llamar o de contestar. Ni siquiera cruzaba por mi mente que tal vez ella no tuviera por mí los mismos sentimientos que tenía por ella. No, eso no podía ser. Nos habíamos amado y nos amábamos, nos habíamos comprendido y nos comprendíamos. Teníamos planes para el futuro, a pesar de las circunstancias adversas. Vernos de nuevo en algún pueblo perdido, donde nuestros nombres y mi matrimonio no significaran más que una desteñida remembranza. Queríamos estar juntos de un modo u otro. Lo habíamos dicho muchas veces y lo decíamos en serio. Esas cosas se sienten, se saben, no se pueden fingir así como así, me consolaba yo, que tantas veces había mentido.

No, lo nuestro era distinto, y hubiera tomado un avión a Italia esa misma semana para demostrármelo, tan solo necesitaba el tiempo para negociar con Clara una excusa pertinente, porque después de mi arranque impetuoso en el que no llegué a dormir y estaba dispuesto a dejarla, ahora tergiversaba, tan acostumbrado estaba a nuestra dinámica de siempre: que ella me viera zarpar y yo volviera a casa. Con todo y mis dudas, acrecentadas por la desaparición de Simona, me hubiera lanzado a buscarla —a pesar de que la única referencia, además de su teléfono, era el nombre del periódico para el cual trabajaba, pero para eso era yo policía: la encontraría a como diera lugar— si no fuera porque, justo cuando decidí ponerme en acción, recibí la noticia. Los resultados de unos estudios de rutina que acababa de realizarme habían recibido el diagnóstico del médico que los revisó: tenía yo cáncer de próstata.

25
Morir un poco

París, España, 1934-1937

Ese día Vittorio lo supo sin sombra de duda: era posible volver a la juventud. Era posible hacerlo aun cuando tu pelo se ha teñido de gris, aun cuando tu vientre se abultó, aun cuando las arrugas rodean tus parpados caídos, aun cuando tu cuello se ha ensanchado y en tu última borrachera, en vez de salir incólume como solía sucederte antes, te quedas dormido mientras los demás siguen la fiesta.

Es posible regresar a la juventud cuando vuelves a creer que tus ideales no solo no se han comprometido, sino que siguen teniendo la posibilidad, tal vez la última a su disposición, de ser materializados. Un pensamiento que revitaliza cada una de tus células, tal y como le estaba sucediendo a Vittorio ese día. Un día en el que se sintió renovado y rejuvenecido a pesar del cansancio y de haberse trepado, a toda prisa y tan solo 48 horas antes, al último vuelo de París a Madrid tras recibir las confusas noticias que reportaban la rebelión de las tropas legionarias del general Francisco Franco —que al parecer había comenzado una revuelta en Tetuán— junto a la orden del Socorro Rojo de viajar al país en el que llevaba meses haciendo labor política. Renovado y rejuvenecido a pesar de haber tenido que sofocar, en el sanguinario combate del día anterior, un levantamiento en pleno centro de la capital española; a pesar de haber tenido que atrincherarse, en compañía de una decena de hombres mal armados, en el convento ya ocupado por algunos obreros decididos a defender al que consideraban el gobierno legítimo. Y la razón de su sentir era que en ese tumultuoso 18 de julio de 1936, y en el enclave salesiano de la calle Francos Rodríguez del barrio de Cuatro Caminos, quedó constituido el Quinto Regimiento, una fuerza militar del pueblo para el pueblo, concebido para proteger el orden republicano del Frente Popular. Así se llamaba la coalición de fuerzas políticas que había ganado las elecciones en febrero de ese mismo año, y que iba a tener que pelear en contra de sus muchos opositores —y sin un ejército fiel que la auxiliara— si quería conservar una

España republicana. El Quinto Regimiento sería parte de esa lucha, un eslabón de un nuevo ejército leal que se encargarían de organizar.

Mientras él y sus compañeros de aventura —hombres comunes convertidos en soldados, como Enrique Líster, Juan Modesto y Enrique Castro Delgado— firmaban apurados los acuerdos en los que habían plasmado los preceptos por los cuales el Quinto se regiría, Vittorio sintió que regresaba en el tiempo a sus veinte años, cuando era un *ardito* rojo en Trieste y la audacia era su compañera más preciada. Como entonces, al elegir sus armas —una pistola y un rifle recién llegados de Rusia — pensó que la verdadera política, la que cambia el orden de las cosas, se hace en el campo de batalla, con violencia y terrorismo si es necesario, con la propia sangre si no queda de otra.

En ese afanoso par de días, el tiempo que Vittorio llevaba en Madrid, la situación se había vuelto desesperada: Franco había cruzado el estrecho de Gibraltar y ocupado las ciudades de Cádiz y Sevilla con la facilidad de un conquistador novohispano. Su avance rápido había acelerado todo proceso y Vittorio estaba eufórico de tener frente a sí la posibilidad de vencer al que consideraba el más grande enemigo del pueblo: el fascismo. Exultante con la oportunidad de luchar cuerpo a cuerpo contra quienes apoyaban a los rebeldes, pues tanto Mussolini como Hitler enviaban todo tipo de ayudas a los generales insubordinados. Emocionado de combatir hombro a hombro con los soldados que ahora mismo —estremecidos y sucios— lo rodeaban en un fraterno abrazo colectivo y estaban dispuestos a todo con tal de erradicar el *fascio*, esa hidra de las mil cabezas que tanto detestaban.

—Seremos una fuerza armada eficiente, disciplinada, con comandos estratégicos y operativos en grado de conducir una guerra moderna —finalizó Líster después de haber leído por última vez los preceptos propuestos por los presentes.

—Incluyamos en la lista la posibilidad de eliminar a todo desertor en sitio y sin proceso —propuso Vittorio en un arranque de determinación.

La anuencia fue unánime y, al calor de ese bochornoso verano madrileño, Vittorio volvió a nacer como miliciano. Y se sintió más empoderado que nunca, sobre todo porque a pesar de creerse joven de nuevo, no lo era. Su madurez le daba la oportunidad de volver a batirse con la juventud de ese segundo aire, pero también con la experiencia acumulada, que incluía un severo adiestramiento militar recibido en Moscú, pensó al secarse el sudor que le colaba hasta las nalgas con su pañuelo rojo.

Este capítulo de la lucha contra el que consideraban el opresor había comenzado para Vittorio con sus primeras misiones en una España dividida por las ideologías y sufrida por sus ciudadanos. Desde abril a noviembre de 1935, y desde enero a junio de 1936, Tina y él habían dirigido el Socorro Rojo local, además de auxiliar a las

familias de los cientos de víctimas de la represión asturiana. Juntos habían trabajado en la campaña de amnistía para los 30,000 prisioneros políticos encarcelados en esa región, reorganizado oportunamente el cuerpo de voluntarios, habían escrito en publicaciones clave artículos propagandísticos y apoyado en todos los modos posibles e imposibles la formación política del Frente Popular. En respuesta a su esfuerzo y al de muchos otros, esa coalición de izquierdas —favorecida por el VII Congreso del Comintern y compuesta por una minoría comunista (PCE), así como por el partido socialista (PSOE), el marxista antiestalinista (POUM) y la Federación Anarquista Ibérica (FAI)— había ganado sorpresivamente las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Otro día memorable aquel, pensó Vittorio al cargar su pistola, sentado en el patio del austero convento que lo hospedaba. Uno de esos días, como el actual, en los que le parecía que en un solo instante la vida podía avanzar siglos, como si de pronto la locomotora de la revolución corriera con una celeridad nunca antes vista y un pueblo entero pudiera, repentinamente, viajar en avión. Pero más allá del entusiasmo, suyo y multitudinario, recordó cuánta razón había tenido en festejar el triunfo en las urnas con prudencia, consciente de que la Segunda República española se había hecho de enemigos listos para actuar: los monárquicos buscando la restauración del rey, la burguesía y la aristocracia resistiéndose a la reforma agraria, y fascistas y paramilitares comprometidos con desestabilizar el nuevo régimen que sentían los amenazaba. Y prudencia y pericia eran necesarios también ahora, cuando el Quinto Regimiento y la conformación de una nueva armada apenas se concretaban.

—Constituir un ejército leal a la República fue fácil —le soltó Vittorio a sus compañeros, listos para terminar el día sellando su pacto con un vino de la Rioja que ya circulaba entre ellos—, lo difícil será conservar la unión a pesar de las diferencias —continuó, a sabiendas de que el nuevo ejército, tan necesario a la coalición, evidenciaba los defectos de cada una de sus partes: los anárquicos le apostaban al entusiasmo y a la espontaneidad; los socialistas querían crear columnas nuevas en las milicias existentes; los republicanos estaban con los generales fieles al Estado, proclives a reorganizar los cuadros del viejo ejército que no hubiesen resultado traicioneros—. Y por eso no hay que olvidar conectar con las masas, apelar a la conciencia política y a la combatividad de los trabajadores. Ellos deben sentirse parte de una misma causa, aunque seamos un regimiento con distintas pertenencias —dijo refiriéndose a la mezcla plural que reunía desde intelectuales apartidistas y empleados liberales hasta campesinos y obreros—. ¡Todos seremos uno! —arengó Vittorio con entusiasmo—. ¡Mi nombre de batalla es Carlos Contreras y estoy con ustedes en cuerpo y alma!

—¡Viva el comandante Carlos! —corearon entonces sus compañeros levantando las armas en el aire.

Fue así como Vittorio, por un breve momento de ese atardecer sin viento y a pesar de los grandes retos frente a él, se sintió invencible. Con la creación del Quinto Regimiento había vuelto a la juventud y, con ella, a la esperanza de que en sus acciones radicaba la posibilidad no solo de defender la República y detener el fascismo, sino de cambiar el rumbo de la humanidad. De esa esperanza suya dependía la esperanza de quienes lo rodeaban, de los de su generación y de las que le seguirían, pensó al brindar con la botella ofrecida por uno de sus compañeros.

Para octubre de 1937 —cuando ya el Quinto Regimiento y sus legiones de acero habían peleado con gran ingenio, lo que incluía, por ejemplo, bombardear al enemigo con propaganda política a base de folletines lanzados por cohetes invitándolo a cambiarse de bando—, la situación se había tornado crítica y la esperanza mínima.

Después de gestas como, en el 36, haber salvaguardado ferozmente la capital ante el avance franquista, el Quinto había tenido que integrarse al ejército regular al mando del general Miaja. El comandante Carlos seguía operando como lo había hecho hasta entonces, fungiendo de comisario político por cuenta del Partido Comunista Español y por lo tanto de la Unión Soviética, principal aliada de los republicanos y responsable de la ayuda tanto económica como logística que recibían. También México estaba entre los pocos países que apoyaban a España, su segunda patria, pero a principio de año el presidente Cárdenas le había dado asilo a Trotski, lo que, para la incrementada paranoia soviética, equivalía al distanciamiento y a la confrontación entre los dos países, lo que impedía reconocerles a los mexicanos sus méritos.

Para entonces las potencias europeas —que en un principio del conflicto habían optado por la no intervención y que lejos de ayudar a la República la boicotearon, temerosas como estaban de que coaliciones como la del Frente Popular se extendiesen a sus países— estaban a punto de reconocer el gobierno de Franco, algo que ya había hecho el Vaticano.

Mussolini y Hitler, en cambio, seguían enviándole al general artillería pesada y hasta a sus propias fuerzas aéreas, que lanzaban de continuo bombas desde los Junkers alemanes y los Fiats italianos, como habían hecho desde los inicios del conflicto. Gracias a ello, el ejército franquista conquistaba a diario nuevos territorios, dejando cada vez más áreas inalcanzables para los republicanos, como había sido el caso de Bilbao y su Cinturón de Hierro, Gijón y ahora las Asturias, a punto de caer en manos enemigas.

Vittorio venía llegando de vuelta a España de una misión secreta en París: evacuar de Asturias a militares y militantes, así como a mujeres, niños y ancianos. En la Ciudad Luz había llevado a cabo larguísimas negociaciones con los principales

miembros del Partido Comunista Francés y del Socorro Rojo Internacional, pero también con la prensa —buscando concientizarla de la situación—, así como con las empresas a cargo de las naves necesarias para organizar el éxodo. Hubiera querido ir personalmente a Asturias para asegurarse del éxito de la retirada que había orquestado en tan corto tiempo, pero con la entrada de las tropas falangistas a Gijón todo se precipitó: un territorio de 18 000 kilómetros cuadrados se perdió de un solo golpe, volviendo imposible cruzar los nuevos confines. Fue precisamente en París, hablando con quienes ya habían escapado de Asturias, que Vittorio llegó a la conclusión de que una de las principales razones de la derrota del Norte —además de la ineficiencia de sus cuadros militares, del egoísmo provincial, de la falta de disciplina y de apoyo aéreo, del desinterés del Estado Mayor central y de la moral baja en los combatientes desde la caída de Santander— era no haber depurado lo suficiente al ejército y a la sociedad civil de eventuales traidores.

Para Vidali la traición de los hermanos, que a pesar de tener la misma sangre y los mismos problemas peleaban entre sí —como había sido el caso del golpe de estado del POUM en Barcelona—, era una vergüenza inaceptable. Pero de todas las traiciones, nada como la del enemigo para él más repulsivo, el que conspiraba desde adentro, escurridiza y canallescamente, esperando las fallas de sus propios compañeros para primero debilitarlos y luego aniquilarlos. Esa abominable traición a la causa republicana que pronto se llamó «la quinta columna».

Fue bautizada así por un general sublevado de apellido Mola, que declaró imprudentemente que contaba con cuatro columnas de soldados, pero que en Madrid la primera en triunfar sería la quinta. Por esa arrogancia, desde que Vittorio había vuelto a la capital no podía dejar de pensar que, entre los que lo saludaron premurosos en el aeropuerto, entre los que se codearon con él esa mañana al comprar el periódico, entre las mujeres que le habían sonreído esa tarde, algunas de las cuales visitaban su cama, estaban los traidores. Traidores que se habían organizado en una conjura de dimensiones magnas y planificación profesional y que el alto mando republicano había descubierto a la vigilia de su viaje a París. Apenas antes de recibir la llamada de emergencia del partido con la orden de salvar lo salvable en Asturias y su respectivo e inmediato envío a cumplir con esa misión, el hallazgo de esa estola de traidores, distribuidos en su propia ciudad, a tan poca distancia del cuartel donde se encontraba la cúpula militar de la República, había consternado a Vidali.

Una conjura de una coordinación y alcance sorprendentes dividida en grupos autónomos. El primero estaba formado por los dirigentes, cuyo encargo era el de controlar y vigilar el resto de la pirámide. El segundo, por un grupo militar disfrazado de civil que tenía encomendada la tarea de organizar el sabotaje de la ciudad, ocupando en el momento oportuno las sedes del telégrafo, del teléfono, la metropolitana, los tranvías, los depósitos alimentarios y un largo etcétera. Este grupo también estaba a cargo de la comunicación con el territorio franquista. El tercero era

«la columna blanca», compuesta por quienes se habían refugiado en las embajadas (principalmente las de Chile y Argentina) y desde allí mantenían contacto con los espías externos a través de los diplomáticos que los habían acogido. El cuarto grupo era netamente militar y se subdividía en «banderas» de trescientos hombres, cada bandera con diez secciones y treinta elementos, subdivididos a su vez en falanges de diez. Estos eran los que se encargarían, en los momentos claves, de pasar al asalto de casas, hoteles y, por supuesto, del Estado Mayor.

Un complot de tan enormes proporciones, y planeado desde tan vieja data, que a Vittorio le hubiera gustado aplastarlo ahí mismo y con sus propias manos, si no fuera porque había tenido que irse a toda prisa a París, a organizar el éxodo asturiano. Pero ahora estaba de vuelta, más enojado que nunca, porque había visto lo que esas traiciones le habían costado, en términos humanos y políticos, al norte del país, ocupado ya en su totalidad.

Tratando de disimular el coraje que le daba estar tan cerca de los traidores, Vittorio caminó hacia la sede del partido en compañía de Tina, que había ido a su encuentro a pesar de su urgente compromiso para organizar el envío de sangre a las trincheras y a pesar de que, desde la muerte de su madre, un año antes, estaba cada vez más alejada de él y de todos. Mientras avanzaban, uno al lado del otro, miraban a su alrededor los parapetos y las barricadas de una ciudad convertida en una jungla salvaje y Vittorio constataba que la situación en Madrid no era mucho mejor que la de Asturias: la capital estaba nuevamente al borde del asedio y, con las tropas franquistas a menos de un kilómetro del centro, a cada paso que daba su frustración aumentaba, al igual que la tristeza de Tina, quien, para su estándares, estaba muy elocuente.

—Mira cómo nos han reducido. Nos van a enterrar antes de matarnos… —se quejó ella, sumergida en el pesimismo que se respiraba en las calles madrileñas, amenazadas por todos los frentes.

—Madrid es el baluarte de la resistencia, el símbolo de la fuerza republicana, y es capaz de repeler al enemigo —intentó tranquilizarla Vittorio sin mucha convicción y con cada vez más enojo encima.

—Es también el blanco de la conjura que se aprovecha de nuestro derrotismo y de nuestra desconfianza, los hombres que quedan están muy probados ya, para darnos el golpe de gracia —le recordó ella, tocando sin querer la fibra más sensible para él en esos momentos.

—Ni menciones esa maldita conjura. Solo saber que muchos de los traidores están ahora mismo protegidos en las cárceles, comiendo mejor que los soldados que nos defienden refundidos en las trincheras, me despierta las ganas de ir por ellos.

—La mayoría no ha recibido condena aún… —le reiteró Tina.

Entonces Vittorio tuvo un destello en la mirada y una silenciosa rebelión a la impotencia lo recorrió. Tenía la absoluta seguridad de que para proteger todo lo que

era importante para él —se llamara Madrid, la República o simplemente la libertad — era necesario aplastar la quinta columna. Posesionado por la idea de acabar con los traidores, no le importó que ese era un asunto fuera de su incumbencia y, cuando llegaron a la sede del Socorro Rojo, se despidió de Tina y le pidió a Emilio y a otro de los choferes que lo esperaban ahí, que lo llevaran a la cárcel donde estaban resguardados esos cobardes.

Una vez en el penal, y después de apalabrarse con sus directivos, dispuso un escritorio improvisado en el patio de servicio de esa institución, pidió los expedientes relativos a los prisioneros y, apenas le trajeron de las celdas a uno de los acusados, comenzó el interrogatorio:

—Nombre —ordenó desde el improvisado asiento.

—Julio Aguilar —contestó aterrorizado el individuo que parecía más un inocuo burócrata que un peligroso conspirador.

—Es usted acusado de traición, ¿cómo se declara? —preguntó Vittorio mientras se abría la cremallera de su cazadora de cuero negra, la que Togliatti, recién llegado a España, le había criticado alegándole que exigía disciplina a sus tropas y no era capaz de atenerse a ella usando un uniforme apropiado. «Siempre vivirá en ti el alma de un desertor austrohúngaro», le había dicho bromeando. Y tenía razón. No quería vestir de uniforme; prefería ser el intrépido de antaño, cuyos métodos incluyeran la suspensión de todo derecho constitucional, lo que consideraba justificado en esos tiempos de guerra y, sobre todo, en los tiempos de la ínfima traición que sufría la República.

—Yo no…

Vittorio, sin siquiera dejarlo terminar la frase, lo amenazó con voz firme y con su mano sobre la pistola que guardaba en el bolsillo:

—Es tu última oportunidad para denunciar a tus cómplices.

—Pero yo… no he…

Vidali sacó entonces la pistola, apuntó al centro de la angosta frente del atemorizado hombre y apretó el gatillo del arma, que había previamente descargado.

Se hizo el silencio, que duró unos minutos, hasta que el condenado abrió los ojos y Vittorio apuró a sus subordinados:

—Súbanlo al camión y traigan al siguiente —pidió mientras los atónitos empleados de la cárcel lo miraron en silencio repetir la operación, que no logró sacarle a ningún preso dato alguno.

—El camión está lleno. ¿Qué hacemos, comandante? —preguntó Emilio cuando vio a Vittorio cansado.

—¡Denle una vuelta a ver si alguien confiesa! —contestó mirando el oscuro vehículo cuyo motor había pedido que permaneciera encendido para que nadie pudiera escuchar si disparaba—, yo regreso a pie.

Aún alterado por el coraje y sin esperar a que el furgón partiera, Vittorio volvió

a la calle solo para darse cuenta de que el mensaje de Stalin había penetrado en sus abismos: no había disparado, la Junta se ocuparía de eliminar a esos hombres, solamente porque esperaba conseguir alguna denuncia. «Con los provocadores, con los espías, con los enemigos del pueblo hay que actuar sin rémoras», se repetía, como si quisiera convencerse de ello. «Acribillar a quien pone en peligro la República y con ella nuestros ideales es un acto necesario para acabar con la escoria fascista. No hay tiempo para rodeos: o ellos o nosotros. Exterminar la quinta columna es la última posibilidad de ganar una guerra que ha durado demasiado tiempo y ha causado demasiados estragos». Tanto lo repitió camino a la sede del Socorro, donde por fin descansaría un poco, que acabó creyéndoselo. Esa noche durmió con Tina y sin remordimiento alguno.

26
Cáncer

Ciudad de México, 1980

La palabra cáncer es una de las que más revoluciona, hostiga y abruma nuestra psique, al grado de asociarla a cualquier dolor crónico. Suele representar el sufrimiento, la minusvalidez, la soledad y la muerte, de tal modo que, con solo pronunciarla ni se diga padecerla, nos trastorna de modos incomprensibles. Una enfermedad que, en los últimos años, reporta un lapidario cálculo estadístico, tiene una mortalidad promedio del 39.5%, pero cuyo muy posible resultado, la muerte, no es lo que más nos atemoriza, pues la partida del propio cuerpo de este mundo es matemática pura. Lo que nos turba es el miedo de que esa muerte venga acompañada por un largo suplicio, que en el caso del cáncer implica, además de la posible mutilación de una parte de nosotros mismos, lidiar con su devastadora capacidad de reducirnos en lo físico y de aniquilar facultades básicas en lo mental, entre las cuales la alegría y la dignidad. Para empeorar el asunto, en la modalidad del cáncer de próstata, la afectación, y la eventual amputación de nuestras capacidades, concierne cuestiones primordiales en las que un hombre suele sostener una considerable porción de su vida, como el goce sexual y la virilidad.

Así que, para comprender el desorden mental que me asaltó entonces, hay que entender que ni yo me comprendía. Baste considerar que de un momento a otro me faltó el impulso vital más primitivo, eso después de que mis cimientos más básicos se cimbraran y mi intimidad quedara humillada. Simultáneamente a tales pérdidas, aparecieron la angustia y la incertidumbre, que me invadieron en los meses posteriores a la desaparición de Simona. Una desaparición que tenía yo que asumir como tal, pues más allá de la posibilidad de que ella se hubiera equivocado involuntariamente al darme su número telefónico, tampoco había intentado llamarme —y tenía todos mis datos—, dejándome a la merced de mi recurrencia más latente: la especulación.

Eliminado el instinto sexual, y después de las traumáticas escenas donde mi

orina se convertía en sangre, así como lo hacían mis primeras eyaculaciones después de la biopsia, mi rechazo a sostener cualquier relación con el sexo femenino inhibía todas mis acciones. Disminuido como estaba, no atinaba a decidir qué debía hacer con respecto a mi salud, ni con respecto a Simona, pues en ese momento me parecía que lo que había llegado a sentir por ella se diluía en la nada. A veces me consolaba pensando que su desaparición, por lo menos de mi vida, me evitaba enfrentarme a mi dificultad más dolorosa: la renuncia a la plenitud física y mental que Simona me había inspirado y otorgado. Por su parte, mi esposa, ajena a estos argumentos, me asistía devotamente y a pesar de que desde que me supo enamorado de otra se había ido a dormir al cuarto de huéspedes, esperando en silencio mi recapacitación. Ella y mis hijas eran la única compañía femenina que toleraba, pues gracias a la falta de deseo sexual me hacían sentir menos frágil, aunque también más confundido y, sobre todo, culpable de no lograr amar a Clara como debía y de pensar en otra mujer, una que ni quería verme.

Como sea estaba rodeado por una familia leal, que intentaba inyectarme esperanza en todo momento, pero ni así lograba yo tomar una decisión que para cualquier otro y en cualquier otro momento hubiera resultado obvia —la de poner mi vida a salvo aun a costa de quedarme impotente—, pues en mis condiciones mentales no lo era, y me costó tiempo precioso tomarla. En ese titubeo, el recuerdo de Simona resultaba determinante, pues me negaba a renunciar a una sexualidad plena, como la que había vivido con ella. Afligido frente a la disyuntiva, intentaba decidir qué hacer y para ello consulté doctores y hasta chamanes mientras mi tensión aumentaba, concentrándose en los músculos de mi espalda, que presentaban fuertes contracturas; mis vertebras se habían comprimido al grado de que mi dedo meñique no me respondía, al parecer a causa de un nervio prensado. Recuerdo incluso haber pasado un día entero en la cama, vomitando lo que había comido. Clara, mi esposa, estuvo conmigo, convertida en una enfermera cumplida y en una amiga solidaria, con un sentido del deber hacia nuestra familia más grande que cualquier reclamo que hubiese podido tener en mi contra. Debo admitir que su resiliencia para con lo nuestro, si bien a menudo me hacía pagar su apoyo con manipulaciones, me conmovía. Pero ni por sus ruegos conseguí resignarme a aceptar la renuncia a una vida completa en todas sus facetas, a lo que en mi mente equivalía la cirugía. Era una obsesión vana en esos momentos, lo reconozco, porque mis encuentros sexuales se reducían a los que sostenía conmigo mismo o con alguna revista pornográfica, y solamente para cerciorarme de que mi erección se sustentara.

Simona era la persona que me recordaba mis limitaciones y por lo tanto la que más se aparecía en mi inconsciente y la que menos quería ver, pero era también la que imaginaba como mi salvación, el ser más indicado para devolverme, si es que lograba curarme, el dominio de mi cuerpo y el placer que este podía procurarme. Tal vez por eso continuaba ocupando mi mente y su desaparición de mi vida me causaba

tantas inseguridades. Para entonces era evidente que no me contestaría el teléfono ni tampoco me llamaría: había preferido romper conmigo de tajo y sin que yo entendiera el porqué. Paralelamente a mis averiguaciones sobre cómo salvaguardar mi salud —un lento calvario distribuido entre el análisis de la información recolectada y mis paranoias—, me propuse descifrar qué escondía el comportamiento de la segunda italiana que me destanteaba y, de paso, descubrir qué había de cierto en las acusaciones que pesaban por su parte sobre Vittorio.

Con la policía de Italia teníamos una excelente relación gracias a que la mafia calabresa —esa retorcida pero discreta organización llamada 'Ndrangheta— comenzaba a relacionarse con el narco nacional y, si bien este era controlado por el colombiano, estaba ampliando sus relaciones internacionales, alistándose para su futura independencia y eventual globalización. Así que, a través de los conductos oficiales, la comandancia de los *carabinieri* me envió un reporte completo: Simona había nacido Calligaris en Trieste, el 8 de agosto de 1943. Resultaba casada con Riccardo Del Fabbro (con doble ce y padre de sus dos hijos) y era portadora del apellido de su marido, que, a la usanza italiana, había adoptado como único. Era maestra, profesión que ejercía en el Liceo Clásico de Udine, y residía, junto con su familia, en esa ciudad. No resultaba tener ficha criminal alguna en su expediente.

Cuando recibí el fax conteniendo ese decálogo informativo, lo primero que pensé fue: «¿Udine, la misma ciudad donde había nacido Tina?». Estaba al corriente de que Tina tuvo cinco hermanos, y por lo menos uno de ellos había tenido a su vez descendencia. ¿Acaso sería pariente suya?

Durante su estancia en México no me había parecido interesada en Tina, pues ni una sola vez me había preguntado por ella. Recordé haberle contado, en los días que pasamos juntos, que una historiadora de arte, Mildred Constantine, había venido años antes a hacer averiguaciones sobre Tina con la intención de recoger material fotográfico para una muestra que inauguró en 1977 por encargo del Photography Department of Modern Arts of New York. Mildred, cautivada por la historia de Tina, acabó publicando un libro titulado *A Fragile Life*, un texto que había yo leído, ávido de enterarme de muchos pasajes desconocidos de la vida de quien se estaba volviendo una heroína, y no nada más mía. Pero Simona no se había interesado en ese evento ni en ningún otro que concerniera a Tina, ni siquiera cuando le conté de mis sospechas sobre Vittorio como eventual responsable de su muerte. Su desinterés por ella me pareció sincero, pero no podía ignorar que había mentido en muchas otras cuestiones.

En materia amorosa había renegado unos cuantos detalles —uno llamado marido y dos detallitos llamados hijos—, lo que explicaba por qué había desaparecido de mi vida: estaba casada y no tenía interés en continuar lo que para ella debió haber sido solamente una aventura. Detalles que yo mismo había ocultado en varias ocasiones. ¿Pero por qué mentir acerca de su ubicación geográfica? Me

había dicho que vivía en Milán en vez de Udine. ¿Por qué había inventado un trabajo que no era el suyo?, lo que bien podía indicar que había mentido también en sus motivos para investigar a Vidali. Ninguna de las dependencias que consulté, ni la Interpol, ni los servicios secretos italianos, ni la policía de estado, tenían noticia alguna de una posible conexión de Vittorio Vidali con lo que llamaban «el caso Moro». Y una invención de ese tamaño —por más que hubiese alguna sospecha oficial al respecto y las investigaciones relativas al caso se estuviesen manteniendo en secreto, por más ingenioso que me pusiera en pensar cómo es que una maestra de Udine pudiese estar al tanto de ellas— solo podía ocultar algo turbio.

¿De dónde había sacado Simona la historia de las interceptaciones telefónicas *dell' Asinara*, que según me había confirmado la policía italiana era la cárcel más segura de Italia? Era un episodio demasiado complejo, estridente y, para colmo, plausible para que hubiese sido el simple fruto de su fantasía, un modo casual de justificar su viaje a México. Como fuera quería averiguar todo sobre esa mujer, aunque tal vez solo ansiara volver a verla. La había convertido en la ilusión necesaria para superar los momentos difíciles que atravesaba, en los que ni las fotos de Tina provocaban mi libido. La idea de buscar a Simona me traía de vuelta algo del entusiasmo perdido con la enfermedad y me hacía fantasear con el hecho de que, cuando resolviera mi situación de salud, viajaría a Italia. Un propósito que acabó por convertirse en una luz al final del túnel, la necesaria para alumbrar ese tramo oscuro. Un propósito que además me provocaba pequeñas ilusiones en lo inmediato, como inscribirme a clases de italiano o desarrollar una curiosidad extrema hacia todo lo relacionado con Italia.

Había ido a Europa dos veces en mi vida, la primera con mi esposa a visitar a los parientes de mi madre en España y la segunda para que mis hijas conocieran el viejo continente, ocasión en la que visitamos Roma, Nápoles y Florencia. Por más que intenté llevarlas a Trieste —proponiéndoles una visita al castillo de Miramar con la excusa de que era el lugar desde donde el emperador Maximiliano había zarpado a México—, nuestro viaje se acotó a lo único que a Clara le interesaba: cultura, religión y sugerencias de parientes y amigos. Así que ya me andaba por ir a Italia solo y con otros propósitos: volver a ver a Simona y tal vez a Vidali, entonces casi octogenario, en la que bien podía ser mi última oportunidad de hacerlo. Fue gracias a la ilusión que me daba ese viaje —aunada a la perseverancia de mi esposa, tengo que admitir— que logré disipar el miedo y actuar con respecto a mi enfermedad.

La característica más aterradora del cáncer es su obstinación, la cual condena a su víctima a vivir a la espera del regreso de la enfermedad, postrada frente a la amenaza de sus réplicas, aniquilada por el temor a sus metástasis, vencida ante la inconsistencia de un cuerpo expuesto a los embates de un padecimiento tan mutante

como perseverante. La particularidad del cáncer de próstata es la absoluta falta de misericordia, primero con la autoestima del sexo masculino —y por sexo masculino me refiero concretamente a esa vivaz protuberancia llamada pene—, luego con la de todo su género, tan necesitado de refrendas, tan ansioso por recibir estímulos, tan hambriento de la seguridad que la enfermedad le arrancó sin una pizca de compasión.

A causa de estas reflexiones, y después de mucho pensarlo, resolví combatir mi padecimiento cambiando la operación propuesta por la mayoría de los médicos visitados —que amenazaba con dejar inservibles mis nervios eréctiles, condenándome a una impotencia que no estaba dispuesto a aceptar— por un suigéneris y novedoso tratamiento experimental a base de radiaciones al que finalmente me sometí. Era una mezcla entre ciencia y medicina alternativa que significaba poner en riesgo mi vida, según los doctores más serios que consulté, pero prefería morir a vivir con limitaciones. Por suerte mi resolución me regaló una esperanza: aun en el caso de que no hubiese yo ganado el partido, por lo menos contaba con tiempo de juego extra.

Al cabo de la cura, que duró más de un año y estuvo plagada de dolores y sinsabores, no solo seguía estando entero, sino que el doctor a cargo, que algunos calificaban de charlatán, dio por terminada mi convalecencia. Entonces Clara, misericordiosa en su papel de esposa abnegada, posiblemente con la caritativa intención de comprobar y comprobarme que mi virilidad no estaba comprometida, volvió a nuestra cama. Logró su propósito, al igual que mi profundo agradecimiento por sus cuidados, pero nuestra reconciliación me hundió en otro tipo de angustia. Si bien mi cuerpo seguía funcionando y el cariño por mi mujer se había renovado, mi deseo por ella era nulo. De forma directamente proporcional a la recuperación de mi facultad viril, el recuerdo de Simona se implantó en el declive de mi matrimonio, sumándose además a mi curiosidad por descubrir los verdaderos motivos de la aparición de la italiana en México, así como los que la habían llevado a desaparecer de mi vida. Nada más afrodisíaco que una mujer ausente y misteriosa, nada más descontado que una demasiado disponible o demasiado transparente. Un juego de fichas más viejo que el mundo, pero al cual nadie se sustraía.

Hubiera podido confrontarla por teléfono, pues tenía sus datos comprobados ahora por la policía italiana, o, una vez al tanto de sus mentiras, hubiera podido simplemente sacarla a empujones de mi mente. Asumirla como una aventura más, una de esas historias que para ser liquidadas no necesitan más explicación que reconocer que, en materia amorosa, el entusiasmo de todo comienzo termina al igual que inició: en menos tiempo de lo que dura un suspiro. Hubiera podido barajar y elegir cualquiera de estas opciones para desaparecerla de mi vida, si no hubiera sido porque Simona estaba en Udine, la misma ciudad donde nació Tina Modotti, un sitio que, para rematar, se encontraba a una hora en auto de Trieste, lugar donde

vivía Vidali desde 1947. Hubiera podido declarar archivado el asunto Simona Del Fabbro, si no hubiera sido por el incontrolable y molesto hecho de que no podía dejar de pensar en ella y en la posibilidad de volver a verla. Así que, cuando el apremiante recuerdo de sus besos, aderezado con mis obsesiones más frecuentes, se tornó insostenible, opté por recoger lo que quedaba de mis impulsos sexuales y de mi lastimado ego e inventarle un viaje de trabajo a Clara.

Mi esposa, como siempre, prefirió no descubrir mis misterios ni mis destinos, y yo pude embarcarme tranquilamente, con cámara en mano y sin contratiempo alguno, en la travesía que me llevó de la Ciudad de México a París y de ahí hasta Venecia.

27
María

España, 1934-1939

Por más que durante el Congreso para la Defensa de la Cultura en contra del fascismo Robert Capa y otros ilustres fotógrafos de guerra —la nueva variante de una profesión difundida al ritmo de la necesidad de documentar el conflicto— le hubiesen insistido a Tina para que volviera al oficio en el que más cómoda se había sentido, ella se había negado. ¿Cómo iba a perder tiempo así, cuando había tantas cosas más importantes que hacer? Y si no se le ocurría tomar en sus manos una cámara capaz de denunciar los horrores a su alrededor, mucho menos pensó en volver a sacar fotografías artísticas y, menos aún, a posar.

El día en que escuchó un clic furtivo dirigido hacia ella, llevaba años de no sacarse otras fotos que las utilizadas para cambiar de identidad en los tantos pasaportes que usaba en sus misiones. Más allá de los muchos nombres que aparecían en sus documentos para encubrir el verdadero, también en su trabajo de campo solía llamarse de modos diversos. A veces era Carmen Ruiz, a veces Vera Martini, pero el apelativo que más le gustaba era María: el que, a la más típica costumbre comunista, había escogido como nombre de batalla. Con el nombre de María se sentía identificada, y había acabado por adueñarse de todas las connotaciones que este representaba: la de la sierva mendicante, la de la humilde mujer de provincia a imagen y semejanza de las Marías mexicanas, y la de la virgen cristiana, asociada comúnmente a un modelo de ascetismo y sufrimiento. Modelos todos a los que Tina se acogía con fervor, como si se tratara de una religión propia.

Pero ese día, uno muy activo dentro de la semana del Congreso del Socorro Rojo en Madrid, apenas y se dio cuenta del clic que había escuchado, proveniente de la cámara de un periodista enpeñado en retratarla junto a Isidoro Acevedo —el presidente del Socorro y expresidente del PCE— mientras escuchaban a un compañero alabar la heroica defensa de la capital y cuán importante era mantener

alta la moral para enfrentar el próximo asedio. En un rato más se reuniría con Vittorio y su mente divagaba distraída pensando en su relación con él. Harta de sus traiciones y ausencias, se esforzaba en recordar solamente las cualidades de su hombre cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por el golpe del martillo sobre la mesa del moderador, avisando el fin de la sesión y de sus elucubraciones. Tina se levantó de la banca del auditorio donde se había celebrado la reunión y se despidió de los asistentes declinando la invitación a cenar de Isidoro. Estaba agotada y prefería irse directamente al cuarto que esa noche compartiría con Toio, a esperar su llegada.

Durante todo el verano y parte del otoño de ese difícil 1938, Tina había visto poco a Vittorio, ocupado como estaba en la ofensiva del Ebro, pero cuando llegó noviembre se habían dado cita en Valencia para viajar juntos a la conferencia del Socorro Rojo en Madrid. Por esa larga separación, Tina jamás imaginó que ahora, que por fin podían gozar de un poco de intimidad, él no llegaría a la cita.

Seguramente le había surgido algún imprevisto, lo excusó, mientras aprovechaba la espera para reconocerse en el espejo. Llevaba meses de no mirarse en uno y lo que vio no era nada halagador: sus piernas estaban hinchadas de tanto estar de pie, y sinuosas várices las surcaban; sus ojos, marcados por el poco descanso que les concedía, al igual que su cuerpo, que a menudo olvidaba alimentar y mostraba señales de franca decadencia. Pero de todas sus miserias, la peor era la que no aparecía en el espejo y sin embargo pesaba sobre su ser como un ladrillo sobre la madriguera: estaba envuelta en un halo de tristeza. Últimamente pasaba cada vez más tiempo pensativa, hablando —las pocas veces que lo hacía— lentamente, como si sus palabras cargaran tanta frustración que no lograban salir de su boca. ¿Sería por eso que Vittorio la evitaba?

Consciente de no poder controlar su abatido estado de ánimo, trató de lidiar con lo único que estaba a su alcance: se peinó y se perfumó, abofeteando un poco sus mejillas para sacarles algo de color. Pero sus esfuerzos no le alcanzaron para mejorar su aspecto, o por lo menos eso le pareció. Tenía 41 años, la edad en la que nada es igual que antes. ¿Sería por eso que Vittorio se entretenía con otras? No, él siempre había sido así, se reaseguró, mientras el vozarrón de Toio se escuchaba del otro lado de la pared, mezclándose con las voces de varios camaradas y de algunas mujeres también. Vittorio tardó un rato más, entre bromas y despedidas, en tocar a la puerta, que Tina le abrió entre nerviosa y molesta. Apenas lo tuvo enfrente, confirmó sus sospechas: había bebido. Él, en cambio, ni notó las ganas con las que ella se había arreglado en su exasperado intento de agradarle.

La saludó distraído y sin siquiera acercarse, lo que la hizo sentir invisible. Tina se obligó a no reclamarle, recordando repentinamente que no se había divertido con él desde la vez que habían coincidido en Brujas y habían comido mejillones en una plaza a la orilla del mar, donde acabaron bailando hasta que se sintió algo empachada

pero deseada a la vez. No, ya no se sentía así, ni siquiera estaba cómoda en su presencia. A veces imaginaba terminar, por lo menos, la parte amorosa de su relación. A lo mejor podían volverse una pareja toda política, una en la que lo único que contara fuera su trabajo conjunto, pensó nuevamente. Pero no tuvo las fuerzas, ni era el momento, para plantearle esa opción, como tantas otras veces hubiera querido hacerlo sin atreverse. Había tantas cosas más importantes en que ocuparse que pensar en el amor, o en la fotografía, para el caso, frivolidades que no podía concederse si quería ser coherente consigo misma. Era demasiado lo que había en juego en esa guerra para actuar con semejante egoísmo. Pero aun con su mejor espíritu de sacrificio, para su orgullo femenino soportar que su pareja entrara al cuarto sin siquiera mirarla, después de meses de separación, era humillante, además de doloroso.

—¿Ya no sabes sonreír o qué? —la azuzó él.

—Estás borracho.

—Y tú, enojada porque no me emborraché contigo…

—Me das una cita y llegas horas después. Yo también hubiera podido ocuparme, de haber sabido.

–Ya llegué… ¿y así me recibes? Cada día más criticona y testaruda. ¿Con quién querías ocuparte, a ver…?

—Con quien me hubiera dado la gana.

—Solo porque no tienes con quién… Eres una… —se burló haciendo una mueca con su boca que parecía un beso.

—Dilo, oféndeme otra vez…

—¡Una *puttana di alto borgo* es lo que eres!

—¡Y tú un *donnaiolo di bassa specie!*

Raramente Tina contestaba sus provocaciones, en especial modo si Vittorio estaba ebrio, y cuando terminó de tacharlo de donjuán de ínfima calaña ya estaba arrepentida, no porque dudara de sus palabras, sino porque no veía el objetivo de pronunciarlas.

Se metió bajo las sábanas sin propinar ni recibir otras ofensas, cansada de un día intenso, pero más cansada de sus propias inseguridades. Toio se dejó caer a su lado después de quitarse pantalones y botas, y no pasaron ni dos minutos para que se le acercara cariñosamente. Ella lo dejó hacer. En la soledad de aquellos meses, esa era su única oportunidad de recibir un poco de calor humano. Juntaron sus labios y la boca de él invadió la de ella con un tufo a alcohol fermentado y a comida mal digerida. Vittorio terminó de desvestirse y alcanzó a Tina debajo de las cobijas, mientras ella —como en las tantas noches heladas que habían pasado juntos en Moscú— puso sus pies entre las piernas del que seguía siendo su oso a pesar de sus groserías. Él sintió la excitación de su miembro, fogoso al grado de que tenía que darse frecuentes baños helados para apaciguarlo. Con 35 años y su hombría en

apogeo, prensó los senos de ella con sus manos mientras con la boca los succionaba como si hubiesen sido botellas de su vino favorito.

Hicieron el amor, con la fantasía generosa y plena que caracterizaba sus encuentros, o por lo menos eso pensó él. No imaginaba que para Tina aquello era más una evasión de carácter físico: hacía tiempo que, frente a los sinsabores de su relación con Vittorio, se había convencido de que nunca volvería a amar o a gozar como había amado y gozado a Julio Antonio. Ningún otro ser humano sostenía comparación alguna con él, a quien idealizaba al grado de que cualquier realidad distinta a la que él le había proporcionado le parecía insulsa y de algún modo inválida. Vidali ni lo sospechaba, ni le interesaba.

A la mañana siguiente, después de una noche en la que él roncó y ella mal durmió, angustiada como estaba, se pusieron al día con las últimas noticias de sus actividades, como si aquello hubiera sido una sesión informativa de tipo profesional y nada tuviera que ver con sus vicisitudes nocturnas. Después se marcharon a sus mutuos compromisos: Vittorio a una serie de reuniones con oficiales del ejército que culminarían en la cena que el Socorro Rojo le ofrecía a la cúpula militar, y a la que Tina no asistiría, y ella a un recorrido por los hospitales y los centros de atención médica de la ciudad para evaluar sus más recientes necesidades.

—El Socorro Rojo fue bombardeado, ¡hay varios muertos! —fue la frase que le gritaron a Tina desde el pasillo al que se asomaba la habitación donde dormía, mientras golpeaban frenéticamente a su puerta. Envuelta en la sábana que la noche anterior había arropado al que seguía siendo su hombre y ahora mal cubría su consternación, Tina le abrió al compañero que venía a avisarle de la desgracia. ¡No, no podía ser!, alcanzó a exclamar en sus adentros. Otro muerto en su vida, otra tragedia para su larga lista de pérdidas. A pesar de su conmoción logró pronunciar el nombre que amaba, más allá de sus desamores.

—¿Vittorio?

—No lo sé… —contestó el mensajero, entendiendo de inmediato que el sentido de la interrogación se refería a si había muerto—. ¡Vamos para allá!

Tina, que cada vez viajaba más ligera, se vistió con la única ropa que traía consigo —una falda negra ajustada y una blusa blanca, que había dejado en la silla al acostarse— y corrió, sosteniéndose apenas sobre sus pies, hacia la sede del Socorro, ubicada muy cerca de allí. Lo que encontró en ese sitio fue una masacre, pero a pesar de la confusión de esos momentos de horror logró entender lo sucedido. Un golpe de mortero había caído encima de la mesa donde Vittorio estaba cenando con otros convidados, destruyendo una buena parte del edificio. Los primeros auxilios estaban llevándose a los heridos y lo que quedaba de los cinco cadáveres en los que resultó el atentado. Tina se abrió paso entre los escombros envueltos en una nube de tierra y

pólvora para encontrar a Vittorio tirado en el suelo y ensangrentado, con un brazo hecho añicos. Melchiore Vanni, quien dirigía el Comité Coordinador del Socorro Internacional en París, estaba inconsciente a unos pocos metros de él. En medio del desbarajuste, y mientras Tina trataba de reanimar al amigo desmayado, una ambulancia se llevó a Vidali sin avisarle.

Desesperada, una vez que se aseguró de que Vanni estaba siendo atendido, pasó la noche buscando a Vittorio por toda la ciudad mientras pensaba en las peores posibilidades. Cuando por fin lo encontró, ya había sido operado y reposaba bajo el efecto de la anestesia en uno de los catres del galerón de un hospital repleto. Apenas lo reconoció se arrodilló a su lado y, agotada pero contenta de haberlo al fin hallado, apoyó su cabeza en el colchón para soltar el cuerpo y entrar en un estado de calma parecido al sueño.

En la madrugada, una mano irreconocible, y sin su pulgar, le tocó el pelo, sedoso con todo y la cantidad de polvo que le había caído encima. Vittorio había despertado con la cabeza tan vendada que parecía una momia, un pedazo de tela sosteniendo su hombro y su mano derecha con tantos trapos encima que apenas lograba moverla. Con esta última acarició torpemente la cabeza de Tina, que al sentir el peso de su hombre sobre la nuca volteó a verlo. Al hacerlo se encontró con una sonrisa que disipó todas sus dudas. No, no renunciaría a él ni a contar con él; ni a ese cuidarse y tenerse que le era invaluable. Cerró los ojos nuevamente, si bien hubiera querido mantenerlos abiertos, y cayó rendida frente a sus pesadillas. Sí, porque ahora era ella la que tenía sueños inconexos y angustiantes, y por eso prefería no dormir, ocupar su tiempo en algo mejor que el suplicio al que se exponía cada noche. Cada vez que, como ahora, el cuerpo le pedía piedad y se abandonaba a raros y breves momentos de inconsciencia, aparecían en su mente las imágenes más perturbadoras: niños en pedazos, cuerpos desgarrados, mujeres y hombres saltados por los aires, gritos y estruendos capaces de crispar los nervios a cualquiera, visiones de un infierno maldito al que se había expuesto al trabajar en primera línea y que siempre llevaba consigo. Como aquella vez que tuvo que recoger en ambulancia a los pocos sobrevivientes de una casa de cura para niños con tuberculosis en las montañas al norte de Madrid, después del feroz bombardeo del que habían sido víctimas. O como cuando murieron más de cien enfermos, envenenados por una enfermera fascista que fue ejecutada allí mismo, en el jardín del hospital donde Tina trabajaba como administradora. O como cuando se empeñaba en salvar la vida de Dolores Ibarruri, la Pasionaria, el icónico personaje cuyos discursos más valor infundían entre las tropas, quien cayó enferma de hepatitis y de la cual se encargó personalmente y con pistola en mano para evitar que durante su convalecencia la asesinaran, como los franquistas habían amenazado en muchas ocasiones.

Escenas que desfilaban provocadoras en cada uno de sus sueños, como si estuvieran compitiendo a ver cuál era la más escabrosa. De todas sus visiones, la más

recurrente en sus pesadillas era la masacre de civiles durante el éxodo por la carretera de Málaga a Almería, cuando la columna de indefensos fue atacada por mar y por aire dejando un saldo de por lo menos tres mil muertos y el doble de heridos. Sí, había presenciado los más tristes sucesos, los que no tenían más sentido para ella que ser parte de una máquina diabólica que atentaba contra los más básicos principios humanitarios. Por eso odiaba la guerra.

Cuántas barbaridades, cuántas crueldades, cuánta ignominia había en la guerra, así como en las alucinaciones que la asaltaban, y sin embargo seguía pensando que todo ese sufrimiento —el suyo, pero también el de los demás— valía la pena si servía para hacer triunfar la causa más importante que pelearía en su vida: la que acabaría con el fascismo en el mundo. «Hoy en España, mañana en Italia», pensaba, al igual que lo hacían los miembros de las Brigadas Internacionales. Como ella, muchos no podían combatir en su país de origen y España representaba para ellos la última oportunidad de detener a la ola fascista. «Si perdemos aquí perdemos en todas partes», le recordó una vez más Tina a Matilde Landa, su amiga y compañera en el Hospital Obrero, en la pesadilla en la que seguía hundiéndose. Su antifascismo no resultaba solamente intelectual, sino también personal: le echaba la culpa de todo, desde su exilio de Italia hasta el homicidio de Julio Antonio a manos del «Mussolini tropical», como él mismo había descrito a su verdugo. Por esta visión radical del valor que tenía la guerra que peleaba, sin distinguir ya si estaba despierta o no, cuando le informaron que la República se había desintegrado sintió que lo mismo le sucedía a ella.

28
Friuli-Venezia Giulia

Udine, Trieste, 1980

Una vez aterrizado en el aeropuerto veneciano dedicado a Marco Polo, en lugar de visitar la ciudad de los canales tomé el tren que en una sola hora de trayecto hacia el noreste —a través de una campiña metódica y delimitada de tanto en tanto por álamos esbeltos— me llevó a Udine. Eran las cuatro de la tarde del 11 de marzo de 1980 y llovía pausadamente cuando descendí al andén de la estación, pero ni las inclemencias del clima me detuvieron. Abordé el único taxi estacionado en la banqueta, que me condujo al hotel recomendado por el chofer según el presupuesto que le di. El *albergo* se llamaba Il Ramandolo, un edificio modernista de cinco niveles sin mucha personalidad ni demasiado gusto, que discordaba con las construcciones a su alrededor pero que resultó ser el más cercano a la dirección que había elegido visitar como primera etapa del viaje, además de estar dentro de mis posibilidades económicas.

Al siguiente día dormí hasta las doce, después de que pasé mi primera madrugada en la región natal de Tina y de Simona dando vueltas en la cama —preguntándome una y otra vez qué hacía yo allí— hasta que caí súpito, logrando recuperar de un tiro el sueño perdido en divagaciones. Al despertar lo único que saqué de mi maleta, además de una muda de ropa, fue la llave con la insignia «9-b» y las fotografías de Tina desnuda y de Vidali fumando. Las había traído conmigo a manera de amuleto, a pesar de que llevaban décadas olvidadas en un cajón de mi escritorio. No esperaba que el enigma de la llave encontrara solución aquí —Tina se había ido de Italia en 1917 sin volver nunca y dudaba que la hubiese cargado desde entonces— ni que el desnudo recondujera mi deseo a algún tipo de lujuria. Más bien las consideraba una especie de símbolo del misterio que envolvía a Tina y ahora también a Simona. Después de mirarlas velozmente, las coloqué en el buró a manera de altar para volverlas a guardar al poco rato, casi como si me incomodara su

presencia.

Después de ducharme, bajé al comedor justo a la hora del almuerzo, que según un anuncio colocado sobre el mueble de recepción era servido de doce y media a dos de la tarde en la *sala da pranzo*, un espacio multiusos utilizado también como lobby y hasta como piano bar, me enteraría más tarde. Antipasto, primero, y segundo plato *prosciutto di San Daniele, tortellini in brodo* y *arrosto* —una exquisita carne al horno con papas doradas y mucho romero— fueron los tiempos de un menú incluido en el precio de la pensión y que devoré con ganas.

Una vez alimentado, pedí indicaciones para llegar al domicilio donde había nacido Tina, según lo reportaba el libro de Mildred Constantine, y caminé las siete cuadras que me separaban de ahí. Al llegar me encontré con una casa similar a las contiguas, ubicada en una zona que debió ser periférica antes de quedar dentro del área central de esa pequeña ciudad de índole campesina, como el taxista me la había descrito al compararla con Trieste. «*Udine contadina, Trieste signorile*», había dicho, refiriéndose a la ocupación principal de los habitantes de la primera —o por lo menos de su provincia—, mientras que, según él, la segunda ostentaba aún el espíritu de la capital marina del imperio austrohúngaro que fue y, por su posición estratégica y su historia de confluencia racial y lingüística, tenía una esencia cosmopolita. El chofer parecía un hombre con conocimiento de la cultura de su región, por lo que me atreví a preguntarle por Tina. Al igual que la empleada del hotel, nada sabía de ella ni tenía idea de cuál había sido su casa.

Via Pracchiuso número 6, la dirección indicada en el libro de Constantine, era una construcción de tres niveles, con dos ventanas en cada piso y un portón de acceso que me provocó nostalgia, ni yo supe de qué. Homologada a las viviendas adyacentes, la única diferencia con las otras era que en su planta baja tenía un minúsculo negocio de revelado de fotografías de nombre Foto Shop; una coincidencia, porque adentro tampoco sabían nada de sus antiguos residentes, ni que habían sido fotógrafos, como lo fue el tío de Tina, con quien ella descubrió por primera vez ese oficio.

Algo nervioso, antes de continuar con el principal propósito de mi viaje me metí a uno de esos bares anónimos ubicados en cada cuadra y bebí un *caffé corretto grappa*, es decir «mejorado» por el destilado transparente más popular de la zona. Según el mesero, esa era la bebida con la que los friulanos «corregían», o de menos aminoraban, sus malos humores, y yo me lancé a beber el alcohólico líquido con la esperanza de que me diera el valor necesario para mi siguiente visita.

Con dos cafés de esos en el estómago atravesé la plaza de la logia, como la describía uno de los discretos carteles diseminados por la ciudad, que identificaban ese edificio como el elegante porticado de mármol blanco donde antiguamente se colocaba el mercado. A mi izquierda se entreveía un austero castillo de piedra y cal trepado en una pequeña colina que dominaba el panorama, abajo del cual una

escultura con el león veneciano de la Serenissima controlaba desde las alturas la traza irregular del conglomerado a sus pies. Siguiendo las instrucciones de los transeúntes que interpelé, llegué andando hasta la puerta de acceso del domicilio en el que, de acuerdo con la policía italiana, vivía Simona Del Fabbro, un edificio angosto, de persianas coloradas y cuatro niveles, típico de la zona. Para entonces el cielo estaba gris, la lluvia —que había parado hace rato— parecía inminente y yo había sucumbido a la duda. Estaba seguro de querer ver a Simona, pero me preocupaban la posibilidad de que ella no quisiese verme a mí y la aún más grave idea de que no pudiera yo cumplir con cualesquiera expectativas que hubiese albergado acerca de un eventual encuentro.

Más allá de mis inseguridades, que insistía yo en atribuir a mi aún frágil estado de salud y no al comportamiento errático de ella, tenía claro que no me iría sin verla. Para entonces eran casi las seis de la tarde, un buen momento para apersonarme, pensé, pues era el fin de la jornada laboral y todavía no llegaba la hora de la cena, que, según me enteré en el hotel, en Italia se llevaba a cabo rigurosamente de ocho a nueve de la noche. Cuando por fin me animé a tocar el timbre identificado como el de la familia Del Fabbro, había ensayado un discurso capaz de despistar al marido si este contestaba, otro si lo hacían los hijos y uno más si ella se resistía a hablar conmigo. Para lo que no estaba preparado era para que Simona respondiera, sin aparente asomo de sorpresa, con un casual «dame un momento y bajo».

«¿"Dame un momento y bajo"? Ni que fuera yo repartidor de pizzas», pensé. ¿Había entendido bien mi nombre? Lo dudaba. Pero de dudas estaba llena mi tarde y, últimamente, mi vida también.

Las perplejidades se disiparon cuando la vi bajar, con el pelo suelto, unos pantalones de mezclilla y la camisa desfajada. Me pareció que el pulso de mi corazón se aceleraba hasta el infarto y mi estómago se llenaba del zumbido de un racimo de mariposas moviendo sus alas. Ella, en cambio, me saludó con la misma displicencia que si en verdad hubiese sido un repartidor de pizzas, o por lo menos eso me pareció, después de lo cual me condujo al bar de la esquina. Llamó con familiaridad al que me presentó como el propietario, quien también fungía de camarero y a quien le ordenó «lo de siempre». Yo hice coro con un «lo mismo», que ella tradujo innecesariamente, pues hasta ahora no había habido quien no entendiera mi decorativo lenguaje que se limitaba a quitarle las ese a todas las palabras. Así fue como nos trajeron dos cafés que el hombre del delantal «corrigió» en nuestra mesa, vaciando directamente la botella de *grappa* en las tazas tamaño capuchino, cuyo líquido oscuro apenas cubría el fondo antes de recibir la generosa dotación de alcohol. Era mi tercer *caffé corretto* del día y mis pensamientos comenzaban a ofuscarse.

—Te ves espléndida —atiné a decirle.

—Te debo una explicación —admitió ella—, pero es larga y tengo que

preparar la cena —continuó con una serenidad que no le había notado en México, pero que, como todo en ella, me atraía y desconcertaba a la vez.

—Me debes varias: ¿Tú, periodista del *Corriere*? ¿Soltera y sin hijos? ¿Y Vidali involucrado en el asesinato de Aldo Moro? Un asunto que la policía italiana desconoce… —hice esta última acotación evitando el punto interrogativo, porque estaba seguro que era verdad.

—Puedo explicarlo todo. Y casado, y con hijos, estás tú también.

—¡Pero yo nunca lo negué!

—¿Para cantármelo ahora?

—¿Para qué mentirme?

—Solo mejoré un poco la realidad, y si te explico vas a entender. Necesitamos hablar con *tranquillitá*. Deja me organizo, ahora tengo que irme, pero podríamos vernos *domani*. Es *sabato*, no tengo clases y los niños se van con sus abuelos. Podría llevarte de excursión, si no tienes otro compromiso... —dijo poniendo su mano sobre la mía. Era la primera vez que me tocaba, más allá del abrazo presuroso que nos dimos al vernos, y tenía ganas de decirle «¿Qué otro compromiso voy a tener?», pero la deliciosa confusión que me provocó su roce me detuvo, impidiéndome confesarle que solo había venido a verla. Mejor opté por despedirme y alegrarme de que al día siguiente sería solo mía.

29
La derrota

Cataluña, París, Nueva York, Ciudad de México,
1939-1941

Un mismo suceso puede ser visto de modos tan distintos como los pares de ojos que lo observan. Ese fue el caso de la guerra de España para Vittorio y para Tina. Al primero el conflicto lo había hecho florecer, inyectándole vitalidad y sentido a su natural carisma. Ella, en cambio, se marchitaba en su agotadora actividad de socorro, almacenando el dolor de las víctimas que asistía en lo más hondo hasta convertirse en un ser taciturno y de preferencia invisible. Incluso en aquel atroz final de guerra, sus reacciones fueron diametralmente distintas. Tina se sentía vencida, con una tristeza magnificada por la de los demás, mientras que a Vittorio le parecía que la derrota era la peor de las enfermedades y no estaba dispuesto a mostrarse débil frente a un veneno lento, que sedimenta y se acumula terminando por corroer hasta el organismo más sano, como alguna vez la había descrito. Estaba decidido a defenderse del que consideraba el más tóxico modo de pensar con la convicción de haber vivido en España una página heroica y desafortunada de la lucha contra el fascismo y la injusticia social, pero con la seguridad de que después de una página seguía otra. La confrontación histórica entre el proletariado y la burguesía no iba a acabar en ese capítulo, por más significativo que el mismo resultase.

Así se consoló Vittorio al depositar sus armas en el montón que iba ensanchándose conforme los otros excombatientes tiraban a su vez las suyas. Era el 9 de febrero de 1939 y, como él, medio millón de personas escapaban de Cataluña, del enemigo que las perseguía, de los bombardeos, de los lamentos y de las explosiones que se escuchaban cada vez más cerca, pero sobre todo de la desesperación. Una desesperación profunda. Su compatriota Longo y el francés Marty estrechaban las manos entumidas por el frío de cada uno de los voluntarios antes de que estos entregaran sus pertrechos y, desprotegidos, cruzaran a pie la frontera con Francia.

Después de deshacerse de la pistola y del fusil que lo habían acompañado durante 985 días, Vittorio, un barbudo en calidad de reducto humano —las heridas de su brazo inmovilizado con sarna, su cabeza envuelta en vendas, falto de un dedo y de mucho sueño—, evitó mirar atrás; tan decidido estaba a ver solamente el futuro, cualquiera que este fuese.

No se dejó vencer por la negatividad ni siquiera cuando encontró a Tina, que había salido de España unos días antes que él para asistir la huida de los más viejos y maltrechos militantes, como Isidoro Acevedo y Melchiore Vanni, a los que había ayudado a cruzar los Pirineos en esos días helados, en clima y en espíritu. Apenas ella divisó la inconfundible chaqueta de piel del comandante Carlos entre los miles de prófugos reunidos en Perpignan, y después de ver las lamentables condiciones físicas en las que se encontraba, se le acercó tiritando de frío y de coraje y con un hilo de voz comenzó a recitarle:

—«Y cuando llegue el día del último viaje, / y esté al partir la nave que nunca ha de tornar, / me encontraréis a bordo ligero de equipaje, / casi desnudo, como los hijos de la mar». —Con lágrimas en los ojos, Tina acabó la estrofa del poema de Antonio Machado en los brazos de su hombre, que la envolvió con su pecho ensanchado por años de comer y beber con desmesura, mientras murmuraba palabras de aliento:

—Está enfermo, pero se repondrá: ya está de este lado de la frontera… —la tranquilizó dándole las últimas noticias del poeta que había alcanzado a escapar antes que ellos.

—Hemos luchado por tres años. No es justo que esto acabe así… —le susurró ella a su vez al oído de quien, a diferencia de otras veces, estaba dispuesto a escucharla.

—Esto no ha acabado —siguió consolándola Vittorio, y no se refería a la resistencia de Madrid ni a la guerra de España. Sabía demasiado bien que si Togliatti había regresado a la capital, que oficialmente seguía peleando a pesar de ya no tener ni un gobierno ni un comando militar, había sido solamente para ser el último en abandonar un barco destinado a hundirse, como le correspondía hacerlo a un digno representante del Comintern.

—¿Cómo puedes seguir siendo tan optimista? —preguntó ella separándose de su largo abrazo, resignada a que sus palabras representaran solamente eso: la noble esperanza de quien nunca se daría por vencido, ni ante la propia muerte, ni ante la del sueño revolucionario.

Ese mismo día, al constatar que Vittorio estaba del mismo lado de la frontera que ella, Tina tomó el tren que la llevaría a París sin más haberes que lo que traía puesto. Apenas pudo, también Vittorio se subió a uno de los vagones atestados de prófugos que buscaban refugio en el norte de Francia, alcanzando así a su mujer en el confortable apartamento de la Rue des Beaux-Arts que su amigo Marcel Willard

—el abogado responsable a su tiempo de la defensa de Dimitrov y de muchos otros perseguidos políticos protegidos por el Socorro Rojo— les había compartido. La primera noche que pasaron juntos en esa acogedora buhardilla, ella arrimó su cuerpo al de él, como lo hace un animal recién nacido con la madre de la cual depende su supervivencia. Vittorio se percató entonces de que Tina seguía muy alterada y, adolorido y agotado como estaba, procuró mostrarle su cariño acariciándole el pelo con una ternura olvidada. Al descubrirle varias canas le dieron ganas de suturar los lazos amorosos que los unían para comenzar una nueva etapa. Se repitió, como para creérselo, que aún eran jóvenes: él apenas cumpliría 39 y Tina, aunque se veía mayor a sus 43 años, era una mujer más fuerte de lo que parecía en ese momento.

—Estás angustiada, lo sé… —le externó invitándola al desahogo, pues sabía cuántas dificultades tenía ella últimamente para expresar sus sentimientos.

—Me siento tan desorientada que cuando caminábamos hacia la frontera y muchos me preguntaban si estábamos en la dirección correcta no sabía qué contestar. Nunca me había sentido tan perdida. Aún no comprendo qué pasó en los últimos diez días, todo cambió tan rápido y tan radicalmente que no me puedo resignar —admitió.

—Pasó lo que tenía que pasar…

—¿Y ahora? ¿Qué pasará ahora?

—Ahora tenemos que descansar —le ordenó él antes de caer súpito, mas no rendido.

A la mañana siguiente el humor de Tina, quien a pesar del cansancio había pasado la noche en un molesto duermevela a la merced de sus infinitas pesadillas, había empeorado. Antes de que Vittorio despertara Tina se escabulló para llorar desconsolada. «¡Cuánta tristeza! ¡Cuánta injusticia!», pensaba al caminar por las calles de París. Cuando volvió al departamento le confesó a Vittorio que había ido al Socorro Rojo local a pedirle al representante del Comintern que la enviaran a Italia.

—¿Te has vuelto loca? Sería un suicidio —la reprendió Vittorio antes de convencerla de que se esperara. Un par de días después, acudieron juntos al hotel Saint Pierre a una cita con el enviado de Stásova, Tom Bell. Rebosante de mexicanos recién llegados de España, listos para regresarse a México ante el inminente comienzo de la guerra en Europa, en ese establecimiento se hospedaban varios de sus amigos, entre los cuales David Alfaro Siqueiros, que había combatido a su lado en Teruel y en varias otras batallas, además de Fernando Gamboa y Renato Leduc, acompañado por Leonora Carrington. Tom Bell los esperaba en el ruidoso café del hotel con las alternativas que Elena les proponía: tomarse un período de reposo en Crimea o, la que ella les recomendaba, ir a Nueva York a organizar la emigración española que estaba huyendo despavorida al continente americano.

Previo a esa cita, Vittorio había recibido un mensaje encriptado de Elena que lo instaba a no regresar a la Unión Soviética si quería seguir vivo. Consciente de la marca impuesta sobre su cabeza por la NKVD y de los tiempos de terror que corrían en Rusia, Stásova le había dejado en claro que, una vez más, América era la opción a elegir.

Apenas le entregaron un pasaporte —en el que figuraba como Carlos Jorge Contreras, profesor de historia con nacionalidad española—, Vittorio partió en avanzada a Nueva York. Tina acabó por convencerse de que no tenía otra opción y organizó su embarque a distancia de unos días, pues primero quería ocuparse de algunos compañeros españoles que intentaban sobrevivir en las afueras de París. No lograba reponerse de las muertes recién ocurridas —la de Machado, quien solía llamarla afectuosamente «el ángel de mi casa», y la de Melchiore Vanni, cuyos pulmones no habían resistido las heridas del bombazo ni la galopante tuberculosis—, hundiéndose aún más en una tristeza que no parecía tener remedio.

Abatida y preocupada, al viajar a Nueva York —con un pasaporte a nombre de Carmen Ruiz Sánchez, en calidad de profesora, viuda y con nacionalidad española— fue interceptada por las autoridades estadounidenses antes del desembarque. A ella, y a los otros republicanos a bordo del transatlántico Queen Mary, les negaron el acceso a los Estados Unidos y los reacomodaron, después de varios días de papeleos e incertidumbre, en un barco con destino a México, el único país que, honrando su tradición de hospitalidad política, estaba dispuesto a darles asilo. Fue así como tuvo que despedirse de la idea de volver a ver a su hermana Mercedes, quien la esperaba en el muelle neoyorkino junto con Vittorio. Aún más entristecida, y después de pasar varios días en el centro de emigración de Ellis Island sin poder bajar a tierra ni decidir su destino, prosiguió su viaje hacia un país que temía volver a pisar y donde podía ser reconocida, exponiéndose así a un nuevo linchamiento mediático o a una ulterior expulsión.

Vidali, por su parte, aprovechó el tiempo en Nueva York para atender las heridas que, por culpa de la sarna y de los pocos cuidados que les proporcionaba, no lograban sanar. Consciente del riesgo de que lo deportaran, pero también de la necesidad de curarlo, un amigo suyo de apellido Stachel —de ascendencia judía y que había conocido en su primera estancia en los Estados Unidos, cuando se ocupaba de la labor ilegal del partido siendo el hombre de confianza de Browder, el presidente del CPUSA— insistió en llevarlo al médico.

Después de que el doctor limpiara sus heridas y le hiciera la curación pertinente, ya de camino de vuelta a su alojamiento, Stachel aprovechó para hablar con él.

—Es un peligro para el movimiento comunista que un traidor como Trotski,

juzgado públicamente en los procesos de Moscú, siga en circulación. Sospechamos un posible contubernio entre Trotski y Hitler, así como entre este último y los japoneses o los servicios secretos franceses, ingleses y norteamericanos.

—Trotski y sus secuaces son unos traidores; lo demostraron en el alzamiento de Barcelona y complotando con la quinta columna —contestó Vittorio convencido.

—Necesitas alcanzar a Tina en México y ver de qué modo podemos neutralizar a Trotski. Desde allá ese desgraciado trabaja sin limitaciones en contra del Soviet.

Escuchó la misma sinfonía con diferentes acordes cuando fue a visitar a Irene, la esposa de Browder:

—Desde que llegaste el FBI te vigila, debes apurar tu partida… México es el lugar donde podrías ser más útil a la causa… Trotski es una amenaza para Stalin…

Peticiones, sugerencias y coincidencias que lo hicieron sentir como una pieza más del juego de ajedrez que la Unión Soviética solía implementar para llevar a cabo sus planes. Obediente a esos llamados, partió en tren hacia México y, a pesar de que tuvo que esperar algunos días en Brownsville —en los que el mismo Siqueiros intercedió con el gobierno mexicano para conseguirle un permiso de acceso—, llegó a la capital antes que Tina y con excelente ánimo.

Ella, en cambio, después de un larguísimo y accidentado viaje, alcanzó la Ciudad de México con taquicardia y con la sensación cercana al pánico que últimamente la acompañaba. Lo único que la consolaba de ese viaje era la idea de encontrarse con Vittorio y la nueva oportunidad que la vida les daba. Él la esperaba instalado ya en el apacible barrio empedrado de San Ángel, en la residencia de uno de los miembros del recién creado Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles en México, Martín Díaz Cossío, que los hospedaría temporalmente junto a su joven esposa, Isabel Carbajal, y los hijos de ambos.

Para cuando Tina llegó, escoltada por el premuroso camarada asignado por el partido para que la recogiera en Veracruz, estaba tan alterada que no alcanzó a distinguir las miradas cómplices que Vittorio e Isabel, hermosa en su huipil blanco de flores coloradas, se intercambiaban frente a los ojos atónitos de Martín.

Desde su llegada, Vittorio pasó de inmediato a cumplir con todas las peticiones oficiales de la Internacional Comunista vía el CPUSA: reintegrarse a la vida política mexicana asistiendo a reuniones del PCM y participar en toda actividad antifascista como la Liga Antifascista, asociación que había creado con Tina.

El ambiente en México, como en el resto del mundo, estaba cada vez más complicado. Los falangistas españoles curaban los intereses de Alemania, los republicanos se veían entre sí con todos los resentimientos arrastrados desde la guerra civil y los comunistas miraban con odio a Trotski, quien les parecía los humillaba

con su presencia allí. Trotski era el personaje que más divisiones creaba, además de ser la causa de varios de los conflictos desencadenados entre Rusia, España y México, principalmente. Desde antes del regreso de Vittorio, al PCM le había llegado la orden de apoyar a la NKVD, y a un misterioso agente que los rusos enviaron al país, en lo que fuera necesario para la eliminación del más famoso exiliado. El plan para matarlo —moral, política y físicamente— había entrado en acción y se movía en distintos ámbitos y modos, mientras que los dirigentes del partido local, Valentín Campa y Héctor Laborde, se empeñaban en exponer la inutilidad de ese homicidio.

—Su muerte perjudicará la aceptación de nuestro partido en México y también en el mundo. Solamente aquí perdimos a la mayoría de los 30,000 miembros que teníamos a inicios del año. Nos vamos a quedar con un puñado de seguidores si continuamos así… —se quejó Campa con Laborde en un café de chinos.

—Eliminar a Trotski estresaría las relaciones con Cárdenas, que lo recibió con los brazos abiertos y es el primer presidente en años que es afín a nuestra causa, lo que va a disminuir las posibilidades del PCM en las elecciones que vienen —hizo coro Laborde, mientras movía el pie nerviosamente. Aquella petición homicida le creaba un estrés magno.

—Trotski está políticamente derrotado y el daño que puede procurar vivo es mínimo. Muerto, en cambio, nos va a complicar mucho la vida —concluyó Campa, quien no vio otra alternativa que la que propuso: ir a explicarle personalmente a Browder las implicaciones de ese descabellado acto.

Cada vez más convencidos de sus argumentos, en pocos días se organizaron para ir en auto a ver al jefe del CPUSA hasta Nueva York y pedirle que evaluara una solución distinta al asesinato.

La respuesta de Moscú a su visita fue el envío a México del argentino Victorio Codovilla, quien después de organizar un congreso extraordinario acabó consiguiendo la expulsión del partido de Campa y de Laborde por «masones». Vittorio se atrevió a defenderlos y por eso fue reportado como un indeseable entrometido empeñado en perjudicar el buen funcionamiento del partido.

Para entonces Tina y Vittorio se habían mudado a la casa de su amiga Adelina Zendejas, en la calle de Morelos, a dos cuadras de donde Mella había muerto. Todos los días que pasaba por ahí Tina lo recordaba con esa nostalgia, ávida y resignada, que provocan los fantasmas. Y todos los días hacía su mejor esfuerzo para mantenerse ecuánime, al margen de la relación amorosa, cada vez más evidente, que Vittorio sostenía con Isabel. Una relación que podría haber sido una de tantas si no fuera porque Tina había envejecido vertiginosamente y cada día estaba más alejada de él. Fue justo cuando ella regresó de un viaje de incógnito a Nueva York y a Suiza, que se

había comprometido a hacer con tal de recolectar y entregar fondos para ayudar a los 300,000 prófugos españoles que seguían en Francia, que la situación entre Tina y Vittorio explotó. Era el 24 de agosto de 1939 y el pacto de no agresión entre Alemania y Rusia se había finalmente firmado —bajo el nombre de los ministros, Ribbentrop y Mólotov, que lo habían promovido— y, ante la confirmación leída en el periódico, Tina no logró contenerse y, enfurecida, confrontó a Vittorio.

—¿Cómo podemos aliarnos con Hitler? —comenzó reprochándole, en un reclamo que contenía todos los demás: las tantas ofensas, políticas y personales, que soportaba en silencio, sin atreverse a manifestarlas ni en sus pensamientos.

—Antes o después Hitler iba a invadir Rusia, y es mejor tarde que temprano —alegó Vittorio, defendiendo lo que para él era una toma de posición táctica necesaria.

—Como sea, ¡no estoy de acuerdo! —gritó ella, añadiendo al conflicto moral de esa traición de Estado el recuerdo de Isabel y de las tantas infidelidades que había soportado, y cuando más fiel había sido a la causa a la que habían consagrado sus vidas, pero también a él. Una vez más Tina vivía la alianza rusa con su peor enemigo como una traición personal.

—Razona, por favor. Necesitamos ganar tiempo para armarnos adecuadamente y poder enfrentar a una potencia como la alemana. ¿O ya se te olvidó cómo quedó España bajo los bombardeos de Hitler y Mussolini?

Tina había aprendido a esconder sus molestias, porque Vittorio ni imaginaba que el enojo de ella se extendiera a campos tan lejanos al conflicto y tan cercanos a él. Como la mayoría de los hombres, Vittorio no se daba cuenta de que su mujer a menudo hablaba de algo distinto a lo que decían sus palabras.

—Cualquier cosa hubiera podido aceptar —repetía ahora con más tristeza que coraje—, pero con Hitler ¡jamás! —exclamó mientras entraba al baño para que no la viera llorar y un trueno anunciaba la tormenta que todas las tardes azotaba los veranos mexicanos.

Vittorio se quedó del otro lado de la puerta, enumerando explicaciones políticas que a ella le resultaban inútiles, así como hubiera sido inútil que él intentara verbalizar, sin lastimarla, lo que probaba por Isabel, la mujer que le había regalado una nueva juventud. Cualquier cosa que dijera o hiciera hubiera sido inútil. Tina lo había sacrificado todo por el sueño comunista, pero también por él: salud, belleza, felicidad, amor y familia. Hasta ese momento ella había sido una excelente compañera, de partido y de vida, dispuesta a cualquier renuncia con tal de seguir luchando en contra del fascismo, con tal de seguir estando a su lado. Sin embargo, ese día, al atestiguar la traición de su país putativo aunada a la de su hombre, toda la humillación e indignación que cargaba le cayó encima como la lluvia caía del otro lado del cristal, comenzando a colarse por los resquicios de las ventanas y amenazando su hogar de modos insospechados.

A pesar del aguacero y frente al incómodo hermetismo de su mujer, Vittorio prefirió largarse y, mientras caminaba hacia el departamento de Isabel bajo un paraguas que apenas lo protegía del diluvio que azotaba, pensó en cómo reaccionaría Tina si hubiese sabido que era precisamente él el intermediario entre los comunistas mexicanos y un espía nazista llamado Max Weber, piezas de un complot para destituir al gobierno en funciones y convertir a México en una base operativa en contra de los Aliados.

Apenas pocos días después de esa discusión sin salida las cosas entraron en una suerte de placidez peligrosa; Tina logró encontrar una morada a su gusto y, como el ratón hace con su escondite, una vez mudados se había encerrado ahí y de paso en sí misma. Visitada solo por unos cuantos amigos —algunos reencontrados y parte de su vida pasada en México, otros adquiridos entre los refugiados—, se ocupaba de asear la nueva casa —que Vittorio comparaba jocosamente a la de Blancanieves con un solo enano—, de regar las plantas en la azotea y de cocinar lo poco que su reducida economía les permitía comprar para alimentarse. También ejecutaba los trabajos que de pronto le encargaban en el ámbito de las traducciones o de la fotografía, si bien continuaba resistiéndose a esta última. Desde el pacto de la vergüenza, como Tina había llamado a la alianza entre Rusia y Alemania, había renunciado al partido, pero también a discutir todo asunto político. Vittorio, en cambio, seguía dándose encontronazos con Victorio Codovilla —que se remontaban a la guerra de España, cuando había aplaudido la sustitución del argentino, con quien difería en ideas y modos, por Togliatti— y seguía de cerca las actividades desarrolladas por los comunistas en México, en especial modo las encomendadas desde Rusia, como la Operación Utka.

Invitado a casa de Siqueiros junto con algunos mineros de los cuales este había sido sindicalista —la mayoría excombatientes voluntarios de la guerra de España y miembros de la asociación fundada allá con el nombre de Javier Mina—, a Vittorio no le extrañó la llegada de Codovilla, con quien tenía una relación cada vez más tensa, al grado de que había quedado marginado del partido.

Vittorio percibió de inmediato el lema en el que esa noche se ahogaban los presentes, al igual que lo hacían en considerables cantidades de tequila: «quien se oponga al atentado de Trotski es un trotskista». E incluso para él, que coincidía con Campa y Laborde en ese tema, ser un trotskista significaba ser un traidor. Muchos eran los sucesos de ese confuso 1939 que calentaban los ánimos comunistas y empujaban hacia el asesinato de Trotski, comenzando por la derrota de España y las pugnas trotskistas en ese frente, y continuando con los argumentos que, entre trago y trago, afloraban esa noche.

—El pacto Stalin-Hitler nos está arrancando más seguidores, es cierto pero… —afirmó Codovilla.

—Las agresiones rusas a Polonia y Finlandia también… —lo interrumpió otro de los presentes, mientras un hermético ruso observaba la discusión en silencio.

—¿Y qué me dicen de la campaña electoral mexicana? Sus intervenciones en los comités Dies y Dewey, en los que hasta el cerdo de Rivera participó favoreciendo a la causa imperialista, hicieron demasiado ruido en la comunidad internacional, y también nos quitarán votos —se quejó Siqueiros, mientras ofrecía a sus huéspedes unos gusanos de maguey que Codovilla miró con difidencia, del mismo modo que de tanto en tanto veía a Vittorio, cuya presencia allí no le agradaba.

Razones para matar a Trotski había de sobra, aunque la más poderosa, pensó Vittorio, siempre perspicaz en materia política, era la biografía que Trotski estaba escribiendo sobre Stalin, en la que exponía su teoría de que este había envenenado a Lenin, y que había sido divulgada parcialmente antes de su publicación. Un suceso que, estaba seguro, llevaría a que ese crimen sucediera pronto.

La confirmación de que la Operación Utka, el proyecto para eliminar a Trotski, había iniciado ya, la tuvo cuando Siqueiros lo llamó a su despacho y, envalentonado por el alcohol, le confesó que sería él quien se ocuparía de poner en acto ese atentado. Al enterarlo de los detalles de su plan, Vittorio agradeció que —a causa de las desavenencias con Codovilla— hubiese quedado fuera de esa conspiración y lamentó que tanto el muralista que consideraba su amigo como los que este le indicó que participarían —trece mexicanos reclutados entre los mineros presentes en el convivio— fueran movidos más por el orgullo que por la cordura. Y los entendía. Había presenciado en primera persona cómo el honor de los mexicanos fue pisoteado en España a causa de Trotski. Recordaba bien el día en que la Pasionaria, en vez de reconocerle a México sus méritos y aportaciones —los fusiles Mauser y las cartucheras con balas de producción mexicana que habían abastecido la guerra española—, en un intencionado desaire, agradeció a Checoslovaquia, apenas después de la Unión Soviética, como principal proveedor de la guerra española, lo que hasta Vittorio, ni se diga Siqueiros y el resto de los mexicanos, vivió como una humillación. Pero reivindicar su orgullo les costaría caro, pensó Vidali al escuchar a Siqueiros y enterarse de la razón por la que lo había invitado esa noche: quería consultarlo con respecto a la logística del ataque, una muestra de respeto hacia él, tal vez, pero también de debilidad para con el plan.

Como un padre lo hace con un hijo, Vittorio hubiera querido prevenir a su amigo, decirle que estaba cayendo en una trampa de la cual se arrepentiría. Incluso si la misión tenía éxito, convertirse en el asesino de Trotski era un estigma difícil de sobrevivir, pero frente al entusiasmo y la determinación de David se resignó a que nada de lo que pudiera decirle iba a cambiar sus intenciones.

—Conseguí uniformes de policía para todos —le confesó el pintor que, imbuido en su egocentrismo, insistía en ponerle fantasía y color al ataque, como si se tratara de uno de sus cuadros.

—Esto es cosa seria, David —le advirtió Vittorio preocupado.

—Y en dos días —bromeó el exrevolucionario.

Ni cómo explicarle a ese improvisado, pensó entonces Vittorio, que aquello iba a parecer más el ensayo de una película de vaqueros que la calculada agresión al exjefe de la Armada Roja en una casa que el mismo Trotski había convertido en fortaleza.

El penoso resultado de la misión encabezada por Siqueiros y operada por el agente lituano Grigulévich fue el secuestro del guardia personal de Trotski —que apareció muerto un mes después en la casa que Siqueiros rentaba en Santa Rosa—, y la única víctima de la familia Trotski, su nieto, un niño de nueve años y de nombre Seva, que quedó levemente herido de bala. León y su esposa Natalia salieron ilesos en el asalto, mientras que la mayoría de los perpetradores, incluyendo Siqueiros, lograron escapar a la sierra, al igual que Grigulévich y los otros rusos implicados huyeron a Chile gracias al pasaporte proporcionado por el embajador Pablo Neruda.

Al siguiente día del ataque, tan torpe que hasta la policía había pensado que se trataba de una puesta en escena organizada por el mismo Trotski para llamar la atención, Tina recibió de manos del general Serrano, y de parte de Siqueiros, una caja cerrada con la encarecida petición de esconderla. Nerviosísima, Tina daba vueltas alrededor del envío cuando Vittorio llegó a su casa y decidió romper los candados. Al abrir el pesado baúl de madera, tanto él como Tina —que después del atentado a Mella era muy sensible a este tipo de eventos— quedaron sin palabras al ver el contenido de la caja: estaba llena de todo tipo de armas, incluyendo bombas de mano y otros explosivos.

Una curiosa coincidencia, porque ese mismo día la prensa comenzó a citar el nombre de Carlos Contreras como el posible responsable del asalto a Trotski y en la semana siguiente las acusaciones en su contra se regaron como fuego sobre petróleo. ¿Quién pretendía inculparlo? ¿Quién estaba detrás de ese complot claramente en su perjuicio?, se preguntaba Vidali cada mañana al leer los periódicos mientras enumeraba mentalmente a quienes podían haber iniciado, o contribuido, a propagar esa campaña diseñada para ponerlo definitiva y políticamente fuera de circulación. También en su caso posibilidades y enemigos había de sobra. Desde el mismo Trotski, que lo había llamado públicamente el más cruel agente de la GPU en suelo mexicano, sin saber que en la que había sido renombrada como NKVD ni siquiera era muy bienvenido que digamos, hasta Diego Rivera y sus amigos trotskistas, como Julián Gorkin —otro adversario que Vittorio arrastraba desde la guerra española—, que lo condenaban en cada entrevista que concedían. Pero también el FBI, que lo investigaba por sus comprometedoras relaciones con los alemanes; o la mismísima NKVD, o como quiera que rebautizasen a la inteligencia rusa, que nunca le perdonó

la ofensa de haber tildado a la Unión Soviética de poco solidaria o de haber considerado el atentado a Trotski de innecesario y que podría estarse aprovechando de la coyuntura para desacreditarlo. Posibilidades había muchas, y todas ponían a Vittorio muy nervioso.

Fugitivo y nada nervioso estaba en cambio Siqueiros, que se divertía dando entrevistas desde el campo, haciendo rabiar a Rivera y preocupando aún más a Vidali. Tan agobiado estaba que mejor optó por presentarse en el tribunal en donde se procesaba el caso.

—No hay ninguna investigación o denuncia en su contra, pero nada puedo hacer con respecto a la prensa —le contestó el juez a cargo: Raúl Carrancá Trujillo.

—¿Ni porque escriben puras calumnias? —se quejó Vidali.

—Aquí perseguimos delincuentes, no periodistas, a esos bastante hacemos con soportarlos.

El mismo discurso le dio el jefe de la policía capitalina, el general José Manuel Núñez, cuando fue a ponerse a su disposición:

—No les dé importancia a esas difamaciones. Sabemos que, por lo menos esta vez, usted es inocente. Nuestra prensa es crepuscular. Son novelistas frustrados, ya debería usted saberlo.

Unas semanas más tarde y por orden explícita del presidente Cárdenas —retado por la decisión de dar asilo a Trotski por parte de la misma izquierda a la que ideológicamente pertenecía—, el coronel Sánchez Salazar, excompañero de armas de Siqueiros en la revolución, aprehendió al pintor y lo encarceló junto con los hermanos Arenal, sus cuñados, fugitivos como él. Apenas la noticia fue pública, el PCM se deslindó de las acciones del muralista, acusándolo de ser un provocador.

Por su parte, a Vittorio, cada vez más alejado del partido además de culpabilizado por la prensa, ni el comunicado que escribió en su defensa y que varios diarios publicaron logró mantenerlo a salvo de las tantas fuerzas enemigas que se abatían sobre él. Acabó siendo relevado —también a causa de los cambios de bando en curso en la guerra mundial— de su tarea más delicada, encomendada y retirada directamente desde Moscú: la de entrenar fuerzas de ataque alemanas que pudieran intervenir en suelo norteamericano; una tarea que, a diferencia del asesinato de Trotski, hubiera podido cambiar el curso de la guerra, según la opinión del mismo Toio. Pero Stalin tenía sus ideas y sus venganzas también.

Para Vittorio no fue sorpresa cuando, tres meses después del ataque de Siqueiros, el 21 agosto de 1940 para ser exactos, Mornard-Jacson —el oscuro personaje vecino en el estudio de Siqueiros cuyo verdadero nombre era Ramón Mercader, una pieza más dentro de la complicada Operación Utka— aseguró por su conducto la muerte del ruso, hiriéndolo con un piolet y gracias a la confianza que

este le tenía. Para conseguirla, Mercader había engatusado durante años a la secretaria de su víctima, quien, por cierto —Vittorio recordó al leer la noticia en el periódico— le fue presentada por la periodista Rubi Weil, gran amiga de su amigo Stachel. Cuando el servicio secreto ruso se propone algo no descansa hasta conseguirlo y Stalin se asegura diariamente de ello, concluyó al leer en el diario las declaraciones de Mercader, que sonaban preparadas por la NKVD y lo presentaban como un trotskista decepcionado.

Lo que Vittorio no imaginó es que unos cuantos meses más tarde, una afable mañana de marzo de 1941, le tocaría a él ser interceptado por cuatro agentes vestidos de civiles que le cerraron el paso mientras caminaba por la Alameda Central. Sin una orden de aprehensión y con pistola en mano, se lo llevaron en el más absoluto anonimato, primero a la jefatura de policía más cercana y luego a una dirección desconocida. Así comenzó uno de los momentos más oscuros de su vida, que lo llevó a estar permanentemente engullido, ya no dentro del agujero de la estepa rusa en el cual solía amanecer, sino en el hoyo de tierra y piedra del que pensó no saldría nunca.

30
Mentiras

Trieste, 1980

Nos enamoramos de las mentiras que queremos escuchar; de las farsas con las que nos adornamos y nos engañamos; de todo lo que somos capaces de inventar, o de creer, con el solo propósito de que nos acepten y, eventualmente, nos amen de vuelta. Pero cuando logramos bajar el telón de nuestro teatro y enfrentarnos a las verdades que solemos ocultar como si fueran enfermedades contagiosas, el amor puede volverse invencible. Convertido en una poderosa vacuna, el amor, esa corta palabra —tan fácil de pronunciar y tan difícil de conservar— es capaz de derrotar cualquier resistencia o circunstancia, convirtiendo una mera ilusión óptica en el sueño más asequible.

En eso pensaba yo, a la vigilia de las explicaciones, cuando Simona arrancó conmigo de copiloto al volante de un Fiat color azul metálico cuyo modelo me era desconocido. «Tráete ropa por si se nos hace tarde», me había pedido cuando me recogió en el hotel, y me emocioné con la posibilidad de dormir con ella. En el trayecto en auto ambos nos mantuvimos callados, disfrutando de la cercanía física —que me pareció que a ella también le agradaba— mientras intentaba yo elegir cómo y cuándo reiniciar lo que habíamos bruscamente interrumpido más de un año antes.

Por mi parte hubiera aceptado cualquier mentira, y contado otras tantas, con tal de recuperar, aunque sea por un instante, lo nuestro. Tal vez por eso, por la excitación que me provocó la posibilidad de volver a un nuevo inicio, impoluto y prometedor, había dormido fatal. Me había imaginado a Simona en la intimidad de su familia, cuya existencia irrefutable estaba a tan poca distancia que me hizo pensar en la que estaba lejos: la mía. Me sentía culpable y en la madrugada llamé a Clara, a quien le había inventado una colaboración investigadora con la Interpol, tan secreta que no podía contarle los detalles a nadie. Durante nuestra llamada ambos actuamos como lo hacíamos siempre, según el guion que tantas veces habíamos ensayado sin

cansarnos de las repeticiones: yo diciéndole lo que ella quería escuchar y ella ignorando lo que prefería no saber. Al colgar pensé en qué excusa le habría inventado Simona a su marido para largarse conmigo, pero ahora, que la tenía al lado, se me habían ido las ganas de averiguarlo. Era mejor no saber más de él, de ellos, de quienes impedían con su existencia la nuestra. Justo cuando había decidido evitar las explicaciones, Simona giró el volante para tomar la carretera en dirección a Trieste y comenzó su apología:

—Quiero comenzar por el principio —dijo algo empachada, pero con un evidente deseo de confesarse.

—Y yo quiero que sepas que he pensado mucho en ti —rebatí entrando al argumento que más me apremiaba.

—Antes de hablar de nosotros, tengo que hablarte de mí.

—Te escucho.

—¿Sabes *che cos' é una foiba*?

—¿«*Unafoiba*»? ¿Uno de los tantos vocablos italianos que desconozco? —contesté, intentando desdramatizar su tono compungido.

—*Foiba* —deletreó Simona.

—Busco en el diccionario —propuse sacando el minúsculo Larousse italiano-español de la bolsa de mi saco.

—Muy poca gente, incluso *in* Italia, sabe qué son *le foibe*. Pero en esta región todos hemos sufrido una.

—Significa «Dolina: una depresión más o menos profunda y de paredes inclinadas, típica de los terrenos calizos» —leí la definición, como siempre lo hacía con una palabra nueva—. ¿Algo así como un cenote? —pregunté extrañado.

—¿Un cenote? —repitió ella.

—Es un manantial de agua subterránea; un regalo de la naturaleza que solo encuentras en el sureste mexicano.

—Algo así, pero sin agua. Aquí en Friuli hay muchos «regalos de la naturaleza», que en las últimas guerras se convirtieron en horrores. Supongo que es la carga genética de una *terra che ha cambiato* sus confines demasiadas veces y donde nadie parece estar de acuerdo con nadie y todos aprovechan esa coyuntura. Es algo heredado de *generazione in generazione*, aunque nunca lo sabré por boca de mi padre: él murió hace *troppo tempo* ya y justo a causa de estas diferencias.

—Lo siento —no sabía adónde iba nuestra conversación, pero comenzaba a parecerme uno de esos discursos que desnudan el alma y la ofrecen entera. Y en ese momento yo quería el alma de Simona y la quería desnuda, no necesariamente en ese orden. A decir verdad, me sentía feliz con verla vestida, simple y casualmente, con sus botines de excursión y el abrigo del color de sus ojos. «Tal parece que la recurrencia de un enamoramiento puede ser más necia que la del cáncer», pensé.

—Recuerdo muy poco a mi padre. Casi todo lo que sé de él es por lo que me

han contado otros. Mi madre y mis hermanos, principalmente. Y con mis hermanos todo se complica.

—¿Cuántos hermanos tienes? —pregunté pensando en lo poco que sabíamos de nosotros.

—Dos, pero cada uno vale por muchos… por un *reggimento*, como dicen aquí, y de un país enemigo. No podrían haber sido más *differenti*. Lo peor es que ambos me ponían en contra del otro y, de paso, *contro* Vidali.

—¿Vidali? ¿Qué tiene que ver Vidali con tus hermanos?

—Para allá voy…

Por nuestro lenguaje corporal, el de quienes han compartido intimidades, nuestra plática parecía un cortejo en busca del tiempo perdido, y también lo era, así que reiteré mi calma y me acomodé en el asiento para invocar paciencia antes de perderla.

—Nací en Trieste —declaró como si fuera el comienzo de una novela, mientras íbamos dejando atrás los anuncios verdes con letras blancas que ubicaban a esa ciudad a 45 kilómetros de distancia. Un paso de tan cerca.

—¿Vas a comenzar desde el nacimiento? No vamos a acabar nunca…

—Y si me interrumpes menos… —dijo ella con una sonrisa, que desapareció apenas se justificó—. No es fácil para mí hablar de esto.

—Está bien. Prosigue, por favor —la alenté, intentando ser tierno y, para demostrárselo, le di un cariñoso apretón a su hombro, cediendo a mis ganas de tocarla.

—Nací en Trieste en 1943, en plena guerra mundial —volvió a comenzar, para continuar con un dramatismo que me pareció muy italiano—. Lo primero que escuché fueron las sirenas *dei bombardamenti* de los Aliados, los enemigos con quienes estábamos en tierra. *In questa regione la guerra* no terminó ni en 1954, cuando se firmaron los tratados que dividieron definitivamente en dos un territorio que llevaba siglos desgarrado por las contiendas: la zona A, parte de Italia y bajo el mando de los Aliados, y la zona B, parte de Yugoslavia y bajo el régimen de Tito. Aunque Badoglio, el mariscal que junto al rey Vittorio Emanuele quedó a cargo de mi país a la caída de Mussolini, se rindió *dal* 1942, hubieron ocho años más de una guerra fronteriza que, de algún modo, sigue hasta ahora.

Eran todos datos interesantes y que yo desconocía, pero no buscaba en sus explicaciones una lección de Historia, sino conocer la de ella. Pronto entendí que la suya no tenía forma de separarse de la que lleva la H mayúscula, así que la dejé continuar.

—Cuando en 1945 los alemanes salieron corriendo del frente oriental, como llamaban entonces a esta zona, llegó el ejército de Tito en menos de veinticuatro horas para ocupar la ciudad y la *penisola de Istria* antes de que se le adelantara el contingente neozelandés enviado por los Aliados. A partir de entonces ser italiano

aquí fue sinónimo de fascista, el equivalente a ser perseguido por ambos bandos: las fuerzas occidentales *rappresentate dagli Alleati* y los titinos, como llamaban a los soldados yugoslavos.

Simona seguía dándome explicaciones de corte histórico y más bien vago cuando salimos de la carretera, dejando atrás la caseta de cobro que marcaba la última etapa de la autopista que nos había llevado hasta allí, y comenzamos a avanzar por una sugestiva costera al nivel del mar, flanqueada por el acantilado previo a una ciudad visible a lo lejos.

—Me vine por la *statale panoramica* aunque para ir adonde vamos no hace falta *attraversare* Trieste. Sin embargo, la entrada a la ciudad por esta vía es mi favorita y no quiero que te la pierdas. Un poco más adelante, a tu derecha está el camino que lleva al antiguo *castello di Duino* y luego el del parque que rodea *il castello di Miramare* —me informó, retirando lentamente su mano de la palanca de velocidades debajo de la mía.

Para que el empacho que me provocó su movimiento pasara desapercibido, me ocupé preparando la cámara que había traído para documentar el viaje.

—Me siento secuestrado… —bromeé, con ganas de que fuera así.

Era extraño, tanto había esperado escuchar las explicaciones de Simona y ahora que estaba por dármelas me bastaba oír su voz, sin importarme lo que dijera con ella. Una constatación que me sacudió.

—Lo estás…. y no sabrás adónde vamos hasta que lleguemos —bromeó ella —. Por cierto, desde el castillo de Miramar, esa *costruzione bianca* que ves allá, zarpó *Massimiliano* hacia México.

—Otro austriaco entrometido, aquí también hubo varios, ¿no? —contesté, resignado a convertirme en un turista más con tal de que ella fuera mi guía.

—Éramos el único acceso al mar *dell' Impero Austroungarico*. ¿Quieres que visitemos *il castello*? Está de camino.

—Quiero ir adonde tú me lleves. —Ni cuenta me di de lo romántica que sonó mi respuesta, que a ella debió agradarle porque me mostró una sonrisa cautivadora.

Nuestro recorrido por Trieste fue avanzando hacia el lugar que Simona había elegido para contarme su historia y hacia un reencuentro que me fue descubriendo cuánto ella amaba su ciudad y cuánto la odiaba también. Al rodear la plaza principal, un cuadrilátero de piedra blanca con un lado abierto hacia el mar, un obelisco parecía bendecir desde el centro de la explanada las aguas que dominaba. Me recordó la postal de Lisboa que me había enviado un amigo desde Portugal, pero con un toque aún más nostálgico, tal vez porque en esos momentos el horizonte tenía más de cincuenta tonos de gris. Como para estar acorde con el ambiente, Simona también se había puesto melancólica y me contó que, cuando niña, su padre tuvo que mantenerse agarrado del barandal de cuerda que rodeaba la plaza con ella en brazos para que no se los llevara la *bora*, el viento típico de esa zona del Adriático, me

explicó, que podía alcanzar doscientos kilómetros por hora y que había arrastrado a muchos al mar. Ese abrazo prolongado era uno de los pocos recuerdos que tenía de su papá, dijo.

Conforme íbamos avanzando, y conviviendo, entendí que más que mi guía turística, Simona quería mostrarme el mapa de sus dolores, y tuve ganas de contarle los míos: el largo período que pasé sin ella y con el cáncer que me había privado de tantas posibilidades. Pero enfrentarme a Simona era enfrentarme a muchos de mis miedos, y el ímpetu de mostrárselos sucumbió a las ganas de escuchar los suyos.

Al dejar la plaza atrás, giramos hacia la montaña, que en ese punto descendía a pico hacia la ciudad. Trieste iba quedando a nuestras espaldas mientras subíamos por una angosta y sinuosa vereda que me permitió admirar la vista desde distintos ángulos: los astilleros humeantes, los barcos anclados fuera del puerto como peces a la deriva y la silueta de un conglomerado urbano esparcido a la orilla del mar. Al salir de la enésima curva, Simona apuntó su dedo hacia el extremo oriental del horizonte y me presentó Muggia, el pueblo donde había nacido Vidali. Recordé entonces que Trieste era también el sitio donde Vittorio vivía desde que había vuelto a Italia, hacía más de treinta años. Por poco y lo había olvidado.

31
Contreras

Ciudad de México, 1941

Era un día feliz para Tina, o por lo menos así le pareció cuando los Díaz Cossío los recogieron —a ella y a Vittorio— para llevarlos en su auto a uno de los pueblitos al sur de la ciudad, donde habían quedado con un grupo de amigos de hacer una *scampagnata*. Sí, uno de esos picnics domingueros, como los de antaño, cuando México solo le significaba placer, arte, ilusiones y una que otra transgresión. Tan contenta estaba que ni siquiera le molestó el único elemento discordante de la excursión: la presencia sempiterna de Isabel, que como sombra se cernía sobre Vittorio y que, con su juventud desfachatada, le recordaba a Tina todo lo que sentía perdido, incluyendo los últimos veinte años de su vida. Aunque nunca lo hubiera admitido, le dolían esas dos décadas que las separaban y haberse enterado de que Isabel la llamaba a escondidas «la vieja señora». Pero ese día no iba a permitir que nada la inquietara; solo quería pensar en las cosas hermosas a su alrededor, desde las más simples, las que le procuraban un mínimo gozo: el sol acariciándole las mejillas, las risas colándose en sus oídos, los alegres cuchicheos recorriendo el aire.

Al sentarse sobre la hierba junto a los demás, decidió ignorar las discusiones sobre las noticias provenientes de Europa —las fuerzas del Eje avanzaban—, las intrigas políticas locales —que tanto le interesaban a Toio— y hasta la tensión de los Díaz Cossío, comprobable con las secas contestaciones que se daban el uno al otro. Ese día quería sentirse feliz por el simple hecho de estar viva, entera, libre, libre de ir al campo. Tan feliz que, a pesar de que seguía negándose a utilizar una cámara —incluso durante los últimos meses, en los que había asistido a una pareja de fotógrafos para que ilustrasen el libro de su amiga Constancia de la Mora en un intento por reivindicar el pasado revolucionario mexicano—, ese día le pidió a un invitado su cámara y a una joven que los acompañaba que posara. Eladia Lozano era la guapa muchacha española de diecinueve años que le recordó a Tina cuando ella

misma vibraba al ritmo de una sensualidad ahora olvidada y estaba curiosa por descubrirlo todo y por ser descubierta por todos:

—Acércate a la roca… ponte a un costado de ese árbol… mira para allá… ahora para acá… —Los clics que brotaban de las órdenes que Tina le daba a Eladia le sonaron tan festivos como los de antaño, tanto que hasta Vittorio olió la felicidad que desprendían y se acercó para decirles:

—Tina hace fotos muy lindas, ¿sabes, Eladia?

Había días así, fáciles y luminosos, aunque eran pocos. Por eso había que aprovecharlos. Aprovechar todo lo que le brindara paz y, sobre todo, acallara sus atormentadas voces internas, borrando las trágicas imágenes de sus omnipresentes pesadillas, dispuestas a atacarla a la menor provocación: los gritos de los moribundos, el vómito de los enfermos, la sangre de los heridos, el coraje generado por la injusticia. Ese día había logrado dejar atrás la tristeza que cargaba y rescatar la coquetería necesaria para que su hombre dejara de ignorarla. Con su cabello dejado al aire en vez de recogido en su típico chongo relamido y con un vestido floreado, cuando el propietario de la cámara la inmortalizó junto a los demás invitados Tina lucía lo contenta que no se había visto en los últimos cinco años.

Fue el día que Tina recibió las fotografías del picnic, la prueba irrefutable de una felicidad que aún estaba a su alcance, que Vittorio desapareció. ¡Sí, desaparecido! Desaparecido de un momento a otro. Había salido a comprar cigarros y después de horas de espera Tina se resignó a que esa noche su oso no llegaría. Entonces gritó, tembló, imprecó, calló y volvió a gritar.

—¿Dónde está mi Toio? ¿Dónde está? ¿Por qué no aparece? —repetía enloquecida, conforme se materializaba en su cabeza la idea de que algo grave había pasado.

Desaparecido sin noticia ni razón alguna. Si con el asesinato de Trotski había revivido la muerte de un líder por conjura, con la desaparición de Vittorio volvieron a ella los demonios de la persecución. Al atardecer, cuando todavía esperaba que su ausencia pudiera tener una explicación plausible, actuó precavidamente y tiró lo que había de comprometedor en la casa y hasta lo que no. Llevó a la terraza todo documento o panfleto que encontró, incluidas las fotos que le había sacado a Eladia, colocándolos en el tambo de lámina que usaban de bote de basura para prenderles fuego. Una humareda tan gris como la que solía expeler el Popo se levantó en el cielo límpido, recordándole cuando tuvo que hacer lo mismo en París y por poco muere intoxicada. Por suerte ahora tenía esa terraza. El único papel que conservó fue la respuesta que le había enviado el expresidente Cárdenas declarando nula su expulsión de 1930 y concediéndole el rango de perseguida política. Cuando terminó la quemazón, Tina se acostó, colocando la única carta salvada en el lado de la cama

donde dormía Vittorio, como si necesitara llenar de algún modo el hueco de su ausencia o comprobar que su legalidad la protegería de las fuerzas oscuras que se ensañaban en su contra. De todos modos, no pudo dormir: recuerdos funestos convertidos en pesadillas, en los pocos momentos en los que el sueño ganó la partida, volvían a ella con la misma intensidad con la que los había vivido. Tampoco comió hasta la llegada de Isabel, que —preocupada por Vittorio, pero también por ella— se propuso cuidar de Tina como lo hace una hija con la madre enferma.

—¿Dónde está mi Toio? Bueno, tuyo también, ¿por qué no aparece? —repetía Tina deglutiendo a ratos un poco de agua, a ratos una cucharada de sopa, sin encontrar las ganas de comer, ni de dormir, ni de vivir.

Una cosa era que peleara con él, que lo odiara a veces, que los celos la hicieran sufrir, y otra era que no lo considerara su parte más fundamental. Una pareja que la acompañaba en muchos más ámbitos que los del amor, una pareja en manos de la cual había puesto su vida al igual que tantas veces él le había confiado la suya. Y ya no le importaba que compartiese cama con otra. ¿Qué le importaba a ella lo que hiciese con su cuerpo, si lo de ellos era un pacto de ideas?

Desaparecido, evaporado, como si nunca hubiese existido, por más que Isabel y Montagnana y Adelina y Eladia y Cruz y todos los compañeros que lo buscaban se hubiesen peinado las cantinas, los hospitales, las morgues y los separos de las comisarías de toda la ciudad y hasta de las ciudades vecinas: ni sus luces. ¡Ni sus luces!

—¿Cómo pudo haber desaparecido así? —preguntaba cada vez que alguien venía a verla, pues del miedo que le daba salir se había atrincherado en casa.

Fue a los 23 días de la más cruel de las torturas, que no hubiera soportado sin el pacto de complicidad que, sin hablarlo ni pensarlo, había establecido con Isabel como si ambas supieran que el dolor de la desaparición del hombre que amaban, al repartirse entre dos, disminuiría; fue a los 23 días de la desaparición de Vittorio que Isabel le trajo, junto con una sopa de tortilla, la buena noticia.

—¡Está vivo, está vivo! Está preso, pero vivo —irrumpió la joven mexicana en la guarida de Tina.

—¿Dónde está? ¿Dónde? Si fueron a todas las cárceles… ¿Quién te lo dijo? —la abrumó Tina difidente, como si la fuente de la información recibida pudiera cambiar su percepción de la misma.

—Luis Monzón, el hijo del general Monzón.

Tina recordó al general. Era un revolucionario honesto, que había firmado la Constitución de 1917 en Querétaro y que conoció en sus primeros tiempos en México, cuando estaba inscrito en las Juventudes Comunistas y atendía los cursos impartidos por Julio Antonio sobre marxismo.

—¿Cuándo lo supiste?

—Me lo acabo de cruzar aquí abajo. Estaba tocando tu timbre, pero no

contestaste. Nunca contestas, si no fuera porque me diste las llaves no sé cómo haría... Tenía prisa y por eso me encargó que te avisara. Así se lo pidió Vittorio.

—¿Vittorio? ¿Dónde está Vittorio? ¿Qué vamos a hacer? —repetía Tina tan impaciente como incoherente.

Isabel le contó que Vittorio se encontraba en El Pocito, una prisión adentro de un cuartel militar, llamada así porque estaba cerca de un manantial de agua bendita y milagrosa a la que acudían los religiosos para hacerse el signo de la cruz después de mojarse los dedos. Evitó decirle lo que había averiguado: que era una cárcel preventiva con reglamento propio en donde la única autoridad era el comandante de la policía secreta mexicana a cuya merced se encontraban los presos. Un lugar de tortura también conocido como «la casa de la infamia».

—Monzón dijo que esperáramos, que pronto habría noticias. Yo voy a ir para allá ahora mismo, pero antes quise avisarte.

—Ten cuidado —recomendó Tina queriendo proteger a quien comenzaba a ver, si no como la hija que no había tenido, como una valiosa aliada.

Isabel nunca le contó a Tina que esa misma tarde rodeó el cuartel y se trepó a los muros buscando una rendija, sin saber que la celda de Vittorio, una de las peores de ese hoyo inmundo e inhumano, no llegaba ni a ventanas. Intentaba hablar con él antes de buscar nuevamente a Monzón, pues este último le había dicho que por más que quisiese ayudarla no era posible permitirle al preso visitas. Frustrada por haber fallado en el cometido, cuando Isabel fue a ver a Tina se limitó a darle la única novedad de la que se había enterado: a petición de Vittorio, Monzón le había avisado a Siqueiros. Encarcelado en Lecumberri, la cárcel que a comparación del Pocito era un hotel de lujo, fue al mismo David Alfaro, temeroso por la vida del italiano, a quien se le había ocurrido pedirle audiencia a Manuel Ávila Camacho.

El presidente de la república elegido, que no olvidaba que Siqueiros había sido su compañero de armas en la revolución, lo recibió a los pocos días. En una reunión privada en Palacio Nacional, el pintor le describió a Vittorio como un héroe de la guerra de España, comandante del Quinto Regimiento y un antifascista de fama internacional. Manuel, por su parte, le confesó que había recibido cartas y telegramas de varios organismos internacionales, entre los cuales estaba el Workers Party, preguntando por Vidali, pero hasta ese momento ninguno de sus funcionarios sabía dónde estaba, por lo que había dado órdenes de encontrarlo, y «¡las órdenes de un presidente en este país son ley!», había bromeado.

El resto de la historia la escucharon juntas de boca de Vittorio, quien partió plaza, sucio y barbón, dos días más tarde, feliz de encontrar a sus dos mujeres esperándolo en la misma casa.

—Me agarraron en la Alameda, por cuenta del FBI —les explicó.

—Estás muy flaco —observó Tina, emocionada de poder abrazarlo nuevamente, aunque sin poder controlar aún su preocupación.

—Tú más, y yo tengo mejores excusas: para comer tenía que pagar y se me acabaron los pesos —rebatió visiblemente cegado por la luz que entraba violenta por la ventana y a la que, después de la oscuridad de su encierro, ya no estaba acostumbrado.

—Ten mis lentes —le ofreció Isabel, que había notado su incomodidad.

—Me quería comer las ratas. Eran grandes como pollos, pero nunca logré agarrar una —bromeó, evitando contarles que el miedo a que esos animales hicieran de él un banquete le impidió dormir durante todo su encarcelamiento.

—No eres chistoso —lo reprendió cariñosamente Isabel.

—¿Chistoso? Me encerraron porque según ellos organicé una manifestación sinarquista. Eso sí que es chistoso: acusarme a mí de fascista… lo único que nos faltaba.

Tina, al solo oír mencionar la palabra «fascista», oscureció la mirada y Vittorio, antes de que pudiera plantearle alguna pregunta alrededor del tema, continuó.

—Me dejaron marchitar en un calabozo sin luz ni retrete ni cama ni cobija, sin nada más que mi propia mierda. Hubiera perdido el sentido del tiempo, y de la vida, si no me hubiese dado por cantar.

—¿Qué cantabas? —preguntó Isabel, fascinada por la personalidad de quien sentía cada vez más suyo, un hombre capaz de superar cualquier drama con humor.

—«Viva Asturias la roja» y «Addio Lugano bella».

—¿Y qué querían de ti? —Fue el turno de Tina de alternar preguntas con las de Isabel, en un interrogatorio en el que ambas le cedían compartidas la palabra a la otra, al igual que parecían conformes con compartir hombre.

—Que un gringo del FBI me preguntara pura pendejada. Pero lo mandé a *quel paese*. —presumió Vittorio desenfadado.

—Por suerte apareció Monzón… —intervino Isabel.

—Buen tipo ese. Por cierto, me contó que Trotski fue avisado del atentado de David por Harte, su guardia de confianza. No sabía cuándo iba a suceder, pero de que sabía, sabía… También me dijo que fue Harte quien le abrió a David la puerta de la fortaleza esa noche y, para que no echara de cabeza a los demás implicados, fue ejecutado.

Prefirió no decirles que, entre todas las inconexas preguntas que le hicieron, afloró la sospecha de los gringos de que él fuera una espía al servicio de Hitler. Habían descubierto su doble juego también, o, mejor dicho, el de Stalin. Pero Vittorio no quería alterar a Tina con un argumento tan sensible para ella, sobre todo viéndola tan desmejorada y ojerosa como estaba.

A los pocos días de su liberación, Vidali recibió un telegrama del presidente Ávila Camacho que le reiteraba su estima, recomendándole que fuera a ver al

licenciado García Téllez, un alto funcionario del Ministerio del Interior, institución a cargo de Miguel Alemán.

—Tengo la encomienda de regularizar sus documentos, pero encontré tantas identidades que no entiendo cuál es la verdadera: Vittorio Vidali, nacido en Odessa y de nacionalidad rusa; Jacobo Hurwitz Zender, nacido en Lima y de nacionalidad peruana; Carlos J. Contreras, nacido en la Coruña y de nacionalidad española; Vittorio Vidali, nacido en Viena y de nacionalidad austriaca... —enumeró el burócrata frente a las cuatro carpetas de cartón que invadían su escritorio.

—Soy Vittorio Vidali, nacido en Muggia, provincia de Trieste, y de nacionalidad italiana. Soy comunista y por eso he tenido que escapar siempre —declaró Vittorio, escuchando de su propia boca y por primera vez en mucho tiempo la verdad sobre su persona. Una sensación tan extraña la de reconocer quién era públicamente, que le pareció un verdadero lujo.

—¿Qué le parece si quemamos todos estos papeles y ahí muere el asunto? —resolvió el funcionario.

Y así fue como, después de dieciocho años de clandestinidad, Vittorio Vidali, nacido en Muggia, provincia de Trieste, y de nacionalidad italiana, volvió a existir. Una nueva oportunidad de vida que alcanzó también a Siqueiros, quien al igual que Vittorio se benefició con su ocurrencia de interpelar a Ávila Camacho, porque el 5 de mayo de 1941 obtuvo la exoneración y salió exiliado a Chile, asistido por el embajador Neruda, que «lo invitó» a pintar unos murales a su país.

Quien pasó a perder, en cambio, fue Luis Monzón. Un par de semanas después de la salida de su prisionero italiano del Pocito, murió asesinado persiguiendo a unos asaltantes, mientras que Vittorio Vidali, ni exiliado ni muerto, pronto se daría cuenta de que ni volver a nacer era suficiente para que la intriga dejara de perseguirlo.

32
Foibas

Trieste, 1980

Después de ascender por la contorsionada ruta camino adentro, unos quinientos metros sobre el nivel del mar, llegamos a la localidad anunciada por un cartel descolorido con el nombre de Basovizza, y más precisamente a la meseta cársica donde se extendía un pedazo de terreno plano y con césped descuidado en cuyo extremo izquierdo había un hoyo de considerables dimensiones. El pozo —a cielo abierto, sin agua y conocido en estos rumbos como foiba— estaba cubierto con una lámina que parecía improvisada, pero por el óxido que la carcomía seguramente llevaba años de estar ahí, cumpliendo con el objetivo de que nadie se cayera en el agujero ni que este se inundara. A su orilla había un artefacto de madera, que me recordó al patíbulo de los ahorcados o una primitiva grúa.

—Parece una mina —aventuré, mientras Simona estacionaba el auto y yo intentaba imaginar la segunda opción en vez de la más lúgubre.

—A finales del siglo XIX lo fue, pero la compañía minera acabó abandonándola. Es una de las pocas foibas que no es enteramente de origen natural —me confirmó al bajar del vehículo.

—¿Mina de carbón? —pregunté conforme nos acercábamos andando al hoyo.

—Exacto… y luego fosa común. —Hizo una breve pausa para continuar con voz algo quebrada—: Aquí yace *mio papá*. O por lo menos eso le dijo a mi madre el sacerdote que vino a darles la extremaunción a los condenados que la pedían —anunció sin que me esperara sus palabras.

—¿Condenados? ¿Por quién? ¿Por qué? —exclamé, dándome de pronto cuenta de que estaba frente a una página oscura y poco conocida del libro de la humanidad.

—Fueron ejecuciones sumarias por parte de los soldados yugoslavos al mando de Tito. Cuando lo denunciaron públicamente, tiempo después, el régimen alegó que solo había hecho justicia por los tantos horrores cometidos por nazis y fascistas

contra la *Resistenza italiana* y eslava. Pero mi padre era un simple empleado, un *questurino*, un administrativo de la procuraduría cuyo único rol en el fascismo había sido el mismo que el de la mayoría de los italianos: es decir, el de votar por un gobierno con la esperanza de que fuera capaz de mejorar las condiciones de vida del propio país y acabar por soportarlo cuando descubre que está lejos de cumplir sus promesas.

—Lo siento. Una guerra siempre tiene bandos y, sobre todo, injusticias.

—Mi padre era hijo de un comunista decepcionado con esa causa y lo que menos quería era acabar como su padre, o sea mi abuelo, ejecutado en un *lager* en Rusia. Por eso su rechazo *alla Resistenza* y su falta de escrúpulos en trabajar para el Estado, sin considerar que tenía tres hijos que alimentar. En esos años, si no te cuadrabas con los fascistas, no había manera de sobrevivir.

—Siento mucho tu pérdida y en semejantes circunstancias —repetí, sin saber como consolar su tragedia.

—A decir verdad, ni siquiera estoy segura de que mi padre esté aquí, solo tengo la palabra del sacerdote, y hay muchas otras foibas que acabaron de sepulcros en la zona. Esta es la de más fácil acceso. La elegí porque necesitaba un sitio donde llorar y dejar flores. —«El depósito de su dolor», pensé, mientras ella seguía explicándome—. La están por declarar *monumento di interesse nazionale*, el símbolo de lo que pasó en esta región.

—Qué difícil no saber ni dónde está enterrado tu padre… —admití, alegrándome de tener uno, aunque fuera el mío. Intentaba ser lo más empático posible y mostrarle la ternura que me provocaba su fragilidad.

—Mi familia lo dio por desaparecido hasta que la verdad comenzó a salir a flote —dijo con los ojos cada vez más brillosos.

Al ver su conato de llanto la abracé, experimentando la voluptuosidad de su cuerpo por primera vez desde que la había vuelto a ver y dejándome invadir por el mismo deseo carnal que probé por ella en México, ese que mi enfermedad había aplacado y yo había contribuido a extinguir con mi culpa. A pesar del gusto que me dio constatar que mis instintos primarios y ahora intermitentes respondían, no era ciertamente el momento para eso. Me aparté sin saber qué decir y, ante la confusión, tiré nerviosamente una piedra en las rendijas de la lámina. El ruido de su caída se volvió sordo y aproveché para recogerme y ella para continuar explicándome:

—Tenía 228 metros de profundidad cuando la compañía minera completó el agujero. Después de la guerra quedó de 195. Eso según las excavaciones y la poca información que soltó la OZNA.

—¿La qué?

—La policía política yugoslava. Según su reporte, aquí abajo hay 250 metros cúbicos de cadáveres. Nunca sabremos el número, solo ventilaron el de los caballos. Son cuarenta.

—Una masacre. Cientos de cuerpos, seguramente —dije indignado—, y cuarenta caballos —terminé evitando la ironía, aunque cualquiera hubiera podido reconocerla en mis palabras.

—Ni así dan las cuentas, porque en esta zona hubo más de 20,000 desaparecidos. Por eso digo que cada foiba es un cementerio. Da igual cuál elija, todas están llenas de lo mismo.

—Un holocausto italiano —constaté, cada vez más conmovido, pero sin comprender qué tenía que ver esa historia con todo lo demás, con nosotros o con las explicaciones acerca de su investigación sobre Vidali, que seguía yo esperando.

—Sí. Una limpieza étnica e ideológica. Disponían a los prisioneros, que arrestaban en su mayoría en Trieste y otras localidades cercanas, a la orilla del hoyo, los amarraban con alambre espinado en grupos y disparaban solo unos cuantos tiros, pues así ahorraban municiones. Los de enfrente caían al hoyo y los demás eran arrastrados por los primeros.

—Entonces la mayoría entraba viva … —concluí horrorizado.

—Contaba la gente de estos rumbos que durante días escucharon los lamentos *degli infoibaiti*, hasta que un comando titino que patrullaba la zona se cansó de los chismes, o de los gritos, y tiró unas cuantas granadas al hoyo.

—¿Y Vidali qué tiene que ver con esto? —pregunté en mi ignorancia de la porción italiana de la historia del hombre que, en su país de origen, era más bien conocido por sus hazañas mexicanas como «el Jaguar»: *il Giaguaro,* según me había contado la misma Simona.

—Vidali llegó a Italia en 1947. Nada tuvo que ver con esto. Pero sí con todo lo demás.

33
Suzi

Ciudad de México, 1942

Tina apretó el obturador de la cámara que le habían prestado y tomó la foto de Suzi, la perra de pelo abundante y modos dulces que se había asomado por el murete de la azotea, como solía hacerlo cuando un ruido en las escaleras le anunciaba la llegada de alguien. El clic no le provocó a Tina ninguna reacción y volvió a sentarse en la silla que había dispuesto bajo el sol de esa tarde húmeda mientras la mascota se acomodaba a su lado sin dejar de mover la cola.

Suzi había sido un regalo de los obreros de la Mexican Street Car Company, que la habían encontrado en un basurero cercano a la fábrica donde trabajaban y se la habían entregado a Tina envuelta en periódico, pensando que sería la mejor madre para ese animal abandonado. Suzi estaba muy agradecida por haber sido rescatada porque su ama la cuidaba como al hijo que no tuvo, al igual que lo hacía con Kitty, la gata selvática que apareció en la azotea con la sola intención de robarse la comida de Suzi. Ambas hembras habían dado a luz de reciente y, en una suerte de solidaridad femenina, o animal, a partir de entonces fraternizaban como si fueran hermanas. Ahora que los cachorros habían sido destetados y a su vez regalados por Tina —contenta de tener la casa llena, si no de hijos, por lo menos de crías—, las tres habían declarado aquella terraza su hogar, y ninguna quería salir de ahí nunca.

Con gata y perra merodeándola, Tina comenzó una de las largas conversaciones que solía tener consigo misma en su silla, en las que de tanto en tanto hacía partícipes a sus compañeras. Alguien que contestara hubiera sido más gratificante, pero Vittorio evitaba sus preguntas, cuando no la dejaba hablando sola.

Desde que había desaparecido, en aquel negro episodio en el que fue a dar al Pocito, Tina se había hundido aún más en sus tristezas, en sus achaques y en su cansancio. Un cansancio descomunal. Hasta había acudido a ver a un doctor para tratar de descubrir los motivos de esa fatiga crónica que no desaparecía nunca, ni

siquiera cuando recién despertaba, tal vez porque las pocas veces que dormía no alcanzaba a descansar. Preocupado por esa fatiga permanente y por su hipertensión arterial, el médico le había aconsejado que se mudara a un lugar con menos altitud que la Ciudad de México y que guardara reposo. Lo primero era imposible a causa de su limitada economía familiar —ella y Vittorio apenas tenían para vivir— y lo segundo, de otro modo, también, pues paradójicamente a más reposo, o más bien a más intentos por dormir, más cansancio le daba. ¿Sería que estaba simplemente cansada de vivir? Cansada de todo y de todos, comenzando por Vittorio, quien pasaba la mayor parte del tiempo fuera y cuando estaba en casa era como si no estuviera ahí. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que rieron juntos y no pudo acordarse siquiera de la última vez que ella había sonreído.

No había logrado sonreír ni cinco días antes, cuando habían recibido el año nuevo en una gran fiesta en casa de Pablo Neruda y el centenar de invitados presentes había levantado su copa por ese naciente 1942 con sonrisas aerodinámicas de tan alargadas y la esperanza de que las palabras del anfitrión se volvieran realidad:

—¡Está llegando para todos ustedes, compañeros y amigos, el día de su regreso a sus países! —había proclamado Pablo, el cónsul de Chile en México, al hacer el primer brindis del año entre aplausos y exclamaciones.

Tina recordó que esa noche había escuchado a Vittorio carcajearse no muy lejos de ella al contar la última hazaña de la Unión Soviética, cuya capital asediada había estado sometida a quince días de ofensivas, terminados con la derrota de los alemanes, que tuvieron que retirarse porque fueron incapaces de aguantar las temperaturas de un invierno con 35 grados bajo cero.

—Se cayó el mito de la *Panzerdivisionen*. Al general Guderian solo le quedó contar sus muertos: 150,000 solamente en los primeros cinco días de diciembre. ¿Se imaginan? Este es el principio del fin para el Eje, ya lo verán —había decretado Vittorio convencido, después de contar su anécdota y mientras Tina, arropada en su único vestido negro, brilloso de tanto usarlo, al escucharlo reír, tuvo ganas de llorar.

—El ataque a Pearl Harbor tampoco ayudó a Hitler —había precisado Hidalgo de Cisneros, el exjefe de la aeronáutica militar española y esposo de Constancia de la Mora.

—La guerra está cambiando al fin su curso. Empezó el año de la esperanza, se los dije —había coreado Pablo, volviendo a levantar la copa.

—El año de la esperanza, pero también de los trancazos —había añadido Vittorio haciendo gala de su perpetuo buen humor—. Ahora sí les vamos a dar con todo a esos malditos fascistas. Es el único modo en que entienden —dijo poniéndose en posición de combate pugilístico, con los puños frente a su rostro y listo para golpear a Pablo, lo que provocó la risa de todos a su alrededor.

Todos menos Tina, que había sentido la impelente necesidad de irse y a raíz de ese chiste había comenzado a deambular por los salones de la residencia, consciente

de que la alegría de Vittorio no era provocada solamente por las buenas noticias en los frentes europeos o por la esperanza de regresar al propio país, sino por la mujer que la había desbancado. Jamás le habría deseado daño alguno a Isabel, incluso a veces le agradecía hacerse cargo de Vittorio, pero su presencia en la vida de él se sumaba a sus tantos otros dolores que ya no los distinguía.

Sentada en su silla favorita y bajo el sol que bañaba su amada azotea, Tina recordó cómo en esa fiesta, en medio de tanta gente tan contenta, sintió la necesidad de ir a encerrarse en un clóset. Allí, entre abrigos y escobas, se había puesto a reflexionar sobre los demás. Su sentimiento de compasión y empatía por sus semejantes se contraponía en esos momentos a los peores que había vivido —los sinsabores, el sufrimiento y el cansancio acumulados—, pero también a las atrocidades de la guerra, en muchas de las cuales se sentía víctima pero también cómplice. Batallas, la armada y la que vivía internamente, que ya no le permitían sentirse íntegra. El dolor y la decepción, propios y ajenos, típicos de los veteranos de guerra, habían minado su confianza en el ser humano y de paso en sí misma.

Cuando un mesero abrió repentinamente la puerta del clóset, Tina, sintiéndose descubierta en sus culpas y sus paranoias, fue rápida en justificarse:

—Estaba buscando mi saco y me quedé atorada… —le explicó al joven que la miraba comprensivo mientras ella le agradecía y volvía a incorporarse, procurando desaparecer entre la gente, que seguía riendo.

Recordó también que su tristeza había incrementado cuando un invitado le había pedido que se uniera a una foto de grupo y había optado por negarse. Y es que, últimamente, cada vez que se enfrentaba a su antigua profesión se sentía aún más reducida, por no decir desintegrada. Podía retratar a Suzi, sí, como acababa de hacer, pero era incapaz de volver a ejercer el oficio que en otros tiempos había identificado como el más cercano a su esencia, cuyo compromiso no era producir arte, sino fotografías sin trucos ni manipulaciones. Fotos dignas, capaces de aceptar las limitaciones inherentes a la técnica fotográfica, pero también de aprovechar todas las posibilidades y condiciones que el medio ofrecía, como alguna vez había definido a su profesión.

Sentada en su terraza y silla favoritas, las voces que no la dejaban en paz resonaron en su cabeza junto a las palabras de su amigo y excolega Manuel Álvarez Bravo cuando le había ofrecido que se convirtiera en su ayudante: «Tengo una Graflex para ti… sé cuánto te gusta esa cámara: es tuya si la quieres». Junto a las súplicas de Clara Porset, la ahora esposa de Xavier Guerrero, quien le había reiterado que «mucha gente está dispuesta a pagar grandes sumas con tal de tener un retrato de tu autoría». Propuestas que la halagaban, y que incluso podían aliviar sus penurias económicas, pero que al mismo tiempo la ponían frente a su propia incapacidad, a su propia desconfianza, a su propia derrota. Mejor elegir el silencio en materia artística.

Desde la silla de las reflexiones, o, mejor dicho, de los tormentos, Tina acarició a Kitty y luego a Suzi, respectivamente en su regazo y acostada a sus pies, y por fin se quedó dormida. Estaba cansada, muy cansada, y ese día, uno antes del de Reyes, ya había tenido demasiadas actividades. Una larga lista de acciones irrelevantes que solo la hundían en más cuestionamientos.

Esa vigilia del día de Reyes de 1942 había visitado al pintor José Clemente Orozco. Envejecido, con gafas y sin la mitad de sus dientes, pero con el mismo autoritarismo de siempre, intentó convencerla de fotografiar sus murales. ¿Por qué todos estaban obsesionados con que volviera a la fotografía? Déjenme en paz.

Después de negarse, Tina lo había abrazado afectuosamente y, para que no le pidiera más explicaciones, había salido corriendo de su estudio. ¿Era huir la solución? Déjenme en paz.

Había corrido a recolectar los regalos para los niños exiliados de España, que debía enviar a Morelia si quería que llegaran a tiempo. ¿Hacer el bien hace bien? Déjenme en paz.

Había regresado a casa a toda prisa para terminar unas traducciones que tenía pendientes: un ensayo del filósofo francés Denis Diderot y un artículo de Montagnana sobre Mussolini. ¿Para qué seguir luchando? Déjenme en paz.

Con lo distraída que estaba, una vez sentada al escritorio mejor se puso a redactarle una carta a un amigo: «… estoy feliz de saber que los Estados Unidos entraron en guerra en contra de Hitler. Naturalmente lo digo en broma, pero así me siento más cerca de nuestra gran batalla». Apenas terminó de escribir ese párrafo, los cuestionamientos se abalanzaron sobre ella con más fuerza que nunca. ¿Todavía creía en esa gran batalla? ¡Déjenme en paz! Déjenme en paz. ¿O se trataba de un nuevo esfuerzo de su parte para no sucumbir a la tristeza de saberla de antemano perdida, aun si la ganaban? Déjenme en paz, se los ruego. ¿Cuántos horrores más serían necesarios y cuántos serían justificables con tal de ganar la gran batalla? Déjenme en paz, por favor. Por favor. ¡Por favor!

Cuestionamientos y angustias que la despertaron, si es que había podido realmente dormir, con la boca seca, el ansia en el corazón y sentada en la silla que se había convertido en su muy personal banquillo de los acusados. Al ver la hora en el reloj de pulso, se levantó a toda prisa. Era tardísimo y Vittorio no demoraría en pasar por ella. Habían quedado de ir juntos a la casa del arquitecto Hannes Meyer y corrió a toda prisa a arreglarse. Eligió su vestido negro de siempre, pero le puso encima el saco blanco que le acababa de regalar una amiga. Procuró peinarse y maquillarse. No sabía con qué objeto, porque ni con todos sus esfuerzos —que cada día eran menos, tenía que admitirlo— conseguía que Vittorio la mirara, ni cuando la veía.

La noche del 5 de enero de 1942, Tina llegó del brazo de su hombre a la luminosa sala del departamento de los Meyer, en la que habían montado una exposición compuesta por diseños, proyectos y cuadros con el sello distintivo de la escuela Bauhaus, la Casa de la Construcción Estatal Alemana, que Hannes había dirigido y que los nazis habían cerrado por no compartir las ideas de diseño racional y cooperación artesanal; los conceptos progresistas que, según su fundador, Walter Gropius, intentaban derrumbar la arrogancia que divide a las clases sociales.

Era una noche fría, con luna resplandeciente y cielo estrellado. Al final de la reunión, a la que había llegado una marea de invitados, quedaban unos pocos, los de siempre. Vittorio ya no estaba entre ellos. Más evasivo que nunca, con el argumento de ir a revisar la sección internacional del diario *El Popular* se había retirado unos minutos después de Isabel, y Tina sabía demasiado bien que si no estaba en el periódico estaba con ella.

A sus 46 años, ese amorío era el recordatorio de que su derrota se extendía a todos los frentes. Sí, a pesar de las ganas con que se había dedicado a pelear cada batalla, había perdido: contra el amor, contra la vejez, contra el arte y contra la justicia social. Ella, que había amado sobre todas las cosas y sin esperar nada a cambio, ella que había tenido tantos pretendientes que admiraron su belleza, ella que había recibido los elogios más entusiastas para su trabajo fotográfico, ella que había luchado aun a costa de sus principios con tal de salvaguardar los conceptos que consideraba fundamentales: la igualdad y la libertad, principalmente. Ella había perdido todas las batallas. Vieja y derrotada, frente a la mesa donde habían cenado, un retortijón atenazó su estómago. Entonces se le figuró que el centro vital y amoroso de toda mujer no está en el corazón, y ni siquiera en la vagina, sino en el estómago. ¿Sería porque había perdido su integridad que le dolía tanto esa parte del cuerpo, del esófago al colon, para ser exactos? Tal vez. ¿O sería simplemente porque había comido demasiada rosca de Reyes? Cada vez sentía menos necesidad de comer y sin embargo esa noche se había atragantado, todo por culpa de Vittorio.

—Estás demasiado flaca y ya sabes qué pienso de las flacas… come, ándale. — Y le trajo un plato repleto, que a Tina le dio pena rechazar.

—Es hora de irme —anunció cuando comenzó a sentir que la indigestión se extendía al resto del cuerpo.

—¿Estás bien? —le preguntó Cruz Diz, la mujer de Azcárate, al verla desencajada y con el saco desabotonado.

—Es solo un malestar. Mejor me voy —contestó, mientras se colgaba del primer brazo que vio pasar, que la casualidad quiso fuera el del joven español Nacho Aguirre, quien se ofreció caballerosamente a acompañarla hasta la calle.

—¿Estás segura de que puedes irte sola? Te veo pálida —reiteró Cruz preocupada, mientras Tina se despedía con un gesto.

—No es nada… solo cansancio —confirmó pronunciando la palabra que más llenaba su vida.

Al bajar las escaleras —ella sobándose con una mano la panza cada vez más inflamada, mientras miraba sus piernas abotagadas descender los peldaños— encontraron un taxi rápidamente en la esquina de Villalongín. «Milagro», pensó Tina agradecida, «con lo que tardan en llegar los autos de alquiler a estas horas».

—Felices Reyes y descansa —le recomendó Nacho al abrirle la puerta del auto.

—Gracias… feliz año… —balbuceó ella tratando de mantener la compostura, mientras se acomodaba en la parte trasera del vehículo y una palabra la embestía repetidamente: cansancio, cansancio, cansancio…

El auto se puso en marcha sin que el chofer esperara las órdenes de Tina, hasta que encontró la fuerza para dárselas:

—Al Hospital General —le pidió sintiendo punzadas de dolor al pronunciar cada letra y sin lograr completar la frase con su habitual «por favor».

Apenas segundos después de que el taxi arrancara, Tina se sintió desfallecer. Cerró los ojos por un momento y, cuando los volvió a abrir, apareció sentada a su lado una mujer que le pareció conocer. Era una dama hermosa, de mirada seductora —casi perversa de tan desafiante— y con un tocado imponente, de peineta sevillana y mantilla de encaje que descendía sobre su espalda, cubriéndola con sus transparencias como si fuera un monumento en reparación. Vestida de fiesta, llevaba un suntuoso traje negro sobre un corpiño de raso blanco y un saco de gran escote ricamente bordado con pedrería y lentejuelas destellantes, en contraste con la solemnidad del resto del atuendo. Tenía la nariz recta, las cejas delineadas, arracadas —muy a la usanza española— colgando de las diminutas orejas y el pelo recogido mórbidamente, pero con dos rizos tiesos adheridos en espiral a sus mejillas, uno de cada lado, como si fueran parte de una decoración simétrica con un toque algo diabólico.

Era, en suma, una señora elegante, que Tina estaba convencida de haber visto antes, pese a que no podía definir dónde o cuándo con certeza. Al mirarla a la cara, la intrusa le sonrió seductora, envolviéndola en un abrazo que se tornó en apretón e hizo presa a su brazo izquierdo, dejándoselo paralizado. La majestuosa matrona aprovechó entonces la distracción de su compañera de asiento para ponerle al cuello una bufanda azul. Tina la reconoció de inmediato. Era la bufanda que tanto le gustaba cuando era niña, un regalo de su tía y la más valiosa de sus pertenencias allá en Udine. Había decidido venderla para alimentar a sus hermanos, en un acto de desprendimiento que conmovió a toda la familia, incluyendo a su padre, quien lo supo por carta porque para entonces se había ido a buscar fortuna a América. Tina se había quedado, a los trece años, a cargo de su madre y hermanos, lo que la obligó a

trabajar en una fábrica de seda cercana, consiguiendo ganar así el poco dinero que los alimentaba. Un dinero que no les alcanzaba, ni juntándolo con el que enviaba su padre, a pesar de los tantos sacrificios que tenía que hacer y que ahora se agolpaban todos juntos, mezclándose en su memoria.

Por un momento pasó por su adolorida cabeza la idea de que esa prenda representaba algo importante, y fue precisamente en ese segundo de confusión que la señora de negro jaló los extremos de la bufanda. Tina sintió entonces el apretón al cuello ahorcarla y el revoltijo acumulado en su estómago remontarle hasta la garganta en forma de líquido ardiente, una mezcla sulfúrica que no alcanzó a salir por su boca y regresó a inundar sus vísceras.

Cuando los espasmos dejaron de azotarla, reconoció a la sádica dama. Era ella misma, disfrazada de Carmencita Gardez, la española a la que había interpretado en una de las películas del cine mudo en las que actuó en Hollywood. Una de las tantas versiones de sí se había convertido en su propio verdugo. Era ella su propia muerte.

34
Simona

Trieste, 1980

Simona y yo seguíamos metafóricamente asomados a ese oscuro pozo llamado foiba, conscientes de que, al igual que nosotros —ella con dificultades para hablar y yo reacio a claudicar—, estaba obstruido, cubierto por una lámina maciza que debíamos remover, aunque fuera de modo simbólico. Bajo el plúmbeo cielo del Carso y frente a la posibilidad de destapar esa cloaca y ser engullidos por su maloliente abismo, nada me hubiera gustado más que hacer el amor con ella, comprobarle en ese lugar luctuoso que la cercanía con la muerte puede convertirse en vida. Pero no me sentía tan temerario ni tan vigoroso como para intentarlo, además de que todavía tenía demasiadas preguntas.

Y eso que en materia de interrogatorios me consideraba una autoridad. Un maestro en practicar el arte de la justicia, ese mecanismo para descubrir la verdad sobre un delito del que tenemos que averiguar todo: el cómo, el cuándo y el porqué. A lo largo de mi carrera había aprendido a escuchar y a observar, porque lo importante no es lo que el interrogado dice, sino cómo lo dice. Es fundamental fijarse en su modo de respirar, en su manera de mover los ojos o las manos, en cuántas veces se para al baño o cómo come, y hasta qué come. Todos indicios que pueden proporcionar al ojo experto información privilegiada. Desde la frecuencia del bombeo sanguíneo hasta el temblor de una pestaña, a cada reacción corporal le corresponde una razón, que yo me jactaba de identificar con la facilidad dada por la experiencia.

Con Simona me había percatado de que contaba su historia sin empacho pero erráticamente, yendo de un lado a otro y con tono cambiante, mostrando la ansiedad que sus recuerdos le provocaban. Para entonces ya había entendido que estaba lejos de ser la ávida periodista que pensé me había seducido para conseguir que le ayudara en la búsqueda de información, como llegué a especular cuando desapareció de mi vida, sino que había algo muy personal en su interés por Vidali.

Su drama familiar me conmovió y tomé una de sus manos entre las mías para llevármela a la boca y acariciársela con mis labios. Un gesto de cariño con el que intentaba comunicarle que podía confiar en mí, que lo último que deseaba era hacerle daño, sin importar que ella me lo hubiese hecho a mí. Si en México me enamoré de la fuerza que mostró al dejarme, ahora me estaba enamorando, y aún más, de su fragilidad.

—¿Qué tiene que ver Vidali con «todo lo demás»? —repetí, usando sus mismas palabras, con el objetivo de hacerla sentir identificada y, eventualmente, en confianza—. ¿Y contigo?

—Como te dije, con esto nada, y directamente conmigo, tampoco. Te traje aquí porque quería que supieras de dónde vengo. Vidali regresó a Trieste en 1947, cuando yo apenas era una niña. Lo vi por primera vez hace siete años, cuando lo escuché hablar en una exposición fotográfica de Tina en Udine. Me metí a esa inauguración por casualidad, porque reconocí su nombre, pues sabía de él por uno de mis hermanos… —y volvió a quedarse en puntos suspensivos.

—¿Qué pasó con tus hermanos?

—Uno está en la cárcel y el otro se suicidó —escupió de corrido, como si estuviese liberando su boca de una medicina amarga.

—¿Por qué? —exclamé.

—Te podría decir que uno atentó contra la vida de Vidali y el otro lo acusó desde la cárcel de ser el cerebro detrás del caso Moro, pero preferiría explicarte cómo llegamos a eso.

—Me carcomen las ganas de saber, pero sigue a tu ritmo, por favor —dije, sorprendido una vez más con sus siempre explosivas revelaciones.

—Mi madre nunca se repuso de la pérdida de mi padre y mis hermanos crecieron salvajes, como hierba mala, aunque cada uno con sus particularidades. Si lo primero que escuché al nacer fueron las sirenas de los bombardeos, también fueron sus peleas. *Bisticciavano per tutto*: primero por la comida y los juguetes, luego por las novias o los deportes y, conforme pasó el tiempo, por sus ideologías opuestas. Peleaban a gritos, con amenazas, a golpes y hasta las heridas. En cuanto a sus posturas políticas, *mia mamma sempre diceva* que eran una versión *tragica ed eccessiva di Peppone e Don Camillo*.

—¿De quién?

—Perdón, se me olvida *che non sei italiano.* Son los personajes de una serie de películas muy famosas aquí: Peppone, el alcalde comunista, y don Camillo, el sacerdote. Una caricatura de la división del pueblo italiano en *liberali e conservatori* que mis hermanos llevaron a los extremos, uno a la derecha y el otro a la izquierda.

—En liberales y conservadores está dividido el mundo. Más bien, ¿cómo acabaron suicidándose y en la cárcel? ¿Y qué tiene que ver Vidali con eso? Ya cuéntamelo todo, por favor —le rogué con impaciencia.

—Mi hermano Carlo, de joven militante de izquierda, universitario e idealista, acabó en *le Brigate Rosse* y por eso está encarcelado; Alberto, mi hermano mayor, en cambio, desde su adolescencia se afilió a un partido neofascista llamado *Movimento Sociale Italiano*. No se suicidó por eso, aunque era una buena razón.

—Vaya fichas…

—Son el producto del Triveneto —dijo, refiriéndose con ese término a las regiones del Trentino, del Veneto y del Friuli, como me había explicado el taxista que se llamaba esta área del confín—, el laboratorio que produjo y exportó al resto de Italia *la violenza politica e il terrorismo* de esa especie de guerra civil entre izquierda y derecha que marcó *gli anni sessanta e settanta* y que apenas está menguando ahora.

Había comenzado a llover y seguíamos parados al borde del agujero, yo deteniendo su mano con la mía, mientras nos mojábamos.

—¿Y si vamos a un lugar más cómodo? —dije, pensando en una cama, mientras anhelaba secar mi cuerpo con el suyo. También tenía ganas de seguir escuchando sus secretos, que por lo visto nada tenían que ver con Tina, pero no quería presionarla. Ni a una cosa ni a la otra.

—Ya es la *mezza.* Podemos ir a almorzar —dijo, sin que yo entendiera la referencia, pues aún no sabía que el mediodía era un llamado ineludible para todo italiano, que identificaba esa palabra con el más sagrado de sus derechos y la más estricta de sus obligaciones: comer.

—Vamos —anuncié, resignado a más esperas y a comer sin demasiada hambre.

—Te voy a llevar a un lugar especial. *É qui vicino.*

Después de un breve trayecto camino a la ciudad —en el que solamente alcancé a decirle que había creído que ella era pariente de Tina— llegamos a un restaurante con veranda, que en los meses de calor debía abrirse a la espaciosa terraza que lo rodeaba. Una despejada vista del golfo y del imponente faro cercano —cuya enorme escultura alada representaba la Victoria, según me lo explicó Simona— se nos ofrecía tan generosa como panorámica. Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, en la que Trieste quedó enmarcada como un pintura de taberna marinera. Por el escenario que nos rodeaba parecíamos los actores de una película romántica, y la conversación hubiera podido ir hacia el rumbo sentimental, pero apenas nos comimos cada quien su plato de *spezzatino con polenta* volví a la carga con las muchas preguntas que aún esperaban su respuesta.

—Entonces —dije tratando de resumir— fuiste a México a buscar información sobre Vidali, ¿para aclarar la aprehensión, o el suicidio de tu hermano?

—No solamente. En verdad estoy escribiendo un artículo sobre Vidali aprovechando la información confidencial que tengo y con la esperanza de publicarlo en algún diario importante, *El Corriere*, por ejemplo. Estudié periodismo y, aunque solo publico de vez en cuando en un diario local, sigo con las esperanzas de

convertirme en una periodista de tiempo completo. *Non ho mentito troppo dunque.* Si no trabajo en la prensa es porque la vida, y mis hermanos, me han llevado por otros caminos.

—¿Tus hermanos?

—He tratado de mantenerme alejada de ellos. Incluso me fui de Trieste poco después de la muerte de Alberto, en 71. Me ofrecieron un puesto como maestra en el *Liceo Classico di Udine* y lo vi como una oportunidad para distanciarme sin ir demasiado lejos. Vivir aquí significaba sentirme señalada. Tenía un par de amigos en Udine, que estudiaron conmigo en *l' Universitá di Trieste*; uno de ellos se convirtió en *mio marito.*

—Unas cuantas explicaciones acerca de tu marido serían bienvenidas también… —al escuchar mi tono algo burlón pareció incomodarse, por lo que decidí revirar—: Pero sigamos con tus hermanos…

—Giuseppe estudió en cambio en la Facultad de Sociología de Trento y ahí conoció a Renato Curcio y a su esposa. Es posible que no los ubiques, pero son los fundadores de *le Brigate Rosse*. En esa universidad nacieron los primeros fermentos de la nueva izquierda revolucionaria: el partido comunista combatiente que en los últimos años fue cometiendo actos terroristas cada vez más graves, hasta el asesinato de Moro.

—En el cual, según tu «información confidencial», estuvo involucrado Vidali.

—No necesariamente —titubeó, mientras el mesero despejaba la mesa, algo molesto de que no estuviésemos muy interesados en los manjares que nos ofrecía en continuación. Para compensarlo pedí otra botella de vino y rebatí:

—Eso me dijiste en México.

—Eso pensaba entonces, pero luego pasé a dudarlo. Tal vez mi hermano quiso inculpar a Vidali deliberadamente para exonerar a alguien más. *Non lo so.* Giuseppe es un tipo brillante, maquiavélico, y sería raro que no hubiese prevenido que la línea telefónica de la cárcel pudiera estar intervenida. Llegué a pensar incluso que lo hizo por vengar a Alberto, mi otro hermano. Pero tampoco tiene sentido: como te dije, *si odiavano*.

—Ya me perdí —admití bebiendo uno de los cafés *corretto grappa* que habíamos ordenado, absteniéndonos de pedir postre, lo que acabó de contrariar al mesero.

—*Mio fratello* Giuseppe fue arrestado antes del asesinato de Moro. Después del secuestro de este, las autoridades intensificaron la supervisión de los brigadistas presos, espiando sus llamadas. Fue en una de estas conversaciones telefónicas, desde la cárcel donde está preso, que interceptaron *una comunicazione* en la que hablaba con un sujeto no identificado de Vittorio Vidali, sin mencionar su nombre, pero con sus precisas connotaciones. Te lo conté en México, ¿te acuerdas? Solo me abstuve de decirte que mi hermano era el protagonista de esas grabaciones.

—Me acuerdo. En esa llamada tachaban a Vidali de ser la mente detrás de las Brigadas Rojas, , ¿cierto?

—Exacto. La única vez que visité a Giuseppe *in prigione*, *il direttore dell' Asinara*, la isla frente a Cerdeña donde está recluido, me confrontó. Me hizo escuchar la conversación y me preguntó si reconocía la *voce* del interlocutor, si sabía quién era Vidali, si mi hermano lo había frecuentado en algún momento, etc. Le dije que solo conocía ese nombre a partir de que mi otro hermano lo atacó.

—¿Tu otro hermano atacó a Vittorio?

Ella miró el horizonte gris, luego buscó mis ojos para volver a perder los suyos en las nubes que iban reagrupándose, cada vez más cercanas. Se había levantado un aire que movía las hojas de los árboles y un leve chiflón entró por la ventana. Simona se puso sobre la espalda el suéter que había previsoramente acomodado detrás de su silla.

—Alberto, mi hermano mayor, *che riposa in pace spero io*, quedó tan turbado con la muerte de nuestro padre a manos de comunistas yugoslavos que, probablemente por lealtad a él, emprendió una cruzada anticomunista que lo llevó al fascismo.

—¿Fascista a estas alturas? —pregunté antes de beber otro poco de vino.

—El fascismo en esta zona no terminó con la guerra, muy al contrario, *gli Alleati* lo dejaron vivir y hasta lo alentaron con tal de tener una oposición frente a su temor más grande: *i comunisti*. Los miembros de la iglesia y la masonería local con los que mi hermano Alberto colaboraba fueron muy activos en lo que ahora se conoce como neofascismo.

—Un terrorista de izquierda y otro de derecha en la misma familia… y yo quejándome de la mía —dije intentando alivianar la conversación con una pequeña dosis de humor, pero no lo logré. Ella continuó con seriedad y sin descanso. También yo comenzaba a tener frío, pero había dejado mi chamarra en el auto.

—Alberto nunca participó, por lo menos no de modo abierto, en ninguno de los movimientos subversivos de derecha que, al igual que los de izquierda, proliferaron en esta zona. Algunos de ellos, como *La rosa dei venti*, *Ordine nuovo* o *Gladio*, fueron, y son, financiados *per gli americani* como parte de la estrategia de tensión que implementaron en una guerra fría que hasta la fecha aquí se mantiene caliente —me explicó mientras arrancaba minuciosamente la envoltura de los palillos de pan que el mesero no se había atrevido a retirar por no interrumpir su metódica labor.

—Gringos. Otros entrometidos… ¿Pero entonces qué pasó con tu hermano Alberto? ¿No dices que atacó a Vidali?

—Alberto fue varias veces candidato a senador por su partido, el *Movimento Sociale Italiano*, que tuvo su auge en la posguerra, pero perdió fuerza después. Compitió también contra Vidali, quien ganó las elecciones y se convirtió en senador

por el PCI.

—¿Y por eso lo atacó?

—No creo. No hablaba mucho con Alberto, pero después del ataque a Vidali (quien esa vez casi pierde su ojo derecho, por cierto) fui a verlo a la cárcel y me enteré de que el motivo de la rabia que lo volvió violento fue otro. Seguía furioso, pero no quiso contarme el porqué, y ese es otro de los motivos por los que investigo a Vidali. Sospecho que el enojo de Alberto tenía que ver con mi abuelo, el que fue justiciado en Rusia en la misma época en que Vidali estaba allá, *peró sono solamente congetture.*

—Conjeturas y más conjeturas… como las mías —dije al referirme a la muerte de Tina y mientras sacaba la llave de mi bolsillo—. ¿Alguna idea de si esta llave puede abrir algo por estos lares?

Simona tomó la llave en su mano y la observó por unos segundos antes de pronunciarse:

—Lo siento, pero ni a *congettura* llego.

Con los datos que había escuchado girándome en la cabeza y con la comida dándome vueltas en el estómago, terminé mi tercer *caffé corretto grappa* de un solo trago, como todo friulano que se respete. Entonces busqué nuevamente la mano de Simona.

—Mejor vamos a caminar —propuso ella al verme pagar la cuenta que el mesero acababa de traer.

—Vamos —dije. Tenía ganas de digerir tanto la información como la comida, y de besarla.

35
La morgue

Ciudad de México, 1942-1947

Vittorio lloraba en la entrada de los sanitarios de la morgue capitalina e Isabel, que se había colado hasta ahí preocupada por él, lo abrazó amorosamente.

—No es tu culpa —declaró, en un nuevo intento por relevarlo de su dolor. Pero al escuchar la palabra «culpa» Vidali intensificó el llanto, muy a pesar de la voluntad de su amante por sacudirle de encima la convicción de ser responsable de la muerte de Tina.

Tanta era la tristeza y el remordimiento que manifestaba, que hasta Isabel comenzó a preguntarse si en esos sentimientos no había escondidas otras razones.

Y las había. A la pena por la partida de la persona amada —una amiga y compañera incondicional, que había estado con él en los años más difíciles e importantes de su vida, como se la había descrito tantas veces Vittorio cuando le explicaba por qué no podía dejarla— había que sumarle la naturaleza fulminante de esa muerte, aunada a la conciencia del dolor que el romance con Isabel le había provocado a Tina en un momento de particular fragilidad para ella. Pero había más.

—Bela —así llamaba Vittorio a Isabel—, sabes bien que estos desgraciados van a decir que la maté… —le contestó con la certeza de que sus enemigos políticos, en complicidad con la prensa, usarían esa ocasión para atacarlo otra vez.

—Que digan lo que quieran, mientras no tengan pruebas nada pueden hacerte.

—¿Desde cuándo se necesitan pruebas para acabar con alguien? Van a lanzarse sobre mí como hienas a la carroña. Será mejor que me guarde… —dijo recomponiéndose.

—Escóndete en mi departamento.

—Eso sería darles la razón. Mejor voy donde los Hildago y me quedo allí hasta que pase la tormenta.

—Yo me encargo de todo aquí. No te preocupes y… no olvides que te amo.

Vittorio se despidió sin corresponder a las palabras de Isabel y fue directo a resguardarse a casa de Ignacio y Constancia, que se convirtió en su refugio por varios días, el lugar al que sus amigos más cercanos, los pocos que estaban enterados de su paradero, iban de incógnito a visitarlo. Una pasarela que terminó con la visita de Neruda, con quien Vittorio volvió a llorar al escuchar el poema que le había compuesto a Tina, que le leyó en voz alta y que conseguiría, al publicarlo, calmar las aguas mediáticas.

Su primera salida de vuelta al mundo, después de haber sido exonerado por la opinión pública, que ahora lo victimizaba o de menos callaba, fue a su departamento a organizar su cierre y luego al de Isabel. La necesitaba más que nunca: él también la amaba, aunque nunca se lo había dicho con palabras.

Dicen que un hombre se casa no cuando encuentra a la mujer adecuada, sino cuando le llega el momento o el acontecimiento más oportuno. Fue el día en que Isabel le dio la noticia de que estaba embarazada que Vittorio le propuso matrimonio, un trámite que efectuaron en el Registro Civil de la Ciudad de México, sin más testigos que los que pedía la ley y que eligieron entre los mismos empleados de la dependencia.

A partir de la formalización de su amor los meses avanzaron lentos, en un ámbito familiar y tranquilo que Vittorio no había conocido antes. Lentos hasta marzo de 1943, fecha en la que nació Carlitos —el primer hijo que tenía la oportunidad de ver crecer— y que coincidió con una nueva denuncia en contra del recién estrenado padre. La prensa norteamericana le achacaba el asesinato de Carlo Tresca, el director del diario anarquista *Il Martello*, alegando como motivación sus contrastantes diferencias de opiniones en materia política, degeneradas en insultos públicos en más de una ocasión y en especial modo últimamente, con el tema capaz de dividir a cualquiera: Trotski.

—Si tuviera que matar a todos mis enemigos, no acabaría nunca. ¿Es posible que tenga que ser culpable de *todo* lo que pasa? —le repetía furioso Vittorio a Bela.

—Hazte fama y échate a dormir —contestó ella sonriendo.

Después de atender el enésimo interrogatorio por parte de la policía y de un largo desahogo en el que despepitó ampliamente con su mujer, fue a sentarse al escritorio de su estudio —la oficina recabada de una minúscula recámara en donde, desde que estaba alejado de toda aparición pública, pasaba buena parte de su día— para redactar una carta aclaratoria dirigida a su principal acusador: el diario norteamericano *L' Unità*:

«Soy un hombre de partido, orgulloso de sus principios e incapaz de dejarse llevar por individualismos egoístas», escribió, sabiendo de sobra cuán alejado estaba

en esos momentos del partido que, sin embargo, no iba a exponer ni a criticar por escrito. Luego procedió a enunciar su impecable coartada: estaba en México la noche del asesinato, y rodeado de testigos.

La acusación y su respectiva defensa solamente le significaron, además del breve interrogatorio donde expuso su coartada, bastante frustración. A los pocos días de haber contestado a la misma, Vittorio volvió a acomodarse en la relativa tranquilidad en la que su vida había desembocado: la de sus colaboraciones periodísticas en *El Popular*, la de su activismo en apoyo a la Alianza Antifascista y la de su nuevo equilibrio familiar. En sus ratos libres jugaba con Carlitos, leía libros y, una vez a la semana, iba al cine, aunque lo único que lo emocionaba de ese período de calma al que no estaba acostumbrado era estar pendiente de la acción de los demás. Es decir, seguir frenética y puntualmente todas las noticias relativas a la guerra en curso en Europa, con miras a encontrar, apenas esta terminara y fuera posible hacerlo, el modo de regresar a Italia. Se documentaba al respecto del conflicto mundial en periódicos nacionales y extranjeros, escuchaba el voluminoso aparato radiofónico de onda larga que había colocado encima de su escritorio y, para que no se le olvidara uno solo de los acontecimientos que seguía a la distancia, llevaba un minucioso diario. En este describía los sucesos cotidianos de ultramar y anotaba sus impresiones al respecto, que salpicaba con sus experiencias como padre.

«Hoy no puedo estar más feliz: fusilaron a Mussolini», «Carlitos me llamó papá», «La bandera roja ondea por fin sobre el Reichstag», «Llevé por primera vez a mi hijo al parque», «Alemania le siguió a Italia, rindiéndose incondicionalmente a las fuerzas aliadas».

Al escuchar en el radio esa última noticia, Vittorio se había levantado, llevando su puño al cielo en señal de victoria antes de tomar en brazos a Carlitos, que estaba jugando sobre el tapete a sus pies, para bailar con él alrededor del escritorio. Estaba tan feliz que después de unas cuantas piruetas con su hijo, lo depositó en el suelo y se puso a escribirle una carta que recordara ese histórico momento:

«Que para ustedes la vida sea vida, lucha que refuerza las ganas de vivir, un futuro luminoso, felicidad», la terminó sintiendo que era el padre de ese niño suyo, pero también de toda una generación, y por eso, y por ella, había llegado la hora de actuar. Era hora de construir un nuevo país y una nueva vida, libre de fascismo y con una familia tan amorosa como la suya. La posteridad necesitaba ánimos. No había más tiempo que perder.

La siguiente carta que escribió fue menos romántica e iba dirigida al embajador italiano a quien le pidó el reempatrio. Desafortunadamente para él, el entusiasmo que le provocó el triunfo aliado estaba destinado a diluirse en un larguísimo tiempo de espera, de incertidumbre y de frustración. Las intricadas vicisitudes de la liberación de Europa no fueron rápidas ni mucho menos llanas. Italia, en lo que iba regulando su condición de país vencido, tardó años en permitir

que los prófugos políticos regresaran, en especial modo los de orientación comunista. Él y los demás exiliados tuvieron que suplicar a embajadores y burócratas, denunciar la propia situación en periódicos, mover todas sus influencias, hasta las que no tenían, para conseguir atención a sus casos. Una espera que vio, poco a poco, la gradual repatriación de todos sus amigos: desde Mario Montagnana, su más próximo, a los demás italianos en México y hasta la del poeta adorado, Neruda, a quien Vittorio no quiso acompañar al aeropuerto de la tristeza que le daba su retiro de México como embajador y la soledad que eso le significaría. Todos se iban menos él.

—Es una injusticia que me impidan regresar —se quejó con Pablo el día que fue a despedirse de su amigo a la residencia chilena.

—¿Sabes qué le comentó un tipo de la embajada americana a nuestro Umanski —dijo Neruda mencionando al cónsul ruso— cuando le preguntó por qué no te dejan regresar?

—No, ¿qué le dijo?

—Que temen que organices un Quinto Regimiento en Italia.

Ambos se rieron.

—Eres capaz —se burló el poeta, contento de haber alegrado a su interlocutor.

—Si se tardan otro poco en repatriarme lo haré… Te lo juro. De hecho, no les vendría mal una buena y bien armada insurrección comunista; he escuchado que los Aliados empujan fuerte por un régimen de derecha.

—¿Ves lo que te digo?

Vittorio lo veía claramente. Su presencia en Italia iba a molestar a muchos, de eso estaba seguro, comenzando por lo que se conocía como el AMGOT, la alianza militar que gobernaba los territorios ocupados y mantenía el control de quienes eran considerados como enemigos, aun a pesar de las muestras de buena voluntad de su parte, como en el caso del pueblo italiano. Pero también molestaría a la Democracia Cristiana, el partido creado por los conservadores en concomitancia con el Papa —quien siempre había preferido al fascista que al liberal, a quien asociaba al caos, al desorden y a la anarquía— precisamente para contener la llegada del comunismo. Molestaría a los complots fascistas para seguir deteniendo el poder y hasta molestaría al mercado negro, tan en boga en su región, convertida en la grieta entre los dos mundos en los que se había dividido el planeta y por la cual se colaban armas, mercancías e ideas prohibidas. Su llegada incomodaría, pues, a todos quienes se aprovechaban de la Italia liberada para llevar a cabo sus intereses.

Y porque incomodaba a demasiada gente, Vittorio siguió desterrado durante todo 1945 y 1946, trinando del coraje por no poder participar de modo alguno en el grandioso momento que tanto había esperado: la caída del fascismo, la recuperación de su terruño y la eventual reconstrucción de su país.

Fue hasta finales del 46, y después de que desde Italia sus compañeros de

partido promovieran incansablemente su regreso, cuando Petrucci, el embajador recién llegado a México, lo llamó: había firmado su permiso para que regresara.

De la alegría que le dio esa noticia, a Vittorio ni se le ocurrió pensar que aquella podía ser una trampa para librarse de él.

Eufórico con la idea de irse, apenas obtuvo las coordenadas de su viaje de vuelta, que la misma embajada italiana le había organizado, Vittorio comenzó a despedirse de todo el mundo, comenzando por Tina. Como siempre que visitaba su tumba, esa tarde lluviosa le llevó flores, que depositó en la lápida cuyo diseño había donado el arquitecto Hannes Meyer y que había podido realizar gracias a una generosa colecta. Tuvo que limpiar la hierba crecida en las cuarteaduras del cemento, y darse cuenta de que llevaba tiempo sin venir al cementerio, antes de pensar que los muertos eran los primeros olvidados y que por eso había que morirse lo más tarde posible.

—Me voy a Italia —dijo en voz alta y una vez que cambió las flores marchitas por unas frescas—. Regreso al país que amamos a pesar de conocerlo tan poco —continuó, a sabiendas de que Tina se había ido de Udine adolescente y él había vivido en Italia, como tal, tan solo cinco años, pues durante su juventud Trieste era austriaca, al igual que el resto de la región.

Estaba apenado de que solo a él le tocara la dicha de volver, como tantas veces lo habían soñado juntos, cuando ella le preguntaba: «¿Crees que algún día regresaremos a nuestro querido Friuli?». Al pasar nerviosamente sus manos entre sus cada vez más ralos cabellos, se sintió viejo. «El paso del tiempo es aún más implacable cuando la espera, inútil y estéril te consume la vida», pensó. Pero no quería aburrir a Tina con sus quejas.

—Me hubiera gustado descubrir Italia contigo —admitió entristecido, consciente de que despedirse de ella significaba decirle adiós a un buen tramo de su vida.

Una vida que recordó con todo el dramatismo que contenía: dos guerras mundiales, la plaga fascista, el dolor del exilio, la crueldad de la guerra de España. Desde que comenzaron su lucha juntos, nunca habían tenido ni un racimo de paz ni un hogar donde refugiarse, y ahora le tocaba a él, y solo a él, regresar a una Italia libre, aunque marcada por la tragedia, la destrucción y la miseria. De pronto se le ocurrió que tal vez Tina no hubiese soportado un repatración tan desgarradora. En cambio él, a sus casi cincuenta años, era tal vez menos fuerte en lo físico, pero más maduro, política y personalmente, y se sentía listo para emprender el nuevo reto.

—Te voy a dejar a Isabel y a Carlitos. Ellos me alcanzarán más tarde. ¿Te acuerdas de Carlitos? Vinimos a visitarte, es un niño feo como yo, pero bueno como… —Iba a decir Isabel, pero hizo una pausa en la que sus ojos buscaron amorosamente el cielo—. Como tú… Nunca te lo dije, pero me hubiera gustado

tener un hijo contigo —añadió para que le perdonara el casi gafe.

Vittorio sintió que ella le agradecía sus palabras, que con solo pronunciarlas de algún modo cumplían ese sueño suyo inalcanzable ya. Fue entonces que le respondió tarareando la canción que cantaba cuando estaba borracho y que tantas veces habían entonado juntos:

—«*Avanti popolo, bandiera rossa / Alla riscossa, alla riscossa / Avanti popolo, bandiera rossa / A la riscossa, trionferà. / Bandiera rossa la trionferà / Bandiera rossa la trionferà / Bandiera rossa la trionferà / Evviva il comunismo e la libertà / Evviva il comunismo e la libertà. / Vogliamo fabbriche, vogliamo terra / Ma senza guerra, ma senza guerra / Vogliamo fabbriche, vogliamo terra / Ma senza guerra, trionferà / Bandiera rossa trionferà…*».

Cuando terminó la estrofa del que quería fuese un homenaje a todo lo que habían vivido y cantado juntos, se acercó a depositar un beso en la placa de cemento en donde el artista Leopoldo Méndez había grabado el perfil de Tina junto al poema de Neruda. Luego recitó para sus adentros las palabras de una canción que aún no se aprendía del todo, pero que había escuchado varias veces en la radio:

—*O bella ciao, bella ciao, ciao, ciao… Ciao, bellissima! Ciao, Tina carissima!*

—No puedes subirte a esa nave —lo previno el cónsul Umanski, refiriéndose al buque en el cual el gobierno italiano le había conseguido un pasaje a Vittorio y cuyo destino era la ciudad de Nápoles, con paradas en Cuba y Argelia.

—¿Ahora por qué?

—Porque descubrimos que tienen la intención de desaparecerte antes de que llegues a Italia —le informó el diplomático.

Así fue como Vittorio tuvo que desistir de una repatriación que se quedó en intento y seguir practicando una de las cualidades que menos poseía: la paciencia. Logró irse por fin el 8 de febrero de 1947 a bordo de un buque de carga ruso que zarpó de Puerto México con la bendición de la embajada soviética.

La travesía a bordo del Marechal Govorov —compuesta por tormentas apocalípticas y el refugio de la escritura, que practicaba diariamente en su diario de a bordo y en las largas cartas dirigidas a Bela— le pareció eterna.

> Querida Bela, hoy una noticia frustrante llegó por cable avisando que la nave debe continuar el viaje hasta Múrmansk porque el canal de Kiev está congelado, al igual que el Mar Báltico. Al parecer este último es además muy peligroso por las minas. […] Existen campos de minas controladas, pero las más peligrosas son las aisladas o las vagantes. Miembros de la tripulación están de guardia día y noche para avisar al comandante si ven flotar alguna en el agua.

Pero después de recorrer por mar 12,000 kilómetros y de un último tramo en tren, Vittorio llegó a Moscú. Al pisar la ciudad que tan bien conocía, experimentó sentimientos encontrados: estaba contento de estar ahí, aunque asustado de volver, después de doce años de ausencia, a un país que aún vivía las secuelas del terror y a cuyos funcionarios iba a tener que aclarar muchas cosas, tantas que por un breve momento se preguntó si no había sido, en cambio, una trampa de los rusos haberlo mandado a Italia vía Moscú.

> Apenas llegué al MOPR, en Moscú, pregunté por Bianca. Me llevaron a su casa y encontré a una chica más alta que yo, fuerte y sana, verdaderamente guapa, que me recibió con mucha emoción. Y yo que pensaba que había muerto, como su madre, a manos alemanas. Solo habla ruso, así que imagínate cómo resultó nuestra conversación.

A Isabel no le contó que visitó también a Elena Stásova, quien lo recibió con todo y Bianca, conmovida esta última de conocer a la que para entonces era considerada una verdadera leyenda. Pero de legendaria y poderosa jefa, Elena se había convertido en una víctima más de las investigaciones de la NKVD, que seguían en curso y que la tenían al borde de la histeria y hasta del destierro. Aun así, cuando lo vio entrar a la disminuida nueva sede del Socorro Rojo, organismo que, según le contaría, estaba a punto de desaparecer, había abrazado a Vittorio, regocijándose de verlo casi tanto como él se había regocijado de ver a Bianca.

> En Belgrado, una ciudad fresca, limpia y alegre, encontré a la hija de mi amigo Ivan Regent, que me entregó casi toda la colección de las mejores fotos de Tina. Desaparecieron sus Leicas, pero no importa.

Tampoco le contó a Isabel que, a distancia en el tiempo, las fotos de Tina le habían parecido maravillosas, el testimonio de su lucha mutua durante toda una época, sin duda digno de ser divulgado. Ni le contó que en Belgrado se había tenido que presentar varias veces ante el embajador italiano y las autoridades yugoslavas para que le concedieran el salvoconducto indispensable para poder continuar su viaje. El permiso le fue concedido solamente después de extensas negociaciones con Regent, que lo convenció de pactar con el Partido Comunista Yugoslavo las condiciones de su misión en Italia. Los eslavos esperaban que volviera a Trieste para incorporar esa ciudad y sus tierras a Yugoslavia, y de ese modo a las posesiones soviéticas, pero Vittorio tenía una visión distinta de su repatriación, aunque tuvo que guardarse de expresarla demasiado claramente.

> Debo prepararme para una nueva vida. Tendré que integrarme a una sociedad normal, como ciudadano, como miembro de un partido político legal, en una Italia

> republicana que pronto aprobará una Constitución democrática y antifascista. Tengo casi cincuenta años y debo comprender que mi condición de emigrado político, fuera de la ley, perseguido y clandestino, ha terminado. Estoy contento por ello, también por ustedes. Besos a ti y a Carlitos.

Tuvo que pasar dos semanas más en Monfalcone, el poblado italiano colindante con Trieste donde vivía su hermano, mientras convencía a las autoridades a cargo de los territorios ocupados de que lo dejaran entrar a su ciudad. Finalmente, después de un atribulado viaje con demasiadas etapas y de veinticuatro años de ausencia, volvió a pisar el suelo que lo vio nacer: la ciudad que a su criterio conservaría siempre, y desde siempre, su espíritu italiano. Prueba de ello era el hecho de que sus padres, cuando Trieste estaba bajo la dominación austriaca, habían bautizado a sus tres hijos con los nombres de la familia monárquica italiana: Humberto, Vittorio y María, una manera de expresar su apoyo al que consideraban su país. Una italianidad que se propuso defender, a pesar de sus votos internacionales, sin imaginar aún cuánto camino tendría que recorrer para que su ciudad fuera declarada italiana, pero sobre todo libre y soberana.

36
Trattoria del Faro

Ciudad de México, Trieste, 1980

Salimos a la terraza de la antigua casa señorial que albergaba la Trattoria del Faro, y que miraba altiva el golfo de Trieste, agarrados de la mano y con la intención de dar una vuelta al jardín rodeado de frondosos pinos. La calle subyacente ostentaba en cada poste de luz manifiestos llamando al referéndum que tendría lugar el siguiente domingo: «*Trieste cantone autonomo con fiscalitá di vantaggio*». Entonces Simona me sorprendió una vez más:

—Mi matrimonio —dijo sin detener el paso y mentras yo miraba sus pies hundirse en la cándida gravilla del suelo— había terminado antes de conocerte, y si mi esposo y yo seguimos compartiendo la casa que compramos con nuestros ahorros es porque ninguno de los dos podemos permitirnos otra. Entre nosotros no hay nada más que dos hijos y la necesidad de conservar el equilibro familiar y económico. Que es mucho, sin duda.

—Entiendo. Como sabes, yo también estoy casado y mis hijas son mi prioridad. Disolver un matrimonio puede ser relativamente fácil, pero la paternidad es un vínculo irreversible que ata para siempre a una pareja.

—Cierto. Pero dentro de una vida todo debe caber. Aún no entiendo cómo pude, cuando me fui de México, tomar la ridícula decisión de no volver a verte. Pensé que era mejor así, que lo nuestro había sido una aventura y nuestros proyectos juntos eran tan solo sueños expresados al calor del momento. Y dije «la ridícula idea» porque hace tiempo que me arrepentí. En el momento en que tocaste el timbre de mi casa supe que durante todo este tiempo solo había estado esperando volver a verte.

Sus palabras me impresionaron, ¿qué importaban mis limitaciones, o la verdad sobre Vidali o sobre Tina, si tenía frente a mí la más deliciosa mentira? Una mentira, tal vez, pero capaz de curar cualquier mal con una medicina infalible: la ilusión. Me

detuve para ceñirla entre mis brazos y besarla lentamente. Cuando separamos nuestras bocas y nuestros rostros seguían rozándose, le confié mi única verdad de ese momento:

—Quiero hacer el amor contigo.

—*I tuoi desideri sono i miei ordini* —contestó ella, conduciéndome de la mano hacia una construcción colina arriba, sin que yo imaginara que mi deseo iba a materializarse tan rápidamente.

Cuando cerramos la puerta del espacioso cuarto, parte de una dependencia que albergaba las cinco habitaciones del hotelito —«*la locanda*», como la llamaban aquí— nacido para atender las estancias de los clientes del restaurante y que, luego supe, Simona había previsoramente reservado, comencé a sudar. La calefacción estaba prendida y me quité la chamarra, que había recuperado del auto antes de nuestro paseo, pero al no sentir alivio deduje que mi calor era causado por las hormonas que aún tomaba para controlar mi enfermedad, un tratamiento que me acercaba a mi lado femenino y me hacía sentir frágil. No me había acostado con nadie desde Clara, con quien más que un encuentro amoroso había llevado a cabo un experimento práctico, por no llamarlo mecánico, tanto en lo que concernía al acto sexual como a la rehabilitación de nuestro matrimonio. ¿Y si mi deseo por Simona no era suficiente para superar mis impredecibles fallas físicas? Tuve ganas de confesarle mi condición, pero pronto me encontré en un momento poco apto para hacerlo: ella me había quitado el suéter y estaba desabotonándome la camisa mientras me besaba vorazmente el cuello, la cara, la boca y yo seguía sudando. Por fortuna sentí mi miembro engrosarse y mi preocupación se sosegó.

—Siento haber desaparecido —susurró ella en mi oído.

—Siento no haber venido antes —contesté yo en el suyo.

—Tuve miedo… —reviró ella.

—Tuve cáncer… —rebatí, asustado frente a sus expectativas y con la súbita necesidad de que fuese compasiva conmigo, por si algo no salía bien. Me arrepentí de mi confesión apenas después, pero ya era tarde.

—¿Qué dices? —exclamó Simona, deteniendo todos sus movimientos y buscando mis ojos con los suyos.

—Estoy en remisión, todo está bien ya, pero sé amable, fue cáncer de próstata —expliqué sin soltarla.

Entonces ella puso sus palmas alrededor de mi nuca, tomando mi cabeza con ambas manos y colocándola frente a la suya. Mi sexo, que seguía milagrosamente erguido, pulsaba en su vientre y ella buscó mis ojos para llevar su mirada hasta dentro de mí. Debió ver mi súplica para no seguir hablando del tema, porque calló. Por mi parte, tan solo había querido sacar de mi sistema el asunto que durante un año había sido la principal causa de mis congojas, y, eventualmente, contar con su comprensión. Lo entendió así, porque de modo tierno, pero determinado a la vez,

volvió a hundir su lengua en la mía y, después de un beso acuoso y solidario, llevó su lamida por mi torso entero antes de llegar a la más sufrida de mis extremidades, que continuaba alerta como un animal listo a batirse por su libertad. Agachada frente a mí y con su lengua arropando el miembro más comprometido de mi cuerpo, se dejó guiar por mis reacciones y, con sensibilidad y generosidad, me acarició y estrujó hasta conseguirme un orgasmo privado de semen, ese fruto que me había quedado prohibido, pues una de las consecuencias del tratamiento al que me había sometido era la pérdida de la eyaculación. Como me lo había sugerido el médico, poco antes de alcanzar el placer máximo probé a cerrar los ojos y a imaginar mi esperma saliendo de mi cuerpo en un poderoso chisguete, lo que me provocó una sensación tan amplificada por mi fantasía que me llevó a vencer mis limitantes físicas y al mejor éxtasis de mi vida.

Una vez que mi pene y el resto de mi ser se aquietaron, me dejé caer en la cama, en una especie de letargo en el que mis músculos flotaban sin responderme y ni cuenta se dieron cuando el cuerpo de ella se acurrucó en los recovecos del mío. Permanecimos un rato así —piernas entrelazadas, miembro encogido y testículos desparramados, con los sentidos recuperándose en esa deliciosa familiaridad que me hizo sentir parte de algo más grande que yo mismo— antes de que me ocupara en corresponderle, explorando con mi lengua los misterios de su vagina. Todo para recordar cuánto me gustaba el sabor de su intimidad, ese que en otras mujeres resultaba rancio, ajeno, incluso sucio, pero que en Simona sabía a una mezcla de caviar y miel, aromas entrelazados, como lo estaban ahora nuestros cuerpos y posiblemente nuestros corazones. Inspirado por la pasión que ella despertaba en mí cada vez que la tocaba, al articular mis manos y mi lengua en su clítoris procuré estimular su resguardo más preciado con toda la experiencia y generosidad a mi alcance, con el único objetivo de que su orgasmo se convirtiera en la eyaculación que la naturaleza me había negado a mí.

Satisfechos por partida doble, dormitamos un buen rato, mientras recuperábamos las fuerzas para el resto de una tarde que se transformó rápidamente en noche. En la oscuridad de un nuevo despertar, en el que perdí el sentido del tiempo, me incorporé nuevamente a su lado y, sin probar afán de posesión, busqué la comunión. Volví a acariciar su cuerpo tibio que me atraía como la esponja al agua, y cuando ella abrió los ojos y sintió la renovada fortaleza de mi sexo buscándola, me entregó su parte y yo hice lo mismo con la mía. En ese encuentro cómplice me sentí de nuevo en casa.

Desperté con los primeros rayos de luz difundiéndose entre las rendijas de las persianas, que en algún momento de esa larga noche me había levantado a oscurecer. Nos olvidamos de cenar y estaba hambriento. Ella seguía durmiendo desnuda entre

las sábanas arrugadas. Y se veía tan hermosa, con un pie fuera del edredón y el cabello desparramado en la almohada, que pensé en tomarle una foto. Había cargado conmigo la cámara sin haberla usado hasta entonces, pero desistí. No quería convertirla en una más de mis amantes. Simona era la luz que no había apagado ni en los momentos en los que la oscuridad era mi único refugio. ¿No acaso la había amado sin verla durante más de un año y no acaso había cruzado un océano para estar con ella?

Intentando hacer el menor ruido posible, salí a la veranda que, como el resto del cuarto, debió pertenecer al invernadero de la antigua casa. La vista era tan sugestiva en ese amanecer grisáceo que decidí mejor fotografiar Trieste, la ciudad a mis pies, cuyo cielo mostraba una estratificación de nubes acomodada con tal gracia que parecía un cuadro abstracto. Imaginé que cada vez que vería esa foto me acordaría de esa tarde de explicaciones que acabó explicándome la vida misma. Pero había olvidado la cámara adentro y cuando volví a entrar al cuarto para recuperarla hice el suficiente ruido para despertar a la bella durmiente.

—Tengo hambre —dijo después de darme los buenos días.

—Somos dos.

—¿Cómo amaneció? ¿Cómo amaneciste?

—Nublado y feliz —declaré al sentarme en la cama.

—No hay que salir —dijo ella pasando el índice de su mano por el borde de mis bóxers.

—Solo para comer…

—Ni para comernos… —amenazó besándome el cuello.

Ordenó un desayuno abundante y nos trajeron la versión para americanos famélicos, compuesta por una charola de queso, otra de *prosciutto* ahumado Speck y hasta de un par de huevos a *la coque*, además de dos *brioche*, café y espesa *spremuta d' arancia*, mientras Simona me explicaba que en la Locanda del Faro se habían vuelto expertos en atender turistas anglosajones, austríacos y de ultramar.

A pesar de nuestra alegría compartida, al sentarnos a la mesita de mimbre con vista al mar nos quedamos callados y me di cuenta de que no había muchos temas sobre los cuales quería conversar: no deseaba hablar de mi cáncer y tampoco quería hablar de Clara, ni del marido de Simona, ni de sus hijos, ni de las mías, ni siquiera de nosotros. «Nosotros» era, ahora mismo, estar encerrados en esas cuatro paredes, sin juicios ni programas. Así que, en ese día lluvioso y sorpresivamente feliz, la bombardeé con preguntas concernientes a nuestro tema favorito, comprobando que amar es mirar juntos hacia la misma dirección.

—Es hora de que me des tu opinión. ¿Crees que Vidali haya colaborado de algún modo con las Brigadas Rojas? —solté frente al *capuccino* y la *brioche* untada con *marmellata di susine,* como describía Simona la confitura con la que había embarrado el pan. Quería su opinión, no más datos.

Vaciló por un momento antes de explicarme:

—La nueva izquierda revolucionaria es mal vista por los comunistas veteranos, que a pesar de haber sido igual de reaccionarios en el pasado, muchos de ellos, como Vidali, pelearon a *sangue* con los fascistas de Italia y del mundo. No entienden a los jóvenes de hoy, melenudos como mi hermano. «*Capelloni*», los llaman, y los consideran demasiado intelectuales, individualistas e indisciplinados para confiar en ellos.

—¿Y ellos? Los jóvenes comunistas… ¿Qué opinan? ¿Qué hacen?

—Lo que hacen los jóvenes: se sienten todopoderosos, sabelotodo, *differenti alla generazione precedente*. Pero, por lo menos dentro de la estructura del partido, no desobedecen a los dirigentes. Aunque pujen por una renovación, si no se acogen a las órdenes de los jefes son expulsados, en cuyo caso han llegado a formar organizaciones alternativas, los más extremistas, o se han unido a las filas del partido socialista, *i moderati.*

—¿Pero hay otras acusaciones o sospechas que liguen a Vidali, o al partido comunista, con las Brigadas Rojas? —pregunté, sin quitar el dedo del renglón y mientras rompía con el tenedor el caparazón del huevo servido en un peculiar recipiente individual.

—Muchas. La mayoría por parte de la prensa, pero también rumores *all' interno delle istituzioni*, incluyendo uno que alegaba que Vittorio, así como otros que no eran brigadistas, habían interrogado a Moro durante su cautiverio. Y no olvides que Luigi Cardullo, el director de la cárcel donde sigue preso mi hermano, recibió el encargo de espiarlos directamente del *Generale Dalla Chiesa*. Tal vez no lo conozcas, pero *é il famoso zar antiterrorismo* italiano que siempre pensó, y trató de probarlo *in tutti i modi possibili*, que en el asesinato de Moro había otros involucrados, incluyendo otros países.

—De acuerdo, pero según lo que leí había un amplio grupo de italianos, dentro del partido comunista, que apoyaban la revolución armada. Lo que era común en esos tiempos. La radicalización de la izquierda es algo que sucedió también en México, y también al interior de los partidos.

—Algunos miembros del partido e incluso componentes de las más altas esferas intelectuales, como el editor Giangiacomo Feltrinelli, *per esempio*, empujaron la idea de llevar el PCI a las armas, y esa idea fue precisamente la que degeneró en el terrorismo brigadista. Pero siempre fueron parcelas *al margine delle istituzioni*. Porque si lo razonas un momento, hombres como Vidali, que habían obtenido un lugar en la vida democrática del país, escaños en el parlamento y un poder de decisión en la república, ¿por qué iban a querer perderlo todo? ¿A cambio de qué? *Con che oggettivo*?

—Además dijiste que Vidali criticó abiertamente a las Brigadas Rojas, ¿no es cierto?

—En varias ocasiones. Decía que eran idiotas, unos provocadores, agentes de la CIA que intervenían para favorecer los planes subversivos de la derecha, cuya causa era el anticomunismo. Aunque eso *non é necessariamente significativo*. Lo que sí, y tú como inspector deberías saberlo mejor que nadie, frente a cualquier delito es fundamental analizar quién gana cometiéndolo. Y el Partido Comunista Italiano era, y es, el gran perdedor con las masacres de las Brigadas, *specialmente con la morte di Moro*, convertido en mártir e imposibilitado de llevar a cabo la *allianza* que estaba gestando para compartir el poder con los comunistas. Para mí que fue justamente eso lo que lo condenó...

—¿Y los rusos? ¿Qué ganaban los rusos con la muerte de Moro?

—Allí está el detalle. Los rusos son la única razón por la que Vittorio hubiera podido involucrarse: por una de esas órdenes que de tanto en tanto le llegaban de la Unión Soviética. Fui a México también para tratar de entender cómo operaron los rusos allá, al fin que son bastante recurrentes. Me interesaba, *per esempio*, saber cómo ordenaron y llevaron a cabo *l' assassinato di Trotski*, y qué participación tuvo Vittorio en ello. Ya ves que tampoco les convenía matar a Trotski y sin embargo lo hicieron. Sería interesante entender si también Mella había sido víctima de una situación parecida. *I russi* nunca se han tentado el corazón para eliminar a quien les resulta incómodo. Buscaba yo cualquier indicio que fuera indicativo de las operaciones que Vittorio llevaba a cabo por cuenta de los rusos.

—¿Piensas que pudo eliminar a Tina también?

—Lo dudo. Pero si lo hizo, estoy segura de que no fue a causa de una decisión propia. Y no veo a Vittorio cometiendo un crimen pasional. La pregunta imprescindible es: ¿quién ganaba algo con su muerte? Solo que Moscú haya temido que ella pudiese hablar de más, pero lo veo improbable, no parecía que tuviera intención alguna de hacerlo y Vittorio no necesitaba matarla para librarse de ella, ciertamente no para irse con otra.

No llegamos a nada, solo suposiciones y más suposiciones. Pero gozaba suponer con ella y enterarme de su manera de razonar, pero también de la información que ella me daba, como por ejemplo que la Unión Soviética había tenido y tenía una injerencia directa sobre el Partido Comunista Italiano. Según Simona lo financiaban y lo controlaban bastante más de lo que parecía a simple vista. Me contó de los *muy oportunos* accidentes de auto y de los posibles envenenamientos que sufrieron varios líderes del partido italiano apenas resultaron fastidiosos para Moscú, ya sea por su autonomía de pensamiento o por ser contrarios a las órdenes dictadas.

—Eliminaciones y amenazas fueron la *tradizione* en el partido desde que Gramsci lo fundó hasta llegar a Longo, pasando por Togliatti. Al parecer este mismo sufrió un atentado en 1948 y otro en 1950, cuando su auto quedó prensado entre dos tráilers.

—¿Eso según quién?

—Periodistas de investigación que plantearon sus teorías en varios diarios.

—No puedes fiarte de la prensa…

—Son periodistas serios, además no fueron los únicos; también lo insinuaron, y hasta lo aseguraron, varios políticos.

—Esos son aún menos confiables.

—Pero es un hecho que Togliatti murió en una clínica en Yalta *in circonstanze* muy extrañas —concluyó—. Sin contar que apenas hace unos años el mismo Berlinguer, el secretario del partido actual, sufrió un accidente de camino al aeropuerto de Sofía: un camión militar tiró su auto a un barranco y se salvó porque fue a dar contra un árbol, lo que impidió que precipitara al vacío. Lo curioso es que fue después de un desencuentro con miembros del *partito bulgaro*. Si hubiese muerto, su sucesor hubiera sido el subsecretario filosoviético Cossuta, que había tenido platicas amigables con *i bulgari* apenas dos meses antes y que Berliguer tuvo a bien a destituir. De esto sí me enteré en la prensa que, una vez más, vio la mano rusa *in quel incidente*.

—La prensa…

—No sé qué tengas en contra de la prensa —encarrilada como estaba me interrumpió—, pero es claro que cuando la política les ha quedado corta, los rusos nunca han dudado en resolver por otros medios. Y no olvidemos que Vidali es el único comunista italiano que sigue siendo *membro del partito comunista* soviético.

—Para no saber nada de política conoces bastante más que yo —observé, sintiéndome parte de esa generación mexicana que vivía la política de modo ajeno, mirándola incluso con desdén, tal vez porque desde que comencé a votar, allá en 1943, ya estábamos a la merced de un sistema sucesorio en el que los electores no tenían injerencia alguna en el resultado de las elecciones. Y en ese mismo seguíamos ahora. Yo y millones de compatriotas llevábamos más de treinta años no solo siendo gobernados por el mismo partido, sino por la voluntad de un hombre, el presidente, al que solo podíamos aspirar a soportar o, en su defecto, a quedar cerca para disfrutar así de los beneficios emanados de su inmenso poder.

Mientras yo recordaba mis limitaciones políticas y las de mi país, ella hizo lo propio con las suyas.

—No sé quién esté detrás de las Brigadas Rojas, ni cuál sea su propósito. Cabe la posibilidad de que no exista ninguno. Tal vez mi hermano es un rebelde sin más causa que su *inconformità*, así como el resto de su organización. En cuanto a Vidali, tampoco he podido establecer si es un hombre íntegro o un *assasino senza scrupoli*. Posiblemente nunca nadie lo sabrá y probablemente sea un poco de ambos. Como siempre, la verdad está en algún lugar intermedio.

—¿Y si se lo preguntamos?

—¿Cómo?

—Estamos en Trieste y vive aquí. ¿No podemos encontrarlo?

—¿Y qué nos va a decir? Maté a Moro *e* a Trotski. Ah, y también a Mella *e* a Nin, y ya que estamos ponme a Tina *nel conto*.

—A lo mejor ya es lo suficientemente viejo para hacer las paces con la verdad.

—Al parecer escribió varios libros y en ninguno *racconta tutta la veritá.*

—Cuando uno se acerca a la muerte las cosas cambian.

—Qué iluso eres. Yo no tengo nada que decirle, pero si insistes, toma *caffè* en el bar Tommaseo, todos los días.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque a veces lo veo. Una vez al mes vengo a Trieste al teatro y, desde que regresé de México, aprovecho para espiarlo. Es mi manera *di ricordarmi di te.*

—¿Ves por qué te amo? —pronuncié ese verbo prohibido sin pensar en las implicaciones. Ella, en cambio, debió pensar en cada una de ellas porque me guiñó un ojo, claramente halagada.

—Mañana es lunes. Tengo clase por la tarde, podemos ir a buscarlo al Tommaseo por la mañana. ¡Quiero ver si te atreves a hablar con él! *Passiamo* otra noche aquí y… ya está: *sogno compiuto* —ofreció mientras yo me regocijaba, más en la idea de volver a dormir con ella que en la de confrontar a Vidali.

37
Titoísmo

Trieste, 1947-1961

Vittorio había llegado por fin a su patria largamente suspirada, que estaba lejos de ser suya y que, al igual que él, no tenía calma ni paz alguna. Apenas le había alcanzado el tiempo para abrazar a sus hermanos, María y Humberto, y conocer a los sobrinos que habían nacido y crecido en su ausencia. Todavía no había visitado la tumba de sus padres en el cementerio de Muggia, ambos fallecidos durante su exilio, ni saludado a los pocos amigos que le quedaban allí. Muchos se habían ido o habían muerto combatiendo o en el único campo de concentración italiano: la Risiera di San Sabba, una antigua fábrica ubicada en la periferia de la ciudad donde fascistas y nazistas aniquilaban a minorías étnicas o de género y a cualquier otro opositor. Tampoco había acabado de comprender la complicada situación político-social del territorio «libre» de Trieste, partido en dos y no solamente en las zonas designadas por los Aliados como A y B, sino en su sentir político discrepante, que se hacía evidente en los pintarrajeados muros de la ciudad: «Italia significa hambre, miseria y fascismo. ¡Viva la Yugoslavia socialista!», por un lado, y «¡Queremos Italia! ¡Abajo *gli Infoibatori*! ¡Muerte al comunismo!» por el otro. Un pulso político dividido incluso dentro la misma izquierda, deseosos unos de incorporarse a Yugoslavia y otros partidarios de la independencia, de la anexión a Italia o, al menos, del respeto a sus raíces.

Vittorio, aún ignorante de muchos de los retos que le esperaban en su tierra natal y después de un breve interludio triestino, montó en un vagón de tercera clase, en el que estuvo observando a sus casi desconocidos compatriotas hasta llegar a Roma. Era la primera vez que viajaba a la capital y, así como le había sucedido con Trieste, sintió ganas de recuperar una patria que había dejado hace casi un cuarto de siglo. Sus primeras impresiones en el amanecer en que descubrió la Ciudad Eterna fueron de admiración por una civilización ancestral, marcada arquitectónicamente

por el fascismo pero poseedora de la belleza y la sabiduría que habían formado Occidente. Caminó maravillado por las calles cuyo alboroto apenas despertaba, sin sentir el cansancio del viaje hasta que, cerca de la hora de su cita, se detuvo en un Diurno para asearse y rasurarse.

Pulcro y acicalado, cuando entró a la sede del Partido Comunista Italiano, en el edificio conocido como *Le Botteghe Oscure* y ubicado cerca de la Piazza Venezia, a unos pasos del monumento al militar desconocido, volvió a sentirse en casa. Y cuando el secretario del partido, Palmiro Togliatti, acompañado por Mario Montagnana, Luigi Longo, Giuseppe Di Vittorio y otros compañeros de sus muchas batallas lo recibieron con cariño, sintió que había acertado en venir.

Después de la calurosa bienvenida, trataron el primer asunto pendiente, aunque fuera solo una formalidad:

—¿Qué hacemos con la expulsión del compañero Vidali del Partido Comunista Mexicano, del cual ni era miembro ni fue notificado? Propongo que nos rehusemos a reconocer la resolución, por injusta y absurda —ofreció Togliatti, en el tono apacible que usaba aun en los momentos de crisis.

—De acuerdo… Sí… Está bien… —se pronunciaron uno tras otro los presentes.

—¿Alguna objeción a que dirija el partido en el *Territorio Libero di Trieste*, como ya lo comentamos? Con sus credenciales y siendo originario del lugar, creo que es el más adecuado para enfrentarse a uno de nuestros problemas más espinosos.

—Me hubiera gustado tenerlo conmigo en el sindicato, pero entiendo la necesidad de resolver la cuestión triestina —convino Giuseppe Di Vittorio, secretario de la Confederazione Generale Italiana del Lavoro, la CGIL, el único en contestar algo distinto a la reiteración comunitaria.

En la tarde Togliatti, que recibió a Vittorio nuevamente en su oficina, fue más específico:

—Ya te habrás dado cuenta de que tu ciudad se volvió un campo de batalla.

—Siempre lo ha sido.

—Tal vez, pero ahora necesitamos paz y para conseguirla hay que bajar la temperatura del choque nacionalista entre eslavos e italianos, que además nada tiene que ver con la vocación internacional de la zona. Ah, y para ganar votos, la lucha del proletariado tendrá que abrirse a las clases medias. Es una tarea nada revolucionaria, lo sé, y sin embargo necesita de un liderazgo inflexible como el tuyo.

—¿Inflexible hasta qué punto?

—El objetivo del PCI ahora es la creación de una democracia progresista y eso vale para Trieste también, aunque lograrlo nos lleve a usar métodos tradicionales. —Esas palabras le comprobaron a Vittorio que, desde el final de la guerra, el Soviet jugaba en tres mesas distintas: el avance territorial de la Armada Roja, la consolidación de las nuevas adquisiciones en Europa Centro-Oriental y el ascenso de

la URSS en la escala del poder global, pero sus modos eran los mismos de siempre.

—Supongo que me será útil recordar el lema del camarada Stalin: «La partícula tiene que estar subordinada al todo» —observó Vidali, desde un traje de saco sin corbata que lo hacía extrañar su relajada vestimenta habitual.

—Y también que «la ciudad pertenece al campo» —replicó Palmiro, usando otra máxima del líder ruso—, aunque esto no quiere decir que el Territorio Libre de Trieste sea solo un juego diplomático antes de su incorporación a Yugoslavia. Hemos tenido diferencias en este punto, pero creemos poder mediar con el partido esloveno y encontrar un equilibrio más allá de las necesidades particulares de cada país o de cada unidad de partido sin dejar a un lado nuestro objetivo principal: ganar las elecciones. Tampoco olvides que, si en Belgrado la atmósfera es clara, en Lubiana es a menudo nebulosa y en Trieste siempre oscura es.

Gracias al lenguaje en clave que seguía utilizando con Togliatti desde la guerra española, Vittorio entendió que este esperaba verlo repetir las acciones de alineación llevadas a cabo en México y en España. Eliminar a los elementos indisciplinados dentro de las células del comunismo local era indispensable si querían llevarlo al triunfo electoral.

—Eres un elefante y te mando a una tienda de porcelana, lo sé, pero también sé que en los momentos graves tú sabes ponderar las palabras y medir los pasos. En todo caso recuerda siempre que el Partido Comunista Italiano está cerca de ti y que nuestro partido es fuerte y sabio —concluyó Togliatti en esa tarde de reencuentros.

—Trataré de estar a la altura de la encomienda, lo prometo —rebatió Vittorio levantándose de su asiento.

—Y, por último: sé bien que eres más rápido en disparar que en hablar, pero esta vez trata de invertir el orden de los factores, por favor —bromeó Palmiro, antes de desearle un sonoro «*In bocca al lupo, Buon lavoro!*» mientras se levantaba del escritorio y lo abrazaba como nunca antes lo había hecho.

La polémica se volvió pelea y la pelea un choque continuo. Trieste estaba en manos del prepotente nacionalismo italiano, apoyado por los angloamericanos; pero también en las del eslavo, orgulloso de haber derrotado al fascismo y convencido de que su reclamo sobre Trieste no solo era legítimo sino necesario. Sin ganas de conciliar, cada uno jalaba, con fuerza y a veces con violencia, para su lado. Dos razas, la eslava y la italiana, que en esa zona habían convivido en relativa armonía hasta la última guerra, cuando el enfrentamiento entre ambas había degenerado convirtiéndose en una cuestión política.

Vidali, un líder enérgico, más comandante que político, desempolvó entonces su chamarra de piel española y comenzó a recolectar información confidencial y a organizar un equipo táctico, seguro de que la razón no sería suficiente para convencer a los enemigos del Partido Comunista del Territorio Libre de Trieste.

En ese momento de tensión llegaron Carlitos e Isabel, que habían conseguido

finalmente sus documentos de viaje. Para recibirlos, Vittorio había alquilado un departamento amplio en el que confiaba poder hospedar a toda la familia, incluyendo a su hija Bianca, traída desde Moscú para que viviera con ellos. Esperanzado con la idea de una convivencia armoniosa, pronto atestiguó cómo sus parientes, tal vez a causa del aire de conflicto respirado en las calles a su alrededor, convirtieron su propia casa en una extensión del territorio en guerra. Las incomprensiones de pareja, especialmente con respecto a Bianca, con quien les era difícil comunicarse en ruso, le crearon un problema más a quien tenía que gestionar políticamente un estado en llamas. Y como si sus dificultades, familiares y profesionales, no fueran suficientes, pronto la situación se complicó aún más.

—El fascismo no ha muerto. ¡Pero lo venceremos! —clamó Vittorio el 27 de junio de 1948 en un mitin en la Piazza del Perugino y frente a un grupo de expartisanos que, al escucharlo, le aplaudieron sonoramente. El aire tibio envolvía a los cientos de eslavos e italianos reunidos y listos, después de meses de conciliaciones, para olvidar sus diferencias y combatir el imperialismo bajo la misma bandera internacional cuando Pratolongo, el flamante secretario y excompañero de armas de Vittorio reencontrado en Trieste, lo interrumpió para llamarlo a un lado:

—Sucedió algo muy grave, tienes que ir a Roma de inmediato.

—Pero…

—Es una orden. No hables con nadie hasta ser debidamente informado.

Vidali se enteró en la capital, al día siguiente y por conducto de Togliatti, de lo ocurrido:

—Stalin acusó a Tito de alejarse de la idea marxista, un conflicto que hubiera podido resolverse con simple autocrítica, pero el mariscal no quiso doblegarse y la Unión Soviética, después de un pleito que lleva meses ocurriendo tras bambalinas, lo… lo excomulgó. No encuentro otra palabra para explicártelo. Lee el comunicado tú mismo.

—¡No lo puedo creer! —exclamó Vittorio, mientras recibía el documento con súbita preocupación.

—Nunca había sucedido algo así. Es la primera ruptura de este tamaño dentro del bloque comunista. Ya los conozco: mañana la prensa anunciará el seguro fin del socialismo y...

—Y la situación en Trieste se volverá inmanejable…

Después de acordar la estrategia a seguir, Vittorio regresó a su ciudad para llevar a cabo lo pactado: aislar a la fracción titoísta del partido, costara lo que costara. Pronto se dio cuenta de que los excompañeros eslavos estaban dispuestos a conseguir el control del PCTLT usando cualquier medio de coacción —palizas, torturas y hasta el enfrentamiento bélico—, por lo que armó un verdadero ejército clandestino, destinado a acabar con los desviacionistas fieles a Tito del modo más definitivo posible. Con casi trescientos elementos, reunidos entre hombres del puerto,

expartisanos, jóvenes fanáticos y cabezas calientes, el intercambio de agresiones escaló rápidamente a niveles de guerrilla urbana similares a los de 1921, solo que ahora entre los propios comunistas.

Con todo y estos retos, Vittorio, gracias a un electorado en su mayoría italiano y a su discurso cada vez más antiyugoslavo, consiguió obtener un buen resultado en las elecciones del 49, es decir, el 21.4% de los votos, colocando al PCTLT en segundo lugar después de la Democracia Cristiana, el partido de derecha apoyado por Aliados y fascistas. Un logro para él, especialmente porque una severa campaña anticomunista mundial había comenzado, además de haber tenido que competir con el nuevo partido de composición eslava formado a raíz del sisma, que obtuvo apenas el 2% de los votos.

Belgrado no le perdonó haber aplastado a los suyos en las urnas ni sus siempre altisonantes palabras en contra de Tito, y en más de un mitin titoísta quemaron imágenes de Vidali junto con las de Stalin, quien tampoco perdonaba la insubordinación yugoslava que lo llevó a la radicalización de la guerra fría tanto en términos ideológicos como militares, volviendo a abrir la posibilidad de un conflicto armado y de facto contra la OTAN o contra Tito por su cercanía con la Alianza Atlántica. La posición estratégica triestina se volvió entonces aún más trascendental y Vittorio también radicalizó su discurso: el titoísmo se volvió titofascismo y Tito el nuevo Trotski, a combatir como si fuera la quinta columna dentro del movimiento comunista.

—El titoísmo es un trotskismo con Estado —proclamó Vittorio en uno de esos mítines en los que traía puesta su cazadora de cuero y se había vuelto costumbre el enfrentamiento entre sus escuadras y las que se autodenominaban la Defensa Popular Titoísta. No había acabado la frase cuando aparecieron, desde los cuatro lados de la explanada del Carso donde se manifestaban, cientos de soldados titoístas vestidos de civiles, quienes a punta de golpes y empujones se dispusieron a penetrar la compacta masa ahí reunida, tirando sillas, rompiendo letreros, amagando gente e imponiendo su presencia con el efecto sorpresa. A los soldados vidalianos mezclados entre los asistentes no les tomó mucho tiempo pasar al contrataque, lanzándose contra los recién llegados a gritos y golpes y convirtiendo la que minutos antes era una pacífica demostración en una enorme pelea. Aprovechando el caos, un pequeño grupo de titoístas se coló hasta el estrado donde Vittorio seguía incitando a los suyos y, a pesar de su resistencia distribuyendo trancazos indistintamente, alcanzaron a someterlo. Entre cuatro lo tenían agarrado por piernas y brazos, suspendido en el aire como un animal a punto de ser asado mientras lo cargaban para llevárselo.

No era la primera vez que elementos titoístas secuestraban a sus pares vidalianos para desaparecerlos del otro lado del confín, bajo la mirada indiferente de las autoridades angloamericanas, cuya norma era dejarlos hacer, aplicando el lema de que entre más comunistas se mataran entre sí, mejor. Pero los guardias personales de

Vittorio no estaban dispuestos a que fuera precisamente su jefe quien acabara de ese modo y, mientras el resto de la extensa trifulca ni cuenta se dio de que estaban siendo víctimas de un ataque mirado, dieron una feroz batalla, con todo y pistolas, para poner a Vidali a salvo en su auto y de camino a Trieste. Conseguirlo le costó a uno de ellos quedar herido de bala, a otro dos costillas rotas y al mismo Vittorio varias contusiones. Así de maltrechos llegaron al Ospedale Maggiore.

La situación había degenerado a tal punto que la orden de deshacerse de Tito llegó por boca del agente de la NKVD Grigulévich, el mismo lituano que había participado en las operaciones de eliminación de Trotski en México y de Nin en España.

—No será fácil. Tito no es un inocuo exiliado político —lo previno Vittorio, aún adolorido por los golpes recibidos en el último mitin y haciendo una clara referencia a Trotski—. Es un jefe de Estado, con un ejército a su disposición y ciudadanos que lo respetan y lo quieren, incluso de este lado del confín —convino mirando hacia Yugoslavia, ubicada no muy lejos del remoto lugar de la meseta cársica donde le había dado cita al ruso para conversar secretamente.

—Hasta los jefes de Estado tienen accidentes —respondió el lituano, después de contarle que unidades militares yugoslavas estaban posicionadas en la frontera, no muy lejos de allí, y Stalin no iba a permitir más amenazas.

—¿Cuándo y cómo será este accidente?

Grigulévich le expuso las alternativas de la nueva operación, mientras le ofrecía el vodka que había traído para brindar por el éxito de sus planes y por el olvido de sus diferencias. A partir de ese encuentro, Vittorio, un punto de referencia en Trieste para la Unión Soviética —que ya financiaba trámite suyo la tarea de combatir a Tito por todos los medios— se convirtió también en el contacto de la NKVD en la zona, cuyas relaciones quedaron reestablecidas gracias al proyecto conjunto que lo acercaba nuevamente a la agencia: el asesinato del mariscal yugoslavo.

Pero otra vuelta de tuerca estaba destinada a cambiar el rumbo del conflicto balcánico y la vida de Vidali. La muerte de Stalin en 1953, el líder para quien Vittorio estuvo dispuesto a dar su vida, vino a poner fin a las hostilidades con Yugoslavia, por lo menos al interior del partido comunista. Al subir al poder Kruschev, el heredero estaliniano, cambió radicalmente la ruta de la política exterior de la URSS, que en los años anteriores estuvo a punto de llevar al mundo a una guerra nuclear, un cambio que comprendía también la gestión del caso triestino.

La nueva correspondencia con Belgrado comenzó en el verano de 1954 con una disculpa de los rusos a Tito, ofrecida en territorio eslavo por el máximo líder soviético, cuya visita Vidali saludó en su columna de *Il Lavoratore* como una desgracia para Trieste. Su posición contraria a Yugoslavia no era causada por un afán patriótico o independentista, pues creía en la unión sin fronteras de la Internacional

Comunista, sino por su lealtad a la postura adoptada por Stalin. Una política que había separado a Trieste de Lubiana hasta llegar cerca del conflicto armado, a punto de suceder oficialmente después del Memorándum de Londres, cuando los Aliados asignaron formalmente Trieste a Italia y Tito estuvo a punto de invadirla. Ya reconciliado con Moscú no lo hizo, pero pidió la cabeza de Vidali, la espina que le había causado demasiadas molestias, además de uno que otro atentado.

El XX Congreso del Partido Comunista en Moscú fue para Vittorio la ceremonia fúnebre de un delito que comenzó a consumarse el día que Kruschev puso pie en Belgrado y continuó con el discurso inaugural del nuevo líder en Moscú. Ese helado mes de febrero de 1956 estaba destinado a marcar el comienzo del fin de todo lo que Vittorio había creído hasta entonces, cuando en su característico tono monótono y amortiguado, Kruschev no mencionó una sola vez a Stalin.

Mientras lo escuchaba desde su butaca, sumergido en el espectral silencio de los delegados a su alrededor, tan conmocionados como él, Vittorio recordaba cuánto su gente había tenido que pelear en contra del régimen titoísta y cuánto tuvo él mismo que defenderse —de forma pública y privada, personal e institucional— desde la reconciliación eslava para que Tito no acabara con él, política y físicamente, ni con Trieste.

Había llegado a Rusia con la convicción de que, si bien tenía que soportar el acercamiento oficial del Soviet a Yugoslavia, nunca apoyaría que Trieste dejara de ser italiana. Una idea que se había dedicado a expresar en sus discursos y a divulgar en sus artículos, en los que había definido el cambio de política de Kruschev como «un golpe de *bora*», una sacudida al Partido Comunista tan fuerte que podía ser comparable a la provocada por ese viento feroz que arrasa todo lo que toca. ¡Pero esto era demasiado! Escuchar, no lo que decía Kruschev, sino lo que callaba, amplió su enojo a grados mayores. Y cómo no estar indignado, si después de años de ser fiel a una causa, de creer en el liderazgo de Stalin, de estar dispuesto a dar la vida por el ideal que ese hombre representaba, de pronto su nombre era borrado, si no de la faz de la tierra, por lo menos del Congreso número veinte.

En la primera pausa Vittorio salió a los pasillos con la urgente necesidad de respirar, como si adentro de la sala el aire no le alcanzara. A la segunda persona que encontró, después de muchos años de no verla, si bien había seguido carteándose con ella, fue a Elena Stásova.

—La *bora* seguirá soplando —bromeó la mujer de 83 años, que, a pesar de su patente ceguera, había leído su artículo.

Contento de verla, Vittorio la invitó a un lugar más apartado para conversar. Su maestra y amiga se arrastró a una esquina del vestíbulo donde se interceptaron apoyada en un bastón y agarrada de su brazo. Con una voz que parecía un murmullo

de tan débil, le contó que había sido acusada de trotskista, aunque más tarde fuera rehabilitada y posteriormente condecorada con la Orden de Lenin. También le contó del terrible aislamiento en el que había vivido en los últimos años y de su actual ocupación dando conferencias sobre Lenin, su antiguo jefe. De pronto, y como si tuviera la necesidad de liberarse de un peso, comenzó a enumerarle amigos comunes, cuyos nombres le fue mencionando uno a uno.

—Más de cuarenta de nuestros colaboradores más cercanos están muertos… —concluyó.

—¿Todos esos? —se sorprendió Vittorio, mientras recordaba los rostros de cada uno de los mencionados—. ¿Muertos? ¿Cómo? ¿En el frente? ¿En la guerra? — Y la acosaba con preguntas, pensando que tal vez la vieja desvariaba a causa de la edad.

—Fusilados como traidores —confirmó ella, asintiendo con la cabeza tan blanca que parecía la de una indefensa abuelita—. Y los que sobrevivieron regresaron de los campos de concentración en Siberia convertidos en larvas humanas. Lo sé porque también trabajo en la reinserción en sociedad de los que escaparon a la muerte solo para tener un destino peor.

Las declaraciones de Elena dejaron a Vittorio sin palabras, especialmente cuando le mencionó a Beria, el exjefe de la NKVD, ejecutado por traidor un par de años antes. Al pronunciar ese nombre la anciana levantó la voz y cambió su expresión dulce a una de verdadero odio, señalándolo como el responsable, al igual que Malenkov, de esas matanzas.

—Unos carniceros que discutían cómo dividirse el poder mientras Stalin estaba muriéndose en la habitación de arriba. Y Malenkov ya no es presidente, pero sigue circulando por ahí, que no se nos olvide.

Cada vez más horrorizado y con la siguiente sesión a punto de comenzar, Vittorio encaminó a Elena a su asiento, con la promesa de irla a visitar a su casa, antes de volver a entrar a la sala del Congreso en el que Togliatti se había negado a hablar. Más tarde otros de los que fue encontrando en los diversos eventos —cuyo tono era siempre de sutil repudio a Stalin— le confirmaron lo que Stásova le había revelado. Vittorio, y muchos compañeros perplejos, supieron ese día que ya no había manera de ignorar una realidad que planteaba irremediablemente la cuestión de las responsabilidades. Los que ahora evitaban el nombre de Stalin o criticaban los tantos errores que sin duda cometió, se habían convertido con su silencio en sus cómplices, porque el miedo no puede ser excusa, pensaba Vittorio. En su razonar político, concluyó que Stalin estaba siendo sacrificado en favor de todos los demás, pues su aniquilamiento era la manera en que la nueva generación le comunicaba al mundo su vuelta a la rectitud, su intención de buscar una política de paz, su renuncia a la revolución, a cambio de seguir conservando la posibilidad de gobernar.

El comienzo del XX Congreso del Partido Comunista, y del rechazo al legado

de Stalin, provocó en Vittorio unas apremiantes ganas de rebelarse. Si ese Congreso estaba gritando que la máxima autoridad del comunismo mundial se había equivocado, entonces se valía desafiarla, en especial modo si se llamaba Kruschev, un hombre que, lejos de tener la fuerza de su predecesor, le parecía un payaso sin agallas.

Una vez de vuelta a casa, después de soportar estoicamente reuniones cada día más irritantes, la indisciplina de Vittorio para con el nuevo mandamás ruso en torno a Trieste ocasionó incluso que se tornara incómodo para el Partido Comunista Italiano. Togliatti tuvo que confrontarlo en varias ocasiones, pero ni así cambió su actitud, y si sobrevivió a ese enfrentamiento fue por otro golpe, ahora de suerte: la invasión soviética de Hungría en noviembre de 1956. Un evento que provocó que Moscú pusiera una nueva distancia, ahora amistosa, con Tito, quien terminó aceptando, aunque sea a regañadientes, que Trieste fuera italiana y que Vidali siguiera viviendo.

Pero más allá de la cuestión triestina, a la postre, y una vez que Vittorio digirió lo que había pasado allí, el Congreso número veinte lo llevó a reflexionar sobre su manera de relacionarse con el partido-dios que había creado Stalin y que él había adoptado como su único credo. Y se cuestionó largamente sobre ese jefe de Estado o estado jefe, cuyo poder absoluto del vértice burocrático y policial había aterrorizado y transformado a sus secuaces en pequeños robots acostumbrados a obedecer y callar. ¿Es que Stalin, no contento con imponer sus neurosis a su país y al mundo entero, con el tiempo había creado una pirámide de pequeños Stalin, obedientes y disciplinados, fieles a sus ritos y a su liturgia y listos para perpetuar su voluntad? ¿Es que todos habían sido víctimas y verdugos a la vez? ¿Es que también él, Vittorio Vidali, se había convertido en uno de ellos?, se preguntaba, conociendo demasiado bien la contestación.

El XX Congreso puso a Vittorio a lidiar con las culpas que comenzaban a pesarle, al grado de que publicó un diario sobre el evento. Pero también le trajo la certeza de que comenzaba una nueva fase de su vida como comunista. «Es necesario ir con los tiempos y dejar atrás la idea de que la Unión Soviética es la depositaria de la verdad absoluta… El culto a una personalidad no es el camino para un movimiento de ideas tan importantes y nobles como las que pretendemos propagar», concluyó con lo que era necesario decir si él, o el movimiento, pretendía sobrevivir en la arena política. Y él era un sobreviviente.

Vittorio Vidali dejó definitivamente de ser estalinista en los años sesenta. Su irrevocable renuncia coincidió con el momento en el que comenzó a sentirse viejo. Siempre había pensado que uno es joven cuando cree en la vida, cuando le gusta el sol, el cielo, la naturaleza, cuando analiza la peor situación y tiene ganas de superarla. Uno es joven cuando le gusta el hoy, el aquí y el ahora, solía decir. En ese sentido

todavía se sentía joven, pero en 1961, cuando fue invitado por la recién formada República socialista cubana a visitar ese nuevo país, comprobó lo que Vaillant-Couturier escribió alguna vez: el comunismo, a pesar de sus defectos, es no solo el futuro, sino también la juventud del mundo. Y precisamente ese viaje a Cuba, realizado a sus 61 años, vino a comprobarle que su juventud, por más esfuerzos que hiciese para que no fuera así, había terminado.

En esa ocasión llegó a La Habana por primera vez en avión. Voló desde Roma y, después de hacer escala en Zúrich, Praga, Santa María Azores y Nassau, aterrizó en la isla, que acababa de ser víctima de la invasión norteamericana a la bahía de Cochinos y todavía tenía naves americanas rodeándola. Verlas desde el aire le hizo fluir nuevamente la adrenalina y recordar los tantos combates en los que había participado.

Qué privilegio, pensó asomado a la ventanilla, asistir al triunfo de una revolución moderna y por las armas —cuando él ya hablaba más de lo que disparaba — y que encima había logrado repeler al gigante capitalista. Porque, aunque Cuba había llegado tarde al triunfo revolucionario —al igual que al de la abolición de la esclavitud—, lo había hecho por la puerta grande. Desde su aterrizaje y la calurosa bienvenida con todo y banda que le dieron a su delegación, Vittorio se emocionó de poder compartir con el pueblo cubano esa feria de alegrías con que festejaban su éxito, aunque pronto este se revelara un popurrí de improvisaciones. Y es que, en el nuevo régimen, además de la felicidad y del entusiasmo, reinaba la desorganización. Después de un par de «salimos a las seis» y eran las diez y nadie se aparecía, o después de enterarse de que era la burocracia lo que detenía a Isabel y Carlos de alcanzarlo desde México, donde ellos vivían, Vittorio entendió que no se trataba de casos de desorden aislados causados por la falta de relojes o de experiencia diplomática, sino que era la expresión de una mentalidad. Una costumbre que no sería fácil de cambiar. Pero si no lo lograban, pensó decidido de apoyar el fenómeno cubano, ni la victoria militar ni todas sus ganas conseguirían lo indispensable: vigilancia, responsabilidad, productividad y disciplina para hacer funcionar, y eventualmente hacer triunfar, el verdadero socialismo.

Fue a los pocos días de su llegada, en el desfile del primero de mayo, cuando presenció desde la tribuna de honor el paso de un ejército compuesto de jóvenes marchando y gritando «Somos socialistas *palante*, si no les gusta que tomen *pulgante*», que se dio cuenta de que en Cuba —cuya norma más acatada era la frase «por la libre»— tener treinta años significaba estar viejo. A sus sesenta y uno, y bajo el sol inclemente de esa mañana brillante, sintió que cada una de sus heridas le dolía más que el día anterior: la vejez había llegado para quedarse. Ahí y así comprendió que ya solo podía aspirar a compartirle a esos jóvenes sus experiencias, para que el experimento del que eran protagonistas no derivara en fracaso.

Una constatación comprobada cuando, gracias a la labor del cónsul mexicano

y del embajador cubano en México, pudo por fin abrazar a Isabel y a Carlos, su muchacho crecido, y volvió a tener la sensación de que la juventud era ya no su mujer, veinte años menor que él pero ya en la década de los cuarenta, sino ese hijo suyo, el casi niño al que ahora le tocaba actuar. Apenas después de saludar a su padre, Carlos se incorporó a los programas organizados por el nuevo Estado para sus visitantes más jóvenes, que iban desde inscribirse a la Universidad de La Habana hasta ir a cortar caña. Vittorio se convenció entonces de que era en ese chico, en su descendencia y en todos esos jóvenes con que se había llenado el mundo, que recaía el futuro: la Revolución cubana no hubiera podido triunfar sin el empuje de esa nueva generación. El mismo Che, con quien tuvo oportunidad de conversar durante el desfile y cuyos ojos le parecieron emanar una pasión que solo un joven podría sostener, tenía treinta y tantos años y ya cargaba sobre las espaldas la responsabilidad de llevar *palante* un nuevo país. Todo era juventud en Cuba y, si Vittorio se sentía cada vez más viejo, ese excitante e intenso vaivén guiado por una boyante juventud le inyectaba vigor y esperanza en la posterioridad.

Al llegar de una de las tantas visitas con las que la recién estrenada República llenaba la agenda de los invitados al festín revolucionario —ese día el destino había sido el Acuario Nacional, donde habían admirado las más de ochocientas especies que poblaban los mares cubanos—, Vittorio se encontró en el lobby del modernista hotel Riviera, donde se hospedaban, con el escritor mexicano José Revueltas. Sentado cerca de su hermana Rosaura, quien trabajaba en el Teatro Nacional y había colaborado con Brecht en Berlín, el autor lo saludó con un abrazo sonoro y, después de una breve plática y de que las señoras se retiraran a sus habitaciones, acordaron ir por un trago al cabaret del hotel, cuya orquesta tocaba como en los viejos tiempos: a toda hora del día y de la noche. Allí el dramaturgo se manifestó entusiasta con Cuba, pero desorientado con su propia patria. Vittorio no podía culparlo: él mismo estaba decepcionado del país que había tenido la primera revolución del siglo y había acabado más capitalista que antes. Al quejarse de México, José le mostró a su interlocutor el manuscrito que estaba corrigiendo y que, a manera de hijo enfermo, cargaba siempre consigo.

—Se titula *Dormir en tierra*. Es un recuento sobre la crisis del marxismo. Me gustaría mucho que lo leyeras y me dieras tu opinión.

A Vittorio, que llevaba días sumergido en la orgía de luz y colores que pintaban el glorioso momento histórico cubano, le causó espanto tener que asomarse a la que consideraba la escuálida y mísera política mexicana. ¿Para qué intercambiar un sueño fresco, sano, vivaz y juvenil —aunque algo desordenado, había que admitir — por una pesadilla del pasado llena de brujas, murciélagos y espíritus malignos?

Al recibir en sus manos el manuscrito, sin ninguna intención de leerlo, le repitió lo que le había dicho días antes a un viejo dirigente mexicano:

—Ha llegado el momento de que los viejos, mi querido Revueltas, buenos y

malos, se pongan de lado y dejen a los jóvenes el campo de batalla. Tenemos, y me incluyo, que dejar que trabajen, que luchen, que hagan política por su cuenta: organizándose, equivocándose, tropezándose, cayéndose, pero solos. Solamente así, pasando por un doloroso proceso, se creará una nueva clase dirigente. Todos los demás, los viejos y los jóvenes-viejos… ¡a la galería, al mausoleo, al olvido! Deja el pasado en paz, por favor.

—Pero el pasado nos hace quienes somos —rebatió José algo desconcertado.

—Y de paso no nos deja alcanzar lo que podemos ser. ¿Quieres un consejo de amigo?

—Yo te lo pedí...

—No publiques este libro, estoy seguro de que es una crítica injusta al movimiento revolucionario y al partido comunista. Guárdatelo para ti y mira *palante*, como dicen aquí —apostrofó, mientras depositaba el manuscrito en la mesita frente a ellos.

Vittorio dudaba que José aceptara su propuesta. Sabía demasiado bien que, especialmente en México, la ambición de que hablen de uno, aunque sea de forma negativa, era más fuerte que el sentido de la responsabilidad y el deseo de servir los intereses colectivos.

—Gracias —contestó el autor, que estuvo a punto de ofenderse pero prefirió olvidar el asunto para dar paso a momentos mejores—. ¿Vas al jolgorio esta noche?

—Nos recogen a las ocho —contestó Vittorio, sin saber que sus palabras acerca del pasado muy pronto lo condenarían.

Esa noche, en el Centro Gallego de La Habana y durante un mitin antifranquista en el que participaba también su excompañero de batalla, Enrique Líster —con quien comandó el Quinto Regimiento y protagonizó la película *The Spanish Earth*, de Joris Ivens—, Vittorio se encontró con viejos amigos. Paradójicamente, todos le recordaron a México. Fantasmas que, de un modo u otro, lo remitían a ese país: la mexicana Adelina Zendejas, que le contó las últimas novedades de amistades comunes, el periodista Carleton Beals, a quien había conocido en casa de Tina en México el año 27, y el secretario del Partido Comunista Venezolano, Gustavo Machado, con quien acabó hablando de Mella y de su asesinato mientras se terminaban juntos una botella de manzanilla. Tal parecía que por más que Vittorio se empeñara en disfrutar del presente o mirar hacia el futuro, el pasado lo acechaba.

Para cuando volvieron al hotel, el italiano estaba ebrio e instalado en esa hora que, recordó, en México se conoce como la de las netas, y, en el mismo cabaret donde había conversado con Revueltas, decidió regalarle a Machado el retrato que Tina le había hecho a Mella. El venezolano, que había bebido al parejo que él y también andaba sensible a los recuerdos, le correspondió obsequiándole su pluma de oro. Más anécdotas y más tragos se sucedieron hasta que el par, en un arranque de

sentimentalismo nostálgico, quedó de visitar la tumba de Julio Antonio al día siguiente, pues las cenizas del cubano habían sido repatriadas para darle sepultura como héroe nacional.

Una vez en su cama —que Isabel había desertado para irse a dormir con Carlitos, confirmando que la de ellos era y sería ya solamente una relación cordial—, Vittorio no pudo dormir. Tenía escalofríos y se dio cuenta de que esa mañana, al nadar por primera vez en su vida en una piscina, la de su elegante hotel, el sol que sintió que lo acariciaba lo había en cambio chamuscado.

Amaneció con resaca, deshidratado y sintiéndose aún más viejo, pero cuando Machado tocó a su puerta para ir al cementerio, pese a lo mucho que le hubiese gustado cancelarle, no quiso echarse para atrás, pues la propuesta había sido suya.

Frente a la tumba de Mella y bajo un sol tan abrasador que le parecía que su cerebro hervía adentro de su cabeza como estofado en olla a presión, Vittorio pensó en la gran huella que Julio Antonio había dejado a pesar de haber muerto a tan corta edad, apenas veintiséis años. Tal vez si no hubiese fallecido tan joven su imagen no colgaría en la mayoría de los edificios oficiales del país, concluyó con un dejo de envidia y otro de remordimiento. Pero una vez descongelados sus recuerdos, pronto recayeron sobre Tina.

Tina…

Hubiera mentido si hubiese dicho que pensaba en ella a menudo —los muertos se desdibujan en la memoria de quienes los olvidan en vida hasta que se manifiestan de formas alternas—, pero ante el orgullo que le provocó el aprecio de Machado por su foto, el recuerdo de Tina comenzó a revivir en él hasta abrumarlo. Bajo un sol capaz de derretir los pensamientos, y hasta el corazón, pensó en el talento de esa mujer, en su vejez prematura, en el amor que siempre le brindó; pensó en el revoltijo de sensaciones que ahora mismo le despertaba.

Había olvidado el sombrero de paja que le regalaron a su llegada y los tórridos reflejos alrededor suyo lo deslumbraron. Intentó taparse con la mano los ojos, pero cegado como estaba los tuvo que cerrar de vuelta. Al intentar abrirlos nuevamente le pareció ver a Tina, iluminada como una *Madonna*, salir de entre los árboles. Una inclemente pesadumbre se abatió sobre él con la fuerza del rayo de sol que lo fustigó hasta tirarlo al suelo.

38
Encuentros cercanos

Trieste, 1980

Sentados en una de las más significativas plazas de Trieste, Simona y yo observábamos a las palomas y las gaviotas pelearse por los restos de comida que algún incauto había dejado abandonada encima de su mesa. Ella estaba atenta a la embocadura de la calle donde aparecería Vittorio Vidali, como según me dijo lo hacía todos los días alrededor de esa hora.

—¿*Ma lo sai* que hay gente que cuando se cruza con él en la calle se cambia de acera?

—¿No dijiste que lo querían?

—Algunos. Otros le tienen miedo. Y otros, ambas cosas.

—Pero tampoco aquí ha sido formalmente acusado de ningún delito, ¿no es cierto?

—Por falta de pruebas, porque es de dominio público *quante ne ha combinato*. ¿Sabías que estuvo involucrado en dos atentados en contra de Tito? En uno él y sus cómplices le pusieron una bomba en el tramo de ferrovía que va desde Divaccia hasta Pola, justo cuando iba a pasar el convoy que llevaría al mariscal de vacaciones. Otra vez, en Sesana, *là in Slovenia*, orquestaron la colocación de explosivos nada menos que en el chasis del auto *presidenziale* y cuando Tito participaba en un desfile militar. El hombre se salvó gracias a la prontitud de su equipo de seguridad, que descubrió y desactivó el artefacto *in tempo*.

—Bueno, en todo caso falló.

—Pero fue reportado en los medios y Vittorio acabó incluso en la portada de la revista *Life* con el título «El hombre que ejecutará a Tito». Yo la tengo. *C´ é l' ho io.*

—¿Con Vidali en la portada?

—Portada completa. De Tito solo sale *il nome*.

—No cabe duda, a nadie le cabe duda, por lo que dices, que bajo órdenes militares o necesidades políticas estuvo involucrado en varios crímenes —admití retórico.

—*Allora*, ¿qué necesidad tienes de preguntarle *e che vuoi domandarle*? —me cuestionó tratando de disimular su nerviosismo.

—Ya lo verás —prometí, acercando su mano a mi boca para besársela, en un último intento por tranquilizarla.

—*Sono molto curiosa*, pero no pienso acercarme.

—Entonces te contaré lo que me responda.

—De Moro no va a decir nada. Ya lo han confrontado públicamente.

Simona llevaba toda la mañana buscando el modo de hacerme desistir. Al principio su intención fue sutil y me pasó desapercibida, pero poco a poco se tornó obvia. No sé a qué le temía, pero, como suele suceder con las necedades ajenas, su insistencia se volvió inversamente proporcional a mi obstinación. Estaba yo decidido a confrontar a Vidali y opté por dejarla hablar ignorando sus provocaciones. Nada iba a disuadirme ya. Ni ella.

Un espléndido sol había convertido el cielo gris de los días anteriores en una fiesta de luz brillante que bañaba la arquitectura de los edificios de la plaza, cuyo rigor austriaco se mezclaba con un velado sentimentalismo italiano. Miré a Simona con todo el amor que me provocaba, consciente de que era el producto de mucho sufrimiento y muchas contradicciones: había crecido en una familia cuyo padre acabó en una foiba por fascista renegado, cuyo abuelo murió en un *lager* por comunista renegado, y cuyos hermanos peleaban en cada uno de los extremos políticos en el que se partía el mundo. Dividida entre esas dos religiones, ella había querido encontrar la suya, que se parecía mucho a la mía. Ambos transitábamos la vía de la imparcialidad, que se traducía a veces en simple indiferencia, pero que nos había permitido sobrevivir hasta entonces. Tal vez por eso nos sorprendíamos frente a personajes como Tina o Vittorio, capaces de vivir y de morir, o hasta de matar, por un ideal. ¿Qué sabíamos nosotros de esas cuestiones, si no nos atrevíamos ni a amarnos con la fuerza suficiente para romper las barreras que se interponían entre nosotros?

La nuestra era la religión del desapego, la de no comprometerse bien a bien con nada ni con nadie, ni siquiera con una pareja, mucho menos con ideales que, desvanecidos o desdibujados, habían perdido para nosotros toda relevancia. No creíamos en nada: ni en el Estado, ni en los partidos, ni en las clases dirigentes, ni en los sindicatos, ni en las instituciones democráticas y estábamos a punto de no creer tampoco en los hombres. Qué distintos éramos de Vittorio y de Tina, dispuestos a todo por lo que estimaban justo. Nuestra vida, lejos de homenajear a los más nobles votos en pro de la humanidad con los respectivos sacrificios que eso comportaba, giraba alrededor de nuestro mínimo y egocéntrico bienestar. Tal vez por eso nos

atraía tanto quien era capaz de mostrar la valentía a la que nosotros habíamos renunciado.

Con esas consideraciones en mente me agarró la triunfal llegada de Vidali, que atravesó la plaza con bastón en mano, lente oscuro y del brazo de la que Simona reconoció como Laura Weiss, su asistente.

—Ahora vengo —le dije, levantándome de la mesa para pasar muy cerca de donde estaba acomodándose Vittorio con su acompañante, cuya voz alcancé a oír cuando le pidió al mesero «*un caffè macchiato e uno corretto grappa, per piacere*».

Con el corazón acelerado, continué mi trayecto al baño y, frente al retrete, mi semblante cambió al ver mi orina teñir el agua de la taza de marrón. Era sangre, posiblemente causada por la eyaculación fallida del día anterior, cuando el achacoso flujo de mi placer al recorrer mis adentros mostraba sus verdaderos colores. Nada me dolía, pero la posibilidad de estar de vuelta enfermo me preocupó. En medio de esa crisis nerviosa tuve un lapsus de lucidez y me pareció que ese líquido sucio expulsaba, además de mis desechos vesiculares, también mis frustraciones. Tenía yo más de cincuenta años y lo único que me preocupaba era asegurarme de que mi pene se irguiera la siguiente vez que quisiera usarlo, sin más sueños en que creer ni ideales por que luchar. Mi vida sentimental se resumía a tener una esposa y tres hijas, cuya máxima aspiración era que les trajera algún regalo de mi viaje. Otra mujer me esperaba afuera, sin que me atreviera a hacer demasiado por nuestro amor, y no muy lejos de ella estaba el hombre cuya vida no hacía ninguna diferencia en la mía, pero que me seguía provocando cuestionamientos. Entonces, delante de ese retrete turbio lo vi todo claro: la culpa me había condenado y, si continuaba así, seguiría haciéndolo. Me culpaba por no cumplirle a mi familia, por no tener las agallas de dejarlo todo por amor, por no haber sido suficientemente fiel a la verdad, como si la verdad fuera un ideal al que le había fallado. Sin embargo, pronto pensé que me sentiría igual de culpable si hubiera actuado de otro modo. No, no había modo de salvarse. La culpa, pensé frente a la imposibilidad de redimirla, es también un elemento intrínseco de la vida, es la inequívoca consecuencia de una acción o una omisión, la más incómoda hermana de la responsabilidad. Sentirse culpable equivale a sentirse responsable, y nadie se siente responsable de otro si esa persona no tiene un lugar en el propio corazón. Y la culpa, si bien está siempre al acecho, se manifiesta de modo contundente cuando la muerte se acerca.

Pensé en Vidali. ¿Reconocería sus culpas, ahora que se acercaba al final? Salí del baño y caminé hacia su mesa. La curiosidad es la fuente de la vida, pensé, y necesitaba sentirme vivo, o por lo menos lo más lejano posible de la muerte. Tenía una sola pregunta en mente, y contaba con la sorpresa que mi cuestionamiento le provocaría después de tantos años y con mi capacidad de interpretar cualquier respuesta que recibiera. Esa era mi última ocasión de descubrir la verdad, pensé al llegar a su mesa y mientras Simona me veía agobiada desde la nuestra.

—Buenos días —saludé en español—, soy Armando Zárate.

—Vittorio Vidali —se presentó bajando un poco los lentes oscuros sobre su nariz, con la posible intención de ver si le era yo familiar y mostrándome así su rostro probado por el tiempo.

—No nos conocemos —aclaré, seguro de que no recordaría a aquel muchacho que, décadas antes, lo había perseguido y cuyo aspecto nada tenía que ver con el mío en la actualidad—. Soy mexicano y estoy de visita.

—Bienvenido a Trieste.

—Gracias… También soy un admirador de Tina y… —titubeé por un momento, calibrando si me atrevería a lo que me había propuesto. Él aprovechó para continuar lo que parecía un cordial intercambio de impresiones:

—Una escritora mexicana me acaba de contar que su tumba, allá en México, está abandonada… Es una pena, pero ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero saber si usted la mató —le disparé directo y como si el que quisiera matarlo fuera yo.

Entonces quien vaciló fue él. Parecía que, tal vez por lo absurda que sonaba mi pregunta, iba a reírse o a averiguar si me refería a la escritora, pero en cambio sacó la cartera de su pantalón y, después de tomarse el último trago de su café, puso unas monedas encima de la mesa. Luego se levantó y su acompañante, sin que tuviera que decirle una sola palabra, hizo lo mismo: le dio un nuevo sorbo al café y se paró tras él, como si estuvieran conectados por una simbiosis natural. Luego, mirándome de frente —bueno, casi, porque era yo bastante más alto que él—, me contestó:

—Sí… —Y mostró apenas sus dientes en una mueca y, como si estuviera buscando qué más añadir, pronunció la frase que había esperado escuchar con todas sus letras—: Yo la maté.

Apenas terminó esa sentencia, con una expresión que por más esfuerzo que hice no pude identificar, se despidió con un seco «*buona giornata*» mientras se encaminaba hacia la misma esquina de la plaza desde donde había llegado y el mesero lo saludaba con un «hasta mañana, senador».

Yo lo miraba pasmado, sin tener idea de si sus palabras eran literales o la satírica broma de un hombre harto de ser acusado, cuando volteó a verme y, apuntalado en su bastón, soltó el brazo de Laura para regresar expedito hacia mí. Pensé que usaría el garrote para golpearme y, cuando lo vi meter su mano en la parte interior de su saco, estuve seguro de que extraería un arma. En cambio, me alcanzó unos cuantos billetes tomados de su cartera:

—Llévele flores de mi parte, por favor.

Tan anonadado estaba con ese desenlace que no pude moverme ni para recibir el dinero. Poco le importó, porque Vittorio lo deslizó en la bolsa trasera de mi pantalón, dándome una palmada doble en la espalda. Luego se fue, sin voltear para atrás ni una sola vez.

39
La hoz

Trieste, 1971-1983

La imagen —una composición de guitarra, cartuchera y hoz dispuesta sobre un petate— apareció con la leyenda «autor Tina Modotti, 1929» y a través de la diapositiva, amplificada y diluida por el proyector en nostálgicos tonos color sepia. Un distorsionado clic mostró otra imagen similar y luego otra más, hasta que el carrete terminó su vuelta y se quedó fijo en un desnudo de Tina firmado por Weston. Vittorio, desde la oscuridad de la sala del Teatro Palamostre de Udine, y si bien cada vez tenía más aprecio por la que consideraba la fotografía política de Tina, quedó abstraído frente a la frondosa vagina que conocía bien. Explayado en el centro de la pantalla, con su selva oscura e indómita, el sexo de Tina lo distrajo, arrollándolo con una avalancha de recuerdos.

Cuando encendieron las luces, el fotógrafo udinés Riccardo Toffoletti comenzó a leer desde el micrófono el extenso currículum del invitado de honor, mientras Vittorio apuraba su considerable mole para llegar al podio.

—… de 1958 a 1963 diputado de la República Italiana por el Partido Comunista Italiano, de 1963 al 1968 senador. Es miembro del Comité Central del PCI, vicepresidente de la Associazione Italiana Combattenti Volontari Antifascisti di Spagna y presidente del Circolo di Studi Politico-Sociali «Che Guevara». ¡Bienvenido, comandante Carlos!

Un largo aplauso acompañó a Vidali en su trayecto, que resonó hasta que tuvo que silenciarlo agitando sus manos arriba y abajo para que lo dejaran hablar.

—Hoy quiero recordar a una gran mujer. Una gran fotógrafa, pero también una gran combatiente. Antes de contarles la vida de Tina Modotti desde su niñez aquí en Udine tal y como me la contó ella a bordo del barco que la deportaba de México a Alemania, quisiera decirles que estoy indignado. ¡Sí, indignado! Y estoy seguro de que Tina también lo estaría. —Hizo una breve pausa para continuar con

ímpetu—. Ver al presidente Salvador Allende morir a manos del fascismo chileno, que se atrevió a levantarse en armas en contra de su legítimo gobierno, votado por la mayoría de su pueblo, es vergonzoso. Así sucedió en España y no lo hemos olvidado. ¡Con noticias como esta acaba uno pensando que la única solución para lidiar con los que no piensan como uno es dispararles!

Era un soleado día de 1973, cuando la primera muestra de Tina Modotti en su ciudad de origen quedó inaugurada. Curada por Toffoletti, la idea de esa exhibición había nacido de una plática sostenida por Vidali dos años antes en el Círculo Cultural Elio Mauro, en la que había recordado a los friulanos que pelearon en la guerra civil española, entre los cuales Modotti. El interés que Tina despertó en esa ocasión entre sus conciudadanos fue tan grande que Vittorio, auspiciado por un entusiasta Toffoletti, se movió para conseguir fotos prestadas y los fondos suficientes para montar la exposición que ahora inauguraban. Recursos que alcanzaron también para la publicación del libro *Tina Modotti, garibaldina e artista*, la versión italiana del que fue editado en México a su muerte, un compendio de cartas, poemas y comentarios de las distintas personalidades con las que Tina había convivido. Desde su primer encuentro, derivado en un asiduo intercambio epistolar y telefónico, Vidali y Toffoletti se habían propuesto rescatar la figura y la obra de Tina, que reputaban importante artística y políticamente. Un compromiso, por parte de Vittorio, nacido de la promesa que le había hecho a Tina cuando lo atormentaba en sus sueños con el arma que más temía: la culpa.

Pero fue hasta 1979 que su culpa se tornó tangible. Sucedió en una nueva exposición sobre ella, cada vez más reconocida en el ámbito fotográfico y cuya nueva muestra, la más ambiciosa en Italia hasta ese momento y para la cual reunieron más de cien obras, trajo a Vittorio de vuelta a Udine. El senador Vidali había festejado la ocasión pidiéndole a su amigo, el pintor Renato Guttuso, que retratara a Tina en el cuadro que sirvió de manifiesto y como invitación. Era un triunfo colosal porque las fotos, además de recibir excelentes críticas en el ámbito cultural, habían comenzado a valuarse monetariamente en el mercado del arte. No es que a Vittorio le interesara obtener de todo aquello un beneficio económico: incluso había donado la mayoría de los negativos en su poder al gobierno mexicano y varias imágenes a Carlos, su hijo. Su único varón tenía 36 años ya y a su vez dos hijos, uno tan rebelde que le hacía honor al «abuelo Carlos», cuyo nombre llevaba bien puesto. A Vittorio le daba gusto que esas fotos, o el dinero que su hijo pudiera conseguir con ellas, sirvieran para la educación de esos nietos suyos o, en su defecto, para la vejez de la abuela Isabel, de quien incluso no se había querido divorciar para dejarle el beneficio de su pensión cuando él faltara.

Más allá de estas consideraciones, el mayor deseo de Vittorio —es decir, evitar

que el recuerdo de Tina continuara martirizándolo como venía haciéndolo desde Cuba— estaba destinado a fallarle. Durante las varias actividades de esa inauguración, Vittorio se esforzaba en imaginar la felicidad que le daría a Tina escuchar los elogios a su fotografía, que siempre había gozado con modestia, pero disfrutado al cabo; o la satisfacción que ella experimentaría al ver el debate gestado al final de su ponencia, que subrayaba el carácter social de su arte; o la risa que le provocaría descubrir al documento de la OVRA, la Organizzazione per la Vigilanza e la Repressione dell' Antifascismo, que la señalaba como «una peligrosa comunista», invitando a detenerla en cualquier frontera que se presentase.

Pero al terminar de recorrer la exposición, y por más que hubiese intentado imaginar las reacciones de Tina, Vittorio tuvo que aceptar una paradoja: no la conocía lo suficiente para saber lo que en realidad le agradaría. Más allá de los datos, los objetos y las fotos recolectadas, seguía faltándole lo que en todos esos años él mismo había tratado de entender, sin conseguirlo: la interioridad de Tina, su vida secreta, íntima, personal. Le faltaba la Tina desnuda, pero no la que aparecía en las fotos sin ropa, ni siquiera aquella cuyo cuerpo había conocido a detalle, sino la que tendría que haber conocido mejor, excavando, escrutando, buscándola, hablando más con ella. Siempre tuvo la sospecha de que esa desnudez interna de Tina no la había conocido nadie, pero ese día le caló en lo profundo la certeza de que ella seguía siendo un enigma no nada más para un público cada vez más decidido a descubrirla, sino también para él.

Grande fue su sorpresa cuando al prender las luces —terminando la proyección de *The Tiger´s Coat*, la película en la que Tina había actuado en el Hollywood de los años veinte y que era parte del programa— la descubrió, discretamente sentada en la última butaca de la sala. ¿Era esa una visión onírica o una mujer de carne y hueso?, se preguntó, pensando que desaparecería de un momento a otro, pero no lo hizo. En cambio, le sonrió. Vittorio se excusó entonces con Toffoletti y con los demás organizadores, inventándoles un repentino malestar que le impedía acompañarlos, y fue hacia Tina, con la sospecha de que solo él la veía. Lucía espléndida, con el mismo atuendo y los mismos veintinueve años de cuando se habían conocido en México.

—Gracias —le reconoció ella cuando Vittorio llegó lo suficientemente cerca.

—Te lo debía… tu trabajo es grande y debe ser mostrado… —le contestó él, mientras Tina se ponía de pie.

—No me debías nada —rebatió, colgándose de su brazo como solía hacerlo cuando paseaban; ya sea que lo hicieran en Brujas o Gante o Amberes, en una de las pocas vacaciones que tomaron y solo porque él había sido expulsado de Francia; ya sea en Moscú, cuando caminaban hasta la Moskova para ver las torres del Kremlin teñirse de azul, en esas noches veraniegas tan blancas y tan cortas que les parecía estar en Leningrado; ya sea en las madrugadas sin luz de las calles madrileñas durante la

guerra, cuando se abrazaban para reavivar el ilimitado amor que sentían por la humanidad. Tantos recuerdos.

En la oscuridad velada de esa noche neblinosa, Tina y Vittorio se encaminaron hacia las calles solitarias de Udine, en las que solamente se escuchaban sus pasos sobre el adoquín, rodeados de recuerdos y de preguntas. No era la primera vez que Vittorio deambulaba por esa ciudad, que siempre había conocido superficialmente, de paso y con prisas, y que siempre esperó le revelara algo más de Tina. Pero ahora estaba con ella y podía terminar el discurso tantas veces interrumpido en sus sueños más insistentes.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Vittorio.

—Te esperaba.

—Yo también quería hablar contigo… aunque hablo contigo todos los días…

—¿Todos los días? Jamás pensé significar tanto para ti.

—Entre mis muertos, siempre representaste un enigma. A veces me pregunto si era verdadero amor el mío.

—¿Y qué concluyes?

—Que no lo era. Pero con eso no resuelvo nada, porque siempre regreso a la misma pregunta.

—¿Pero sentiste amor por mí?

—Sí.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Aquí y ahora.

—¿Qué significa entonces el amor para ti?

—Deseo de verse, de hablarse, de gozar y sufrir juntos, de identificarse el uno con el otro, de no sentirse solos, de ser amigos, compañeros, de ser todo.

—¿Y por mí qué probabas entonces?

—Respeto, admiración, confianza, amistad. Pero cuando estaba contigo me sentía solo. ¿Te acuerdas de cuando te decía: «Tengo la impresión de que eres un castillo rodeado de agua, con los puentes levadizos en alto para no dejarme entrar»?

—No me amabas, por lo menos no como yo a ti —concluyó Tina frunciendo su expresivo y juvenil rostro—. Y si quieres saber qué había adentro de mí, solo puedo decirte que te amé siempre, hasta cuando te ibas, o cuando regresabas planeando ya tu siguiente viaje, o cuando pensabas en otros países o en otras mujeres; te amé hasta cuando te odiaba. Yo no era el castillo que describes, era así como me veías. Como te hablaba, como actuaba, sin complejos ni misterios, era como hacía el amor contigo.

—A lo mejor yo quería más. Siempre tuve la impresión de que nuestra relación estaba condicionada por los acontecimientos… y por la necesidad. Si me hubieras dicho todo esto en Rusia, las cosas hubieran sido diferentes… — confesó Toio mientras seguían andando en la oscuridad.

—Tus palabras explican tu comportamiento de entonces, pero no el hecho de que sigas recordándome ahora.

—Puede que te recuerde por el remordimiento de haber sido injusto contigo, por no haber hecho lo suficiente para comprenderte. Eres una huella tan profunda que se volvió obsesión.

Tina negó con la cabeza.

—Te equivocaste en todo y posiblemente yo también. Pero ya no hay manera de recuperar el pasado. Además, nuestra profesión no era la de hacer el amor, sino la de hacer la revolución.

—Tu profesión era la fotografía y eras fantástica, mira cuánto éxito tienes ahora. En la presentación me preguntaron si fui el responsable de que abandonaras tu oficio y otra vez me sentí culpable. En Rusia hubieras podido trabajar como fotógrafa y en México hubieras podido continuar tu carrera, es cierto, y tal vez de ese modo te habrías salvado de una muerte temprana, pero para ti retomar ese oficio era una falta hacia nuestra causa. Si tan solo te hubiera dicho lo contrario, tal vez me hubieras hecho caso, mas nunca lo hice —admitió deteniéndose bajo un farol.

—Muchas veces quise volver a la fotografía, pero no tuve la suficiente fuerza, así que no hay lugar para remordimientos, ni míos ni tuyos. Además, nunca esperé que tanta gente apreciara mi trabajo. Y eso es gracias a ti —reconoció Tina, siempre colgada de su brazo.

—La exposición viajará por Italia: Pordenone, Gorizia, Rimini, Monfalcone; y también por Europa: Polonia, Suiza, España, Viena, París, Berlín y Londres. En Estados Unidos ya eres una celebridad.

—Debo irme —se despidió al primer claror, soltando su brazo y alejándose repentinamente, como si de pronto estuviera desinteresada por sus éxitos o asustada por la luz del alba.

Amanecía y Tina desapareció como un murciélago al que se le había acabado la noche. Vittorio siguió caminando bajo los árboles cuyas hojas se movían al viento hasta la explanada del castillo, husmeando por ahí como si estuviera buscando un amor que se le había perdido, ese que se le profesa a los muertos y que, por ser eterno, se mantiene vivo y hasta joven. Y eso que él tenía 79 años y Tina, de haber vivido, 83. Al llegar al punto más alto de Udine, Vittorio aspiró a pleno pulmón el aire de esa mañana naciente, los rayos iluminaban las cimas blancas de las Prealpi Giulie y de la región montañosa de la Carnia. De esa cordillera habían bajado sus antepasados paternos, originarios de Rigolato, un pueblito en la provincia de Udine, antes de emigrar, primero a Verteneglio, en Istria, y luego a Muggia. Se sintió fuerte a pesar del cansancio y continuó su periplo hasta la Iglesia de Santa Maria delle Grazie, donde Tina le contó que fue bautizada. Terminó frente al portón de la que había sido la casa de los Modotti, que ya había visitado en otra ocasión. En el patio encontró a una vieja con un pañuelo negro en la cabeza y un chal de lana gris en las

espaldas. Se acercó para preguntarle por Tina. La anciana lo observó curiosa antes de que su boca arrugada se moviera.

—Debió haber sido muy hermosa esa señora que buscas. Por como la describes debes amarla mucho…

—Ya llegó a Europa la periodista mexicana que quiere entrevistarte, la que viene de México, muy recomendada. Esta noche la recogemos en el aeropuerto de Ronchi.

—¿Cómo dices que se llama?

—Elena Poniatowska. Parece que es una princesa…

—Lo que nos faltaba.

—Una princesa roja. Está escribiendo un libro sobre Tina —le especificó a Vittorio Laura Weiss, la mujer de origen judío y amplia cultura que le ha sido fiel durante los últimos veinte años, como su asistente y como su enamorada, aunque sea platónica. Ella es la que le lleva la agenda, le transcribe los textos, le ordena los archivos y lo ama en silencio.

—Lo que nos faltaba —repitió Vittorio.

—Escribe muy bien —la defiende Laura mientras se retira a su oficina, encorvada y cojeando un poco. Luego, como si hubiera olvidado un detalle importante, asoma su cabeza al marco de la puerta—: Leí su libro *La noche de Tlatelolco.* Te gustaría.

La entrevista comienza esa misma noche, el 16 de septiembre de 1981, cuando en vez de llevar a Elena al modesto hotel que le han reservado, la invitan a cenar. A partir de entonces Poniatowska y Vidali conversaron durante cinco días y en distintos lugares, que iban desde la oficina de él en el tercer piso del edificio de la sede del partido —que él mismo mandó a construir según los preceptos de las tres efes: feo, fuerte y formal— hasta en el castillo de Miramar, en un paseo al que Vittorio llevó a su novia, la senadora por el partido comunista Pina Re.

—Comencemos por el principio. Un relato lineal de cuándo y cómo conociste a Tina —sugirió la joven autora echando a andar su grabadora en la terraza del Tommaseo, donde Vittorio le había invitado un helado.

Después de un inicio llano y cordial, en el que bromearon y hasta mostraron su mutuo agrado, pronto comenzaron los peros.

—Lupe Marín decía que no entendía qué hacía Tina con Xavier Guerrero.

—Lupe Marín tenía una lengua terrible. Era una mujer terrible y lo fue también con Tina.

—Pero era un personaje con una gran fuerza.

—Un personaje que no hizo nada. ¿Qué hizo, a ver?

—¿Sabes qué hizo? Supo mantenerse al lado de un monstruo como Diego Rivera sin dejar de ser ella misma. No murió aplastada gracias a su carácter.

—Tenía carácter, eso sí, pero no hizo nada.

—Pero sí hizo, se hizo a sí misma.

—No hizo nada. Salvo insultar. Le gustaba gritar, dar de qué hablar, aprovechar cada ocasión para decir que ella era distinta a Diego. Era una mujer con carácter, es cierto. También Frida tenía carácter.

—Pero Frida tenía su pintura.

—Frida es otra cosa: no solo tenía su pintura, su vida es monumental. Una mujer que desde los dieciséis años se queda inválida y logra vivir resistiendo y pintando todos los días, produciendo una pintura concentrada además en describir la tortura terrible que caracteriza toda su existencia, eso es otra cosa. Pero nos estamos desviando —observó Vittorio, viendo a Elena retorcer con los dedos sus bucles, que la humedad amenazaba con alisarle.

—Todo salió porque Lupe Marín dijo que Xavier era un enano espantoso y que no sabía qué estaba haciendo Tina con él —se justificó ella, clavando su cucharita en el helado de avellana que, por la rapidez de la plática, aún no había podido probar.

—Para ella Xavier era un enano, Tina una puta, Diego un sinvergüenza, Siqueiros un hijo de puta. Todos eran idiotas y ella la única flor que salía de la basura. Pero cuando ella se vaya no quedará nada porque vivió siempre de luz refleja —continuó Vittorio secándose con un pañuelo de algodón el ojo dañado, que con la luz brillante del sol le lagrimeaba.

—Una feminista te diría que todas las mujeres en esos tiempos estaban condenadas a vivir de luz refleja, salvo algunas raras excepciones, claro está.

—Pero eso no es cierto, es un extremismo atávico, que yo no viví así. Conocí a muchas mujeres independientes; las que fundaron el movimiento, por ejemplo: Elena Stásova, Aleksandra Kolontái, Leocádia Prestes.

—¿La madre de Luis Carlos Prestes?

—Sí… y Tina, por supuesto. La gran cualidad que tenían todas ellas es que no eran feministas: eran ellas mismas. No es necesario llamarse feminista para ser independiente desde cualquier perspectiva.

—Bueno, ¿entonces dijiste que Xavier Guerrero se fue a Moscú?

—Mejor cómete tu helado… que se te va a derretir —dijo ofreciéndole una de las servilletas de papel para que limpiara la crema de su cono.

Pequeños y velados disentimientos que fueron colándose en los pliegues de la plática, que aun así terminó cordialmente.

—Parece una jovencita ingenua, pero de pronto repela, se defiende y hasta mete goles —Vittorio lanzó esa frase en el auto que los transportaba de vuelta a la ciudad, después de haber despedido a Elena.

—Dice Laura que es muy talentosa —contestó Pina, que iba sentada a su lado mientras el chofer que siempre los acompañaba conducía. Vidali nunca había

aprendido a manejar y no iba a empezar ahora.

—Pues si no se apura a escribir su libro lo haré yo.

Laura, que venía de copiloto en el auto, le guiñó el ojo a Vittorio por el espejo retrovisor, con esa complicidad que compartían y que no le agradaba demasiado a Pina:

—*Ritratto di donna* está casi terminado —confirmó la mujer que estaba a cargo de transcribir los apuntes de Vittorio y transformarlos en libros.

El documental *Tina Modotti: El dogma y la pasión* estaba siendo proyectado por primera vez en Trieste. Algunos de los presentes, los que lograron ver a Vittorio Vidali con lágrimas en los ojos, estaban sorprendidos, pues nunca imaginaron ver al temible comandante Carlos llorar en público de esa manera, cobijado solamente por la oscuridad de la sala del Circolo Cinematografico Cappella Underground, en donde, una vez más, se hablaba de Tina.

Tina había cultivado la costumbre de aparecérsele a Vittorio —sabiendo cuánto esas visiones lo atormentaban—, en especial después de que publicara el libro *Tina Modotti. Ritratto di donna:* La misma noche de la presentación ella le reclamó que con su innata capacidad narrativa no se hubiese esforzado en llegar más lejos, en hacerse una introspección más profunda, en reconocer verdades incómodas que, frente a una confesión impresa, le hubiera hecho bien ventilar, tanto a su persona como a su literatura.

Al término de la proyección, y para evitar una nueva confrontación con Tina, Vittorio prefirió irse de fiesta. Pero al poco rato de haber alcanzado a unos amigos en un bar cercano, ya cuando su estado podía describirse como etílico, ella volvió a aparecérsele.

—¿«Soldadera» y fotógrafa? —se burló retadora.

—Una mujer que luchó… transversalmente… por los derechos de los oprimidos… en la vida real y en el arte —balbuceó él, sin que nadie a su alrededor entendiera qué estaba pasando.

—¿Qué dices, Vittorio? —exclamó extrañado uno de los presentes.

—¿Puedo decirte algo sin que te ofendas? —preguntó Tina interponiéndose entre él y el convidado que lo cuestionaba.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo —rebatió seductor Vittorio, que estaba tan abstraído que solo la veía a ella.

—Ya no tengo ganas de recordar —declaró Tina haciendo una pausa en la que parecía buscar las palabras más adecuadas para llevar su mensaje hasta las últimas consecuencias—. Preferiría que dejaras, que dejaran, de colgarme ideas que no tuve, méritos que no sé si me correspondían. Estoy cansada de darle vueltas a las cosas, cansada de que hablen de mí.

—Pero… —dudó Vittorio.

—¿Pero qué pasa, senador? —lo interrogó otro de los que, sin saberlo, se entrometían en su conversación.

—Ya es suficiente: libros, exposiciones, documentales, ahora hasta una película, ¿o va a ser una obra de teatro? —continuó Tina—. ¿Te acuerdas de cómo peleábamos contra el acoso mediático? ¿Te acuerdas del miedo que me daba que nos descubrieran en México y tuviéramos que enfrentarnos de nuevo a la prensa? Pues lo estoy reviviendo ahora.

—Pensé que te daría gusto. Las generaciones futuras deben conocerte, deben saber que… —rebatió Toio.

—¿Qué deben saber, Toio? ¿Que luché por una causa que fracasó? —argumentó Tina, cada vez más intolerante.

—¡El comunismo no ha fracasado! —vociferó Vittorio herido en su amor propio, mientras que sus acompañantes, un par de viejos políticos locales, le dieron una entusiasta razón:

—¡Claro que no! —reiteró uno, levantando el vaso para brindar.

—¡Eso nunca! ¡A su salud y a la nuestra! —declaró otro, chocando su copa con la de su amigo.

—Lo dices porque no puedes ver el futuro… Ya es hora de dejarme ir —continuó ella mientras se inclinaba sobre Vittorio y le daba un húmedo beso de despedida.

—Senador Vidali, senador… —lo interrumpió el chofer que siempre lo acompañaba y que se le había acercado para despertarlo. Desbordado en un asiento demasiado pequeño para su ancho trasero, Vittorio se había adormecido en el bar. Al sentir una mano en su hombro abrió los ojos e, instintivamente, se lamió la baba en las comisuras de los labios—. ¿Nos vamos, senador? —le preguntó el guardia.

—El comunismo no ha muerto —alcanzó a decir en ese estado de confusión de los borrachos recién despertados.

—Pero la película terminó… y hasta la parranda. Todos se fueron ya. ¿Lo llevo a su casa, senador? —sugirió el subordinado, que lo había esperado pacientemente en una mesa cercana para intervenir antes de tener que cargar a su jefe en brazos.

EPÍLOGO

40
Jugando en casa

Trieste, 1983

Vittorio está acostado en su cama, en el departamento del quinto piso del número 59 de la calle Domenico Rossetti en el barrio rojo de Trieste, el que ocupa desde hace 35 años y donde vivió también la hermana de Tina, desempeñándose a su servicio como una suerte de ama de llaves, refugiada y amiga.

Cuatro mujeres lo rodean: la senadora italiana Pina Re, su novia y amiga, le acaricia la frente; la croata Vera Huss, su exnovia y amiga, le detiene la mano; la triestina Laura Weiss, su asistente y amiga, le mide la temperatura; mientras que Isabel, la mexicana de la que nunca se divorció, funge de enfermera y le está preparando la inyección prescrita por el doctor. Alguien se asoma a la puerta después de tocar varias veces y no obtener respuesta.

—¡Fuera de aquí! —vocifera Vittorio, sin siquiera ver de qué o de quién se trata, contento de mantener lejos a los curiosos, llámense partidarios, subordinados, lambiscones o amistades; todos esperando, allá afuera, para ofrecerle saludos, pedirle audiencia, obtener su favor o reiterarle su estima. Pero él no está para zalamerías, él no está para nadie más que para las mujeres que lo quisieron, las que aún lo quieren. Si alguien le hubiera dicho hace algunos años que sus amadas iban a tener más atención que sus intereses políticos, se hubiera reído. Ahora es feliz así, rodeado por ellas en su último momento, el del inevitable fin de una existencia. Sus ojos las buscan, las observan una a una, antes de cerrarse y dejar que los recuerdos afloren, primero tenues, luego cada vez más brillantes, hasta llegar a los colores chillones de un episodio de serie televisiva.

«¡Expropiación!» es el grito que retumba en su garganta, y Vittorio es un niño que sale corriendo campo abierto, perseguido por la guardia campestre austriaca después de haber saqueado un huerto de cerezas, con las que llenó su panza y las bolsas de su pantalón.

Sus recuerdos son siempre los mismos: fugas y golpes. Correr, pelear, correr y

pelear. Siente en su cuerpo el dolor de las 37 cicatrices que atestiguan cada una de sus batallas: el cuchillo que le penetró la espalda, la bala que perforó su pierna, los huesos del brazo quebrados por esa bomba traicionera, el ojo que murió en la emboscada de la estación de trenes, pero él sigue gritando:

«¡Expropiación!». Y Vittorio sale disparado de su casa familiar en Muggia. Le acaba de expropiar al párroco que vino a bendecirla el recipiente que contenía el óbolo y que corrió a intercambiar por pistaches para repartir entre sus amigos.

Fugas y golpes. Correr y pelear.

«¡Expropiación!». Es el grito que escucha en su oído por parte de uno de los hermanos Curet, el anárquico que lo puso a leer *Los Miserables*.

—Anarquía quiere decir expropiación. La propiedad es un robo, así que tenemos que expropiarla, quitársela a los que la poseen. Anarquía significa ateísmo, no creer en Dios. «Ni Dios ni patrón». También significa estar en contra de las autoridades: civiles, militares, policías, jueces, el Estado.

—¿En contra de todos?

—Sí, anarquía es romper con todos y ser libres.

A Vittorio le había inspirado tanto el concepto de expropiación que desde su niñez lo había puesto en acto.

«¡Expropiación!». Y Vittorio entra a la tienda de juguetes militares de la plaza principal de Muggia, cuya vitrina había admirado tantas veces, y, frente a los ojos incrédulos de la vendedora, agarra un centenar de soldaditos de plomo, se pone el fusil y el tambor en bandolera, empuña la espada que más le gusta, se acomoda el gorro de general en la cabeza para salir huyendo, uniformado por primera y única vez en su vida, hacia su casa mientras grita: «¡Expropiación!». Poco le importó que antes de tener la oportunidad de gozar su botín llegara a su cuarto Bianca, su madre, con la vendedora, para expropiarle a su vez sus tesoros. Tampoco le importó que su madre lo castigara, como lo hacía con cada impertinencia de su hijo.

—Vas a convertirte en un buen anárquico expropiador —lo consuela Curet, el único que lo comprende.

Vittorio sonríe, abre los ojos, quiere expropiarle una despedida a cada una de sus mujeres, las que ahora lo rodean amorosas y tristes, pero ya no le quedan fuerzas y los cierra de nuevo.

Para cuando Vittorio vuelve en sí no hay nadie a su alrededor. Todo lo que antes le había parecido grande, el pensamiento, el comunismo, la tierra, la ciudad, todo ha desaparecido. Ya no hay nada ni nadie, solo un largo túnel frente a él. Al fondo del mismo, una mujer lo espera. Camina hacia ella, sin bastón ni dolores, hasta reconocerla. Es curiosa la naturaleza del hombre: no importa de cuántas mujeres se rodee, siempre piensa en la que no está. La ausencia es el mejor afrodisíaco para una

mente imaginativa.

—Oso… —lo llama Tina cuando él se le acerca.

—¿Me perdonas? —le suplica Vittorio.

—Te perdoné hace mucho.

—Entonces de nada sirve el perdón de otros, tengo que conseguir el mío propio.

—Ya no tengas miedo...

—Nunca lo he tenido —la interrumpe él.

—… ni siquiera de ti mismo —continúa ella—. Vamos, ven… —Y le ofrece su mano benevolente.

—Me gustaba vivir, ¿sabes? —concluye él poniéndose nuevamente en marcha, ahora del brazo de Tina—. Bien o mal, la vida me gustó y nunca le temí a la muerte. Si no, no la hubiera provocado tantas veces —concluye sin percatarse de que está hablando en pasado.

—¿Tampoco le temes al juicio? —pregunta ella con actitud comprensiva.

—Solo al histórico.

—Bien. De ese no se ocupan los muertos.

41
Deudas saldadas

Trieste, 1983

Hoy, 11 de noviembre de 1983, día del funeral de Vittorio Vidali, estoy entre la multitud reunida en Piazza San Giacomo, el histórico barrio comunista de Trieste. Me acompañan mis dos hijos, que observan intrigados la banda de la marina militar triestina tocando la marcha fúnebre mientras avanza la procesión.

—Parece Semana Santa —dice el menor de mis niños, mientras los cargadores se turnan el féretro sobre los hombros. A los comunistas de a pie, que desfilan con sus pañuelos púrpura al cuello, debe parecerles primero de mayo. Para los más altos miembros del partido (desde Alessandro Natta hasta Enrico Berlinguer, pasando por Giancarlo Pajetta), quienes esperan su turno para leer sus homilías en el templete donde ondean banderines colorados, es una buena oportunidad de ser escuchados.

Cuando toma la palabra el escritor Claudio Magris, cuyos artículos leo invariablemente, empujo a mis hijos entre la gente para acercarme a oírlo mejor:

> ¿Qué se puede decir de Vittorio Vidali, de esta gran personalidad individual, tan rebelde e independiente, que se identificó con la batalla revolucionaria de toda una vida y con su partido? ¿Qué puede decir de él un hombre como yo, que lo conoció y aprendió a tenerle cariño y con quien forjó una amistad más allá de toda militancia política? O, si queremos formular la pregunta en términos objetivos y fuera del ámbito individual, incluso por encima de la tristeza que nos invade ahora, ¿qué tiene que enseñarnos un gran revolucionario a todos nosotros, o sea, no solo a sus compañeros de partido, sino a todos, a nuestra sociedad, a nuestra cultura, a nuestra civilización? […].
>
> Se dice que la realidad no es solo una «anarquía de átomos» en la que el individuo mismo se pulveriza, se convierte en nada. Vidali supo unir el sentido crítico y autocrítico del mundo que cambia con la fidelidad de un momento preciso, universal de la vida, que no se pierde en el caos del mundo. Él, si bien siempre tratando de entender este caso, lo llama juicio. Fue capaz de ser crítico de sí mismo, fiel a sí mismo, de volver a pensar la historia de la propia vida y verle los errores —pienso en su análisis

del estalinismo— sin perder esa visión total que nos permite ser hombres. Esta solidez nos vuelve capaces de elegir, de decir qué sí o qué no, en vez de sí y no contemporáneamente. Es cierto, quiere decir tomar el propio lugar en la batalla de la historia, aun quedando consciente de la totalidad de la historia que comprende todas las partes en causa, también el adversario.

Vidali ha visto y analizado el declive de las grandes certezas, que rinden tal vez más fácil la vida. Pero lo analizó con indulgencia hacia el ocaso de las certezas. La grandeza del momento de los choques frontales —«grande fue nuestra vida entonces, Carlos», como dice un verso de Alberti— no se perdió cuando vino el momento de analizar la época en la que las certezas parecían derrumbarse, porque la inteligencia buscó nuevos modos de llegar a la certeza. Y esto sucedió porque Vidali encontró la realización de sí mismo en la dedicación a un valor común y más grande que el individual; solo quien pierda la propia vida, está escrito en el Evangelio, la salvará; solo quien se pone al servicio de un valor superior afirma realmente su persona.

No estoy haciendo la hagiografía de Vidali. No se pasa indemne a través de estos años terribles, y Vidali tuvo sus sombras, sus caídas, sus responsabilidades, sus errores, incluso graves. Sobre algunos puntos se puede no estar de acuerdo con él, y tal vez lo estén menos de la mayor parte de ustedes. Pero el disentir no deteriora el dialogo y el encuentro. Como todo verdadero revolucionario…

Las palabras de Magris resuenan profundas entre los asistentes. Incluso los que, como yo, se abstienen de tener intereses políticos, y a quienes Vidali nos duele por motivos distintos, nos identificamos con lo que dice. El mayor de mis hijos, a quienes arrastré conmigo sin demasiadas explicaciones, me pregunta:

—Mamá, ¿quién es este señor?

—Es Claudio Magris, un magnífico escritor, enseña en la universidad.

—No, el otro, el que murió…

—Vittorio Vidali.

—Sí, pero ¿quién es? —vuelve a preguntarme curioso.

Tengo ganas de contestarle «el hombre que condenó a muerte a mi abuelo, tu bisabuelo», pero después de escuchar a Magris e imaginar la realidad como una anarquía de átomos, me limito a la mínima expresión:

—Un revolucionario.

—¿Y qué es eso?

—Un hombre… —me detengo para buscar la definición más apropiada—. Un hombre que quiere un mundo mejor y para conseguirlo está dispuesto a todo, incluso a equivocarse, incluso a desobedecer la ley.

—¿Como los que salvan a las ballenas aunque entren a las aguas de otros países? —intervino el más pequeño de mis hijos jalándome la manga del saco y exponiéndome la curiosa analogía relativa a sus animales favoritos.

—¿Un revolucionario es un comunista? —rebate el mayor, que me sorprende con su pregunta pues solo tiene doce años y, que yo sepa, ningún conocimiento

político.

—No siempre, pero este lo era.

—Mamá —me llama de nuevo el menor con una sacudida de manga—, ¿qué es el comunismo?

—Es un movimiento político que quiso darle solución a las injusticias. Tal vez fue un espejismo, pero a veces los espejismos son el primer paso para construir algo nuevo, algo que uno espera sea mejor, o por lo menos más verdadero.

—¿Un espejismo?

—Es cuando las cosas no son lo que parecen —me gana la contestación su hermano, mientras los dos me suplican: «Ya vámonos, por favor».

Regresamos a casa, al amplio departamento *sulle* Rive, la avenida que separa Trieste del mar y cuya vista me hace sentir bendecida. Me encierro en mi estudio, como siempre que necesito refugio. Me gusta trabajar en ese espacio, la sala que convertí en biblioteca y que se asoma a un balcón con balaustrada, donde me siento subida en el mástil de un barco surcando el Adriático.

Saco del cajón de la mesa el manuscrito que escribió Armando y que recibí por correo certificado de parte de Clara, su mujer, con una nota que me avisaba que su esposo, mi amante, descansaba en paz desde el 21 de febrero de 1982. Comienzo a leer la última parte de ese texto trunco que tantas veces he querido concluir:

> La característica más aterradora del cáncer es su obstinación, la que condena a su víctima a vivir a la espera de su regreso, postrada frente a la amenaza de sus réplicas, aniquilada por el temor a sus metástasis, vencida ante la inconsistencia de un cuerpo expuesto a los embates de un padecimiento tan mutante como perseverante. La mutación de mis células había ocurrido de nuevo y su implacable esparcimiento llegó hasta mis huesos. A pesar de estar consciente de esa posibilidad, me sorprendió la noticia, como si por el entusiasmo y la confianza que había crecido en mí, pero sobre todo por esa apasionada segunda juventud que me había invadido previo y durante mi viaje a Italia, creyera haber vencido con el amor que ella me inspiró no solo una batalla, sino la guerra. Tengo que reconocer, en cambio, que he sido víctima de un desafortunado espejismo.

Como siempre que llego a este punto, mis lágrimas mojan el papel acartonado ya. Otro espejismo. ¿Su salud? ¿O me habrá considerado también a mí un espejismo? Nunca lo sabré, pero la duda me tortura, al igual que el dolor. Como siempre que comienzo con el llanto, no puedo parar. Cuánto berreé al enterarme de la noticia de su muerte, que nadie me había dado antes a pesar de que habían transcurrido varios meses desde la misma. Y cuánto lloré la primera vez que leí este escrito, el recuento de su vida y de la nuestra, que me hizo comprender sus decisiones e indecisiones,

mostrándome cuán equivocada estuve en mi interpretación. En nuestra última llamada, Armando me dijo que había cambiado de planes con respecto a lo nuestro. En vez de volver a Italia, como habíamos quedado al despedirnos en el aeropuerto de Venecia, iba a quedarse con su familia en México. Yo lo confronté y le debatí, le hice preguntas que no contestó y me sentí decepcionada, incluso engañada. Luego dejó de hablarme y después de contestarme. Y yo renuncié al amor, tal vez con demasiada facilidad, de eso me siento culpable. No imaginé que el motivo de su determinación era que estaba desahuciado y prefería vivir su agonía sin mí.

¡Cuánto sufrí al enterarme, cuánto me duele recordarlo, cuánta culpa siento por no haberlo ido a buscar, cuánta falta me hace! Este manuscrito es una herida abierta que no logro cerrar. Aunque no todo fue dolor: Armando fue muy generoso conmigo. Además de evitarme el sufrimiento de verlo apagarse, antes de que viajara de vuelta a México me regaló la foto de Vidali donde aparecía fumando y la de Tina desnuda. Y con ellas me otorgó lo que estoy segura le hubiera gustado tener a él: la libertad.

La foto de Tina la vendí en una subasta y con el dinero recabado compré este apartamento y la posibilidad de divorciarme sin convertir mi hogar en materia de disputa. La foto de Vidali, en cambio, la tiré a la basura apenas confirmé su responsabilidad en la muerte de mi abuelo, Luigi Calligaris, el Siciliano, gracias a un documento recuperado de los archivos rusos por el investigador que había contratado mi hermano Alberto antes de morir y a quien conocí gracias a mi nuevo trabajo como investigadora profesional. Lo tengo enmarcado en mi escritorio, para recordar siempre que toda investigación respetable basa sus acusaciones en pruebas. Me pongo los lentes para leerlo:

> La fracción comunista de la sección Italiana del Club de emigrados políticos sobre las cuestiones discutidas en las reuniones desde el 11, 17, 22 y 29 agosto y 5 septiembre 1933 dice que […] el compañero Siciliano, consecuente con su posición política Bordighiana-Trostkista, tuvo hacia la Unión Soviética un comportamiento hostil al Partido y al poder soviético, influenciando a Karkoff y a otros elementos emigrados, desacreditando el poder proletario frente a una delegación obrero internacional, afirmando que los obreros de la URSS están peor que los de otros países, que el consenso de las masas trabajadoras es un consenso forzado; intercambiando periódicos antisoviéticos ilegalmente recibidos del exterior con otros elementos que no escondían su posición hostil al partido […] él ha sostenido el punto de vista de la socialdemocracia, de los anárquicos, de los maximalistas y de todos los traidores del proletariado […]. Todas las afirmaciones de Siciliano se basan en una consciente falsificación de la situación real de la URSS y lo llevan a devaluar con afirmaciones equivocadas la línea de conducta del PCT en la actual situación y los métodos de trabajo del PCD, usando también en este caso las mismas expresiones de los socialfascistas y de

> los trotskistas […] por lo cual la fracción invita al PCD a sancionar este hecho comunicando públicamente que Siciliano está fuera de las filas comunistas.

Después de esa sanción, que lleva la firma de Kontreras al calce junto con la de otros cuatro camaradas, mi abuelo, refugiado en Rusia en los albores del fascismo y al que nunca conocí, fue arrestado por la NKVD y enviado primero a un campo de concentración en Archangelsk, sometido a torturas y condenado a tres años de confinamiento, más tarde vuelto a procesar y en 1936 condenado a muerte. Lo fusilaron en septiembre de 1937 en Severo-Vostochny, uno de los *lagers* de la Kolyma. Fue «rehabilitado» en 1958, casi veinte años después de su muerte.

Cuando mi hermano Alberto confrontó a Vidali con ese documento, lo que lo desquició hasta llevarlo al ataque físico fue que Vittorio negó a nuestro abuelo hasta desconocerlo, a pesar de que habían sido amigos desde que eran Arditi Rossi en Trieste y compañeros de partido en Rusia.

No sé de qué se extrañaba mi hermano, si la entera cúpula del PCI silenció no solo ese asesinato, sino todos los demás, como los de las foibas o como el terrible caso de los italianos en la Isla Calva, que estoy indagando ahora por cuenta del Istituto Regionale per la Storia della Resistenza e dell' Età Contemporanea del Friuli-Venezia Giulia. Esa es la institución donde, desde que me mudé de vuelta a Trieste, presto mis servicios como investigadora. Un trabajo que me gusta, incluso más que el de periodista, tal vez porque carece de la presión de tener que vender noticias o ejemplares y se limita a informar sin sombra de duda.

Casualmente la investigación que ahora me ocupa involucra también a Vidali, aunque sea de modo indirecto. Se trata de la odisea de un grupo de italianos fieles a Stalin que —bajo las órdenes del PCTLT y concretamente de Marina Bernetic, brazo izquierdo de Vittorio— fueron infiltrados en territorio eslavo para hacer propaganda en contra de Tito, con la premisa de que la Unión Soviética invadiría Yugoslavia. Cuando esto no sucedió, fueron descubiertos y recluidos en el Gulag de Goli Otok, una inhóspita roca apodada también *l' isola Calva* o «la isla del mal», donde en lugar de eliminar a los prisioneros, sus verdugos buscaban reeducarlos a la religión en la cual Tito, en vez de Stalin, sería su nuevo dios. Lo triste es que cuando Kruschev ordenó la paz con el mariscal, y si bien Vidali levantó la voz al respecto, también mandó a quemar las cinco maletas con los documentos que avalaban a este grupo de comunistas, que por años quedaron en el olvido.

Togliatti, por su parte, demostró ser un verdadero político: es decir, un verdadero cínico, convencido de que la razón del partido tenía que prevalecer siempre. Ni cuando fue a ver a Tito, ya reconciliado con la Unión Soviética, exigió la liberación de sus compatriotas presos. Tuvo que pasar un año más, hasta que Longo se presentó con el líder yugoslavo, para que los soltaran, gracias también a la presión que Vidali ejerció por los que habían sido sus hombres, de quienes se sentía

responsable, hay que decirlo. Pero ni así la verdad se supo, ya que después de haber sido prisioneros en el Gulag yugoslavo, esos veinte italianos acabaron siendo prisioneros del silencio que les impuso el partido comunista a su regreso a Italia, en un pacto de *omertá* que se llevarían a la tumba.

Silencio que intento romper con mi trabajo de investigación y divulgación, al igual que lo hacen todas aquellas instituciones que buscan revelar nuestro pasado con el objetivo de que nunca se repita. Y sí, la verdad es un ideal, por el que me gusta luchar, aunque a menudo y por lo menos de mi parte, esté subestimado. Es el valor superior a cuyo servicio me puse y con el cual intento darle sentido a mi existencia, aunque a veces no haga ninguna diferencia hacerlo.

Y a pesar de mi compromiso con la verdad, comprobada e irrefutable, a menudo me pregunto a quién le importa, si de todos modos hay que interpretarla, como tuvimos que hacerlo en el caso deTina. Después de la contestación que Vittorio le dio a Armando en el Tommaseo, a todas luces una burla, ambos concluimos que debía sentirse culpable. Fui descubriendo sus razones a posteriori, cuando puse de lado mi dolor y pude leer los quince libros que publicó en los últimos diez años y mi percepción de él, aunada a mi necesidad de sanar heridas, cambió. Aunque en ellos a menudo aparezcan fechas y sucesos equivocados, incluso de libro a libro, y no se sincere plenamente, pues a veces pareciera que su objetivo es mantener su mito, sus palabras en blanco y negro, algunas de ellas acomodadas con verdadera maestría, me abrieron la puerta a su conciencia y me mostraron su coherencia. Pero fue en las pausas, en esos huecos entre aventuras, conflictos, ideas, decisiones, razonamientos y hasta prosa poética, que aprendí a entenderlo y a respetarlo. En la palabra escrita, y aunque uno cuente mentiras, difícilmente la verdad queda oculta.

Después de haber leído la que llegué a considerar una confesión inédita, guardada en el Circolo Culturale «Che Guevara» y titulada *Sogni e incontri con Tina*, me convencí de que a Tina la mató la decepción, la que le provocó su hombre, pero también una humanidad convulsa, que le quedó pequeña a su espíritu noble y acabó por contaminarlo. Lo que no supo Tina, o tal vez porque lo sabía bien le dedicó su vida, es que tanto su hombre como la misma humanidad que la decepcionaron hasta acabar con ella —con sus traiciones, con su indiferencia y con su egoísmo— la revivieron y, como si le debieran algo, le otorgaron, a través del aplauso y del valor dado a sus fotos, la eternidad. Una eternidad de la cual Vittorio Vidali fue partícipe y también artífice, impulsando su fotografía como no lo había hecho en vida y reivindicando de ese modo sus cuentas pendientes con ella.

Me seco las lágrimas y pienso que también yo necesito saldar mis deudas pendientes. Miro desde el ventanal hacia Muggia. En estos momentos el cuerpo de Vittorio está llegando al cementerio de ese pueblo, pero su espíritu debe estar

rondándome, porque siento la necesidad de dejarlo ir en paz, de estar en paz. Busco en uno de sus libros un pasaje que subrayé: «Mi infancia en Muggia queda para mí como el recuerdo de un período luminoso, el más sereno de mi vida, un paraíso perdido porque después nunca pude reencontrar esa paz y la alegría despreocupada de entonces». Qué curioso que después de tantas vueltas por el mundo Vittorio vuelva a su paraíso, mientras que Armando debe estar viendo mi purgatorio.

Un purgatorio que ha llegado la hora de terminar. Hoy pongo el último punto a este escrito al que le debo un final, porque si bien los amores, o los ideales, que matan no mueren, los que mueren tienden a matar, y muy lentamente.

Tumba de Tina
Panteón Civil de Dolores
en la Ciudad de México

Udine, 16 de agosto de 1896,
Ciudad de México, 5 de enero
de 1942

Tumba de Vittorio
Cimitero Comunale
di Muggia en Trieste

Muggia, 17 de septiembre de 1900,
Muggia, 9 de noviembre de 1983

NOTA DE LA AUTORA

Gracias, querido lector, por acompañarme a lo largo de esta ficción histórica. Una novela que, si bien centra su atención en Tina y Vittorio —dos figuras cuyas vidas atestigüé en textos, sobre o por ellos escritos, así como en documentos, fotografías o entrevistas—, y si bien la mayor parte de los sucesos narrados en este libro son fieles a los hechos, presenta varias licencias literarias, entre ellas la introducción de los personajes de Armando y Simona, neto producto de mi imaginación, así como lo son sus interacciones con los personajes reales.

Del mismo modo, confieso que en el proceso de descubrir, e intentar entender a mis protagonistas, me enamoré de algún modo de ellos. Primero de Tina, una mujer frágil y fuerte a la vez, cuyo talento y testimonio artístico dejaron un extrordinario legado en sus fotografías, revelando su sensibilidad al igual que su momento histórico. Luego, a través de su palabra escrita —en cuya voz se basa la visión de Vittorio en este libro—, también él me sedujo, un hombre tan controversial como fascinante, cuyas acusaciones en su contra —tanto las asumidas, las legales, las divulgadas por sus enemigos o las meras especulaciones mediáticas— no cesaron ni a su muerte. Siempre las libró airoso y, en mi visión romántica e idealista, he llegado a pensar que tal vez fue así porque sus actos, hasta los más radicales y sin duda cuestionables, no traicionaron sus convicciones. A pesar de que él mismo las confrontara, en especial modo a partir del Vigésimo Congreso del Partido Comunista Soviético, estas se mantuvieron hasta el final de sus días apegadas a su credo más profundo: lo que creía era la búsqueda de un mejor modo de vida para las mayorías. No es mi intención juzgar aquí su ideología política o si sus fines justificaron los medios, solo puedo decir que enterarme de lo que un ser humano es capaz de hacer para defender lo que cree justo, aunque para el resto del mundo esté equivocado, provocó mi propio cuestionamiento al respecto y, quizás, ponga al lector frente al suyo.

BIBLIOGRAFÍA

AGOSTINI, VALENTINA. *Tina Modotti, Vita, Arte e Revoluzione*. 100 Carte di Artisti, 2008

ALBERS, PATRICIA. *Vita di Tina Modotti, fuoco neve e ombre*. Postmedia Books, 2003

ARGENTERI, LETIZIA. *Tina Modotti, Between Art and Revolution*. Yale University Press, 2003

BARCKHAUSEN-CANALE, CHRISTIANE. *Verdad y leyenda de Tina Modotti*. Edivisión México, 1997

BARTHES, ROLAND. *La cámara lúcida*: *Notas sobre la fotografía*. Paidós, 2009

CACUCCI, PINO. *Tina Modotti*. Circe Bolsillo, 1995

COMITATO TINA MODOTTI. *Tina Modotti, Una Vita Nella Storia*. Arti Grafiche Friulane, 1995

COMITATO TINA MODOTTI. *Tina Modotti, la nuova rosa*. Forum, 2015

CONSTANTINE, MILDRED. *A fragile life*. Rizzoli New York, 1982

CRISMANI, LUISA. *Il fondo Weiss (1833-1989)*. Instituto Livio Saranz, 2006

DE PABLO, ÓSCAR. *Las bolcheviques*. Brigada para Leer en Libertad, 2018

FASANELLA, GIOVANNI y MONICA ZORNETTA. *Terrore a nordest*. Biblioteca Universal Rizzoli, 2008

FERRARI, PAOLO y CLAUDIA NATOLI, *Tina Modotti: Arte e Libertá*. Forum, 2017

GALLAGHER, DOROTHY. *All the Right Enemies: The Life and Murder of Carlo Tresca*. Rutgers University Press, 1989

GIUSTI, MARIA TERESA. *I prigionieri italiani in Russia*. Il Mulino, 2014

HOOKS, MARGARET. *Tina Modotti: Fotógrafa y revolucionaria*. Plaza y Janes, 1998

HOOKS, MARGARET *Tina Modotti 55*. Phaidon, 2002

KARLSEN, PATRICK. *Vittorio Vidali: Vita di uno Stalinista (1916-56)*. Il Mulino, 2019

MONROY NASR, REBECA. *Historias para ver: Enrique Díaz, fotorreportero*. UNAM, 2003

NERUDA, PABLO. *Confieso que he vivido*. Seix Barral, 1974

PANSA, GIAMPAOLO. *Prigionieri del silencio*. Sperling Paperback, 2004

PASSI, MARIO. *Vittorio Vidali*. Edizioni Studio Tesi, 1991

PERNICONE, NUNZIO. *Carlo Tresca: Portrait of a Rebel*. AK Press, 2010

PONIATOWSKA, ELENA. *Entrevista en Trieste a Vittorio Vidali 1981*. Inédito
PONIATOWSKA, ELENA. *Tinísima*. Biblioteca Era, 1992
PULIDO LLANO, GABRIELA y LAURA BEATRIZ MORENO RODRÍGUEZ. *El asesinato de Julio Antonio Mella*: *Informes cruzados entre México y Cuba*. INAH, 2018
ROBINSON, IONE. *A Wall to Paint On*. E.P. Dutton and Company, Inc., 1946
SABORIT, ANTONIO. *Una mujer sin país*. Ediciones Cal y Arena, 2001
STÁSOVA, ELENA. *Compagno Absoljut*. Editori Riuniti, 1973
SONTANG, SUSAN. *On Photography*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1973
THOMAS, HUGH, *The Spanish Civil War*. New York: The Modern Library, 2001
TIBOL, RAQUEL. *Julio Antonio Mella en El Machete*. Los Cuatro Jinetes, 1968
VIDALI, VITTORIO. *Missione a Berlino*. Vangelista, 1973
VIDALI, VITTORIO. *Il Quinto Reggimento*. La Pietra, 1973
VIDALI, VITTORIO. *La caduta della reppublica*. Vangelista, 1973
VIDALI, VITTORIO. *Comandante Carlos*. Editori Riuniti, 1983
VIDALI, VITTORIO. *Giornale di bordo*. Vangelista, 1973
VIDALI, VITTORIO. *Orizzonti di libertá*. Vangelista, 1980
VIDALI, VITTORIO y LAURA WEISS. *Patria o muerte, venceremos*. Vangelista, 1973
VIDALI, VITTORIO. *Ritratto di donna*. Arti Grafiche Friulane, 2002
VIDALI, VITTORIO. *Dal Messico a Murmansk*. Vangelista, 1975
VIDALI, VITTORIO. *Racconti della guerra di Spagna*. Asterios Editore, 2017
VIDALI, VITTORIO. *Ritorno alla cittá senza pace, Il 1948 a Trieste*. Vangelista, 1973
VIDALI, VITTORIO. *Viaggio a Veracruz*. Inédito
VIDALI, VITTORIO. *Il caso Trotski: Testimonianza politica di Vittorio Vidali*. Inédito
VIDALI, VITTORIO. *Messico 1927-1930*. Inédito
VIDALI, VITTORIO. *Diary of the Twentieth Congress*. Lawrence Hill & Company, 1974
VIDALI, VITTORIO. *Sueños y encuentros con Tina*. Inédito
WESTON, EDWARD. *Ritratti al vivo*. Pratiche P Editrice, 1961

AGRADECIMIENTOS

A la admirable Elena Poniatowska, por haber escrito *Tinísima* —novela comenzada a raíz de la petición de Gabriel Ripstein para escribir el guion de una película— y por haber declinado colaborar con el cineasta italiano Ferdinando Vicentini Orgnani, lo que me dio la oportunidad de conocerlo. También por las pláticas siempre inspiradoras y por compartirme la larga entrevista que le hizo a Vittorio Vidali en 1981.

A Ferdinando Vicentini Orgnani por haberme ofrecido colaborar con él para escribir la historia de Tina en cine, lo que me sumergió —a su lado y por mi propia cuenta — en una obsesiva investigación sobre este personaje. Gracias también por su cuento titulado «Una película imposible», que escribió acerca de una cinta que, a pesar de los muchos intentos, aún nadie ha logrado filmar. Leerlo me recordó que cada uno de nosotros debe perseguir sus sueños a su manera...

A Carmina Rufrancos y a Gabriel Sandoval, mis editores, quienes en la larga charla que tuvimos, apenas mencioné el tema de Tina supieron provocarme para que buscara el modo de que se convirtiera en una novela. Desde esa reunión no pude dejar de pensar en Tina y en Vittorio, en su memoria, en su legado, en su misterio, en lo que me había cautivado casi diez años atrás, cuando intentaba escribir un guion, y veinte antes al leer *Tinísima*.

A Hugh Thomas, que en paz descanse, a quien conocí en una cena, de la cual nos apartamos largas horas para conversar sobre Tina. Lo que me contó en esa ocasión amplió y cambió el trazo de esta novela. «Tu personaje es Vidali, tienes que escribir sobre él...», me dijo, «… y contarás la historia del comunismo».

A Laura Lara Enriquez, mi editora de siempre, por sus consejos, su sostén y su amistad solidaria; y a Carlos Ramírez Vilela por confiar en mí y dirigir los barcos a los que me subo con sabiduría y destreza.

A David Alejandro Martínez, mi editor en Planeta, por contener mis afanes creativos —y uno que otro histérico— acotándolos a momentos y modos concretos, así como a resultados efectivos y, espero, atractivos.

A Roberto Sneider, quien se reunió conmigo varias veces previas al comienzo de la escritura de este libro, cuando todavía esperaba realizar la película de Tina, y escuchó pacientemente mis ideas, cuestionó sabiamente mis razones y, a pesar de no haber logrado trabajar juntos, dejó en mí la esperanza de algún día hacerlo.

A Riccardo Toffoletti, que en paz descanse, presidente del Comitato Tina Modotti, con quien Ferdinando y yo nos reunimos en Udine poco antes de su muerte, por ofrecernos su emocionado consentimiento, y su total apoyo, para utilizar todos los archivos y recursos a su alcance con tal de que la película de Tina la hicieran dos friulanos. Gracias también a su mujer, Mari Domini, a quien visité años después y que ha sabido promover y divulgar la figura de Tina en Italia.

A Angela, Simona y Silvia Del Fabbro, mis parientes en Udine, la ciudad en provincia en la cual nació mi madre, Anna Pascoli, y donde pasé muchos veranos de mi infancia, cuando visitaba a mis abuelos maternos Serafino y Matilde Pascoli, por hospedarme y alimentarme durante la investigación italiana de esta novela en su mítica Trattoria y Locanda Al Grop, un restaurante con 500 años de tradición.

A Leonardo Padura, cuyo libro *El hombre que amaba a los perros* alumbró mi proceso creativo sobre cómo plantear una estructura narrativa que mostrara el complejo mundo de Tina y Vittorio y sus paralelos.

A Carlos Vidali II y III, hijo y nieto respectivamente del comandante del V Regimiento Carlos Jiménez Contreras, alias Enea Sormenti, alias Kontreras, alias Vittorio Vidali, el protagonista de esta novela, por presentarme dos visiones distintas de su padre y abuelo. En especial modo gracias a Carlos III por nuestras charlas en el café de la Librería Gandhi, por haber creído en mí y haberme generosamente compartido no solo todo el material inédito escrito por su abuelo, sino muchos de sus recuerdos y opiniones.

A David Jorge, investigador del Colegio de México y compañero de aventura y de intercambio de información, deseándole mucha suerte en su libro *La causa*, cuya escritura corrió paralela a la de este.

A Esther Candotto por haber fotocopiado para mí, en contra de su voluntad ortodoxa, el entonces ilocalizable libro titulado *Tina Modotti. Ritratto di donna,*

escrito por Vittorio Vidali.

A Giampaolo Penco, el director del documental sobre Vittorio Vidali *Io non sono quello che fui,* fuente de mucha de la información que utilicé para esta novela. Su disposición, entusiasmo y talento imaginativo fueron cruciales para mi inspiración.

A Patrick Karlsen, director del Istituto Regionale per la Storia della Resistenza e dell'Età Contemporánea nel Friuli-Venezia Giulia y autor del libro *Vittorio Vidali. Vita di uno Stalinista (1916-56),* un texto cuya lectura fue fundamental para ayudarme a comprender a Vittorio y a su época, así como lo fueron los comentarios de su autor. Me contó Patrick que la fotografía de Vidali que utilizó para la portada de su libro fue encontrada tirada en las calles de Trieste por una señora que reconoció al personaje y se la entregó. Al juzgar por la época en la que esta foto fue sacada, y por el sillón floreado donde descansa su protagonista, es posible que Tina sea su autora.

A Riccardo De Vescovi, último director del desaparecido organismo cultural creado por Vittorio Vidali, el Circolo Culturale «Che Guevara», quien me recibió emocionado en la plaza principal de Muggia y me enseñó el pueblo que vio nacer a Vittorio, además de acompañarme a su tumba.

Al personal del Istituto Saranz, del Istituto Italiano per gli Studi Storici, Istituto Regionale per la Storia della Resistenza e dell'Età Contemporánea nel Friuli-Venezia Giulia, del Istituto Gramsci en Italia, la Hemeroteca Nacional, el Archivo General de la Nación y el Sistema Nacional de fototecas en México, por su amabilidad y flexibilidad.

A Alejandro Rosas, colega y amigo, por su aliento y consejos en ocasión de la escritura de esta novela y siempre.

A Bernardo Aja de Maruri, Marcello Bottoli, Guillermo Bustamante, Aldo Curzio, Divo Milán, Ana Francis Mor, Estela Peña Molatore, Ninfa Sada, Claudia Somarriba, Héctor Ortega, Iván Ríos Gascón, Simone Tabacci, Tamara Trottner y Carolina Von Humboldt por sus lecturas cruzadas y sus invaluables aportaciones a este texto y a mi vida, con su amistad y cariño de siempre.

A Alejandra y Karin Alemán, Carlos Couturier, Natasha y Alessandro Falzoni, Paloma y Gloria Fernández, Gisela Galicia y Tulio Vaccari, Mónica Garza, Sandra García-Sanjuán e Ignacio Maluquer, Daniela Lobeira y Cristina Brittingham, Sabina y Simona Mancini, Susana McLean, Sabrina Monteleone y Espen Oeino, Michela

Moro y Alain Journot, Mónica Patiño y Giorgio Minuzzo, Enzia Verduchi y Priscilla Viglietti, en cuyas casas me he apartado, sintiéndome como en la mía, en los varios años que me tomó escribir este libro. Por su lealtad, amistad y generosidad incondicionales.

A sus Excelencias, el Embajador de Italia en México, Luigi de Chiara, y el Embajador de México en Italia, Carlos García de Alba, por su interés en este proyecto y por su apoyo al mismo.

A Ricardo y María Laura Salinas, y a su equipo —dirigido por el maestro Sergio Vela, director de Arte y Cultura de Grupo Salinas, Emma Hernández y Jorge Nikaido, jefe del personal del Grupo—, por facilitarme el acceso a su colección de fotografías de Tina Modotti y Edward Weston.

Acerca del autor

Claudia Marcucetti Pascoli. Nace en La Spezia, Italia, donde vive hasta los trece años, edad en la que se muda a la Ciudad de México. Ahí aprende español y reside. En 1992 se gradúa de arquitecta y ejerce como tal hasta 2002, año en el que deja su profesión y comienza a escribir. Desde entonces ha publicado el compendio de cuentos *¡Lotería!*; las novelas *Los Inválidos* y *Heridas de agua*; el ensayo *Apuntes de viaje*; y el libro de entrevistas *De lecturas y vidas, 80 entrevistas sobre el poder de los libros.* Ha colaborado, y colabora, con diversos medios de comunicación impresos, así como digitales y televisivos, en los que promueve la lectura, su gran pasión.

© 2022, Claudia Marcucetti Pascoli

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de portada: © Mark Owen / Trevillion Images
Fotografía de la autora: © Víctor Benítez

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: octubre de 2022
ISBN: 978-607-07-9217-5

Primera edición en formato epub: octubre de 2022
ISBN: 978-607-07-9207-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE